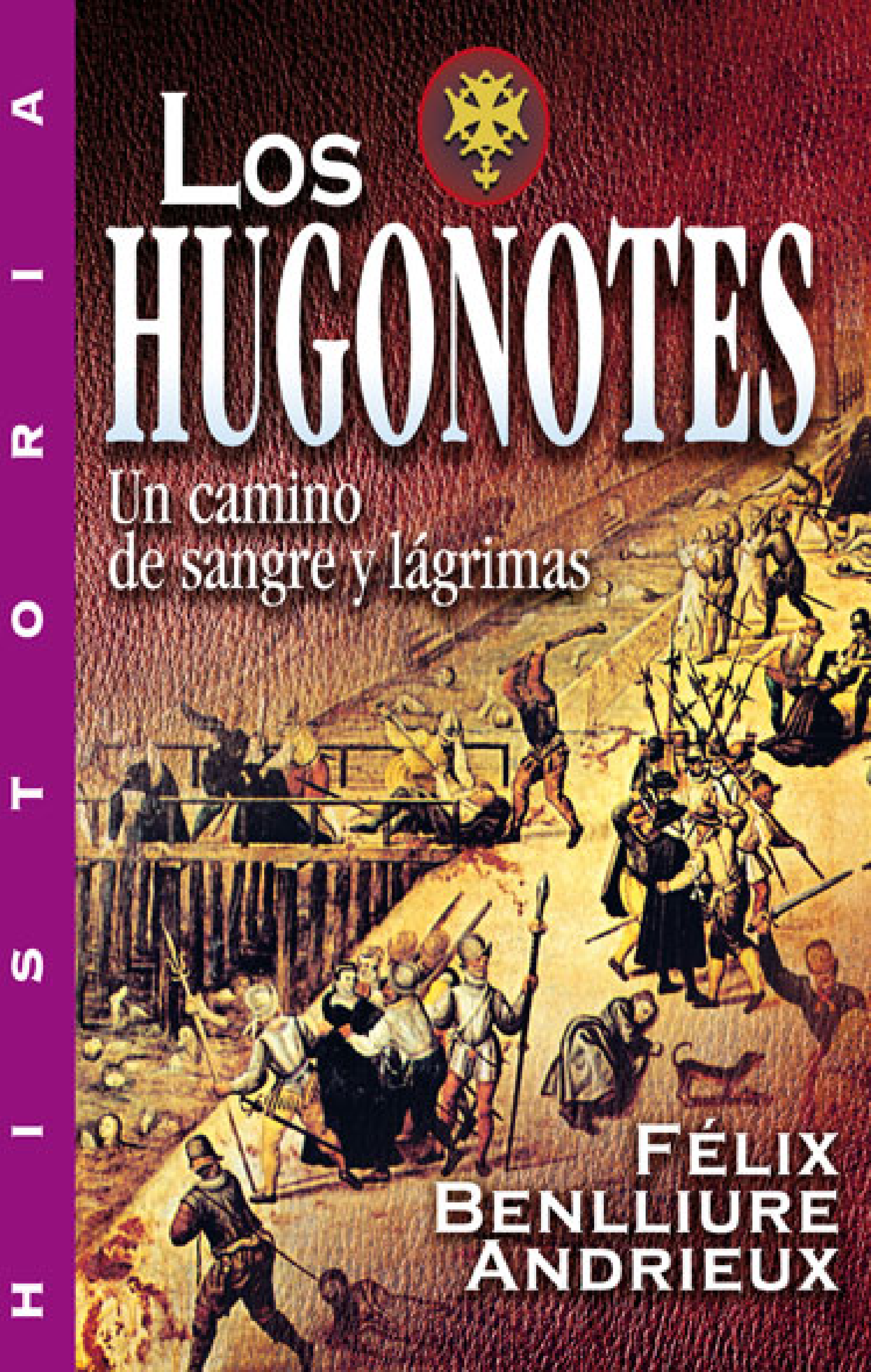

HISTORIA
LOS HUGONOTES
Un camino de sangre y lágrimas
FÉLIX BENLLIURE ANDRIEUX

HISTORIA

LOS HUGONOTES

Un camino de sangre y lágrimas

«… pero como el roble y la encina,
que al ser cortados aún queda cepa;
rebrote santo saldrá de esa cepa»

Isaías 16:13

HISTORIA

LOS HUGONOTES

Un camino de sangre y lágrimas



FÉLIX BENLLIURE ANDRIEUX

EDITORIAL CLIE
M.C.E. Horeb, E.R. n.º 2.910-SE/A
C/ Ramón Llull, 20
08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
Internet: http:// www.clie.es

LOS HUGONOTES
Un camino de sangre y lágrimas

Depósito legal:
ISBN: 84-8267-474-9

Impreso en

Printed in Spain

Clasifíquese:
305 historia:
Historia de la Reforma
CTC: 01-03-0305-09
Referencia: 22.46.37

Índice

Prólogo 9
Introducción 15

Capítulo 1 *La Europa del siglo XVI*
Importancia de la Reforma 19
Corrupción de la doctrina católica 19
Tráfico de indulgencias 21
Desórdenes del clero y del papado 23
Martín Lutero 27
Ulrico Zwinglio y las indulgencias 27
Persecuciones religiosas 30

Capítulo 2 *Desde la Reforma al coloquio de Poissy* 1521-1561
El profesor Lefèvre, Farel y Briçonnet 31
Primeras ejecuciones–Juan Leclerc 35
El muy ilustre Luis de Berquin 35
Caturce de Limoux 37
Margarita de Valois y Francisco I 38
Juan Calvino y Miguel Servet 42
Persecución de los Valdenses 47
Grandes éxitos de la Reforma 49
Enrique II y su esposa Catalina de Médicis 51
Proceso y martirio de Anne Dubourg 54
La conjura de Amboise 57
Intrigas de los Guisa 61

Capítulo 3 *Desde el coloquio de Poissy al Edicto de Nantes* 1561-1598
El coloquio de Poissy y Teodoro de Beza 66
Despertar religioso 71
Defección del príncipe de Borbón 73
La masacre de Vassy 75

1ª guerra de religión ... 78
La toma de Ruan ... 80
Muerte del duque de Guisa en la batalla de Dreux ... 81
Los descalzos ... 84
Carlos IX y la 2ª guerra de religión ... 87
La 3ª guerra de religión ... 88
La batalla de Jarnac ... 90
La derrota de Moncontur ... 91
El séptimo sínodo nacional ... 94
Los promotores de la masacre de San Bartolomé ... 95
La 4ª guerra de religión. La noche de San Bartolomé ... 99
El sitio de Sancerre ... 106
La 5ª guerra de religión - Enrique III ... 109
La parroquia de Livron ... 113
La 6ª guerra de religión ... 114
La 8ª guerra de religión ... 117
La batalla de Coutras ... 119
Muerte de Enrique III ... 121
El papa de los hugonotes ... 123
Conversión al catolicismo de Enrique IV ... 126

Capítulo 4 *De la Promulgación del Edicto de Nantes hasta su Revocación* 1598–1685
De la promulgación hasta la muerte del rey (12 años) ... 131
Controversia sobre la Eucaristía ... 134
Muerte de Enrique IV ... 136
Jeremías Ferrier ... 140
Ensayo de dragonadas (Luis XIII) ... 142
El sitio de Montauban ... 148
En el cauce del río Arize ... 152
El sitio de La Rochela ... 155
Destrucción de Privas ... 158
En busca de la unión religiosa ... 163
El cardenal Mazarino ... 167
La Facultad de Montauban y el profesor Chamier ... 170
El rey Luis XIV aumenta las persecuciones ... 174
Abjuración de Turenne y proyectos de reunificación ... 178
La religión de Luis XIV ... 181
El fraude de Pelesson ... 182
Decretos excluyentes ... 184

Las dragonadas 186
Isaac Homel es ajusticiado en la rueda 190
El edicto de Fontainebleau o de Revocación 195

Capítulo 5 *De la Revocación del Edicto de Nantes hasta el Edicto de Tolerancia* 1685–1787
La gran emigración 202
Arrecia la persecución 207
Más dragonadas 210
Masacres del Merindol - La Sicardié 213
Muerte de Elias Neau, Fulcran, Rey, Brousson, Papus 216
Más galeotes 221
El abad de Chaila y Abraham Mazel 223
Empieza la guerra de los encamisados 224
El mariscal de Montrevel 232
Traicionan a Roland 235
El padre Letellier 241
Muerte de Luis XIV 242
Antonio Court 244
Un Edicto más severo - 14 de mayo de 1724 245
Fuga de Abraham Mazel de la Torre de Constanza 251
La heroína María Durand 253
Los vidrieros de Foix 256
El pastor Mateo Majal «Desubas» 258
Profanación del cadáver de Cabanis 261
Condena de Rochette y de los hermanos Grenier 263
Proceso de Juan Calas 264
Rabaut-Saint-Etienne, Presidente de la Asamblea Nacional 268
La Revolución Francesa 270

Las guerras de religión 1562–1598 273

Reyes de Francia implicados en las persecuciones 1533–1789 277
Casas de Valois, Navarra y Montmorency-Chatillon 278

Bibliografía 281

PRÓLOGO

Al inicio de la reforma religiosa emprendida por Martín Lutero en Alemania se le suele atribuir una fecha: 1517. En el curso de ese siglo XVI la Reforma prendió y se extendió por varios países de Europa: Inglaterra, Alemania y los territorios de Escandinavia. En la Europa de origen latino, Francia, Italia, España y Portugal, la Reforma encontró mayores dificultades.

En el tercer tomo de su monumental HISTORIA DE LA HUMANIDAD, traducida al castellano por Nicolás Salmerón y Fernández de los Ríos y publicada en Madrid en 1881, el historiador y filósofo belga François Laurent cuenta que Francia no podía simpatizar con los reformadores porque su genio era el de la unidad política y religiosa. El siglo XVI tenía por divisa: «Un Dios, un rey, una religión», la católica. En un Edicto de 1567 acerca de los funcionarios de la judicatura, proclamado como base de la monarquía, figuraba esta máxima: «Así como por la Providencia divina no hay más que un sol y un solo rey en nuestro reino, tampoco debe, por análoga razón, haber en él más que una sola religión»

Esto, sin embargo, no logró detener la entrada, expansión e influencia del protestantismo en el país galo. Francia era católica por necesidades políticas, no por las creencias, como España, que dio al catolicismo grandes caudillos en las luchas contra el protestantismo, como los reyes Carlos V, Felipe II, y el fundador de la Compañía de Jesús, Ignacio de Loyola.

La persecución contra los protestantes franceses no tardó en llegar.

Las pasiones religiosas, exaltadas hasta el frenesí, dieron lugar a una especie de guerras civiles, llamadas de religión, parciales e intermitentes que duraron unos 36 años, desde 1562 a 1598.

Uno de los episodios más sangrientos registrados en aquellas guerras de represión desatadas por católicos franceses contra hugonotes protestantes ocurrió en la llamada «Noche de San Bartolomé» o «ma-

tanza de San Bartolomé», que tuvo lugar el 24 de agosto de 1572 y que Benlliure explica con detalles en el segundo capítulo de este libro. Dice el autor que «cuando el sol se levantó el 24 de agosto habían muerto asesinados unos veinte mil hugonotes. En las calles todo era un tumulto impresionante, desorden y carnicería; arroyuelos de sangre corrían por las calles; cadáveres de hombres, mujeres y niños estorbaban delante de las puertas… el populacho corría detrás de los asesinos que mutilaban a los hugonotes, les arrastraban atados con una cuerda por el barrizal y la sangre, para ser también partícipes de esta fiesta de caníbales».

Los historiadores no se han puesto de acuerdo sobre el número de protestantes franceses que fueron asesinados en la noche de San Bartolomé y en varias ciudades del país. Los cálculos varían entre 70.000 y 100.000.

Laurent apunta directamente a los culpables. Dice: «Con la historia en la mano respondemos que la matanza fue predicada allí donde no se debía oír sino palabras de caridad». Más adelante insiste el prestigioso historiador: «Los franceses no fueron, a decir verdad, sino el instrumento de la Iglesia; y no es la mano que hiere a quien la Historia debe perseguir con sus maldiciones, sino al que inspira el crimen».

El escritor, político, estadista y elocuente orador Emilio Castelar se lamenta en el cuarto tomo de su magnífica obra LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA, publicada en Barcelona en 1883, de lo pronto que se olvidan estos dramas de la Historia.

En efecto. He podido comprobarlo. He consultado las Enciclopedias que ocupan anaqueles especiales en mi biblioteca y el olvido es absoluto o casi absoluto. La Enciclopedia de la Revolución Francesa, dirigida por Diderot y D´Alembert, edición de 1772, no contiene ni una sola línea sobre la matanza de hugonotes en Francia. El Diccionario Filosófico de Voltaire, contemporáneo de Diderot y d´Alembert, tampoco menciona el hecho. La Nueva Enciclopedia Larousse le concede exactamente tres líneas en el tomo V. La Enciclopedia Británica le dedica columna y media. La más generosa es la Enciclopedia Espasa. En página y media de texto resume las guerras que padeció Francia en menos de un siglo por cuestiones religiosas y políticas, hasta que el siglo XIX, con sus corrientes progresistas, puso fin al crimen y a la locura.

El ensayista e historiador norteamericano Harold Fuller, en un breve libro titulado *Recordando a los hugonotes*, dice que la sociedad actual ha olvidado esta página negra de la Historia y muy pocos escritores se atreven con el tema.

Es para mí un orgullo constatar que uno de esos pocos escritores es el español Félix Benlliure, que inició esta obra como una tesina que presentó en la Facultad de Teología Protestante de España para la obtención de un postgrado. El tema le tenía entusiasmado, le fascinó y le arrebató. Decidió profundizar en él. Ante la carencia de material en castellano decidió utilizar sus conocimientos del francés, idioma de la madre, y acudió al país vecino en busca de información. Sus investigaciones se prolongaron a la literatura inglesa, idioma que también domina y el resultado es esta obra ejemplar, única en su género.

Con la modestia e imparcialidad que le caracterizan, Benlliure advierte: «No quisiera que nadie buscara en este trabajo un espíritu sectario para sublimar un sistema. Me propuse ser narrador antes que juez y dar a conocer una historia antes que hacerla hablar en favor de una teoría».

Uno de los censores encargados de enjuiciar el trabajo para la concesión del postgrado y a la vez corrector del primer texto, el Dr. Bernardo Sánchez, emitió este juicio al justificar la calificación de sobresaliente otorgada al trabajo de Benlliure: «El autor ha viajado a los escenarios geográficos que enmarcaron las gestas de la evangelización de los pueblos galos; ha hurgado minuciosamente en los fondos editoriales, en archivos, en museos, en templos; ha entrevistado a descendientes directos de los santos inmolados, ha fotografiado retratos, escenas, símbolos, lugares, personas, para lograr enriquecer así su magnífico texto. La lectura engolosina y cautiva desde el principio hasta el final». Totalmente cierto.

Benlliure estructura su hermoso libro en cinco capítulos y dos apéndices. El primero hace referencia a la situación religiosa en Europa, el segundo y el tercero tratan acontecimientos que tuvieron lugar en el siglo XVI. Lo más estremecedor de este relato, el vertiginoso descenso de la maldad humana a las profundidades del horror, es la descripción que hace Benlliure de la matanza padecida por los hugonotes en aquella noche sin fin. El encanto estilístico del autor se mezcla con la caída emocional que hace padecer al lector.

El cuartocapítulo de la obra, que se inicia con la promulgación del Edicto de Nantes y concluye con su revocación, abarca los dos últimos años del siglo XVI y se prolonga hasta quince años antes de que concluya el XVII. Aquí Benlliure ejerce de historiador escrupuloso. El autor es consciente de que a la Historia incumbe ilustrar a los pueblos acerca de la trascendencia de sus actos, aunque algunos de ellos hagan retroceder a la posteridad con espantoso sacrilegio.

El Edicto de Nantes abrió una nueva era para Francia y para la humanidad. El protestantismo, señala Benlliure, fue un paso hacia lo porvenir, hacia el progreso. La Iglesia oficial dejó de pensar en destruir por la violencia a los seguidores de la Reforma y se comprometió a vivir con ellos sobre una base de igualdad.

Al parecer, y según añade Benlliure en otro lugar del libro, aquella tregua no fue idílica ni completa. «El Edicto de Nantes –escribe– no concedía la libertad religiosa, ni siquiera la simple tolerancia, como la entendemos en nuestros días, se trataba de un tratado de paz entre dos pueblos rivales que vivían en la misma nación.

»Sin embargo, peor fue la gran tragedia que costó enormes derramamientos de sangre y muchas lágrimas, con la revocación del Edicto de Nantes, que Luis XIV firmó el 18 de octubre de 1685 y que debe considerarse como el día más nefasto en la historia de Francia».

En el quinto capítulo de la obra, el autor nos lleva de la mano hasta las postrimerías del siglo XVIII, con la firma del Edicto de Tolerancia por parte de Luis XVI.

En este capítulo Félix Benlliure destaca el permanente combate para que los protestantes sean libres de una vez en el interior de un siglo problemático. Escribe con serenidad y profundidad sobre este siglo, llamado el de la ilustración, en los albores de una fiebre revolucionaria que se extendería por toda Europa hasta mediados del siglo XIX.

Por las páginas producidas por Benlliure en esta parte de la obra desfilan personajes históricos tales como Claude Brousson, Montrevel y Baville, Villars, Luis XIV, los pastores Desubas y Rochette y otros.

El interés del autor por estos episodios crueles de la Historia de Francia se comprende mejor si se tienen en cuenta sus vinculaciones con el país vecino al nuestro. Es hijo de padre español y madre francesa. Obtuvo una diplomatura en Teología tras años de estudios en el Institut Biblique Européen de París. Una vez instalado en España dividió su

tiempo entre el pastorado, la enseñanza y la literatura. En este campo ha destacado como traductor de libros del francés y del inglés. Además ha escrito obras sobre diferentes temas y colaborado con artículos publicados en revistas de España, Francia, Inglaterra y Estados Unidos.

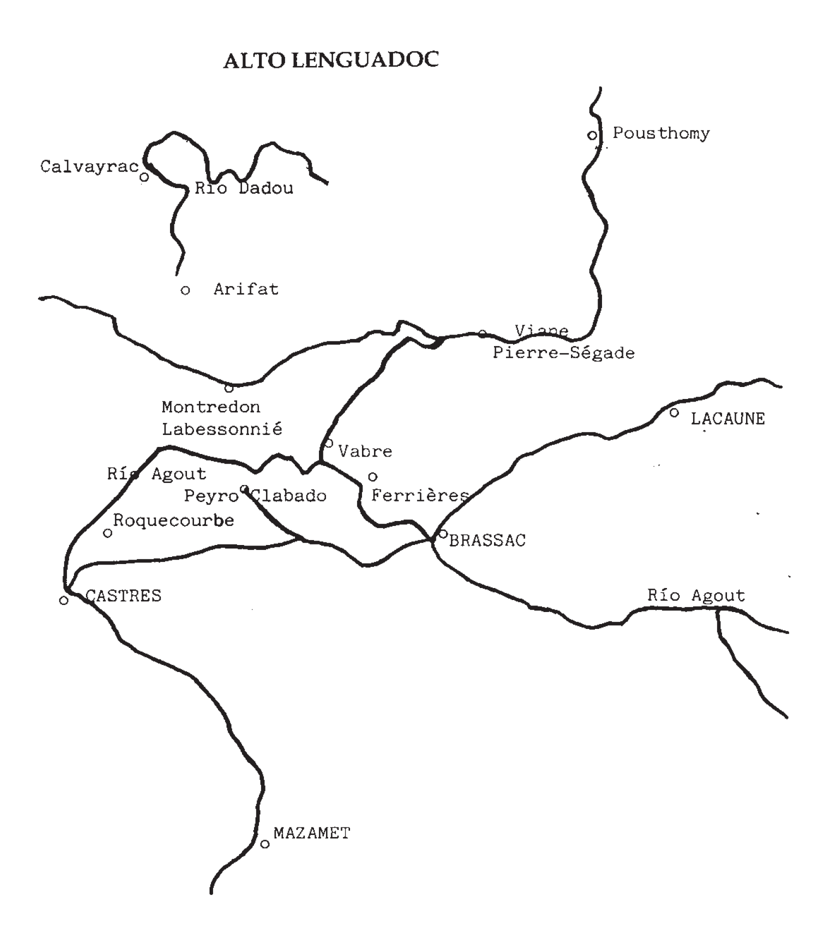
La lectura, los libros, han priorizado los años de Benlliure. En ellos ha visto siempre un espacio de luz que ha iluminado las trivialidades de la vida diaria. Porque con las letras de la literatura entra en nosotros un mundo que sin su compañía jamás habríamos llegado a descubrir.

Las páginas de LOS HUGONOTES se cierran con dos apéndices: Uno sobre los reyes de Francia y otro sobre las guerras de religión. El autor ofrece una relación de nueve reyes franceses implicados en las persecuciones de los hugonotes. Ocuparon el trono desde el año 1515 hasta 1793. Fueron reyes absolutistas –«el Estado soy yo»–, despóticos, representantes de una monarquía que se consideraba señora y dueña única de sus súbditos.

En el tratamiento que da a las guerras de religión Benlliure procede con más detalles. Describe los ocho períodos cruentos y sanguinarios que se iniciaron el 1 de marzo de 1562 y concluyeron el 2 de mayo de 1598 con el tratado de Vervins. Una frase tremenda, tremendamente cruda y realista concluye las reflexiones del autor sobre las guerras de religión: «¡Lástima que la humanidad haya tenido que conquistar el principio de libertad religiosa por medio de baños de sangre y sobre montones de ruinas!».

Los dos partidos religiosos que ensangrentaron Europa, la Reforma y el Vaticano, se acusan recíprocamente de la responsabilidad de estas desgracias. La lucha que ha dividido a los combatientes divide también a los historiadores. ¿Hasta cuándo? ¿Y de qué sirve tanta polémica? ¿Qué importan las necedades de unos y las disputas de otros? Es hora de ocuparse de los vivos y dejar en paz a los muertos. Imploremos al Eterno que la sangre derramada en las guerras de religión puedan servir de aviso y de escarmiento a los seres humanos en la ruda carrera de su perfeccionamiento.

JUAN ANTONIO MONROY
San Fernando de Henares (Madrid),
Enero 2006


ALTO LENGUADOC
Calvayrac
Río Dadou
Arifat
Pousthomy
Viane
Pierre-Ségade
Montredon
Labessonnié
Vabre
Río Agout
Peyro Clabado
Ferrières
Roquecourbe
LACAUNE
BRASSAC
CASTRES
Río Agout
MAZAMET
MONTAÑA NEGRA

Introducción

A pesar de las páginas que vas a leer, la historia del protestantismo en Francia continuará siendo incompleta porque sus ciclos siguen. Por esta razón y porque el campo de las investigaciones es inmenso y quedan muchos documentos por analizar, solo se pueden escribir, a pesar de su importancia, algunos fragmentos de esa epopeya que vivieron los hugonotes y duró cerca de doscientos setenta años.

Los que han escrito sobre la historia, relatan lo que han encontrado en libros y documentos fidedignos y añaden y clasifican la descripción de las etapas de un largo peregrinaje realizado. Las páginas que siguen son una pequeña contribución al desarrollo de esa historia, llena de sangre y lágrimas.

En su redacción se han empleado textos que otros muchos escritores sobre el tema encontraron y dejaron escrito, porque sobre el pasado no se puede inventar nada. Este libro es pues, una recopilación de datos, acompañados de observaciones del autor en su exposición de los hechos.

Dos motivos me han impulsado a narrar algunos de los terribles acontecimientos que sucedieron en aquella triste etapa de la contrarreforma. El primero es ser descendiente de hugonotes en la decimoquinta generación y desde siempre saber que mis antepasados aceptaron y se involucraron en una fe denostada y perseguida, celebrando reuniones prohibidas en sus casas.

«El día 8 de agosto de 1687, los nuevos convertidos de Calmont se congregaron cerca de la carretera que va a Gibel para con toda seguridad, cantar salmos, oír la lectura de la Biblia y hacer algunas plegarias litúrgicas. El cura de Calmont que estaba al corriente de lo que hacían los *religionarios*, fue al cónsul (especie de alcalde) a quejarse de la reunión e indicarle el lugar y pedirle que fuera a ver lo que sucedía. El cónsul obedeció la orden del cura y alrededor de las once de la noche se presentó donde estaban congregados y encontró a unas

doscientas personas a las que obligó a dispersarse y les prohibió toda clase de encuentros religiosos. Al día siguiente el cura pasó por varias casas donde vivían hugonotes para ver si cumplían la prohibición y las encontró todas vacías, particularmente la de Isaac Guichou, entre otras» (Archives Départamentales de l´Herault, C. 168).

Cincuenta y siete años más tarde y en plena revocación del Edicto de Nantes, «se convocó una Asamblea el 8 de noviembre de 1744, en casa de Antonio Guichou, bodeguero, de Calmont, Condado de Foix, que empezó a la una de la tarde para terminar a medianoche. Casi todos los domingos los nuevos convertidos se reunían en casa de Antonio Guichou» (Archives Départamentales de l´Herault, C: 211).

Soy descendiente por línea materna de esa familia llamada Guichou y del pueblo de Calmont, que en nuestros días ya no pertenece al Condado de Foix.

El tema de los hugonotes siempre me cautivó, hasta el punto de haber recorrido varias veces las montañas Cevenas y del Alto Languadoc donde ocurrieron los hechos, visitando museos, buscando en los archivos de los templos, comprando libros y preguntando a las personas. Mi deseo es que la lista de libros consultados, que se encuentran en la bibliografía, lleve a los lectores de este trabajo a documentarse sobre tan apasionante tema y lean a los autores.

El segundo motivo ha sido la falta de literatura en castellano sobre los hugonotes, debido a que en el pasado un solo autor protestante se atrevió a abordar el tema en el año 1944 y por las dificultades religiosas y la censura se imprimió en la editorial La Aurora, de Buenos Aires, Argentina.

No quisiera que nadie buscara en este trabajo un espíritu sectario para sublimar un sistema. Me propuse ser narrador antes que juez y dar a conocer una historia antes que hacerla hablar a favor de una teoría. De todas formas, algunos encontrarán un sentimiento maniqueista del que solamente ve un aspecto que le es favorable de los acontecimientos, aunque únicamente me remito a documentos escritos que se han publicado y a otros que están en los archivos.

Los objetivos que desearía alcanzar son una aversión profunda contra toda persecución religiosa, sin importar el nombre, ni el pretexto perseguido y unas máximas para todos como son: Libertad de pensamiento, libertad de creencias dentro de los límites del derecho común,

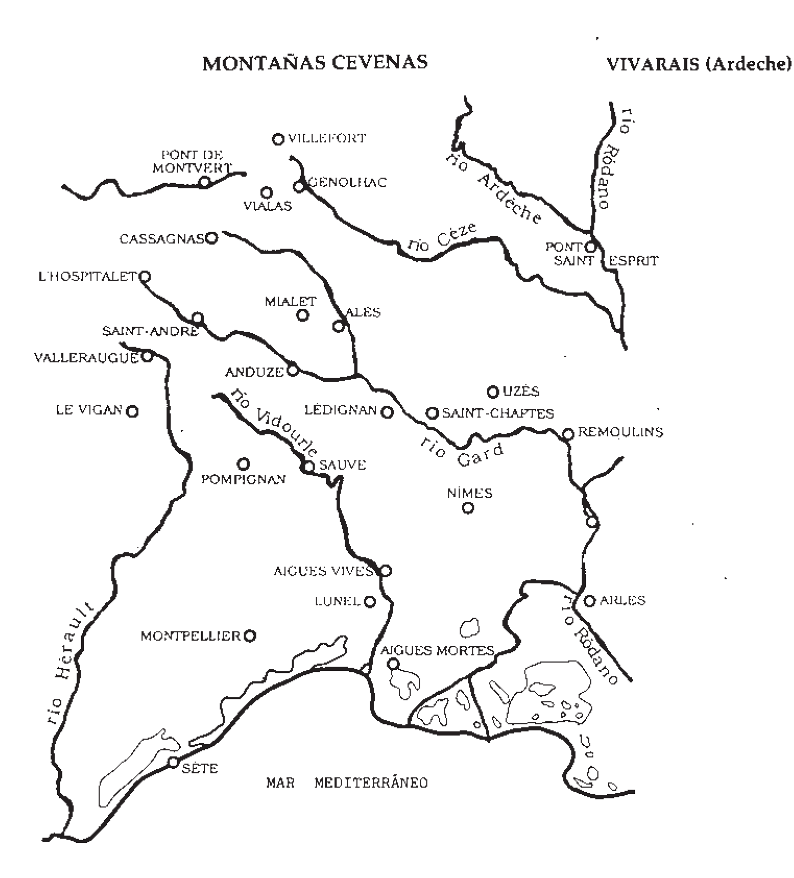
igualdad de todas las confesiones religiosas y por encima de esa igualdad, la caridad y el amor fraternal que respeta al equivocado e intenta enderezar el error.

He procurado en todo momento seguir un orden cronológico de los numerosos hechos ocurridos durante los 266 años de historia Reformada que cubre el relato, sin embargo algunas veces y debido a las distintas regiones, he tenido que volver un poco atrás para retomar más tarde el hilo de los acontecimientos.

Unas palabras de agradecimiento a mi esposa por su estimable ayuda en las correcciones; a mi madre Yvonne Andrieux que a pesar de su avanzada edad sigue firme en sus convicciones y un recuerdo a mi abuela Julie-Jeanne Pierre y a mi pastor D. Samuel Vila, que me enseñaron de niño las muchas letras del Camino. No puedo olvidar al Dr. Bernardo Sánchez, que con mucha paciencia y amor revisó el primer escrito como solamente él podía hacer y a D. Juan A. Monroy, viejo amigo, viajero incansable de las Buenas Nuevas, ejemplo de incombustible fidelidad al Evangelio, escritor prolijo muy valiente, que se ha dignado redactar el Prólogo de este trabajo.

Lo que van a leer fue una tesina de postgrado presentada en la Facultad de Teología Protestante de España-CEIBI.

FÉLIX BENLLIURE
Miami Playa (Tarragona)
Octubre 2005


MONTAÑAS CEVENAS
VIVARAIS (Ardeche)
VILLEFORT
PONT DE MONTVERT
GENOLHAC
VIALAS
río Ardèche
río Ródano
CASSAGNAS
río Cèze
PONT SAINT ESPRIT
L'HOSPITALET
MIALET
ALES
SAINT-ANDRE
VALLERAUGUE
ANDUZE
UZÈS
LE VIGAN
río Vidourle
LEDIGNAN
SAINT-CHAPTES
REMOULINS
río Gard
SAUVE
POMPIGNAN
NIMES
AIGUES VIVES
LUNEL
ARLES
río Hérault
MONTPELLIER
río Ródano
AIGUES MORTES
SÈTE
MAR MEDITERRÁNEO

Capítulo 1
La Europa del siglo XVI

La Reforma religiosa que tuvo lugar en el siglo XVI es el suceso más importante de los tiempos modernos. Ello permitió un gran cambio en los países protestantes y que casi todo se modificara en los países católicos: doctrinas religiosas y morales, instituciones eclesiásticas y civiles, ciencias y letras. Se puede decir que la Reforma marca el punto de partida de un mundo nuevo con conceptos de la vida distintos.

En ningún país latino la Reforma encontró, desde su aparición, un terreno tan favorable como en Francia. Desde el siglo anterior el sur de Europa sufría los abusos de la autoridad papal y sin renegar de los dogmas básicos del cristianismo, la iglesia católica romana los había desfigurado y mutilado hasta el punto de hacerlos casi irreconocibles.

Las riquezas de la iglesia y de las órdenes monásticas, la ignorancia y la inmoralidad de numerosos eclesiásticos, el abandono en el que se encontraba el pueblo llano en materia de enseñanza y dirección espiritual, los semi-dioses que habían dejado entrar con el nombre de santos y santas, los ritos, las festividades religiosas, los lugares sagrados, el incienso, el agua bendita, el sacerdocio, la confesión auricular. Se trataba de un politeísmo encubierto bajo el manto de la religión de Cristo que propiciaba y hacía necesaria una reforma.

Este cúmulo de errores y supersticiones habían ido en aumento durante las prolongadas tinieblas de la Edad Media. De tiempo en tiempo se veía surgir una nueva falsedad en la historia de la iglesia y podemos señalar fácilmente, con fechas, todas las grandes alteraciones experimentadas. Los defensores más acérrimos de la Santa Sede reconocen que la corrupción era enorme a comienzos del siglo XVI. «Algunos años antes de la aparición de la herejía calvinista y luterana no había ninguna severidad en las normas eclesiásticas, ni pureza en las costumbres, ni ciencia en el estudio de la Palabra santa, ni respeto por las cosas sagradas, ni en la religión» (13 pág. 2).

La predicación del evangelio era poco frecuente, por no decir rara, y contribuía a incrementar las tinieblas en lugar de disiparlas. Bossuet lo reconocía con las siguientes palabras: «Muchos predicadores solo predicaban las indulgencias, las peregrinaciones, las limosnas dadas a los religiosos y hacían de esas prácticas la base de la piedad cuando eran solo cosas accesorias. No hablaban tanto como era debido de la gracia de Jesucristo» (13, pág. 1).

La Biblia enmudecía bajo el polvo en las bibliotecas y en algunos lugares la tenían atada con cadenas de hierro: ¡Qué imagen tan triste ofrecía la prohibición de la Palabra en el mundo católico, los cuales después de haberla arrebatado a los fieles, habían encerrado la Biblia bajo llave en los seminarios y bibliotecas y la tenían atada en las iglesias!

Poco antes de la Reforma habían prohibido a los profesores de Alemania explicar la Palabra santa en sus lecciones públicas o privadas. Las lenguas originales del Antiguo y Nuevo Testamento eran sospechosas de herejía y cuando Lutero alzó la voz, la iglesia de Roma tuvo muchas dificultades en encontrar doctores capaces de discutir con el reformador el texto de las Sagradas Escrituras. En ese largo silencio de los autores sagrados, la ignorancia, los prejuicios, la ambición y la avaricia hablaban con toda libertad. Los curas empleaban a menudo esa libertad, no para la gloria de Dios, sino para la suya propia y la religión destinada a transformar al hombre a imagen de su Creador, vino a transformar al mismo Creador a la imagen de un hombre estúpido e intolerante.

Las masas populares parecían seguir la religión, pero era por costumbre y tradición, más que por devoción y entrega. La teología, que se había puesto de moda con la escolástica, no tenía ningún interés ni autoridad. El entusiasmo de la Edad Media manifestado en todo Europa con el fervor de las Cruzadas, había dejado de existir.

Quedaban algunos hombres y mujeres piadosos en los presbiterios, en los claustros y entre los laicos, que hacían el esfuerzo de asir la verdad a través de los velos que la encubrían, pero estaban aislados y además eran sospechosos. La disciplina a la obediencia debida era incuestionable. El pontífice romano se había otorgado el título de obispo universal y pretendía ejercer la mayoría de los derechos que pertenecían en los siglos primeros a los responsables de las diócesis

y como no podía estar en todo lugar agravaba los abusos que debía haber extirpado.

Lo que representaba el soberano pontífice para los cardenales, obispos, frailes mendicantes, vendedores de indulgencias y otros agentes vagabundos del papado; lo representaba también para los curas sencillos, monjas y frailes de buena voluntad. La autoridad regular y legítima cedía el puesto a esos intrusos que bajo promesa de dirigir el rebaño lo pervertían. Los laicos estaban desmoralizados porque todo era desorden y anarquía.

En tiempos pasados la iglesia de Roma imponía a sus fieles severas penitencias, pero ahora predicaban el rescate de los pecados con dinero y lo peor era que podían comprarse todos a la vez, por adelantado, para toda la vida, para toda la familia, para toda la posteridad, para todo un pueblo. La gente se burlaba de la absolución del cura porque ya le habían pagado por anticipado.

«Las guerras con los turcos y la erección de la basílica de San Pedro sirvieron como útil pretexto para iniciar una gran campaña de venta de indulgencias. Los vendedores de las mismas, los frailes, hicieron cuanto estuvo en su poder para alabar las excelencias de su "mercancía". La necesidad de penitencia y arrepentimiento ya no fueron mencionados más. Se concedía incluso indulgencias por pecados todavía no cometidos» (2, T. I, pág. 498)

El tráfico de indulgencias se hacía como si fuera un negocio ordinario, pues había sus directores, subdirectores, jefes de ventas, oficinas, tarifas y revendedores. Las indulgencias se vendían en subasta, al pormayor y al pormenor, en las plazas públicas y empleaban a los agentes que mejor dominaban el arte de engañar y despojar a los hombres.

Merle d´Aubigné dice: «La iglesia había abierto un vasto mercado sobre la tierra. Al ver la multitud de compradores y oír los gritos y bromas de los vendedores, la plaza parecía una feria. La mercancía que pregonaban y ofrecían era ni más ni menos que la salvación de las almas. Los mercaderes recorrían el país en hermosos carruajes, acompañados de tres lacayos y hacían grandes dispendios. Cuando el séquito se acercaba a la ciudad un diputado se presentaba al magistrado y le decía: "La gracia de Dios y la del santo padre están dentro de vuestras puertas". El jefe de los vendedores de indulgencias llevaba en sus

manos una gran cruz roja de madera. Toda la procesión caminaba al paso, en medio de cánticos, oraciones y el vapor de los perfumes» (10, T. I, pág. 234).

Además de las indulgencias, Roma utilizó todos los medios a su alcance para engordar sus arcas. Todo era lícito si servía para aumentar las propiedades de la iglesia: la guerra y la paz, las victorias y las desgracias públicas, los éxitos y los fracasos de los particulares, la fe de unos y la herejía de otros. Lo que no podían obtener de la liberalidad de los fieles lo buscaban en la expoliación de los que no lo eran.

Fue sobre todo el sacrilegio de la simonía lo que dio un golpe fatal a la iglesia romana. Nada indispone más a los pueblos que encontrar en la religión una conducta moral inferior a la que ellos tienen por instinto.

El clero regular y secular poseía la mitad del territorio alemán, en Francia la tercera parte y en otros países todavía más. Las propiedades eclesiásticas estaban libres de impuestos. Curas y frailes sin llevar las cargas del estado, recogían todos sus beneficios y no solo gozaban de enormes privilegios por sus bienes, sino que también tenían otros por sus personas. Todo religioso era un ungido por Dios y por lo tanto algo sagrado para un juez civil. Nadie podía tocarle antes de ser juzgado, condenado y degradado por los miembros de su orden. La clerecía formaba una sociedad completamente distinta de la sociedad general. Se trataba de una casta colocada fuera y por encima del derecho común, donde hasta la justicia creía en su inmunidad.

Los curas no permitían que los magistrados les persiguieran y en cambio se atribuían a sí mismos el derecho de intervenir en los procesos contra los laicos. Testamentos, matrimonios, estado civil de los niños y muchos otros asuntos que llamaban mixtos, eran llevados a los tribunales de forma que una parte considerable de la justicia dependía del clero y de su jefe. Quizá en tiempos de ignorancia, cuando los eclesiásticos eran un tanto privilegiados por tener ciertos estudios, sus conocimientos podían ser útiles a la sociedad, pero en el siglo XVI después del renacimiento de las letras, las prerrogativas que poseían eran nefastas y las usurpaciones intolerables.

Debo decir también en honor a las personas de la época que, de vez en cuando, ante cada error y cada abuso del poder sacerdotal, se habían levantado adversarios valientes que manifestaban su desacuerdo con la

iglesia. Recordamos a Claudio de Turín; los valdenses y los albigenses; Juan Wycliffe; Juan Huss; Savonarola; los hermanos de Moravia y de Bohemia, que si bien eran pequeñas y débiles comunidades aplastadas por los papas unidos con los príncipes, desde lo alto del cadalso y ante sus verdugos transmitían la llama sagrada de la fe primitiva hasta que Lutero hizo resplandecer la luz sobre el mundo cristiano.

Otra protesta, parecida a la precedente y que se ha calificado a veces de protestantismo católico, había surgido muchas veces en el mismo seno de la iglesia, sobre todo después de la aparición de los místicos de la Edad Media. Entre los teólogos encontramos a Bernardo de Clairvaux; Juan de Gerson; el cardenal Pedro d´Ailly; Nicolás de Clémangis, etc., y entre los poetas a Dante y Francisco Petrarca. Dentro de la misma iglesia y en los concilios que tuvieron lugar en Pisa, Constanza y Basilea, se oyó el mismo grito: La iglesia necesita una reforma en la fe y en las costumbres; en la jefatura suprema y en los feligreses. Pero esos movimientos fracasaron siempre porque no atacaban el mal por sus raíces.

Mientras el papado perseguía la primera de esas protestas e intentaba seducir a la segunda, se levantó un enemigo nuevo, el más peligroso de todos porque podía tomar las formas más diversas; se podía manifestar al mismo tiempo en todo lugar y era indomable. Se trataba del espíritu humano que despertaba de un largo sueño que le hacía sentir una inmensa necesidad de renovación, conocimiento y libertad.

El descubrimiento de la imprenta ayudó al renacimiento de las letras. El viejo mundo parecía reaparecer entero al mismo tiempo que Cristóbal Colón descubría un mundo nuevo. «Más de tres mil escritos se publicaron entre los años 1450 a 1520» (13, pág. 9).

La Santa Sede, que había demostrado ser muy hábil a veces, no lo fue ante ese vasto movimiento de las letras. Se sucedieron varios papas, unos ineptos, otros ávidos de dinero y algunos manchados por crímenes terribles.

«Casi todos los sucesores de Pío II hasta la Reforma se distinguieron por su falta de piedad, cuando no por sus grandes vicios. Pablo II fue un amante de la pompa y del jolgorio e hizo resurgir el carnaval romano; Sixto IV reguló los burdeles de Roma y promocionó las indulgencias mediante *Breves e Indulgencias*; Inocencio VIII tuvo numerosos hijos ilegítimos que le valieron el apodo de "padre del

pueblo"; Alejandro VI o Rodrigo Borgia, español de Xátiva, llamado el "cardenal faldero", tuvo siete hijos bastardos, cuatro de ellos de la misma mujer, Vanozza Cattanei. Uno de ellos, César, fue destinado por su padre a la carrera eclesiástica y a los siete años se le nombró canónigo de Valencia. Cuando su padre subió al papado, fue hecho arzobispo y luego cardenal. Mandó quemar a Savonarola «después de escoger él mismo los troncos» y murió envenenado con el vino que su hijo había preparado para un cardenal; Julio II era de la familia de los Médicis, hombre culto y de gusto refinado, pero lujurioso y desprovisto de todo interés por la iglesia. Fue excomulgado en Milán por el llamado Concilio de Pisa. El último, León X, fue nombrado cardenal a los trece años y su gran deseo era el dinero de las indulgencias antes que los intereses espirituales de la iglesia que regía. El pobre tenía el gusto voluptuoso de la estirpe medicea a la cual pertenecía sin tener su grandeza ni valentía; era cura de tres al cuarto sin teología; pontífice sin formalidad, que hacía disputar a sus bufones sobre la inmortalidad del alma al finalizar sus banquetes y gozaba con los frívolos divertimentos del teatro cuando Alemania ardía en medio del fuego» (13, pág. 9). El autor antes citado G. de Félice dice: «Parece que había sido escogido por Dios para allanar el camino de la Reforma».

Casi todo estaba preparado. Justo apenas comenzar el siglo XVI, empezaron a oírse los murmullos, tanto en el mundo moral como físico y espiritual, que anunciaban la tormenta que se acercaba. La gente se sentía oprimida e inquieta por algo extraordinario que presentían. El emperador Maximiliano y el rey Luis XII convocaron un concilio en Pisa con el propósito de que el papa Julio II pusiera orden y remedio a los males de la iglesia. Asistieron varios cardenales a pesar de la prohibición de la Santa Sede, pero al final le excomulgaron por incorregible y contumaz.

En medio de esta espera inquieta y general, los adversarios se envalentonaban. Unos reivindicaban los derechos de la ciencia contra la enseñanza de las universidades; otros pregonaban los derechos de la razón sobre las espadas y unos pocos oraban a Dios para que resplandeciese el sol de justicia. Entonces apareció Martín Lutero.

No voy a escribir la historia del gran reformador aunque no puede obviarse. El caso es que le enviaron a Roma para ocuparse de los asuntos de la orden de los agustinos a la que pertenecía y allí encontró

una enorme incredulidad, además de una inmoralidad escandalosa. Lutero volvió a Alemania con el corazón destrozado y la conciencia atormentada por dudas amargas. En el convento de Erfurt descubrió una vieja Biblia que le revelaba unas doctrinas muy diferentes de las que le habían enseñado, aunque todavía no había en su pensamiento el deseo de emprender la reforma de la iglesia. En tanto que pastor de almas y profesor en Wittenberg se limitó a propagar a su alrededor sanas doctrinas y buenos ejemplos.

Pero un hombre llamado Juan Tetzel, mercader de indulgencias, audaz hasta la insolencia, recién condenado a prisión por crímenes notorios y amenazado con ahogarle en el río Inn por los habitantes del Tirol, se atrevió a interponer su vil tráfico contra la palabra de Lutero y las almas que le habían sido confiadas. Lutero se indignó y volvió a leer su Biblia para un día del año 1517 poner en la puerta de la catedral de Wittenberg esas noventa y cinco tesis que iban a resonar por todos los caminos de Europa.

La rebelión de su conciencia le hizo buscar en la Biblia armas nuevas para luchar contra la iglesia de Roma y sería esa misma rebelión moral la que reuniría a su alrededor a miles de millones de discípulos. Lutero se había puesto a la cabeza de buenas personas que deseaban lo mejor para la iglesia.

Al dogma de la justificación por las obras, que había producido prácticas extrañas y tan vergonzosos excesos, opuso la justificación por la fe en la redención de Jesucristo. Toda su doctrina se resume en estas palabras del apóstol Pablo: «Porque por gracia sois salvos, por medio de la fe y esto no viene de vosotros, es un don de Dios» (22, Efesios 2:8). Esta doctrina tenía la doble ventaja de apoyarse en textos netamente bíblicos y a al mismo tiempo echar por tierra el tema de las indulgencias, las rogativas a los santos, las peregrinaciones, flagelaciones en busca de santidad, penitencias y toda clase de méritos artificiales.

Lutero había dado el primer paso y esperaba de la curia una respuesta favorable, pero en vez de un deseo de reforma, se le mandó una bula de excomunión. El 10 de diciembre de 1520 el doctor de Wittenberg la quemó solemnemente en presencia de numerosos espectadores. La llama que salió del papel escrito iba a iluminar Europa, y proyectar sobre los muros del Vaticano un destello siniestro.

El 17 de abril de 1521 Lutero compareció ante la dieta de Worms. En contra suya estaba el papa y el emperador que eran los dos poderes más grandes del mundo en esa época y a su favor la Palabra de Dios y las fuerzas vivas del siglo.

Cuando le pidieron que se retractase de todo lo que había propagado, invocó el testimonio infalible de la Biblia. Si ella le convencía del error, se retractaría, de lo contrario seguiría con sus creencias. El enviado de Roma rechazó abrir el Libro que condenaba al papado y Carlos V comenzó a darse cuenta de que aquí en la tierra hay cosas superiores al poder de la espada.

Es interesante observar que Lutero no se presentó con un sistema doctrinal completo y cerrado. En primer lugar empezó a tratar sobre los abusos de la iglesia romana, con la voluntad firme y dispuesta a ir destruyendo poco a poco, el viejo sistema del catolicismo, mientras al mismo tiempo construía un nuevo edificio. En realidad, creo que no comprendía del todo la misión que se encomendaba a sí mismo hasta que no la cumplía.

Después de despertar las conciencias, se ocupó en enderezar la doctrina; después de la doctrina, la reforma del culto; después del culto, el establecimiento de nuevas instituciones eclesiásticas. Creo que Lutero nunca fue más allá de sus convicciones, ni se adelantó demasiado al sentir de la gente. Este fue el motivo por el cual retuvo bajo su bandera a los que se habían cobijado en ella y le ayudaron en su trabajo. El reformador dio mucho a su generación y probablemente, a cambio, recibió mucho más.

Una de sus obras más laboriosa y a la vez importante, fue la traducción de la Biblia al alemán, porque fijó el idioma de su país y afirmó la fe de muchos.

Ocho años después de la publicación de las noventa y cinco tesis, en 1525, Lutero se casó con Catalina de Bora, con la misma convicción del que llegó a ser papa con el nombre de Pío II, quien decía que si había algún indicio para prohibir el matrimonio de los curas, hay muchos más argumentos para permitirlo. Para el reformador aquel acto solemne no fue una precipitación que comprometiera su carácter, ni un hecho que debilitara sus enseñanzas. Tenía entonces cuarenta años y sus mismos adversarios dijeron que «había vivido toda su juventud sin un solo reproche y en la continencia» (13, pág. 13).

En 1530, Melanchton, su compañero en las labores y ambos de acuerdo, presentó en la dieta de Augsburgo la confesión de fe que durante siglos ha sido el lazo de unión de la reforma luterana. Los protestantes mostraron al mundo que se habían sacudido el yugo de Roma aceptando sin reservas las enseñanzas de la Biblia, en la medida de las luces de la época.

Lutero pasó por numerosas y difíciles pruebas tales como los excesos anabaptistas, la revuelta de los campesinos, las ambiciones de los príncipes que mezclaron los asuntos religiosos con los cálculos políticos, los excesos de algunos de sus discípulos y la debilidad y timidez de otros. Muchas veces fue contristado pero no llegó al abatimiento y el mismo espíritu de fe que le había facilitado la ruta, le permitió andar con inconmovible perseverancia.

Lutero murió en 1546. Algunas horas antes de su fallecimiento decía: «A todos los presentes orad por la causa de Dios y de su Evangelio, porque el concilio de Trento y el papa están muy enfadados». Cuando un sudor frío invadió su cuerpo se puso a orar en los siguientes términos: «Oh, querido Padre celestial, Dios y Padre de mi Señor Jesucristo, Dios de toda consolación, te doy gracias por haberme revelado a tu Hijo Jesucristo en quien creo; a quien he predicado y confesado, amado y glorificado. Te ruego Señor Jesucristo que tengas piedad de mi alma». Después repitió tres veces en latín: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Tu me has rescatado, oh eterno Dios de verdad». Sin ningún esfuerzo ni agonía salió de su cuerpo el último suspiro y entregó el alma a Dios.

Mientras la Reforma cambiaba el aspecto de Alemania, las ideas reformadas también se propagaban por las montañas y valles de Suiza. Incluso se habían manifestado antes a través de un cura y predicador llamado Zwinglio. «Empecé a predicar en el año de gracia 1516 escribía, es decir, cuando el nombre de Lutero todavía no se había mencionado en nuestras regiones. No fue de Lutero de quien aprendí la doctrina de Cristo, sino de la Palabra de Dios».

Otro mercader de indulgencias llamado Samson obligó en 1518 a que Zwinglio se manifestara abiertamente. Siempre era la conciencia la que se sublevaba contra los desórdenes de la autoridad católica y la Reforma fue, ni más ni menos, una protesta de la moral ultrajada antes que una renovación religiosa. Ese carmelita descalzo, llegado de Italia,

era tan impúdico que era capaz de indignar al mismo vicio. «Puedo perdonar todos los pecados, gritaba, porque el cielo y el infierno están sometidos a mi poder y vendo los méritos de Jesucristo a todos los que quieran comprarlos pagando al contado» (13, pág. 13).

Se vanagloriaba de haber conseguido sumas enormes de dinero de un país pobre y cuando la gente no poseía dinero en metálico, a cambio de sus bulas papales, aceptaba vajillas y otros enseres de oro o plata. Mandaba a sus acólitos gritar a la multitud que le apretujaba: «No os molestéis unos a otros. Dejad que se acerquen primero los que tienen dinero, que después intentaremos contentar a los que no tienen».

A partir de entonces, Zwinglio atacó el poder papal, las indulgencias, el sacramento de la penitencia, el mérito de las obras, el sacrifico de la misa, la abstinencia de carnes en días señalados, el celibato del sacerdocio y a medida que la voz del pueblo se manifestaba favorable, más fuerte y enérgica era la suya.

El reformador suizo era un hombre modesto, afable, popular y de conducta irreprochable. Poseía un profundo conocimiento de las Escrituras, una fe viva, una sólida erudición, sus ideas eran claras y concretas y tenía una capacidad de trabajo sin límites. Se había alimentado de la literatura griega y latina y sentía una gran admiración por los clásicos de la antigüedad, hasta el punto de tener algunas opiniones muy nuevas y atrevidas para la época que le tocaba vivir. Como varios Padres de la Iglesia, admitía la acción permanente y universal del Espíritu divino en la humanidad. Llamado a Zurich, se dejó de tradiciones humanas para enseñar lo que había sacado de la Biblia. En 1520 el concejo de Zurich publicó una orden en la que se pedía a todos los eclesiásticos, predicar solamente aquello que pudieran probar con las Escrituras.

Tres años más tarde el papa Adriano, viendo cómo incrementaba la autoridad de Zwinglio, intentó ganarle para su causa y le mandó una carta en la cual le felicitaba por sus excelentes virtudes y encargaba a su portador que le ofreciera todo lo que quisiera *excepto la sede pontificia.* Adriano conocía el precio del hombre pero no su carácter, y al mismo tiempo que se le ofrecían tan altas dignidades, en Zurich Zwinglio discutía de doctrina con los delegados del obispo de Constanza y les hacía quedar en ridículo.

Otros debates se abrieron en presencia de los magistrados y del pueblo y el 12 de abril de 1525, salía un edicto ordenando la abolición

de las misas y la celebración de la comunión según la simplicidad del Evangelio.

Quisiera señalar la diferencia de costumbres en aquellos días. En el siglo XVI el poder civil era el que decidía en los cambios de religión, lo que hoy sería una usurpación intolerable pues a medida que los tiempos avanzan, menos las autoridades civiles se inmiscuyen en las libertades del individuo, sobre todo en los países adelantados.

Los cantones helvéticos se alinearon, unos al lado de la Reforma y otros al lado de Roma, lo que provocó una terrible guerra de religión. Era costumbre por aquel entonces que el primer pastor de Zurich acompañara al ejército y Zwinglio se vio obligado a ir. El historiador Ruchat dice que «se puso en camino como si fuera a la muerte y aquellos que observaban sus gestos se dieron cuenta de que no cesaba de orar a Dios por su alma y la iglesia» (13, pág. 17).

El 11 de octubre de 1531 cayó en el campo de batalla de Cappel. Se levantó tres veces, pero ante la desbandada general, volvió a caer para no levantarse. «¡Qué desgracia está ocurriendo! ¡Estos malvados podrán matar el cuerpo pero no el alma!». Éstas fueron las últimas palabras que pudo articular, mientras seguía moviendo sus labios en oración. Unos soldados que pasaban le recogieron malherido y sin conocerle le dijeron si quería confesar e invocar a la virgen y a los santos. Movió negativamente la cabeza y levantando los ojos al cielo continuó con sus mudas oraciones. Pasaba por allí un oficial y le dio un golpe de pica en la cabeza y acabó de matarlo. Aunque no se sabe su edad con certeza, algunos historiadores dicen que tenía cuarenta años y otros cuarenta y siete.

«Zwinglio ejerció un ministerio en el ejército, dice Teodoro de Beza, murió en el campo de batalla y después el enemigo quemó su cuerpo: Dios honró en aquel lugar a su siervo con una doble corona, ya que ningún hombre sabría morir de una forma más honesta y santa; perdiendo su vida corruptible por la salvación de su patria y por la gloria de Dios.»

A pesar de los varios fracasos, la Reforma se extendió rápidamente por una gran parte de Europa y en algunos países tomó carta de residencia. En Alemania fue aceptada por la mayoría de estados; parte de Hungría, Dinamarca, Noruega, Suecia y algo de Polonia, rompieron también con las cadenas del catolicismo romano.

En Inglaterra y Escocia dos movimientos distintos condujeron los pueblos a la fe protestante: uno estaba encabezado por Enrique VIII y el otro por el pastor Juan Knox. Fue el origen de las diferencias de principios y de organización que han subsistido hasta nuestros días.

La Reforma penetró en el sur de Europa sin poder establecerse. En España, la larga lucha mantenida contra los árabes había identificado el catolicismo con un espíritu de nacionalidad; si se era español se era católico y no musulmán, lo que permitió el mantenimiento de la llamada Santa Inquisición, apoyada siempre por el fanatismo popular. En Italia, el escepticismo de los intelectuales, las numerosas ramificaciones del clero, los intereses de una multitud de familias que vivían del mantenimiento del sistema eclesiástico, la pasión de las gentes por las artes y las pompas y boato del culto romano, impidieron los progresos del protestantismo.

Varios países que rodean Francia, como Suiza, Alemania, Flandes y Holanda aceptaron también la predicación de las nuevas ideas, así la Reforma se extendía por las distintas fronteras del país a la vez que intentaba penetrar y propagarse en el interior.

Hasta aquí he procurado describir la necesidad que tenía la iglesia y la sociedad de una reforma doctrinal y de costumbres. En Francia la Reforma tuvo que combatir la incredulidad y la superstición, pero además encontró un tercer enemigo que no había encontrado en los países germánicos y que era la inmoralidad. «La degeneración era tan grande que hombres valientes hablaban de la *iglesia del maligno* y sostenían que era más provechoso orar a Dios en un establo que en una iglesia» (10, T. III, pág 356).

Los cambios no solo debían ser dogmáticos y eclesiásticos, sino también morales. La deformación de la Iglesia Romana era tan profunda que el grito de muchos subía al cielo, aunque Dios tenía a sus hombres preparados para emprender el cambio en el momento que Él quisiera.

Llegamos ahora a la historia que motiva el título de este trabajo. Veremos terribles persecuciones que fueron soportadas por el valor que da la fe y la perseverancia de las víctimas. El conjunto de los sucesos forma parte de uno de los capítulos más importantes en los anales de la nación francesa y una de las páginas más interesantes de la Reforma.

Capítulo 2

Desde la Reforma al coloquio de Poissy (1521–1561)

La ciudad de Meaux, que se encuentra a unos cuarenta y cinco kilómetros al este de París, fue la primera en oír públicamente las doctrinas de la Reforma. Era el año 1521, cuatro años después de que Lutero colocara sus tesis sobre las indulgencias en la puerta de la Iglesia del castillo de Wittenberg y el mismo año que comparecía ante la dieta de Worms.

Dos predicadores llamaban sobre todo la atención de los habitantes de Meaux: Jacques Lefèvre y Guillermo Farel, el primero tenía cerca de setenta años pero lleno de actividad en su verde vejez; el otro, joven, decidido, ardiente que según el testimonio de sus contemporáneos, hacía temblar las plazas y los templos con su voz de trueno.

Jacques Lefèvre nació en Etaples, pequeña población de Picardía, al noroeste de Francia. Dotado de un espíritu curioso y vasto, había realizado estudios de todo: lenguas antiguas, bellas artes, historia, matemáticas, filosofía, teología y en sus largos viajes había reunido todas las enseñanzas que se podían aprender a finales del siglo XV. De vuelta a Francia, fue nombrado profesor de la universidad de París y reunió alrededor suyo a numerosos alumnos. Los doctores de la Sorbona, inquietos por su sabiduría y celosos de su reputación, le controlaban desafiantes. Sin embargo era hombre de una devoción acusada, siendo uno de los asiduos a oír misa, asistir a las procesiones y pasaba horas enteras a los pies de las imágenes de María llevándoles flores. Incluso había empezado a escribir las leyendas de los santos, pero no las terminó porque al leer la Biblia para completar su trabajo,

se dio cuenta de que la santidad de muchos héroes del santoral romano se parecían poco a los ideales de las virtudes cristianas.

No dejó jamás este nuevo terreno y siempre sincero con sus alumnos y su conciencia, atacó públicamente algunos de los errores de la iglesia católica. A la justicia de las obras externas opuso la justificación por la fe y anunció una próxima renovación de la religión de los pueblos. Esto sucedía el año 1512.

Es importante anotar las fechas, porque nos demuestran que las ideas de una reforma no solo de culto y disciplina, sino también de principios, se manifestaron en varios lugares a la vez, sin que los que lideraron los movimientos hubieran podido ponerse de acuerdo. Cuando una revolución política o religiosa está en su momento álgido, se manifiesta por todas partes y nadie sabría decir quien fue el primero en provocarla.

Entre los que escuchaban con avidez las nuevas opiniones de Lefèvre se encontraba Guillermo Farel, ya mencionado anteriormente. Nacido en Gap, población de los Altos Alpes, en el sureste de Francia, había sido instruido de muy niño en las prácticas devotas, donde había buscado como su maestro, la paz del alma. Día y noche, tal como escribió personalmente a todos *los señores de los pueblos*, rezaba a la Virgen y a los santos; cumplía con todos los ayunos prescritos por la iglesia; pensaba que el pontífice romano era un dios sobre la tierra; consideraba a los curas como intermediarios de todas las bendiciones celestiales y trataba de infiel a todo aquel que no tuviera un fervor parecido al suyo.

Cuando oyó a su venerado maestro enseñar que esas prácticas servían de muy poco y que la salvación viene por la fe en Jesucristo, empezó a agitarse en su interior. Por un lado, las lecciones y costumbres de la casa paterna, con tantos recuerdos, tantas plegarias y tantas esperanzas. Por otro, las declaraciones de la Biblia, con el deber de subordinarlo todo en la búsqueda de la verdad y la promesa de una redención eterna. Estudió en las lenguas originales para captar mejor el significado de las Escrituras y después de los dolores de la lucha, descansó en convicciones nuevas y más firmes.

Farel y Lefèvre se unieron en una profunda amistad porque había entre ellos un gran parecido en los principios y un gran contraste en los caracteres. El viejo calmaba el ímpetu del joven y éste fortalecía

el corazón un poco temeroso del anciano. Uno se inclinaba hacia la especulación mística, el otro hacia la acción y los dos se prestaban mutuamente lo que faltaba a cada uno.

Había en Meaux un tercer personaje de alto rango que les animaba con su palabra y con su respeto. Era el mismo obispo, Guillermo Briçonnet, conde y antiguo embajador del rey Francisco I en la Santa Sede. Igual que Lutero, había vuelto de Roma muy desengañado del papado y la curia romana y sin querer separarse totalmente de la iglesia, como se vio más tarde, intentó corregir los abusos.

Cuando volvió de Roma para tomar posesión de la diócesis se indignó a causa de los desordenes que imperaban. La mayoría de los curas cobraban las rentas de sus trabajos, pero no cumplían con sus deberes. Permanecían en París llevando una vida disoluta y mandaban ocupar su lugar a pobres vicarios que no poseían formación ni autoridad. Después, para las grandes fiestas, venían frailes mendicantes que predicaban de parroquia en parroquia, deshonrando el púlpito con sus chabacanerías, sin preocuparse de sus obligaciones, ni de edificar a los fieles.

Briçonnet intentó poner fin a esos escándalos y quiso obligar a los curas a que permanecieran en sus casas. La respuesta fue la amenaza de poner una denuncia ante el metropolitano. Entonces el obispo, buscó hombres como Lefèvre, Farel y otros profesores y curas que no pertenecían a su obispado, pero de conducta ejemplar, para que le ayudaran en la enseñanza de una religión depurada.

Al principio las reuniones fueron en privado, pero después el ánimo fue en aumento así como los oyentes y empezaron a predicar en los púlpitos. También predicaba el obispo y como si hubiese presentido que un día apostataría de su fe a causa del miedo a la persecución, había pedido al pueblo en su predicación que «aunque él cambiara de opinión, ellos no lo hicieran».

La sorpresa de los habitantes de Meaux era grande al escuchar aquellos discursos que les invitaban a dar, no su bolsa a la iglesia, sino su corazón a Dios. De los pueblos y de las casas de campo de los alrededores, la gente iba a la iglesia para oír hablar a los nuevos doctores. Lefèvre y Briçonnet quisieron apoyar sus enseñanzas en la única autoridad invocada por los reformadores y publicaron los cuatro evangelios en francés, para distribuirlo gratuitamente a los más pobres.

Las gentes los leían con avidez y dedicaban los domingos y fiestas al estudio, incluso muchos de ellos llevaban los evangelios al trabajo para leerlos.

Toda vez que se tomaban la religión en serio, las costumbres empezaron a cambiar. Las blasfemias, riñas, borracheras y otras malas formas desaparecieron y el movimiento empezó a extenderse. Muchos obreros de las regiones circundantes que iban a Meaux para recoger las cosechas, llevaron a sus hogares la semilla de las doctrinas que habían oído. Esta influencia fue tan grande, que en la primera mitad del siglo XVI se propagaba una locución proverbial que designaba a todos los adversarios de Roma como *los herejes de Meaux*.

Por aquella época, Briçonnet mandó la traducción de la Biblia a la hermana del rey Francisco I, Margarita de Valois, quien la leía y hacía leer a sus amistades. Todo hacía presagiar que la Reforma tendría éxitos muy rápidos en Francia, pero desgraciadamente el brazo perseguidor intervino muy pronto. Los curas y frailes de la diócesis de Meaux al ver que sus ingresos empezaban a menguar, presentaron una denuncia ante la Sorbona que fue bien recibida.

En 1521 Lutero había invitado a la Sorbona a examinar su libro *La cautividad de Babilonia*. Los sabios lectores declararon que su doctrina era blasfema, insolente, impía, desvergonzada y que era necesario perseguir aquellos argumentos con sangre y fuego. Compararon a Lutero con Mahoma, uno de los más grandes herejes de la historia y pidieron que les convencieran por todos los medios posibles a retractarse públicamente.

El canciller Duprat ejerció toda su autoridad para obligar a los magistrados el uso de medidas violentas contra la nueva religión. Era un hombre sin religión ni moral; obispo y arzobispo sin haber puesto nunca el pie en una de sus diócesis; firmante del concordato que indignó al clero y parlamentarios, y nombrado cardenal por haber sometido el gobierno a la Santa Sede. Logró inmensas riquezas y en el lecho de muerte se acusó de no haber cumplido otra ley que la de sus intereses y después los del rey. La corte quiso asegurarse el apoyo del papa en las guerras contra Italia y favoreció el espíritu de persecución, mientras el clero pidió perseguir las herejías con todo el rigor posible.

Al comienzo el obispo Briçonnet se enfrentó a la tormenta, incluso se atrevió a tratar a los sorbonistas de fariseos hipócritas, pero su

firmeza duró poco, porque cuando vio que debería responder de sus actos ante el parlamento, se echó para atrás. Nunca sabremos en qué medida abjuró de la fe que había predicado. De todas formas le condenaron a pagar un multa de doscientas libras, volvió a su diócesis e intentó que nunca más se volviera a hablar de él.

Los recién convertidos de Meaux fueron más perseverantes. Uno de ellos llamado Juan Leclerc puso un pasquín en la puerta de la catedral en el que acusaba al papa de ser el anticristo, y fue condenado en 1523 a ser azotado con el látigo por las calles de la ciudad durante tres días y ser marcado en la frente con un hierro candente. Cuando el verdugo le marcó con la señal de la infamia, se oyó un grito entre la multitud que decía: *¡Viva las marcas del Señor Jesucristo!* Era la voz de su madre.

A partir de entonces las ejecuciones se multiplicaron. Una de las víctimas más ilustres de aquellos primeros tiempos fue Luis de Berquin cuya vida y muerte fueron una gran luz para la Reforma. Se trataba de un hombre de familia noble y muy diferente de aquellos antiguos caballeros que solo conocían la capa y la espada. Berquin se había ocupado en los ejercicios del espíritu y era dado a hacer limosnas, amigo de sus amigos y de los pobres, leal, soltero a la edad de cuarenta años sin que nadie tuviera sospechas de incontinencia, cosa muy difícil en esos días.

Al igual que Lefèvre y Farel, era un hombre muy devoto. Antes de que el Señor le atrajera al conocimiento del Evangelio era gran defensor de las constituciones papales, oyente de muchas misas y sermones y observaba con escrúpulo los días de ayuno y fiestas de guardar. Además en aquellos días «Abominaba la nueva doctrina luterana». Dos cosas le separaron del catolicismo: su preclara inteligencia que le hacía despreciar la burda ignorancia de los doctores de la Sorbona y un corazón sin engaño que se indignaba por las tenebrosas maniobras que practicaban. El rey Francisco I le tenía en mucha estima por el lenguaje claro que empleaba en la corte, por su carácter y también por el desprecio que sentía hacia los frailes.

Una controversia debido a sutilezas de interpretación le hizo abrir la Biblia. Berquin se extrañó de no encontrar en ella lo que buscaba y hallar lo que no buscaba. Nada sobre las invocaciones a María; nada sobre los dogmas tenidos como básicos en la iglesia romana y por otro

lado muchas cosas importantes que Roma no mencionaba en sus formularios. Sus descubrimientos fueron pregonados en voz alta y por escrito. Los sorbonistas le denunciaron al parlamento en 1523 y añadieron a las quejas algunos extractos de sus libros. En tanto que consejero y preferido del rey fue absuelto aunque los querellantes siguieron insistiendo y volvieron a denunciarle al parlamento por haber traducido algunas obritas de Lutero y de Erasmo.

Berquin tomó la ofensiva y se decidió a atacar Roma desde dentro. Sacó de los libros de aquellos doctores doce propuestas que presentó al rey como espúreas, herejes y contrarias a la Biblia. El clamor que levantó fue inmenso. Doce comisarios delegados por el parlamento le pidieron que abjurara públicamente de las doctrinas que pregonaba; a permanecer arrestado el resto de su vida y a traspasarle la lengua con un hierro candente. Al final los jueces le condenaron a morir estrangulado y quemado en la plaza pública.

El 10 de noviembre de 1529 seiscientos hombres le escoltaron hasta el lugar del suplicio. No dio ninguna señal de abatimiento y cuando el verdugo, con voz ronca, le leyó la condena, no mudó su aspecto. Bajó del carruaje con paso firme y, con la serenidad que da la paz de una buena conciencia, Berquin quiso hablar al pueblo pero los frailes habían apostado a unos cuantos miserables para que ahogaran sus palabras. Allí acabó su fiel testimonio.

A pesar de las persecuciones habían quedado en Meaux numerosos luteranos, quienes abandonados por sus predicadores a causa de las persecuciones y desacreditados por el obispo, se reunían en secreto en lugares aislados para leer las Escrituras y orar juntos. De vez en cuando, desaparecía alguno de ellos para sellar su fe con su sangre.

Los predicadores se habían dispersado. Lefèvre d´Etaples, después de muchos y largos recorridos por el país, a sus setenta años, tuvo que huir a Estrasburgo para acabar su carrera en Nerac, tierra de acogida de muchos luteranos asilados y amparados bajo la protección de Margarita de Valois, reina de Navarra y hermana del rey Francisco I. Demasiado anciano para jugar un papel importante en la reforma de Francia, siguió de lejos sus progresos. Las postreras palabras que pronunció antes de su muerte fueron: «Dejo mi cuerpo en la tierra, mi alma a Dios que la creó y mis bienes a los pobres». Algunos autores dicen que estas palabras fueron grabadas sobre la piedra de su tumba.

Guillermo Farel no tenía la edad ni el carácter para temer las persecuciones. Al salir de Meaux se fue a predicar el Evangelio por las montañas del Delfinado. Tres de sus hermanos compartían la misma fe. Animado por el éxito empezó a recorrer los pueblos y las aldeas. El poder del mensaje de la nueva doctrina agitaba las conciencias de las gentes y el ardor aumentaba ante el peligro que le acechaba.

Le amenazaban pero permanecía firme; los enemigos le rodeaban pero escapaba; cuando tenía que huir de un lugar reaparecía en otro y cuando vio que no le quedaba salida alguna, se fue a Suiza por senderos de montaña. Se encontraba en Basilea a comienzos del año 1524 y para suplir el mensaje oral de la Palabra que él no podía anunciar, mandó imprimir miles de Nuevos Testamentos que serían diseminados por todo Francia a través de los colportores. La Biblia es un predicador que también se puede quemar, pero es un predicador que renace siempre de sus cenizas, como el Ave Fénix.

En todas partes se levantaron misioneros y mártires de la Reforma. Tengo que mencionar a un predicador de las nuevas doctrinas, hijo de un pueblo que me es muy familiar y que fue ajusticiado por dar testimonio de su fe. Se llamaba Juan de Caturce, licenciado en derecho, profesor, que sufrió el martirio en circunstancias memorables. Tres acusadores le mandaron arrestar en el mes de enero de 1532 porque la vigilia del día de Reyes había celebrado una reunión religiosa en su pueblo natal de Limoux, donde propuso a los reunidos reemplazar las danzas paganas acostumbradas, por la lectura de la Biblia. Llevado ante los jueces les dijo que estaba dispuesto a discutir punto por punto, con personas instruidas en la teología. Caturce era gran conocedor de las Escrituras y poseía una facilidad especial para la apologética, por lo que tuvieron temor de hacer el ridículo. Rechazó el perdón que le ofrecieron a condición de retractarse públicamente y le condenaron a muerte por hereje obstinado. Le obligaron a ponerse unas ropas de bufón, según la costumbre introducida por los antiguos perseguidores de los albigenses y le llevaron al palacio de justicia de Toulouse, donde los jueces le leyeron la sentencia de muerte.

La violencia de la persecución no impidió que los prosélitos se multiplicaran. Los había de toda clase y condición social. Más de un religioso se despojaba de sus ropas talares para abrazar la fe reformada. En París los perseguidos encontraron a una gran protectora: Margarita

de Valois. Teodoro de Bèze dijo que su nombre era digno de honor perpetuo a causa de su piedad y por el santo afecto mostrado por el progreso y la conservación de la iglesia de Dios.

Margarita de Valois nació el año del descubrimiento de América. Casó en segundas nupcias con Enrique II, rey de Navarra y fue eminente por su sencillez de espíritu y su conducta. Mujer virtuosa en una corte disoluta, quiso oír acerca de la reforma que sacudía el yugo de las tradiciones humanas y Lefèvre, Farel y Briçonnet la instruyeron en las nuevas doctrinas. Le gustaron las ideas, leyó la Biblia y abrazó la fe del evangelio. A partir de aquel momento protegió cuanto pudo a los predicadores de la Reforma, les dio dinero para los viajes, les acogió en lugares seguros y sacó a muchos de las cárceles.

Inteligente y dedicada a la causa, había ayudado y hecho favores inolvidables a su hermano Francisco I mientras estuvo cautivo en Madrid. Había conseguido tanta influencia sobre él, que la aprovechaba para servir a las nuevas ideas.

Francisco I no sabía lo que era ni lo que quería en materia religiosa. La Reforma le agradaba como máquina de guerra contra los clérigos que despreciaba, pero por otro lado le desagradaba por la austeridad moral que iba en contra de un príncipe que había llenado su corte de jóvenes preferidas. Los curas no se cansaban de presentarle a los discípulos de la nueva religión como enemigos de todo orden social. Ello nos permite comprender el porqué en ciertos momentos de su reinado, si no no fue cruel, sí se mostró implacable con los reformados. Pensaba que actuaba como hombre de Estado y buscaba ahogar los siniestros fantasmas con que el clero católico había llenado su mente.

La lucha entre Margarita de Valois y su hermano Francisco I sobre la conducta a tener con los reformados es interesante y digna de nuestra atención. A veces era la mujer cristiana la que obtenía la victoria y el rey resistía a los católicos de la Sorbona. Otras era el príncipe católico el que ganaba y Margarita cedía ante las decisiones de su hermano, callando y manifestando su obediencia. En algunos casos llegó a aceptar ciertas prácticas del catolicismo y escondía su fe de tal forma que todavía en nuestros días se discute si murió en la fe católica romana o en la nueva fe reformada.

Durante todo el reinado de Francisco I vemos a un rey inseguro, vacilante, que tan pronto favorecía a los protestantes como les perseguía

cruelmente, según la situación política le parecía más conveniente. Las numerosas guerras que tuvo con Carlos V determinaron su actitud sobre el problema religioso y los herejes. Cuando tenía necesidad del apoyo del papa, se mostraba favorable a la persecución. Otras veces, entablaba relaciones y negociaba con protestantes alemanes unidos por la liga de Esmalcalda y pactaba una alianza con ellos, a fin de sacar ventajas en su lucha contra el emperador. Llegó a invitar a Melanchton a ir a París para negociar con él la posibilidad de un compromiso entre los partidarios de la Reforma y los de la Iglesia Católica y solo la protesta del príncipe elector Juan Federico de Sajonia impidió que Melanchton respondiese a la invitación. Las influencias personales del entorno del rey explican también sus cambios de actitud hacia el movimiento protestante. En el fondo, Francisco I era más favorable a la persecución de los protestantes y a la extirpación de la herejía que a la tolerancia.

Debido a la alianza con los protestantes de la liga de Esmalcalda, el prestigio de Margarita de Valois había aumentado y lo aprovechó para invitar a predicar en los púlpitos de París a tres grandes oradores, Roussel, Courault y Bertault, que se inclinaban hacia las doctrinas reformadas. Las multitudes llenaban las iglesias. Noel Beda, rector de la Sorbona, junto con otros doctores, intentaron sublevar al pueblo, pero el parlamento les exilió. La ira de los frailes subió de tono contra Margarita y mandaron quemar su libro titulado: *El espejo del alma pecadora*, donde no se hacía mención de los santos, ni del purgatorio, ni de otra redención que no fuese la de Jesucristo.

El rey no pudo soportar tanta insolencia y mandó castigar a frailes; desaprobar la censura de los sorbonistas, e incluso quiso castigar con la misma pena al que había dicho que Margarita merecía ser metida en un saco y echada al fondo del río. El castigo le fue conmutado por la intercesión de Margarita.

Sin embargo, esas disposiciones de Francisco I no duraron demasiado ya que en el mes de octubre de 1533 tuvo una entrevista en Marsella con el papa Clemente VII, para tratar sobre el casamiento de su hijo Enrique con Catalina de Médicis, sobrina del papa y a la vez tutor y aliarse con el pontífice en la conquista del Milanesado, uno de los sueños de su vida. El resultado de la entrevista fue que regresó a París muy animado para luchar contra los herejes luteranos o sacramentalistas como les llamaban entonces.

Por aquellos días llegó de Suiza un exaltado llamado Feret con unos pasquines contra la misa y propuso propagarlos por todo el reino y el 18 de octubre de 1534 los habitantes de París encontraron en las plazas públicas, en los cruces de las calles, en las paredes de los palacios y en las puertas de las iglesias un pasquín que decía: «Importantes abusos de la misa papal, invento directo contra la Santa Cena del Señor, único Salvador y Mediador… No dicen la verdad y la verdad les amenaza, la verdad les persigue, la verdad les da miedo y pronto esa verdad destruirá el reinado para siempre».

El pueblo se atropellaba alrededor de los pasquines y las masas inventaron rumores horribles secundados por los curas y los frailes que atizaron el furor. Se decía que los luteranos querían quemar las iglesias, destruir los palacios reales y la multitud gritaba a pleno pulmón: «¡Muerte a los herejes!».

En el castillo de Blois donde se encontraba Francisco I, la tormenta estalló con una virulencia inusitada. El rey se encontró con un pasquín en la puerta de su habitación, seguramente colocada por una mano enemiga y consideró que aquello era un insulto contra su autoridad y lleno de cólera ordenó perseguir el atrevimiento. Los enemigos de los protestantes que estaban alrededor del rey, supieron aprovecharse de su estado de ánimo para obtener medidas más crueles. En París la persecución se extendió por las casas y familias que leían la Biblia y oraban en secreto. Un total de 160 personas fueron encarceladas y muchas de ellas terriblemente torturadas. Les cortaban la lengua para impedirles hablar y así los verdugos no podían oír una palabra de fe o una oración que saliera de entre las llamas e hiciera cambiar el corazón de los verdugos.

Las cárceles se llenaron de presos en abigarrada mezcla y pronto fueron procesados, aunque la sangre de los herejes no era suficiente para el clero y los sorbonistas. Éstos querían hacer un llamamiento a la imaginación del pueblo por medio de una solemne procesión general y comprometer al rey en las persecuciones. Este hecho marca un hito importante en la historia, porque a partir de ese momento en que el pueblo de París interviene en la lucha contra los herejes y aparece en escena, se comprometerá en la persecución hasta el final de la Liga.

El mismo rey fue a París para expiar el crimen cometido contra la misa y ordenó una solemne procesión en la que participó con sus tres

hijos y toda la corte, con la cabeza descubierta y un cirio en la mano. La procesión, mezclada con suplicios, fue la primera de las grandes jornadas sangrientas del siglo XVI. Durante el recorrido de la comitiva por la ciudad encendieron enormes piras al paso del rey, a la vez que un hereje sufría el martirio. Seis hombres pasaron por el suplicio conocido por la «estropada» que consistía en un artilugio con el cual les hacían subir y bajar lentamente de entre las llamas. ¡Por lo menos los inquisidores españoles no les hacían padecer tanto y les echaban directamente al fuego! (Estropada significa en occitano levantar y sepultar.)

Un cronista de la época, Simón Fontaine, doctor por la Sorbona, nos dejó una larga descripción de la famosa procesión. Fue el 29 de enero de 1535 y, entre otras cosas, dice: «Una inmensa multitud de los alrededores se había congregado. Los techos de las casas estaban abarrotados de hombres, mujeres y niños. Nunca tantas reliquias habían salido por las calles de París. Sacaron por primera vez el relicario de la Santa Capilla. Los curas llevaban en una urna la cabeza de san Luis, un pedazo de la verdadera cruz, la corona de espinas, un clavo y la lanza que había atravesado el cuerpo de Jesús. Los carniceros se habían preparado en ayuno de varios días para llevar el relicario de santa Genoveva, patrona de París y las gentes se acercaban para tocar la preciosa reliquia con la punta de los dedos».

Salió un decreto ordenando el exterminio de los herejes; pena de muerte a los que pudieran esconderles y la promesa de la cuarta parte de los bienes de las víctimas para los denunciantes.

Muy pronto se arrepintió el rey de haber cedido a todos los excesos frenéticos que había cometido. Los protestantes alemanes se indignaron y le amenazaron aliarse con la casa de Austria para ir contra él. A través de su embajador les hizo saber que los ajusticiados eran sediciosos; sacramentalistas y no luteranos. Publicó el edicto de Coucy por el que ordenaba liberar a los sospechosos de herejía bajo condición de que abjuraran antes de seis meses. El edicto, redactado por razones diplomáticas, nunca entró en vigor.

Margarita de Valois se retiró a la región de Bearn con su pequeña corte y fue el asilo de muchos hombres célebres que escapaban de la persecución. Familias enteras se refugiaron en esa región y llevaron con ellos su dinero y su industria. Todo cambió de aspecto. Redactaron

nuevas leyes, cultivaron las bellas artes, perfeccionaron la agricultura, abrieron escuelas y prepararon al pueblo para recibir las enseñanzas de la Reforma.

La reina de Navarra murió en 1549 y fue llorada por los bearneses quienes gustaban repetir su generosa máxima: «Los reyes y los príncipes no son ni los amos ni los señores de los pequeños, solamente los ministros que Dios establece para servirles y cuidarles».

Margarita de Valois fue la madre de Juana de Albret y la abuela de Enrique IV.

Los reformados franceses fueron acusados por toda Europa, de sediciosos, blasfemos, enemigos de Dios y de los hombres, juzgados y condenados a puerta cerrada, con la lengua cortada para que no hablaran antes del último suplicio e incluso su martirio era considerado como justo y necesario.

En este momento aparece el tratado teológico *Institución de la religión cristiana*, la más enérgica de las apologías escritas y se puede decir que el verdadero jefe de la Reforma francesa. Lutero vivía lejos y su estilo alemán no podía simpatizar completamente con el espíritu francés. Guillermo Farel era demasiado ardoroso y no tenía el carácter firme, a la vez que dialogante, de quien debe presidir las grandes empresas. Los demás eran personajes oscuros y las nacientes iglesias esperaban y oraban para que Dios levantara a un hombre capaz de liderarles: ese hombre fue Juan Calvino.

De Calvino únicamente voy a decir lo que puede estar relacionado con el plan de nuestra historia.

Nacido en Noyon, Picardía, en 1509, ya desde su infancia fue consagrado a la religión y a la edad de doce años le gratificaron con un beneficio eclesiástico. Su padre no deseaba que se dedicara a la teología y le mandó estudiar derecho, donde se distinguió por su inteligencia precoz y la rectitud de sus costumbres.

En aquellos días la Reforma agitaba todas las escuelas de ciencias humanísticas. Profesores y alumnos estaban preocupados por el tema de la religión, ya sea por curiosidad o por necesidades de conciencia y de fe. Calvino era de estos últimos y la Biblia que recibió como regalo de uno de sus parientes, le desligó del catolicismo, como había sucedido con Zwinglio y Lutero; los tres grandes reformadores llegaron al mismo objetivo por el mismo camino.

No era Calvino de aquellos que callan lo que creen y sus predicaciones eran escuchadas por multitudes. Teodoro de Bèze dice de él que «siempre fue enemigo del lenguaje ampuloso, pero era tanta la profundidad de su conocimiento y la solidez de sus argumentos, que los oyentes le admiraban». Tenía entonces veinticuatro años.

En 1533 preparó un discurso para el rector de la universidad de París, que fue catalogado de hereje por la Sorbona y se vio obligado a salir por pies. Se dice que escapó por una ventana minutos antes de que los encargados de prenderle invadieran su alojamiento.

Calvino se refugió en la casa de un canónigo que puso una rica biblioteca a su servicio y tomó el nombre de Carlos de Espeville. Ya estaba ocupado en su obra sobre la *Institución de la religión cristiana* y trabajaba con tanto ardor que a menudo pasaba las noches sin dormir y los días sin comer. Cuando terminaba de escribir un capítulo, lo leía a sus amigos y al abrir el manuscrito tenía la costumbre de decir: «Encontremos la verdad». Sembró las doctrinas de la Reforma en varias regiones de Francia; cuando podía lo hacía públicamente y cuando la persecución era muy violenta lo hacía en secreto.

A causa de vivir en continuo peligro de muerte, Calvino huyó para establecerse en la ciudad de Basilea, refugio de los franceses cuando la Ginebra de la Reforma todavía no existía. Allí acabó su obra maestra que publicó en el mes de agosto de 1535 cuando solo tenía veintiséis años de edad. Se trataba del primer monumento teológico y literario de la Reforma francesa. Se pueden refutar sus ideas, se hizo en su tiempo y se hace ahora, pero no puede discutirse su genio. A partir del momento en que establece sus premisas, que corresponden al nivel moral e intelectual de la época, las defiende con la fuerza de una lógica incomparable. Su sistema está acabado.

Su libro entra en las escuelas, universidades, castillos de nobles, casas de burgueses, incluso en los talleres del pueblo y llega a ser el más poderoso de los mensajeros del Evangelio. Los reformados se reúnen alrededor del libro como si fuese su bandera, pues en él hallan doctrina, disciplina, organización eclesiástica y sobre todo la Palabra de Dios que habla a los hombres.

En la epístola que dedica AL CRISTIANÍSIMO REY DE FRANCIA que encontramos en su *Institución*, (20, T. I, pág. XXV) refuta las objeciones dirigidas a los discípulos de la Reforma:

«Vuestra doctrina es nueva y dudosa y no podéis confirmarla con ningún milagro».

«Estáis en contradicción con los santos Padres –Desviáis la tradición y las costumbres.»

«Hacéis la guerra a la iglesia –Engendráis sediciones.»

Al terminar, Calvino suplica al rey que examine la confesión de fe de los reformados para que vea que están de acuerdo con la Biblia y no les tilde más de herejes. Algunos aseguran que el rey no se dignó leer la carta. Las intrigas de la corte o los caprichos de la duquesa de Etampes absorbían su tiempo libre.

Calvino fue a visitar a la duquesa de Ferrara, hija de Luis XII, quien como Margarita de Valois, había abierto su corazón a la fe reformada. Entre ellos se estableció un intercambio de cartas que nunca se interrumpió, incluso Calvino, en su lecho de muerte, escribía a la duquesa Renata de Francia.

En 1536 fue nombrado pastor y profesor en Ginebra. La revolución religiosa, moral, intelectual e incluso política que se originó con su presencia en la ciudad, está fuera de la órbita de este trabajo. Solamente añadir que desde su nueva patria, no cesó de influir en Francia con sus libros, sus cartas y con los numerosos estudiantes que después de haber sido adoctrinados con sus lecciones, llevaban a sus iglesias las enseñanzas recibidas.

Calvino fue el guía de los reformados franceses, su consejero, el alma de sus primeros sínodos y la inmensa autoridad que ejerció sobre ellos fue reconocida por todo el mundo hasta el punto de que a mediados del siglo XVI empezaron a llamarles *calvinistas*.

Se ha tildado a Calvino de ambicioso. Si subió alto fue por ser fiel al llamamiento de una misión, de lo contrario hubiese prevaricado. Se ha dicho también que fue un hombre inflexible con sus ideas. Sí, porque creía que sus creencias eran superiores a las demás. Sus enemigos hacen recordar sin cesar el suplicio del español Miguel Servet.

Sólo me permitiré hacer cuatro observaciones:

1) Servet no era un hereje ordinario; era un panteísta que ultrajaba con sus escritos el dogma de todas las religiones cristianas cuando decía que el Dios en tres personas era un Cerbero o como un monstruo de tres cabezas.

2) Ya había sido condenado a muerte por los doctores católicos de Vienne, en el Delfinado.

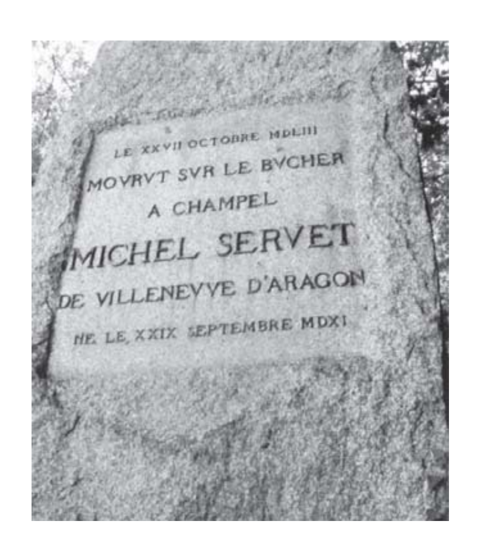
3) El asunto fue juzgado por los magistrados de Ginebra y no por Calvino. Si se cree que su influencia debió pesar en la sentencia, hay que recordar que los demás cantones reformados de Suiza aprobaron la condena por unanimidad.

4) Era de sumo interés para la Reforma separar su causa de la de un incrédulo como Servet. La iglesia católica que acusa hoy a Calvino de participar en su condena, le hubiese acusado todavía más en el siglo XVI si se la hubiesen conmutado.

Calvino fue en algunas ocasiones impaciente e irascible, de lo que se acusó a sí mismo, aunque sus amigos le tenían por hombre afectuoso y tierno, si bien austero.



«Los hijos respetuosos y agradecidos de Calvino, nuestro gran reformador, condenan un error de su siglo y firmemente ligados a la libertad de conciencia según los verdaderos principios de la Reforma del Evangelio, hemos levantado este monumento expiatorio el 27 de octubre de 1903.»



Estela expiatoria levantada en Ginebra a la memoria de Miguel Servet:

«El 27 de octubre de 1553 murió en el patíbulo de Champel, Miguel Servet de Villanueva de Aragón. Nacido el 29 de septiembre de 1511».
Foto del autor.

Murió pobre un 27 de mayo de 1564. Su desinterés por lo material fue tan grande que el escéptico Bayle dijo que todo lo que dejó a su muerte, incluida su biblioteca, no valía más de trescientos escudos. Cuando falleció, le faltaba un mes para los cincuenta y cinco años. Su estatura era mediana, de rostro pálido, con tez morena, los ojos brillantes y serenos. Era cuidadoso y modesto en el vestir y comía tan poco, que durante años años hizo una sola comida diaria.

Algunas semanas antes de su muerte, dictó su testamento, en el cual toma a Dios por testigo de la sinceridad de su fe y le da las gracias por haberle usado en el servicio de Jesucristo y de la verdad.

Las persecuciones que hubo hasta esa fecha fueron moderadas si se comparan con las carnicerías que exterminaron a los valdenses de la Provenza y a ellos quiero tributar un breve homenaje. El 18 de noviembre de 1540 el parlamento de Aix publicó un decreto que decía: «Diecisiete habitantes de Merindol serán quemados vivos. Sus mujeres, hijos, familiares y sirvientes, serán llevados delante de la justicia y si hay un asomo de culpabilidad, se les expulsará del reino a perpetuidad. Las casas de Merindol pasarán por el fuego y serán arrasadas hasta los cimientos, se cortarán los bosques, se arrancarán los árboles frutales y en el lugar no se podrá construir nada». Ningún decreto tan cruel e inhumano fue jamás pronunciado por un parlamento; excepto quizás

el del rey Asuero contra el pueblo de Israel. Un grito de horror salió de las bocas de toda la Provenza y lo más triste es tener que decir que el clero fue el más severo en hacer cumplir la orden.

Los valdenses formaban un población de unas dieciocho mil almas. Habían llegado del Piamonte y de otros lugares y estaban allí desde hacía unos trescientos años. La tierra inculta y árida, la habían transformado con sus manos en campos productivos y alrededor llegaron a construir un veintena de poblados. Eran gentes pacíficas, de buenas costumbres, apreciados por sus convecinos, fieles a sus promesas, pagadores de sus deudas, cuidando bien a sus pobres y caritativos con el forastero. Nadie había conseguido hacerles blasfemar ni jurar. Solamente les reprochaban que cuando iban por los mercados de los pueblos a vender sus productos, no entraban en las iglesias para hacer sus oraciones, ni hacían reverencias al pasar ante las cruces e imágenes que había en los caminos. No mandaban decir misas, ni tomaban agua bendita, ni hacían peregrinaciones para ganar el perdón de pecados y cuando tronaba no hacían la señal de la cruz. Entre ellos escogían a sus pastores o *barbas*, como les llamaban, que les instruían en el conocimiento y práctica de las Escrituras.

Hacia el año 1530, oyeron hablar de la predicación de Lutero y Zwinglio y enviaron a Suiza y Alemania algunos de sus *barbas*, quienes reconocieron que las predicaciones de los reformados eran como las de su propia comunión. Animados por aquellos hermanos en la fe, mandaron imprimir en Neuchatel, en el año 1535, la primera edición de la Biblia traducida al francés por Roberto Olivetan, que les costó muchos cientos de escudos. El clero romano estaba muy irritado porque nobles, abogados, e incluso teólogos abrazaban la herejía, después de leer las Sagradas Escrituras.

El barón de Oppede reunió bandas de mercenarios que habían estado en las guerras de Italia y, con algunos oficiales de la región, comenzó una guerra execrable ejecutada por carniceros. Los valdenses fueron masacrados, les persiguieron como si hubiesen ido a la caza de animales salvajes; sus casas quedaron destruidas por el fuego, los pozos llenos de cadáveres, las cosechas arrancadas, los árboles talados y los puentes destruidos. Todo se pasó por el fuego y los agricultores de los alrededores se unieron a los verdugos para llevarse los miserables restos de la devastación.

El 19 de abril, los mismos verdugos rodearon el poblado de Cabrières. Sesenta hombres que habían quedado, aguantaron el primer ataque durante veinticuatro horas. Les prometieron salvar sus vidas, pero apenas iban saliendo desarmados les iban haciendo pedazos. A algunas de sus mujeres –que se habían encerrado en una granja– las quemaron vivas. Un soldado se apiadó de ellas y les hizo paso para que salieran, pero otros las empujaron hacia las llamas a golpes de alabarda.

Doscientos cincuenta prisioneros fueron ejecutados después de un juicio sumarísimo, y lo más atroz fue que todo se cometió a sangre fría. A los más jóvenes y robustos les llevaron a las galeras y los que pudieron huyeron a Suiza. Los valdenses desaparecieron casi por completo de la Provenza y la hermosa región volvió a ser un enorme barbecho, como había sido tres siglos antes. La masacre de los valdenses levantó un grito de indignación en muchos lugares de Francia, pero el rey enfermo y casi moribundo, aconsejado por el cardenal Tournon, no fue capaz de castigar a los culpables.

En 1546, y a raíz de una nueva guerra con Carlos V, Francisco I quiso estar en buenas relaciones con el papa y mandó publicar un edicto en el que ordenaba a las autoridades y tribunales seculares proceder con rigor contra los propagadores de la herejía, a la vez que les declaraba peligrosos para el Estado. Otra persecución muy cruel tuvo lugar durante el reinado de Francisco I contra los protestantes de Meaux, donde se había formado en secreto una comunidad que se reunía en una casa particular para la oración, la predicación y la Cena del Señor. El número de fieles que iban de la población y alrededores era en ocasiones de entre trescientos y cuatrocientos. Un día, estando reunidos, apareció la policía y arrestó a los asistentes. Los prisioneros fueron llevados a París y catorce fueron condenados a la hoguera. El resto fue conducido otra vez a Meaux y tras someterles a torturas terribles, levantaron catorce piras delante de la casa donde celebraban las reuniones y les quemaron. Mientras iban a la hoguera, se animaban unos a otros dando gracias a Dios por el privilegio que les concedía de morir por su causa.

En el mismo año 1546 otras hogueras se encendieron. En Toldas un condenado al suplicio gritó en medio de las llamas: «Ánimo hermanos, ánimo; veo el cielo abierto y el Hijo de Dios que se prepara

para recibirme». Para evitar esas confesiones de fe cortaban la lengua de los condenados antes de llevarles al lugar del suplicio.

Junto a estos testimonios de una fe que despreciaba la muerte, también los hubo de otra clase. Más de una persona que era favorable al Evangelio, supo escapar de las persecuciones manifestándose exteriormente al lado de la Iglesia Católica; otros con el pretexto de la libertad cristiana, negaban toda creencia. A los primeros les llamaban *nicodemitas* porque como Nicodemo sólo se atrevían visitar al Maestro durante la noche, a los segundos les llamaban *libertinos*.

A pesar de todo, hacia finales del reinado de Francisco I y comienzo del de su hijo Enrique II, la Reforma creció tanto que es imposible entrar en detalles históricos, pero se ha calculado que en muy pocos años los reformados formaban la sexta parte de la población. Si la persecución alejaba a algunas personas, muchas otras eran atraídas por ese instinto humano que hace rebelar la conciencia contra la injusticia y la hace decantarse del lado de las víctimas.



Zwinglio, Melanchton, Calvino, Farel, Viret, Bèze,
Lefèvre d´Etaples.

Por otro lado los prelados vivían en París una vida escandalosa. Los miembros del clero inferior eran, en general, inmorales y enamoradizos y los frailes muy ignorantes. La gente comparaba su conducta con la de los predicadores de la Reforma, hombres sencillos, pobres y formales en su gran mayoría. El contraste era tan evidente que los corazones honrados pronto se inclinaban por los reformados.



Retrato de Juan Calvino.
Museo del Protestantismo.
Foto del autor.

Los colportores de Biblias y escritos religiosos ayudaron muchísimo en las conquistas de la nueva fe. Les llamaban porta-paquetes, porta-cestas o libreros y pertenecían a diferentes clases sociales; había estudiantes de teología e incluso los había ministros del Evangelio. Toda vez que estaban expuestos a crueles persecuciones, colocaban en sus cestas tejidos variados u otros objetos no sospechosos y en el fondo la mercancía prohibida.

Francisco I murió en 1547 asediado por mujeres y curas. Los católicos no sintieron pena por su fallecimiento, pues le recriminaban no haber hecho bastante por la Iglesia; y menos los reformados, que le acusaban de haberles perseguido cruelmente.

Le sucedió su hijo único Enrique II cuando tenía veintinueve años de edad. Poseía un aspecto dulce, una fisionomía franca, una palabra fácil y abundante, grácil en sus maneras; pero le faltaban las grandes cualidades de un rey. Mal instruido en los negocios del reino, pasaba la mayor parte de su tiempo divirtiéndose con los amigos de su corte.

El gobierno cayó en manos de sus preferidos, el duque Francisco de Guisa y su hermano Carlos y las favoritas Ana de Montmorency y amante Diana de Poitiers. Durante su reinado se formaron los grandes bandos que cubrirían el país de sangre y ruinas. La casa de los duques de Guisa ejerció una influencia decisiva y funesta en los destinos de Francia durante los años siguientes. Francisco y Carlos eran hijos del duque Claudio de Guisa, quien debía a su hermano Juan el haber sido nombrado duque. Juan de Guisa había sido elevado a la dignidad de cardenal por el papa y el rey le había colmado de los mayores beneficios eclesiásticos. Era arzobispo de tres regiones y obispo de otras seis. Le llamaban el cardenal de Lorena.

Francisco se inclinó por la carrera de las armas y era un hombre abierto y amable, valiente y enérgico, que hubiese ofrecido grandes servicios a su país, como jefe del ejército, pero su hermano le arrastró por un camino alejado de la vida militar.

Carlos de Guisa escogió la carrera eclesiástica y tiene todos los testimonios en su contra. Sus defectos dominantes eran el orgullo y la avidez, que intentaba disimular por una piedad ostentosa, además manifestaban un carácter intrigante y reivindicativo. Carlos fue nombrado, a la edad de quince años, arzobispo de Reims, dignidad que le fue concedida por su tío Juan. Mucho antes de que Enrique II tomara la riendas del poder, los dos hermanos supieron ganar sus favores por medio de su amante, Diana de Poitiers, una viuda de 48 años. Cuando Enrique II fue nombrado rey, los dos hermanos se aliaron muy estrechamente con la preferida del rey que dominaba completamente al soberano.

Enrique II, de acuerdo con su mujer italiana, Catalina de Médicis, abrió la corte a la magia, hechizos y brujería. Un historiador de aquellos días dice: «Dos grandes pecados entraron en Francia bajo el reinado de ese príncipe; el ateísmo y la magia». También persiguió a los reformados. Con motivo de la coronación de la reina, el año 1549, mandó la celebración de grandes festejos y como la voluptuosidad y la sangre tienen afinidades naturales, quiso unir a la pompa de los torneos el espectáculo del suplicio de cuatro luteranos. A uno de ellos, que era sastre, le acusaron de haber trabajado en fiestas de guardar y como respondió con tanta valentía a sus jueces, el rey quiso verle morir en la hoguera.

El 27 de junio de 1551 publicaron un edicto llamado de Chateaubriand, instigado por el cardenal de Lorena que quería ganarse las simpatías del papa. El edicto real era contrario a las antiguas ordenanzas y tenía por objeto facilitar los procesos contra los herejes al prohibir apelar a tribunales seculares, así como introducir los libros de Ginebra, ordenaba registrar las casas de los sospechosos para buscar libros y confiscar los bienes de los protestantes emigrados a Suiza. Apenas proclamaron el edicto, el pastor Monier de Lyon fue condenado a la hoguera, así como cinco jóvenes alumnos de Lausana que iban de paso por la ciudad y por el simple hecho de haber estudiado teología en Suiza.

A pesar de las persecuciones o a causa de ellas, los protestantes no cesaban de ir en aumento, pero no habían conseguido todavía formar sus comunidades y no fue hasta 1553 que el grupo evangélico de París formó una iglesia organizada que tomó como modelo en su constitución y confesión de fe, el que había sido adoptado en Ginebra por Calvino. Los miembros de la congregación eligieron un consistorio compuesto por ancianos y diáconos escogidos entre los miembros. El mismo año y el siguiente, se formaron otras congregaciones basadas en el mismo sistema de organización eclesiástica. A partir de aquel momento se puede considerar a Calvino como el verdadero fundador de la iglesia reformada francesa y a los fieles empezaron a llamarles *calvinistas* y al protestantismo *calvinismo*.

Las persecuciones fueron en aumento. El papa Pablo IV, cardenales, la Sorbona y muchísimos curas pedían que el país fuese declarado tierra de inquisición. Sacaron una bula en 1557 y el rey la confirmó por un edicto (Compiègne, 1557), pero los magistrados laicos contemporizaron y lo pospusieron para de esa forma evitar la Inquisición. De todas formas «se autorizó a los tribunales una verdadera caza de protestantes, con lo que muy pronto las infectas cárceles de la conserjería, rebosaron de acusados, que en la mayoría de los casos, morían de enfermedad antes de ser juzgados» (16, pág. 70).

A finales de septiembre de aquel año, siete prisioneros entraron en capilla, entre ellos una mujer de veintitrés años que acababa de perder a su marido. Antes de ir al suplicio, se quitó sus ropas de luto, se puso unos vestidos y un sombrero de terciopelo que usaba para los días festivos y así fue a recibir su feliz recompensa celestial.

Toda la Europa protestante estaba conmovida por los acontecimientos. Los cantones suizos, el elector de Sajonia y otros intercedieron por todos los prisioneros en el momento que Enrique II necesitaba el apoyo de los reformados. En este asunto todo es vergonzoso, todo hasta la amnistía arrancada al rey por la intervención de los extranjeros.

Al movimiento protestante se adherían representantes de clases altas como Antonio de Borbón, que por su mujer Juana de Albret llevaba el título de rey de Navarra; Luis, hermano de Andrés y príncipe de Condé; Francisco de Coligny, declarado abiertamente reformado, el cual solicitó un pastor a la congregación de París para que predicara y distribuyera la Comunión en sus tierras de Bretaña, donde muchos fueron ganados para la Reforma. El almirante Gaspar de Coligny fue ganado a la causa reformada por su hermano Francisco, pero no se manifestó favorable a la nueva doctrina hasta después de la muerte de Enrique II.

El parlamento de París empezó a estar preocupado por el número creciente de calvinistas. Los miembros del gobierno se habían divido en estos tres partidos: los católicos violentos acaudillados por el primer presidente llamado Lemaitre que quería seguir con el mismo sistema de persecución; los centristas que intentaban acercar las dos religiones con concesiones recíprocas y los reformados encabezados por el señor Anne Dubourg, que se declaraba abiertamente favorable a la reforma. Estas divisiones produjeron diversidad de jurisprudencia en el parlamento porque unos condenaban a los herejes y los otros les absolvían.

Estos comienzos de indulgencia causaron gran temor en el clero y el cardenal de Lorena dijo al rey que si el brazo secular no cumplía con su deber, todos los descontentos del catolicismo abrazarían la abominable secta, desintegrarían el poder eclesiástico y después sería el turno de la realeza.

El soberano le hizo caso porque acababa de firmar en secreto, con el rey de España, la paz vergonzosa de Cateau-Cambresis, donde los dos monarcas se habían comprometido a exterminar la herejía; y como pago del pacto, su hija mayor Isabel de Valois se casaría con Felipe II, ya viudo de María Tudor.

El rey reunió al parlamento el 10 de junio de 1559 e invitó a los consejeros que le diesen su franca opinión sobre la forma de apaciguar

el problema religioso. El presidente Lemaitre exaltó el celo de Felipe Augusto por mandar en un solo día a seiscientos albigenses a la hoguera. Los centristas se limitaron a generalidades muy vagas. Los calvinistas, en particular el barón Anne Dubourg, pidieron un concilio nacional para tratar reformas religiosas. «Cada día, dijo Dubourg, se están cometiendo crímenes que quedan impunes, mientras que se inventan nuevos suplicios contra hombres que no han cometido ningún crimen. No es cosa sin importancia condenar a los que en medio de la llamas, invocan el nombre de Jesucristo» (13, pág. 86). El rey, enfadado, mandó arrestar a Dubourg en pleno parlamento y dijo en voz alta que quería verle quemar en la hoguera con sus propios ojos.

Un mes más tarde, el 10 de julio de 1559, el rey Enrique II moría súbitamente a los cuarenta y dos años a causa de un fatal accidente ocurrido en un brillante torneo celebrado en ocasión de las celebraciones del casorio de su hija Isabel con Felipe II de España. Parece ser que se rompió una lanza que le atravesó el ojo y se alojó en el cerebro y como el rey no mejoraba, pensaron que una astilla había quedado dentro de la cabeza. Catalina, al ver que no sanaba, mandó que se hiciera la misma herida en el ojo de diez condenados a muerte y se intentara curarles, pero no tuvieron éxito.

Catalina no quiso suspender el proceso y el obispo de París expulsó a Dubourg de la clerecía. Algunos magistrados le dijeron que hiciera una confesión de fe en términos ambiguos, para que sin dañar su propia conciencia, pudiera contentar a los jueces. El acusado se negó a ello y escuchó la sentencia sin inmutarse. Como quiera que los reformados habían intentado proveerle los medios de evasión, le encerraron en una especie de jaula de hierro muy estrecha donde pasaba las horas cantando alabanzas a Dios.

Era costumbre en aquellos días reservar para las grandes fiestas el suplicio de los condenados más insignes y el de Anne Dubourg fue establecido para el día 23 de diciembre de 1559, vísperas de Navidad. Distribuyeron por las calles a seiscientos hombres armados e hicieron montones de leña en diversos lugares para que nadie conociera el lugar de la ejecución hasta el último minuto. Le presentaron un crucifijo para que lo besara y no quiso. En el patíbulo donde fue ahorcado y posteriormente quemado, dijo: «Dios mío, no me abandones, para que yo no te abandone».

Así murió el piadoso e ilustre magistrado a la edad de treinta y ocho años. Al año siguiente, el canciller Olivier pronunciaba desesperadamente el nombre de Anne Dubourg en su lecho de muerte y cuando se le acercó el cardenal de Lorena para consolarle, dijo: «¡Ah, cardenal, tú nos haces condenar a todos!».

En medio de todas aquellas persecuciones, los asuntos de estado iban de mal en peor. El nuevo rey, Francisco II, tenía apenas dieciséis años cuando subió al trono. Débil de cuerpo y de espíritu, sin personalidad ni instrucción, era gobernado por los que le rodeaban, entre ellos Catalina de Médicis, los Guisa, el condestable de Montmorency y otros que explotaron la candidez de un rey niño y mezclaron a las discusiones religiosas, las querellas de sus ambiciones políticas.

Catalina de Médicis llevaba veintiséis años en Francia y había traído con ella de Florencia, patria de Maquiavelo, el arte del disimulo que había practicado durante las prolongadas humillaciones soportadas bajo el reinado de las favoritas de su esposo Enrique II y una de las primeras cosas que hizo fue obligar a Diana de Poitiers a devolver todas la joyas que su marido le había regalado y la despachó de la corte.

Catalina era hija de Lorenzo II de Médicis, duque de Urbino y de Madeleine de La Tour d´Auvergne; casó a los catorce años con Enrique que tenía quince, segundo hijo de Francisco I y tuvieron diez hijos. Mujer artificial y reivindicativa; galante sin mostrar pasión; aspirante al poder por amar la intriga y el gusto de mandar; mujer de mucho carácter que si se hubiese inclinado hacia el bien habría conseguido grandes propósitos, pero sin fe ni sentido moral y constantemente ocupada en arruinar la autoridad de los demás para aumentar la suya, abrazó todos los partidos para irlos abandonando.

La familia Guisa, todavía más que Catalina de Médicis y que los Valois, fueron durante cuarenta años los verdaderos jefes del partido católico. Sin ellos probablemente la nueva religión reformada hubiese sido dominante en el país. La familia Médicis era la rama joven de los duques de Lorena y se establecieron en Francia a finales del reinado de Luis XII. Claudio de Lorena fue a hacer fortuna en 1513 acompañado de un criado y un bastón. Con Antonieta de Borbón tuvo seis hijos y cuatro hijas que alcanzaron puestos importantes.

Francisco I intentó alejarles de su entorno al final de su vida y recomendó a su hijo que tuviera a los Lorena a distancia, pero Enrique

II era pobre de espíritu y le faltaba carácter para seguir el sabio consejo de su padre y les permitió tomaran las riendas de los asuntos públicos. Después de la boda de Francisco I con la nieta de María Estuardo, dos años mayor que él, los Guisa llegaron a ser todopoderosos.

El cardenal Carlos de Lorena, arzobispo de Reims, poseía beneficios eclesiásticos que le daban más de trescientos mil escudos anuales. Era inteligente, afable en sus maneras, con gran facilidad de palabra, sabía manejar a los hombres y los negocios, muy experto en política y poseía una profunda ambición. Aspiraba nada menos que a la corona de Francia para su hermano y a la tiara papal para sí mismo. Era de malas costumbres y no se ocultaba en disimularlas; le insultaban al salir por la noche de la casa de una cortesana; era pusilánime ante el peligro y arrogante cuando le acompañaba la suerte.

Su hermano si bien no era tan inteligente y menos elocuente, poseía cualidades más valiosas. Se trataba de un hombre de guerra, intrépido, liberal, generoso a la vez que un tanto irascible y cruel cuando no se le obedecía. Como no entendía nada cuando se suscitaban controversias de religión, ni comprendía los rodeos de la política, ponía su brillante espada al servicio de las pérfidas maniobras del cardenal.

Los dos hermanos estaban en la posición favorable de poder ayudarse mútuamente sin chocar, porque uno no podía pretender el trono, ni el otro la tiara. El cura daba al clero el apoyo que se debe dar a las gentes de iglesia y el soldado a las gentes de guerra. En el exterior estaban apoyados por Felipe II y por la Santa Sede, por lo que contraían alianzas con el extranjero no como súbditos, sino como soberanos. Bajo el reinado de ese rey, el cardenal de Lorena se hizo nombrar superintendente de finanzas y el hermano, gran jefe del ejército, a la vez que era chambelán, cazador mayor, gran maestro, generalísimo, tío de un rey de dieciséis años y hermano del cardenal. Su poder e influencia eran inmensos.

En el otro lado estaban los Borbones, príncipes de sangre en un parentesco lejano, de fortuna mediocre y sospechosos a la corona por la traición del antiguo condestable que se había levantado en armas contra el rey. Antonio de Borbón, jefe de la familia, se había casado con Juana de Albret, que llevó a la casa el título de rey de Navarra sin darle el reino. Príncipe poco decidido, indolente, tímido de carácter y en algún caso valiente, estuvo siempre navegando entre dos doctrinas:

tan pronto mandaba predicar la fe reformada, como se volvía hacia los católicos y perseguía a la iglesia calvinista.

Su hermano, el príncipe Luis de Condé, tenía más genio y un carácter más masculino. Hombre espiritual, alegre, algunas veces frívolo, intrépido y apreciado por los soldados, defendió con valentía las causa de los reformados, sin inspirarles nunca una confianza total. Su mujer y su madre política le instruyeron en la nueva doctrina, pero se mostró más ambicioso que religioso y la poca severidad de sus costumbres hizo dudar siempre de la sinceridad de su fe.

Me pregunto si los Borbones, incluido Enrique IV, no aportaron a la Reforma francesa más males que beneficios, porque la metieron en política, en guerras religiosas, la arrastraron en querellas particulares y cuando consiguieron la corona, renegaron de la fe calvinista.

Otra familia de menos rango, pero más eminente por sus virtudes, sirvió más fielmente a la causa. Se trata de la familia Cotillons, compuesta de tres hermanos: Odet de Châtillon, Francisco de Andelot y Gaspar de Coligny. Su madre, Luisa de Montmorency, hermana del condestable, simpatizaba con la Reforma y era conocida por su ejemplo de castidad. En su muerte pidió que no le trajesen ningún sacerdote y dijo que Dios le había concedido la gracia de amarle y temerle.

El más joven de los tres hermanos era Francisco y fue el primero en declararse favorable a la nueva religión. Era un caballero valiente, leal, irreprochable, que en las guerras de Italia y después en Escocia, había podido estudiar de cerca tanto la doctrina como las prácticas de la Reforma. Una vez, testificando de su fe en una cena, Enrique II le lanzó airado el plato que fue a golpear al delfín y después le mandó poner en la cárcel y le quitó el grado de coronel general de infantería. Le salvó la vida ser sobrino del condestable y hermano del almirante.

A Gaspar de Coligny, el hombre laico más importante de la Reforma, voy a dedicar más tiempo. Interesa resaltar, sobre todo, el lado religioso de su carácter y determinados detalles de su vida interior obviada por muchos historiadores. Nacido en Châtillon-sur-Loing en 1516, a los veinticinco años ya era coronel general de infantería. No se sabe en qué momento Coligny dio los primeros pasos en la nueva doctrina. Hecho prisionero de los españoles en la batalla de San Quintín, pidió una Biblia y otros libros religiosos. Se entregó a su estudio y parece que entonces adquirió convicciones firmes y profundas sobre la

nueva fe. Cuando hubo pagado el rescate, se retiró a su palacio de Châtillon para dedicarse a las cosas religiosas. Con el permiso del rey, traspasó el grado de coronel general a su hermano Francisco; renunció al gobierno de París e Isla de Francia en favor de su primo el mariscal de Montmorency y suplicó a Enrique II que le designara un sucesor para el gobierno de Picardía.

¡Algunos historiadores han acusado a Coligny de haber tomado las armas y fomentado revueltas por ambición al poder! Nada más lejos de la verdad. En realidad fue su esposa, Carlota de Laval, quien le animó a tomar esas decisiones militares a la vez que le rogaba que declarara públicamente su fe reformada sin avergonzarse.

El tercer hermano, Odet de Chatillon, era el mayor de la familia. Fue nombrado cardenal por Clemente VII a la edad de diecisiete años y pidió reformas en la iglesia sin adoptar totalmente la fe calvinista. Al final se casó con una señorita de la nobleza, Isabel de Hauteville, a quien llamaban la señora cardenal en la calle y condesa de Beauvais, cuando se sentaba en la corte como esposa de un par de Francia. Odet murió en Inglaterra envenenado por uno de sus criados.

A pesar de los edictos publicados contra los protestantes bajo el reinado de Francisco II, el número de adeptos no disminuyó, y las reuniones continuaron. A la influencia adquirida por los Guisa durante el reinado del débil rey, hay que atribuir principalmente las órdenes de persecución contra los calvinistas. «La fortuna y el poder personal de ambos eran tan grandes como la influencia que –por medio de la reina– ejercían sobre el jovencísimo monarca. Todo esto, unido a su carácter prepotente, les granjeó la animadversión de la alta nobleza, desde el católico condestable Pedro Adrián de Montmorency hasta el hugonote almirante Coligny, pasando por los amigos de Antonio de Borbón (padre del futuro Enrique IV), con lo cual la oposición a los Guisa era muy fuerte, aunque no tanto como el poder que ambos poseían, por lo que una rebelión contra ellos podría desembocar en una guerra civil.»

Los descontentos eran tantos que pensaron en una conjura que debería tener lugar en Blois, donde proyectarían un golpe de estado con el único objetivo de eliminar a los Guisa y devolver a los príncipes de sangre el gobierno del país.

Luis de Condé era el jefe invisible o mudo de la conspiración, mientras que La Renaudie era el jefe visible que representaba a los

descontentos políticos, más bien que a los religiosos, pero el proyecto fracasó por la traición de un abogado que les hizo saber el complot y los lorenos salieron precipitadamente de Blois para encerrarse con Francisco II en el castillo de Amboise, donde los muros eran mucho más sólidos y seguros. Las tropas de La Renaudie, llegadas de todas partes de Francia se dirigieron en silencio hacia la residencia del soberano, pero la trampa estaba tendida y a medida que se acercaban por pequeños grupos, los soldados de Francisco de Guisa les iban matando y para dar un escarmiento, colgaron a muchos de los muertos en las rejas del castillo.

Incluso el jefe de la tropa que debía hacerles prisioneros era un gentilhombre calvinista –noble que servía en la casa real– que cayó combatiendo contra un escuadrón de caballería real y su cadáver fue colgado en la puerta del castillo de Amboise. Los Guisa hicieron creer al rey que la abortada conjura iba dirigida contra él, lo que hizo aumentar su influencia y poder.

Esta cruel represión dejó en la memoria colectiva de los protestantes una cicatriz muy profunda, que costaría muchísimo olvidar.

En los primeros momentos de terror, el cardenal de Lorena había mandado llevar al parlamento una orden de amnistía, en la que se exceptuaba a los predicadores y a los que habían conspirado bajo el pretexto de religión, pero cuando vio que la conspiración había fracasado, las venganzas y represalias fueron terribles para todos los sospechosos de haber participado en ella. Mil doscientos conjurados perecieron en Amboise. La plaza pública se llenó de patíbulos y la sangre corría por las calles. No hubo ninguna investigación ni procesamiento y como no había suficientes verdugos, cogían a los prisioneros, les ataban de pies y manos y los echaban en las aguas del Loira. Estas bárbaras ejecuciones levantaron el odio de los partidos y abrieron la puerta a las guerras civiles.

El padre de Agripa d´Aubigné pasaba con su hijo cerca de Amboise, donde los cuerpos muertos estaban todavía expuestos al sol. Ante aquella macabra visión que, sin lugar a dudas, determinó su vocación, su padre le dijo: «Hijo mío, de una forma u otra debemos vengar a estos hombres llenos de honor. ¡Si tú no lo haces recibirás mi maldición!».

Algunos meses más tarde Luis de Condé fue arrestado y llevado a la cárcel de Orleans, acusado de ser el jefe de la conjura de Amboise.

La muerte de Francisco II evitó la pena capital al príncipe, dictada en noviembre de 1560.

Más o menos en esta época de la conjura de Amboise, aparece en Francia el nombre de hugonote. Se ha discutido mucho acerca del significado de esta palabra. Una de la hipótesis más verosímil parece que sería un desvío de la palabra *Eidgenosse*, por la que se quería presentar a los protestantes franceses como un partido peligroso, no solo hereje, sino también político y revolucionario cuya dirección se encontraba en la ciudad republicana y calvinista de Ginebra. Otros dicen que viene de Hugo, un protestante que en Besançon se hacía pasar por el fundador y principal responsable del movimiento protestante. Algunos también piensan que deriva del fundador de la realeza francesa, llamado Hugo Capeto, quien según una leyenda de la Turena donde los calvinistas eran muy numerosos, se paseaba por la noche en forma de fantasma. Esta explicación era posible a causa de las reuniones nocturnas que celebraban los reformados, en cualquier caso, para los adversarios la palabra era un apodo, aunque la historia ha hecho que fuera un calificativo de honor.

En el mismo año 1560, tan lleno de violencia y de sangre, la Reforma dio un nuevo paso: se estableció el culto público. Eran tantas las personas, pueblos y provincias enteras que abrazaban el calvinismo, que era imposible seguir con reuniones secretas en bosques y cavernas para invocar el nombre de Dios. Se estima que el número de protestantes era de entre un millón y medio a dos millones, lo que equivalía al 8-12% de habitantes. En algunos lugares donde las iglesias católicas habían quedado vacías, comenzó a celebrarse el culto reformado.

Varios gobernadores de provincias advirtieron a los Guisa de lo que sucedía y éstos contestaron que deberían colgar a los predicadores sin proceso alguno, presentar denuncias criminales contra los hugonotes que asistieran a las predicaciones y *limpiar el país de esa infinidad de canallas que viven como los de Ginebra*. Sus órdenes no fueron ejecutadas estrictamente y no podían serlo porque lo que era posible contra unos miles de obscuros sectarios sin ningún crédito ya no lo era para millones de prosélitos, entre los cuales se encontraban más de la mitad de las grandes familias del reino.

El caos llegó a tal punto que no se podía seguir de aquella manera. No había paz ni guerra, ni libertad de religiones, ni el dominio absoluto de una sola. Había que encontrar el remedio o entregar el reino a una

anarquía total, por lo que el consejo del rey decidió convocar una asamblea de notables en Fontainebleau. Los Guisa aceptaron de mala gana pero, temerosos de una situación que ya no podían dirigir, cedieron a influencias políticas y de un tercer partido que empezaba a formarse dirigido por un canciller.

Fijaron la fecha de 21 de agosto de 1560 para la apertura de la asamblea. El joven rey se sentó en el trono de la gran sala del palacio, teniendo a su lado a su esposa María de Escocia, la reina madre y sus hermanos. También estaban presentes los cardenales, obispos, miembros del consejo privado, caballeros de las órdenes, los duques de Guisa, el condestable, el almirante, el canciller, todos estaban excepto los príncipes de Borbón que habían rechazado la invitación por temor a una trampa.

El duque de Guisa presentó las cuentas de la administración del ejército y el cardenal de Lorena las finanzas del país. Sin embargo, a pesar de la importancia de esos temas, los notables les prestaron poca atención, porque lo que realmente importaba en aquel momento era el problema religioso.

Coligny había prometido a los reformados dar la señal de alerta. Se levantó, se acercó al trono inclinándose con respeto y presentó dos recursos, uno para el rey y el otro para la reina madre, que llevaban por título: *Súplica de los que en distintas provincias invocan el nombre de Dios siguiendo las reglas de piedad*. Los asistentes se extrañaron de ver tanta osadía, porque la pena de muerte estaba sobre sus cabezas, sin embargo el rey aceptó las súplicas y las dio a su secretario para que las leyera.

Los debates duraron varios días y el 24 de agosto tomó la palabra el almirante Coligny, quien pidió la convocatoria de un concilio nacional libre y que entre tanto se permitiera a los de la religión reunirse para adorar a Dios. El cardenal de Lorena rechazó de plano la petición pues, según él, solo era necesario reformar las costumbres de los feligreses y ello podía hacerse con admoniciones públicas o privadas.

Al papa Pío IV le preocupó mucho la idea de un concilio nacional porque el resultado podría ser un cisma o el restablecimiento de la pragmática sanción y escribió al rey de Francia para decirle que su corona estaría en peligro y al rey de España para suplicarle que interviniera, pero al no obtener una respuesta satisfactoria, decidió reabrir

las sesiones del concilio de Trento que hacía tiempo estaban suspendidas. El pontífice de Roma prefería una asamblea de mayoría italiana que podía controlar, a un concilio de Francia que podría deliberar sin él y quizá contra él.

El maquiavélico cardenal no cesaba de maquinar planes para la exterminación de los herejes hugonotes cuando, de forma repentina, Francisco II fue aquejado de una grave enfermedad. Mandaron hacer procesiones por las calles de París para su curación y suplicaron al príncipe que invocara a la Virgen y a todos los santos, con la promesa de no dejar ningún hereje si Dios le sanaba. Sus plegarias no fueron contestadas y Francisco II murió cuando solo tenía diecisiete años, el 5 de diciembre de1560, después de diecisiete meses de reinado. Nadie cuidó de sus funerales porque la reina madre, los Borbones, los Guisa, los cardenales y los cortesanos estaban demasiado ocupados en sus propios negocios. Fue llevado a San Denis por un viejo obispo casi ciego y dos antiguos siervos de su casa y allí fue sepultado.

Antes de que diera el postrer suspiro, los Lorena fueron a esconderse en su alojamiento donde permanecieron ocultos treinta y seis horas, hasta que conocieron las intenciones de la reina madre y del rey de Navarra. Les conservaron las dignidades, pero nunca más fueron los dueños del Estado. Le sucedió en el trono su hermano Carlos IX, de tan solo diez años de edad. Como era menor, Catalina de Médicis se nombró regente y Antonio de Borbón teniente general del reino. Hubiese podido, como primer príncipe de sangre, reclamar la regencia, pero no lo fue por falta de firmeza. El príncipe de Condé salió de prisión; el condestable Anne de Montmorency recuperó su oficio de gran maestre al lado del nuevo rey y el almirante Coligny, no pidió nada para sí, sino que intentó usar las circunstancias para obtener el libre ejercicio de la religión. La regente era una mujer supersticiosa, sin piedad y con pocos escrúpulos. Su única pasión era llevar las riendas del gobierno y tuvo miedo de la ambición de los Guisa, por lo que se acercó a los reformados e hizo caso de los consejos de tolerancia de Coligny y del canciller católico, Miguel de L´Hôpital. Los hugonotes comenzaron a respirar.

Los Estados Generales empezaron en Orleans el 13 de diciembre. El canciller L´Hôpital tomó la palabra el primero en nombre del rey –que era menor de edad– y la regente, para decir que los desvíos de

la iglesia habían causado el nacimiento de herejías y que tan solo una buena reforma podría subsanar el problema. Aconsejó a los católicos que se adornaran de virtudes y buenas costumbres, que atacaran a los adversarios con las armas de la caridad, de la oración y de la persuasión.

El clero había escogido como portavoz a Juan Quentin, profesor de derecho canónico, quien dijo que los oradores anteriores habían hablado por su cuenta sin pensar que los Estados Generales formaban un cuerpo del cual el rey era la cabeza y la iglesia la boca.

El político Lange, abogado del parlamento de Burdeos, en representación del *tiers-état** atacó con ardor tres vicios del clero católico: la ignorancia, la avaricia y el lujo, dejando entrever que los problemas cesarían cuando esos abusos se corrigieran.

Los Estados Generales fueron muy útiles para la Reforma. El cardenal de Lorena, muy descontento por haber ocupado un lugar secundario, se retiró en su arzobispado de Reims. Su hermano el duque de Guisa, se apartó de la corte y la reina madre al ver que los laicos del gobierno no aceptaban las persecuciones, de acuerdo con el canciller L´Hôpital, manifestó mostrar cierta buena voluntad con los calvinistas.

El almirante Coligny hacía predicar la fe reformada en sus apartamentos y Catalina de Médicis ofreció el púlpito del palacio de Fontainebleau al obispo Montluc, quien había hablado severamente contra los abusos de la iglesia romana en la asamblea de nobles.

En esos días de fervor y esperanza, los fieles creían que el triunfo de la Reforma estaba totalmente en manos de los jefes de estado. Escribieron una carta a Catalina de Médicis y Antonio de Borbón que decía: «Solo vosotros podéis permitir que Jesucristo sea conocido y adorado en todo el reino, con toda verdad, justicia y santidad. Si decís que queréis extirpar todas las supersticiones e idolatrías, veréis como todos los que han hecho daño a la iglesia se quedarán sin fuerza, virtud y poder».

Faltaban pastores y escribieron a Suiza para que les mandaran cuantos pudieran. Las iglesias hermanas les enviaron incluso a algunos que les eran imprescindibles. Muchos jóvenes instruidos por Calvino y otros mayores fueron consagrados al ministerio de la predicación del

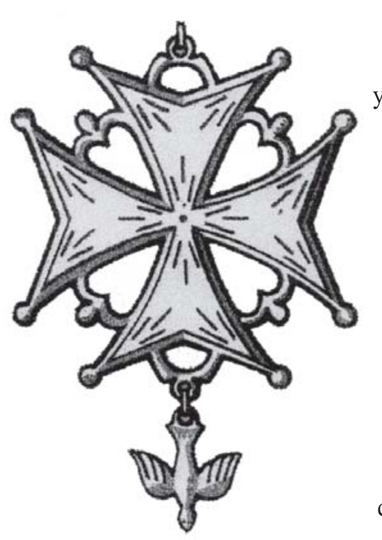
* Los Estados Generales estaban compuestos por: 1) Realeza y nobleza. 2) El clero en general y 3) El pueblo, llamado *Tiers-état* o tercer estado.

Evangelio. Todos veían, con el fervor que otorga la fe, una gran nación por conquistar.

El clero por su lado no dormía y como ya no encontraban ningún apoyo en la corte, se dedicaron a atizar al pueblo. Hubo problemas en varios lugares. Al cardenal Odet de Chatillon, hermano de Coligny, le acusaron el día de Pascua de 1561 de haber celebrado la Santa Cena en su palacio como lo hacían los de Ginebra. El populacho asaltó su palacio y el mariscal de Montmorency tuvo que ir desde París con una numerosa escolta, para ahogar la sedición.

El duque de Guisa, tenido a distancia por Catalina de Médicis y odiado por los príncipes de sangre, no podía retomar en solitario la autoridad perdida por la muerte de Francisco I y recurrió a unirse estrechamente con el embajador de España que había recibido la orden de Felipe II de suscitar disturbios en el reino para debilitarlo y entregárselo.

Los patíbulos y las llamas de las hogueras encendidas durante cuarenta años no pudieron acabar con la ardiente fe en Cristo que había en los corazones de los reformados. Francia debería conocer aún catástrofes terribles antes de que las dos partes estuvieran dispuestas a establecer la paz en condiciones equitativas.



Se llama la cruz hugonote desde finales del siglo XIX y está formada por la cruz de Malta, que se diferencia de la cruz latina porque tiene ocho puntas. Sus aspas están conectadas entre sí por un círculo que simboliza la corona de espinas de Cristo y entre cada aspa hay la forma de un corazón que representa el amor de Cristo por los hombres. En las extremidades de las aspas hay ocho bolas que representan las beatitudes. La paloma colgante representa el Espíritu Santo que descendió el día de Pentecostés.

Capítulo 3

Desde el coloquio de Poissy al edicto de Nantes
(1561–1598)

Todas las órdenes dadas en los últimos tiempos en materia religiosa eran provisionales y anunciaban una gran reunión conciliar que debería acabar definitivamente con las controversias, por lo menos era el grito general de los franceses.

La idea no era nueva. Al día siguiente de la Reforma, Alemania había pedido un concilio ecuménico totalmente libre. Los papas lo rechazaron durante mucho tiempo porque se acordaban de otras grandes asambleas y temían encontrarse cara a cara con el colegio cardenalicio y demás fieles de la iglesia. Al final tuvieron que claudicar ante las súplicas de los príncipes y del pueblo y escogieron para celebrar las reuniones, un pueblo de Italia, pero las sesiones las fueron cambiando de lugar y clausurando, según los cálculos de su política. Los protestantes no podían aceptar el simulacro de concilio universal y no quisieron seguir asistiendo a más reuniones. Los católicos franceses más instruidos no estuvieron de acuerdo con lo que sucedía y concibieron el proyecto de convocar un concilio nacional. La mayoría de cardenales y obispos franceses no querían. «¡Para qué discutir con gente que solamente quiere discutir!, –decía el viejo cardenal de Tournon– si tanto desean exponer sus medios de defensa, que vayan al concilio de Trento y les facilitaremos salvoconductos. Allí se justificarán si pueden!». El cardenal de Lorena, sin embargo, mejor conocedor de la corte y de su propia elocuencia para vencer a los hugonotes, no estuvo de acuerdo con un concilio y propuso autorizar una especie de coloquio

o simple conferencia teológica, que obtuvo el beneplácito de los jefes del clero.

Todo este asunto estaba lleno de reticencias, malentendidos, incomprensiones y discusiones, motivos por los cuales entendemos el final que tuvo el coloquio de Poissy.

Los pastores reformados recordaban lo sucedido anteriormente en otros lugares de Suiza y Alemania y querían que el trato con el clero fuese de igualdad, que la Biblia fuera el árbitro supremo de la controversia y que los jefes del Estado tuvieran la última palabra en las discusiones.

Los cardenales y obispos lo entendían de otra forma. No podía haber igualdad, porque eran los únicos y verdaderos representantes de la Iglesia, porque los doctores que dirigían la Reforma eran personas equivocadas y estaban obligados a escucharles por pura condescendencia. Tampoco aceptaban la Biblia como único árbitro del debate, reservándose el derecho de ser los jueces de su propia causa y decidir lo que debía admitirse o condenar.

Los pastores convocados fueron doce y llegaron acompañados de veintidós representantes laicos de las distintas iglesias. El lugar de Calvino fue ocupado por el eminente Teodoro de Beza, nacido en 1519 en una pequeña población de la Borgoña, hijo de una familia noble. De jovencito le confiaron a los cuidados de Melchor Wolmar, uno de los humanistas más célebres de la época, quien le hacía leer las Escrituras y le inculcaba, con el ejemplo y las lecciones, la primera semilla de la fe en Cristo.

Las piadosas enseñanzas recibidas quedaron ahogadas en apariencia por las pasiones de la juventud. En París, un joven amable, rico, lleno de juventud, rodeado de todo lo que podía extraviarle y que vivía como hombre de mundo, publicó un volumen de poesías ligeras con el nombre de Juvenalia y de Beza se casó en secreto.

Una grave enfermedad despertó su conciencia y sintió el llamamiento de Dios a la conversión y a la consagración de su vida al ministerio cristiano. Se retiró en Lausana con su esposa; se casó por la iglesia y confesó públicamente sus pecados de juventud. Esto sucedía en noviembre del año 1548 a los veintinueve años de edad. Trabajó con Pedro Viret durante diez años en la enseñanza del griego y otras disciplinas del Nuevo Testamento.

Se hizo pobre porque subordinaba todo a sus convicciones y el hombre elegante de los salones de París, decidió hacerse impresor y se asoció con Juan Crespin autor de *Historia de los Mártires*, pero aunque era muy humilde y podía aceptar esa posición social, poseía demasiadas cualidades para permanecer en ella. Decidió trasladarse a Ginebra para ayudar en la organización de la universidad, y fue su primer rector, alternando sus deberes con la enseñanza de teología como catedrático junto con otros profesores llegados de Francia que impartían hebreo, griego, dialéctica y retórica.

Allí estableció unas relaciones íntimas con Calvino. Los dos vivían la misma fe y esperanza; ambos sentían el mismo celo para propagar en Francia las doctrinas de la Reforma. Calvino tenía más genio, una lógica más severa, una ciencia más profunda, una voluntad más fuerte, más agudeza y se hizo el maestro de Teodoro de Beza. Éste tenía más facilidad de palabra, las maneras más amables y más adaptado a las relaciones de la vida social. Uno conocía mejor la forma de dirigir a los hombres y el otro sabía mejor cómo tratarles.

En 1560 Beza fue a predicar a Nerac invitado por el rey de Navarra y apenas de regreso a Ginebra, le llamaron para asistir al coloquio de Poissy como teólogo más capacitado, después de Calvino, para defender la causa de la Reforma en la asamblea.

La víspera del coloquio, llegaron doce doctores en teología de la Sorbona con el aspecto triste y suplicaron a Catalina que no dejara hablar a los herejes y si lo hacía que fuera a puerta cerrada.

El coloquio de Poissy se abrió el 9 de septiembre de 1561. Presidió la asamblea el rey Carlos IX con tan solo once años y a su lado los príncipes y princesas de la familia, los caballeros de las órdenes y los oficiales y damas de la corte. En los laterales más cercanos se encontraban los cardenales de Tournon, de Lorena, de Châtillon, de Borbón, de Guisa y de Armañac y a su alrededor una multitud de obispos y doctores. Los representantes de las iglesias reformadas no tenían lugar específico destinado.

El joven rey se levantó y leyó un discurso en el que exhortaba a los asistentes a despojarse de pasiones y a discutir solamente por el honor a Dios y por el restablecimiento de la paz en el reino. El canciller L´Hôpital tomó de inmediato la palabra y les dijo que estaban allí para proceder a la reforma de la doctrina y las costumbres. Que el mejor

medio de entenderse era proceder con humildad dejando de lado las disputas sutiles y curiosas y que solo era necesario comprender bien la Palabra de Dios. Que los de la nueva religión también eran cristianos bautizados y no se les debía condenar, sino recibirles como un padre a sus hijos.

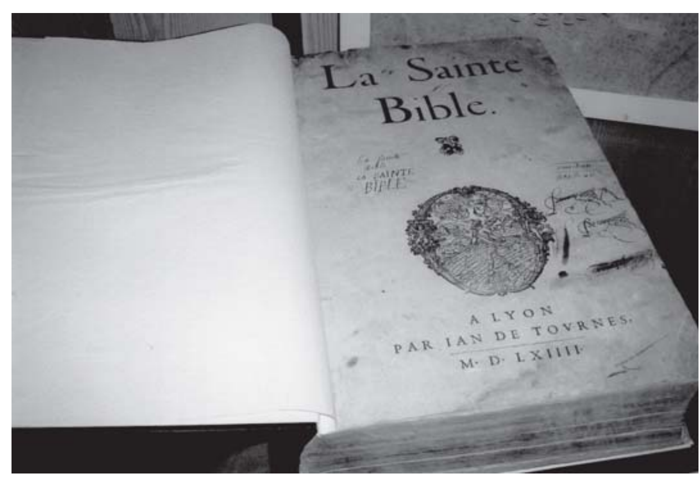
Los prelados recibieron el discurso con humor. La idea de una reforma doctrinal y el consejo de aceptar como única regla la Palabra de Dios, les pareció favorecer los intereses de los reformados. El cardenal de Tournon pidió una copia del discurso del canciller para deliberar con sus colegas, pues había temas muy importantes que no habían sido mencionados en las cartas de la convocatoria.

Por fin el duque de Guisa presentó a Teodoro de Beza; a los diez pastores y a los veintidós representantes laicos. Sus vestidos sencillos ofrecían un extraño contraste con las ropas y las insignias de los prelados y las gentes de la corte. Sin embargo se presentaron con serenidad, porque sabían que Dios estaba por encima de ellos y detrás de ellos, una gran mayoría de la nación.

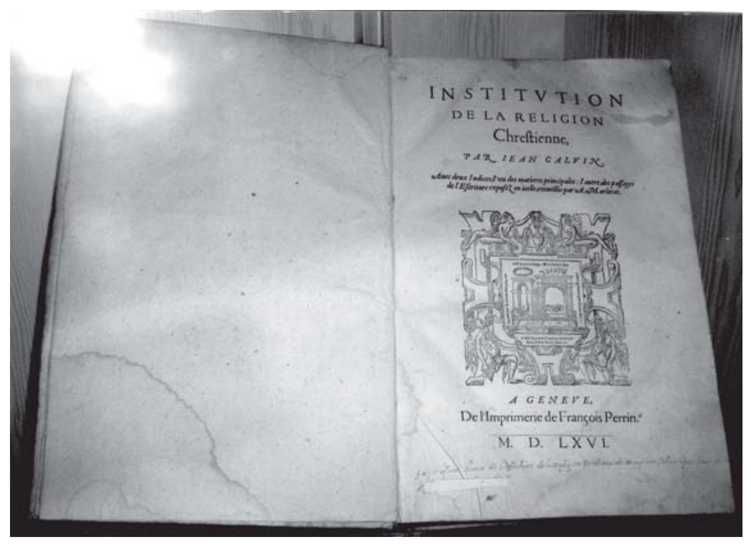
Quisieron franquear la balaustrada para sentarse al lado de los doctores católicos, pero se lo impidieron. Los curas querían que los discípulos de la Reforma se quedaran al otro lado como si fuesen los acusados. Con la cabeza descubierta se inclinaron respetuosamente y Teodoro de Beza dobló la rodilla con los pastores para implorar la bendición del cielo sobre la asamblea. Los reunidos le escucharon con extrañeza.

El discurso del hombre de Dios fue extraordinario y no puedo transcribirlo por el carácter de este trabajo. Con mucha humildad expuso las doctrinas capitales de la Reforma y en cuanto a la disciplina declaró entre otras cosas, que los reformados hacían profesión de obedecer a sus reyes y autoridades, con la única reserva de que la primera obediencia era debida a Dios, el Rey de reyes y Señor de señores. Al acabar su discurso, se inclinaron ante el rey Carlos IX y Beza le presentó la confesión de fe de las iglesias reformadas de Francia.

Durante el discurso había reinado un profundo silencio hasta el momento en que habló de la comunión y dijo que el pan y el vino eran un símbolo del cuerpo y la sangre de Cristo, pero nunca su cuerpo real. Entonces muchos murmuraron y otros gritaron: ¡Blasfemia! El Cardenal de Tournon había interrumpido al orador y rogado al rey que le


La Sainte Bible.
A LYON
PAR IAN DE TOVRNES.
M. D. LXIIII.

Una de las Biblias más antiguas que existen, impresa en Lyon, Francia, por Ian de Tournes, en el año 1564.
Museo del Protestantismo. Ferrières.


INSTITVTION
DE LA RELIGION
Chrestienne,
PAR IEAN CALVIN.
A GENEVE.
De l'Imprimerie de François Perrin.
M. D. LXVI.

Institución de la Religión Cristiana, de Juan Calvino, impresa en Ginebra en el año 1566.
Museo del Protestantismo. Ferrières. Foto del autor

impusiera silencio o les concediera permiso para retirarse. Las autoridades no hicieron movimiento alguno y Beza acabó de explicar que el creyente era partícipe del cuerpo y de la sangre de Cristo por la fe y de una manera espiritual.

El cardenal de Tournon, temblando de ira y balbuceando dijo al rey: «Ya sabíamos que esos nuevos evangelistas podían decir cosas indignas delante de un rey muy cristiano, pero no haga caso de lo oído hasta que demos la respuesta».

Los prelados y teólogos se reunieron después de la sesión para decidir lo que debían hacer. Acordaron que uno de sus mejores teólogos preparara una respuesta razonada que se limitara a hablar de la Iglesia y de la Santa Cena, que el cardenal de Lorena debería leer ante la asamblea.

En el intervalo, también los obispos prepararían una confesión de fe que firmarían todos y la presentarían a los pastores para que hicieran lo mismo. En el caso de no querer, les pronunciarían un fulminante anatema y las discusiones habrían terminado. Los representantes de las iglesias reformadas se quejaron ante el rey diciéndole que esa solución era contraria a todo orden humano y divino, porque los obispos serían sus jueces y les condenarían sin haberles oído.

El 16 de septiembre en el mismo salón de Poissy, el cardenal de Lorena pronunció su discurso sobre los dos artículos convenidos y declaró que la Iglesia era infalible y si hubiera algún error, debía recurrirse a la sede romana, reconocida desde tiempos antiguos como la primera de la cristiandad. En cuanto a la Santa Cena, insistió en la presencia real y deploró, que lo instituido por Dios como un medio de unión, llegara a ser un motivo de discordia. Para terminar, hizo un patético llamamiento al rey en el que le suplicó que permaneciera en la religión que sus antepasados le habían transmitido.

Teodoro de Beza pidió permiso para replicar, pero los prelados ya se habían levantado en tumulto y el cardenal de Tournon dijo al rey: «Si los separados quieren suscribir todo lo dicho por el monseñor de Lorena, serán ampliamente escuchados en todos los demás temas y si no lo hacen, que se les niegue el derecho de hablar. La asamblea de prelados le suplica que se les eche fuera y limpie su reino. Se lo pedimos humildemente para que en su reino muy cristiano, haya una sola fe, una ley y un rey».

Los doctores de la Reforma comprendieron entonces la miserable burla y la intención de los prelados, al convocar el coloquio de Poissy. Ni debate libre, ni tan siquiera la apariencia, ni un tribunal que escuchara hasta el final y con paciencia a los acusados. Querían una adhesión incondicional y absoluta sobre los dos puntos a tratar, la Iglesia y la Santa Cena y si no, el anatema y la expulsión.

El cardenal de Lorena había preparado una sorpresa inesperada y pérfida: hacer discutir a los teólogos luteranos de la confesión de Augsburgo con los calvinistas. Los luteranos fueron, pero uno de ellos murió de la peste al llegar a París y no se atrevieron a hacer venir a los demás. También se celebró una conferencia en la que asistió el español padre Diego Lainez, prepósito general de los jesuitas, quien pronunció un discurso ridículo e insolente al tildar a los herejes de raposas y decir que no había que discutir con ellos, sino enviarles al concilio de Trento, y que esos temas no pertenecían a los laicos ni a las mujeres. Estas últimas palabras ofendieron muchísimo a la regente, Catalina de Médicis.

Sin nada más que debatir, el coloquio finalizó el 9 de octubre. Una sola cosa quedó clara y fue que la esperanza de encontrar la unidad de las dos comunidades, haciendo concesiones mutuas, era una pura ilusión y que era necesario que una eliminara a la otra o que las dos se acostumbraran a vivir juntas.

A pesar del triste final de coloquio de Poissy, los ánimos de los reformados se levantaron porque habían tenido la ocasión de exponer su fe delante de las mayores autoridades del reino y de los príncipes de la iglesia romana. Ya no les podían acusar de crímenes infames y llevarles al patíbulo sin proceso. Los tímidos y los indecisos confirmaron sus creencias y pueblos enteros abandonaron el catolicismo.

El anciano Guillermo Farel volvió unos días a su tierra natal y pudo exhortar a los fieles, que celebraran sus reuniones durante el día y al aire libre. Otro predicador de gran reputación en Ginebra y en todo Suiza de habla francesa, llamado Pedro Viret, fue a Nimes en el mes de octubre y al día siguiente de su llegada ocho mil oyentes se apretujaban alrededor de su púlpito. El pobre reformador estaba convaleciente de dos tentativas de muerte. Una criada, alentada por los curas, había intentado envenenarle en Ginebra y otro cura de la región de Lausana, le atacó con un palo en un camino solitario y le dio tantos golpes que le dejó medio muerto.

En aquel gran despertar religioso del momento, muchas iglesias católicas fueron invadidas, porque en muchos lugares no quedaban curas para celebrar la misa ni creyentes para asistir a ellas, y como en esas iglesias había crucifijos, imágenes de santos, reliquias y otros objetos que la Reforma consideraba, en aquellos primeros tiempos, que eran monumentos idólatras, los rompían o los echaban al fuego. Viret y otros muchos reformados se opusieron a aquellos graves abusos, pero era difícil dominar la voluntad de todo un pueblo. Además, ¿acaso no imitaban a los cristianos primitivos sin saberlo y por la sola lógica de las cosas?

En París llegaron a congregarse hasta quince mil personas y para evitar el tumulto, se reunían fuera de las puertas de la ciudad. La reina regente suplicó a Coligny que le dijera cuántos lugares de culto había en el reino y éste le presentó una lista con más de dos mil ciento cincuenta iglesias, que pedían la libertad de religión y ponían a disposición del rey, su persona y sus bienes.

Los cardenales y los obispos, fieles a su espíritu de persecución, aconsejaban expulsar a todos los predicadores del reino y exterminar a todos los que se resistiesen, pero Catalina de Médicis y L´Hôpital contestaron que ello no era posible pues comportaría una guerra civil y lo único que se podía hacer era imponer a los calvinistas unas normas legales que deberían cumplir en las reuniones.

Por estos motivos se reunieron los nobles en asamblea solemne y después de mucha deliberación publicaron un edicto en enero de 1562. L´Hôpital desarrollaba por primera vez la idea de la coexistencia entre los dos colectivos y declaraba que si el rey se inclinaba totalmente hacia un bando, tendría que formar un ejército para aplastar el otro y ello provocaría una guerra civil.

Las principales disposiciones del edicto de enero fueron: Ordenar a los que se hubieran apoderado de iglesias o propiedades eclesiásticas, restituirlas inmediatamente. Prohibir tocar las imágenes, romper las cruces o promover cualquier acto que pudiera provocar escándalo. Prohibir reuniones en el interior de las poblaciones, de día o de noche, pero autorizar toda clase de actos religiosos en el exterior. Nadie podía asistir armado a las asambleas excepto los gentilhombres y los oficiales del gobierno que deberían ser admitidos cuando ellos quisieran. Teodoro de Beza y sus colegas invitaron a los fieles en nombre de Dios

a observar el edicto. Lo hicieron devolviendo los edificios religiosos, pagaron el diezmo a los curas y los hugonotes cuidaron de que se cumplieran las leyes.

A pesar de la resistencia, el estado de cosas se hacía más soportable y la paz pública podía restablecerse, pero se produjo la defección del protestante Antonio de Borbón, teniente general del reino, además de rey consorte de Navarra y se abrió la puerta a una guerra civil y a múltiples desgracias que durarían muchos años.

El legado del papa, los cardenales, los príncipes de Lorena y el embajador de España se pusieron de acuerdo para hacerle ver que a pesar de su título de teniente general, no sería el segundo, ni el tercer personaje del partido calvinista que cambiaba de religión y, como conocían sus pasiones voluptuosas, pusieron en su camino a mujeres con pocos escrúpulos, y sobre todo acariciaron su sueño de restituir el reino de Navarra o algo parecido. Felipe II le ofreció, a través de su embajador, la soberanía de la isla de Cerdeña y le hicieron fantásticas y maravillosas descripciones de aquella isla afortunada. Antonio de Borbón estaba de acuerdo en separarse de los reformados, pero quería poseer lo prometido antes.

Los Guisa le pusieron otra trampa y le insinuaron la corona de Escocia por el posible casamiento con su sobrina María Estuardo, después que el papa anulara por causa de herejía su matrimonio con Juana de Albret.

También sedujeron a Antonio de Borbón para que aprovechara una conferencia entre teólogos de ambas comuniones y declarara que los ministros calvinistas no habían sido capaces de contrarrestar las doctrinas romanas y como un hombre que acaba de venderse por un plato de lentejas, les trató de charlatanes e impostores.

El rey consorte de Navarra pidió a Teodoro de Beza que fuera a Francia para hablar sobre el tema y éste le suplicó varias veces que no se retractara de la fe, pero no quiso aceptar los buenos consejos. Su esposa Juana de Albret tampoco tuvo éxito a pesar de sus lágrimas y plegarias y fue tanta la ceguera del marido que llegó a maltratarla y viendo que no conseguiría nada, se retiró en la región de Bearn. Juana había nacido en Pau en 1528 siendo hija única de Margarita de Valois, apodada la Margarita de las Margaritas. Algunos historiadores dicen que poseía las brillantes cualidades de su madre, quizá con un carácter

más decidido y una piedad sin límites. Su educación era sólida y sabía griego, latín, español y era extraordinaria como poetisa. En 1548 se casó con Antonio de Borbón y en 1555, cuando murió su padre, tomó el título de reina de Navarra. A Juana le costó más que a su marido abrazar la religión reformada y no fue hasta 1560 que ella decidió seguir con fidelidad su nueva fe.

En el momento de marcharse para el Bearn, apretó a su hijo Enrique entre sus brazos, lo bañó en lágrimas y le suplicó que guardara la fe que había recibido desde su más tierna infancia. ¡Enrique IV olvidaría un día las lágrimas y el abrazo de su madre!

De vuelta a sus estados, Juana de Albret siguió los pasos de su madre Margarita de Valois y abrió escuelas, hospitales, publicó un nuevo código ético, creó becas de estudio para los niños pobres e hizo florecer las artes. Persiguió con empeño la embriaguez, la usura y los juegos de azar.

Juana tuvo que enfrentarse a muchas luchas y corrió peligros porque en nombre del papa le reprocharon haber introducido en sus dominios una herejía que había suscitado grandes odios. En 1563 el papa Pío IV la citó para que compareciera ante el tribunal de la Inquisición antes de seis meses, bajo pena de perder la corona y sus bienes, pero varios reyes de Europa intervinieron y el papa se volvió atrás. También escapó de otro peligro concebido en la corte de Madrid. Se trataba de quitarle a sus hijos para entregarlos a la inquisición española, pero la propia esposa de Felipe II, la infanta francesa Isabel de Valois, advirtió a su parienta y el complot fracasó.

Todo lo que Enrique IV tuvo de excelente; sus formas caballerosas, su generosidad y su amor por el pueblo, lo heredó de su noble madre, una de las mujeres más grandes; por lo que debemos asociar el nombre de Juana de Albret al nombre del rey más popular de Francia.

La defección del rey consorte de Navarra, apoyada en el triunvirato, llevó los frutos que el partido católico deseaba. Coligny y sus hermanos, al darse cuenta de que les trataban con recelo, se alejaron de la corte. El príncipe de Condé, viendo que le dejaban de lado marchó a vivir a París y así los Guisa tuvieron el campo libre para cometer actos que en otro tiempo normal, hubiesen sido calificados de crímenes de alta traición al jefe del Estado. Pactaron una alianza con el rey de España y el duque de Saboya y se comprometieron a abrir las puertas del reino

para exterminar a los herejes. El edicto de enero lo hicieron trizas con la punta de la espada en la masacre de Vassy.

Vassy era una villa fuerte del condado de Champaña de unos tres mil habitantes, de los cuales una tercera parte, sin contar los vecinos de los alrededores, profesaban la fe reformada. Los lorenos tenían posesiones en Joinville, lugar cercano y en una de ellas vivía una anciana duquesa de Guisa, que solo poseía la herencia paterna por haber renunciado a la materna y no comprendía como todavía quedaban hugonotes por exterminar. La mujer pretendía que los habitantes de Vassy, en tanto que vasallos de su nieta María Estuardo no tenían derecho a estar en aquellos dominios por tener la nueva religión y les amenazó con una venganza terrible e invitó a su hijo el duque Francisco de Guisa que viniera para dar ejemplo a aquellos insolentes.

El 28 de febrero de 1562 el rey consorte de Navarra pidió al duque de Guisa que volviera a París para reprimir a los hugonotes y éste salió del castillo de Joinville con una escolta de varios gentilhombres y doscientos caballeros. El domingo 1 de marzo, al pasar por Vassy se le ocurrió entrar en la población y mandó venir al prior y al presbítero, ambos grandes enemigos de la nueva doctrina. Unos mil doscientos reformados estaban reunidos en una granja, celebrando su culto al aire libre bajo la protección del edicto de enero. Nadie portaba armas, excepto dos extranjeros que iban de paso y llevaban sendas espadas. Al asomarse a la puerta mataron a tres de los reunidos y dispararon con los arcabuces sobre todos los que se acercaban a las aberturas de la granja. Los calvinistas solamente pudieron armarse de unas cuantas piedras para defenderse.

Al oír el tumulto se acercó el duque con tan mala suerte que recibió una pedrada en la cara y empezó a sangrar. No hubo piedad para nadie y se produjo un baño de sangre. Dispararon sobre la gente como si fueran una bandada de palomas sobre un tejado. Sesenta personas quedaron muertas sobre el pavimento; doscientos fueron heridos, algunos de muerte.

El pastor Leonardo Morel que presidía el culto, estaba arrodillado delante del púlpito invocando al Dios de misericordia. Dispararon sobre él y quiso escapar, pero cerca de la salida tropezó con un cadáver y recibió dos golpes de espada en la espalda y uno en la cabeza. Al sentirse herido de muerte exclamó: «Señor, tú me has redimido y pongo

mi alma entre tus manos». Dos gentilhombres le identificaron y le llevaron ante el duque que le preguntó: «¿De dónde has sacado la valentía para seducir a todas estas gentes?». «Yo no soy ningún seductor, sólo he predicado el Evangelio de Jesucristo», respondió.

Al año siguiente en el lecho de muerte, el duque dijo a los que le rodeaban que él no había premeditado ni ordenado la masacre de Vassy, sin embargo la sangre inocente derramada cayó sobre su cabeza y recibió el castigo su hijo y toda su descendencia, porque el que a hierro mata a hierro muere.

La noticia de aquella masacre produjo una impresión extraordinaria en todo el reino y entre el pueblo hugonote se levantó un sentimiento de indignación y de horror. No se trataba de un crimen ordenado por el clero, sino por un hombre considerado como uno de los señores más grandes de Francia, que había despreciado las leyes y derramado gran cantidad de sangre de fieles inocentes. Si ese atentado quedaba impune, ¿dónde estaba la justicia?

En París la agitación fue tan grande que se creía que la gente iba a tomar las armas de inmediato y el mariscal de Montmorency, gobernador de la ciudad, invitó a los reformados a suspender sus reuniones y éstos contestaron que ello sería justificar a los enemigos y reconocer que en el reino existía un poder superior a las leyes y suplicaron al gobernador que fuera severo en hacer observar el cumplimiento de los edictos.

El príncipe de Condé y los principales miembros del partido se dirigieron a Catalina de Médicis para exponerle la insolencia del triunvirato, el acuerdo de los príncipes de Lorena con el rey de España, el aumento de la audacia en sus empresas, los peligros que amenazaban la autoridad real y le manifestaron que estaban dispuestos a sacrificar sus bienes y vidas por la causa del trono. Catalina usó el disimulo, contestó con evasivas e intentó penetrar en los secretos del calvinismo para emplear sus conocimientos en su favor o en su contra, según las circunstancias.

El consistorio de París decidió agotar todas las vías previstas por la justicia para oponerse con fuerza a los abusos y mandaron a Teodoro de Beza a la corte con el objeto de reclamar un castigo ejemplar para los asesinos. El rey consorte de Navarra, que ya había abjurado, estaba presente en la audiencia y queriendo dar confianza a sus nuevos aliados,

los católicos, dijo que habían echado piedras contra su hermano el duque de Guisa y que los promotores de la matanza habían sido los reformados.

Todo este estado de cosas provocó el reagrupamiento de los principales nobles hugonotes y se encontraron en Meaux en marzo de 1562. Allí decidieron, según Agrippa d´Aubigné, la toma de las poblaciones de mayoría reformada, unirse y formar un partido. Estamos en las guerras de religión y la historia de los reformados se confunde con la historia general de Francia, pero quisiera limitarme a describir, sobre todo, la vida interior del partido oprimido.

El duque de Guisa hizo una entrada triunfal en París. El clero empujó a la multitud para acercarse al paso del héroe de Vassy, al que compararon con Judas Macabeo y le concedieron el glorioso nombre de *defensor de la fe*. El triunfo del duque hirió a Catalina de Médicis en su amor propio de madre y en sus derechos de regente, pero el duque no le dio tiempo para aliarse a los calvinistas. Margarita fue desde entonces prisionera de la facción católica y se revolvió contra los hugonotes, quienes no pudieron conseguir que el duque de Guisa fuera castigado. Solamente les quedaba defenderse de los asesinos.

Nadie sabía dónde estaba la autoridad legítima. La soberanía flotaba al azar. En cierta manera los hugonotes estaban fuera de la ley debido a los hechos provocados por el que acababa de masacrar a sus hermanos y se pusieron en actitud de defensa personal. De un lado a otro de Francia, sin acuerdo previo, los reformados se lanzaron sobre sus armas como si vieran su hogar asaltado durante la noche por una banda de malhechores.

La reina madre pareció autorizar a los hugonotes a tomar las armas e incluso hacerlo en nombre de Carlos IX. «Veo muchas cosas que me desagradan –escribía al príncipe de Condé– y tengo la confianza que usted me ayudará a conservar el reino a pesar de aquellos que quieren echar todo a perder». Estas cartas y comunicados a los gentilhombres de la religión, les reafirmaron en los proyectos con su actitud y creyeron ayudar a la causa de los reformados y a la realeza.

Ambas partes pidieron ayuda al extranjero. Los católicos fueron los primeros en dar ejemplo, pues el pontífice de Roma predicaba en Italia y España una cruzada parecida a la de Simón de Montfort contra los albigenses mientras los hugonotes pedían el apoyo de los pueblos

protestantes. Muy pronto bajo una u otra bandera se afiliaron los españoles, suizos, alemanes e ingleses.

Cada partido publicó sus manifiestos. Los calvinistas pedían el estricto cumplimiento del edicto de enero, la puesta en libertad del rey y la reina que declaraban ser cautivos, el castigo de los autores del atentado de Vassy, o por lo menos el retiro del duque de Guisa y de los otros dos que formaban el triunvirato. La respuesta de los católicos fue que el rey y la reina eran totalmente libres, que no se tenía que castigar a nadie por el crimen de Vassy, que la presencia de los personajes del triunvirato era necesaria para el bien público y acerca del edicto de enero contestaron con justificaciones equivocadas.

Lo más importante de los debates preliminares fue el acuerdo concluido entre el príncipe de Condé y los señores hugonotes, el 11 de abril de 1562, después de celebrar la Santa Cena. Todos manifestaron que la alianza era por el honor debido a Dios; la libertad del rey y de la reina; el acatamiento a los edictos y el castigo de los violadores. También juraron solemnemente castigar la blasfemia, las violencias, los robos y todo lo que está prohibido por la ley de Dios y nombrar ministros buenos y fieles que les enseñaran a hacer la voluntad de Dios. Nombraron al príncipe de Condé jefe y conductor del movimiento, por ser de sangre real y protector de la corona de Francia. También prometieron cumplir sus deberes con total fidelidad. Así empezó la primera guerra de religión (1562-1563). Los primeros resultados con las armas fueron espectaculares y cayeron en su poder a finales del mes de abril, grandes ciudades y regiones, sin apenas un disparo.

El triunvirato, por su lado, actuaba con vigor, dictando a su capricho las disposiciones del consejo y las normas del parlamento, procurando además, poner de su parte al pueblo de París. Los burgueses católicos se armaron y contaban con cincuenta mil hombres al primer toque de rebato. Colocaron cadenas para dificultar el paso en caso de ataque. Exigieron certificados de catolicidad a todos los fiscales, recaudadores de impuestos y funcionarios públicos. Las iglesias eran los clubs de alterne en aquellos días y fueron a más durante la Liga.

Los hugonotes recibieron la orden, bajo pena de muerte, de abandonar París antes de veinticuatro horas. Renovaron contra ellos las infames acusaciones de años precedentes e hicieron circular dibujos groseros donde se representaban a los herejes arrancando las entrañas

de frailes y echando las hostias a los cerdos. El fanatismo del populacho se exaltaba con aquellas provocaciones hasta el punto de que era suficiente el ser tratado de hugonote para morir degollado. Teodoro de Beza cita numerosos ejemplos.

Los del triunvirato y el clero sabían lo que significaba ganarse la opinión de las gentes de la gran ciudad. Coligny lo presentía y aconsejó al príncipe de Condé ir directamente a París, porque el adversario todavía no habría tenido tiempo de formar un ejército y no podrían hacer nada sin gente preparada y disciplinada. Condé se negó a ello por ser hermano del rey Enrique de Navarra y un día podría llegar a ser teniente general del reino y tenía que guardar ciertas formas, incluso con los enemigos violentos. Un príncipe de sangre real no debe mandar un partido en los momentos de crisis, cuando hay que arriesgar mucho para conseguir todo.

Catalina de Médicis propuso unos encuentros entre los dos partidos donde ella podría representar algo. En la guerra no podía hacer nada y en las negociaciones contaba con su genio para que los católicos y los reformados establecieran unos pactos. Tuvieron un primer encuentro el 2 de junio al sur de París. La reina madre había ideado, asesorada por el obispo de Montluc que era su consejero íntimo, una estrategia que consistía en que los jefes de los dos partidos se impusieran un exilio voluntario. El triunvirato se alejaría de la corte y el príncipe de Condé, el almirante y los calvinistas más importantes saldrían del reino hasta la mayoría de edad de Carlos IX y los dos grupos religiosos harían un arreglo amistoso. La idea se retomó en una segunda conferencia, pero al tratarse de una estratagema de la corte no fructificó.

Habían perdido mucho tiempo y los gentilhombres calvinistas que debían subsistir con sus propios medios empezaron a volver a sus casas, mientras el ejército del triunvirato se hacía cada día más fuerte. La persecución aumentó. El parlamento de París sacó un decreto a finales de junio en el que se ordenaba perseguir a los herejes y matarles donde estuvieran por tener la rabia y ser enemigos de Dios y de los hombres. Cada domingo en el sermón los curas debían leer la terrible orden y las gentes empezaron a perseguir a los hugonotes para limpiar el país de bestias feroces.

Salió un segundo decreto del parlamento el 18 de agosto en el que se declaraba a todos los líderes reformados, excepto el príncipe de

Condé, traidores de Dios y de la religión y se les ordenaba comparecer antes de tres días, de lo contrario confiscarían sus bienes.

Entonces los calvinistas decidieron traer a los lansquenetes (mercenarios alemanes al servicio de diversos ejércitos europeos) de Alemania y concluir un pacto con la reina Elisabeth de Inglaterra para que se comprometiera a ayudarles con seis mil hombres que servirían para defender las ciudades de la costa atlántica que estaban en manos de Condé. El tratado se firmó el 20 de septiembre de 1562 y la reina inglesa publicó un manifiesto donde juraba por el cielo y por la tierra que su único propósito era defender a los leales súbditos del rey contra la tiranía de sus opresores católicos.

El duque de Guisa y sus confederados se apresuraron a sitiar la ciudad de Ruan. El conde de Montgommery, el mismo que había herido mortalmente a Enrique II en un torneo, era el comandante en jefe y estaba rodeado de una guarnición muy numerosa. En el ejército católico abundaba el libertinaje. Catalina de Médicis que se había inclinado hacia el lado del más fuerte, llevaba con ella a sus damas de honor que se entretenían con los soldados, mientras en el interior de los muros de Ruan, todo era serio y severo, para los calvinistas. Ni juegos, ni espectáculos, solamente sermones, oraciones, canto de salmos y después de los cultos, las mujeres iban al encuentro de sus maridos para luchar con ellos en las murallas.

Al cabo de cinco semanas de sitio, Ruan fue tomada al asalto y durante ocho días fue entregada a los abusos de la soldadesca. El parlamento acabó la obra con asesinatos jurídicos y varios de los habitantes más conocidos fueron condenados a muerte, entre ellos al pastor Agustín Marlorat.

Éste había estado presente en el coloquio de Poissy. Era un hombre de ciencia, sumamente piadoso, de carácter moderado y los fieles le tenían en mucha estima. El condestable, al ver a Marlorat le acusó de haber seducido al pueblo y el ministro de Cristo le contestó: «Si le he seducido, es porque Dios me ha seducido primero; porque no les he predicado otra cosa que la pura palabra de Dios». Mientras le llevaban sobre un encañizado al cadalso, exhortaba a sus compañeros de suplicio a glorificar al Señor hasta el último suspiro.

Durante el sitio, Antonio de Borbón fue herido de muerte, y las pasiones libertinas que no podía reprimir precipitaron su fallecimiento.

Después de recibir el viático a petición de un obispo de la corte, parece ser que en los momentos del traspaso supremo, volvió a la fe reformada e invitó a su médico que le leyera la Biblia y con los ojos llenos de lágrimas, pidió perdón a Dios a la vez que decía que si sanaba mandaría predicar el puro Evangelio en su reino. Antonio de Borbón murió a los cuarenta y cuatro años y la única oración fúnebre que se merecía es: «El rey consorte de Navarra ha muerto de un disparo y no ha sido lamentado por nadie».

El 19 de diciembre tuvo lugar la batalla de Dreux. El ejército hugonote estaba compuesto por cinco mil hombres de a pie y cuatro mil caballos. El ejército católico tenía dieciséis mil soldados y dos mil caballos. Las fuerzas no eran muchas por las grandes consecuencias que podían tener. El triunvirato contaba con dos tercios de extranjeros y los calvinistas de un cincuenta por ciento. Broadbent al mencionar el hecho pone en boca del almirante Coligny estas palabras: «Tenemos dos mil cincuenta iglesias y cuatro cientos mil hombres que pueden tomar las armas sin contar los que se añadirían» (31, pág. 230).

Los dos ejércitos estuvieron dos horas inmóviles inspeccionándose, algunos tenían enfrente familiares y amigos, hasta que empezó la batalla encarnizada que duró siete horas. El balance fue de ocho mil muertos que quedaron tendidos en la llanura y los jefes de los dos ejércitos, el príncipe de Condé y el condestable de Borgoña, fueron hechos prisioneros. El mariscal de Saint-André, uno de los del triunvirato, murió en el campo de batalla.

Con la llegada del invierno no se suspendieron las hostilidades. Coligny se puso en campaña en Normandía y el duque de Guisa fue a sitiar la ciudad de Orleans, que era el principal lugar de guerra y centro de operaciones del partido calvinista. Allí le hirieron al atardecer del día 18 de febrero de 1563 de un disparo a quemarropa y murió a los seis días, cuidado por unas manos poco hábiles. El partido católico lo lloró amargamente y en París le hicieron los funerales de un rey.

Varios historiadores aseguran que en los últimos momentos de su vida aconsejó a la reina madre firmara la paz lo antes posible, y le dijo que quienes lo impidieran serían enemigos del rey y del Estado. Posiblemente, pensar en el juicio de Dios le inspiraba palabras de verdad.

El asesino era un gentilhombre de unos veinticinco años llamado Poltrot. Católico practicante desde su niñez, había servido en el ejército

España y se había identificado de tal forma en las costumbres de sus gentes que le pusieron el apodo de *el españolito*. Abrazó la fe reformada y se vio obligado a refugiarse en Ginebra, donde tuvo que hacer un trabajo artesano para vivir. Tenía el carácter agrio y la imaginación exaltada. Al volver a Francia oyó por todas partes las quejas contra el duque de Guisa a quien los hugonotes llamaban el *verdugo de Vassy* y la muerte del asesino de sus hermanos, le pareció una represalia legítima. El efecto de las guerras de religión ha sido siempre deplorable porque falsea todas las ideas de justicia y deprava las almas. El abismo llama al abismo. Poltrot fue condenado a muerte y ejecutado después de soportar torturas.

La muerte del duque cambió muchas cosas. Por execrable que fuera ese asesinato cometido por un hugonote fanático, la muerte del duque apartó el principal obstáculo para unas negociaciones entre los dos partidos y llegar a un acuerdo de paz.

Anne de Montmorency estaba preso y no había en el ejército católico ningún jefe de renombre, por lo que Catalina de Médicis volvió a tomar las negociaciones que nunca había abandonado del todo. Intentó seducir a Condé, con la promesa de nombrarle teniente general del reino. Este príncipe que había caído en manos de los católicos en la batalla de Dreux, en los últimos tres meses se había alejado de los hombres austeros del partido calvinista y había empezado a respirar el aire de la corte y el placer de las damas y pidió permiso a la reina para ir a negociar la paz en la ciudad de Orleans.

Lo primero que hizo fue preguntar, a los pastores reunidos, si era razonable exigir que todos los artículos del Edicto de enero fueran totalmente restablecidos o si no sería conveniente llegar a un acuerdo con la reina y pacificar los disturbios producidos en el reino. Los pastores le vieron dudar de sus convicciones y sesenta de ellos le dirigieron un escrito en el que ponían como condición, el poder ejercer libremente la religión en lugares existentes o donde los creyentes lo pidieran. No les hicieron demasiado caso y la reina firmó unos artículos redactados en forma de Edicto de Pacificación que se publicó en Amboise el 19 de marzo de 1563 y se restableció la paz en el país durante cuatro años.

El Edicto concedía el libre ejercicio de la religión en los lugares donde los calvinistas tuvieran el poder antes del 7 de marzo de 1563;

permiso a los señores que impartían justicia para celebrar reuniones en sus dominios; permiso a los nobles de segundo rango para tener reuniones en sus casas solamente con miembros de su familia; la concesión de un solo lugar de cultos en cada bailiaje* y a todos los demás hugonotes se les permitía vivir libremente *en sus casas* sin ser molestados por motivos de conciencia.

Había bastante diferencia entre el Edicto de enero y el Edicto de Amboise. En vez de un derecho general, ahora solo se concedía a los hugonotes la tolerancia dentro del hogar. Los nobles y los fieles que vivían alrededor de una población de bailiaje podían celebrar reuniones. Era aparcar a los discípulos de la Reforma en un lazareto como si fueran contagiosos.

Cuando el almirante conoció el contenido del tratado se enojó y volvió deprisa a Orleans esperando encontrar algún medio para obtener mejores condiciones. Todo fue en vano y Coligny tuvo que resignarse.

El 19 de marzo de 1563 acabó la primera guerra de religión, si es que podemos emplear esta expresión, porque en realidad se trataba de una simple suspensión adoptada por los dos bandos, pero nadie quedó satisfecho ni podían estarlo. Los católicos seguían quejándose de los calvinistas y los políticos, no entendían por qué cierta categoría de personas debían tener más libertades que las demás.

El fanatismo había hecho de Francia un país de caníbales donde se inventaron y practicaron toda clase de suplicios refinados algunos de ellos, execrables y obscenos casi todos. Nunca se había demostrado mejor, que de todas las guerras, las peores son las guerras civiles y de las guerras civiles, las guerras de religión.

Al comienzo de las escaramuzas, los hugonotes habían observado una disciplina severa. Eran una especie de cruzados que se habían levantado al llamamiento de sus conciencias y querían disculpar sus armas por la austeridad de sus vidas. No querían mujeres en la retaguardia ni en ninguna otra parte; ni cartas; ni dados; ni blasfemias; ni palabras deshonestas, ni hurtos. Los nobles pagaban de su peculio todo lo que tomaban para ellos y para la gente. Los que cometían alguna violencia, eran castigados. Un señor que había injuriado a la hija de

* Bailiaje = Territorio donde había un agente del rey encargado de funciones judiciales.

un aldeano tuvo dificultades para escapar de la última pena. Otro fue ahorcado en Orleans por adulterio, lo que mostró las diferencias de comportamiento entre los hugonotes y la corte licenciosa de Catalina de Médicis.

Por la mañana y por la noche, antes de las comidas y de acostarse, oraban. Los pastores estaban distribuidos por compañías y eran los encargados del orden y la exhortación. «Además de las predicaciones ordinarias, dice Teodoro de Beza, se celebraban reuniones de oración a las seis de la mañana, después de las cuales todo el pueblo sin excepción iba a trabajar en las fortificaciones para volver a encontrarse a las cuatro de la tarde para la oración y cuidar a los heridos.» Se ha conservado una oración que se decía en el ejército en la que se pedía a Dios por el rey, la reina madre, los príncipes de sangre y los miembros del consejo, entre otros.

Sin embargo, las pasiones religiosas unidas a la necesidad de dinero llevaron a algunos hugonotes a quitar los ornamentos de las iglesias, romper los vasos sagrados, mutilar estatuas y dispersar reliquias. Aquellos excesos provocaron en el corazón de los católicos una rabia imposible de describir y el labriego dejó su carreta, el artesano su oficio, y empezaron a formar con gentes sin escrúpulos, vagabundos y mendigos, grupos armados de hoces, cuchillos y hachas. Buscaban un jefe, normalmente un bandido famoso, un fraile, un cura y hasta un obispo y ebrios de fanatismo y de venganza atacaban lo que les parecía sin piedad, ni ley. En una región del centro de Francia les llamaban *los descalzos.*

Atacaban a los hugonotes por sorpresa, ultrajaban a las mujeres, masacraban a los hombres, derribaban casas, arrancaban árboles y viñas y arrasaban todo lo que estaba a su alcance. Algunas comarcas quedaban inhabitables. Los hugonotes también tomaban represalias, pero no eran tan numerosos y en general pertenecían a clases ilustradas, por lo que recibían más daños de los que podían hacer.

Los graves excesos se desarrollaron al sur del río Loira, por los numerosos reformados y el carácter de sus habitantes. Un domingo, mientras celebraban el culto en Cahors, atacaron a quinientos hugonotes reunidos y el obispo Bertrandi ordenó que les degollasen a todos. En Montauban, sus moradores abandonaron la ciudad al acercarse las bandas católicas y fueron atacados en grupo; los supervivientes se

refugiaron dentro de las murallas y mantuvieron tres sitios seguidos con una constancia heroica. En mayo de 1562 la ciudad de Tolosa contaba con unos treinta mil reformados, la mayoría eran burgueses, negociantes, profesores de universidad, gente de letras, estudiantes y magistrados. Después de la publicación del Edicto de enero, los hugonotes construyeron, fuera de los muros de la ciudad, un templo de madera con cabida para entre cinco y seis mil personas.

Empero, por doquier reinaba la violencia, el desorden y la anarquía. En la noche del 11 de mayo una horda con vestidos rojos pidió al pueblo que tomara las armas y cogiese a los herejes vivos o muertos, en nombre del papa, del rey y de la corte. La lucha fue terrible. Los calvinistas que no habían podido refugiarse en el Ayuntamiento y estaban en sus casas, fueron echados por la ventana y algunos arrastrados hasta el río Garona. Atacaban también a los que encontraban por el camino e iban bien vestidos, porque suponían que el que no era obrero, miembro del parlamento, fraile o cura, debía ser hereje.

Otra característica de la lucha, era que el pueblo se imaginaba que la cultura era un comienzo de herejía y entraba en las librerías para llevarse todos los libros y quemarlos en la plaza pública. Aquellos miserables, como no sabían leer, pensaban que lo que hacían era de buenos católicos. Tocaban a rebato en todas las iglesias, y bandas de campesinos invadían las calles atraídos por el pillaje. Los hugonotes, sitiados en el Capitolio, se defendieron desde el lunes hasta el sábado con el coraje del desespero, y cuando ya no les quedaban víveres para dar de comer a sus mujeres y a sus niños, ni pólvora para cargar los mosquetones y el pueblo había hecho arder todo el barrio alrededor del Capitolio, pidieron negociar con los enemigos. Éstos les dejarían vivos bajo la condición de dejar las armas y equipaje en un local del municipio. Antes de salir por la puerta de Villeneuve, celebraron una reunión de oración con Santa Cena y al anochecer se retiraron en medio de muchas lágrimas. Sin embargo la concesión fue una estratagema y se calcula que aquel atardecer perecieron «unas tres mil quinientas personas». El parlamento procedió enseguida a las ejecuciones judiciales. Primero hicieron una tría de consejeros y escogieron a veintisiete no por hugonotes, sino porque habían permitido que sus mujeres o miembros de la familia, frecuentaran los cultos. El veguer o especie de gobernador de la ciudad y trescientos herejes más fueron ejecutados

hasta el mes de marzo de 1563 y cuatrocientos fueron condenados al mismo suplicio por contumacia. El clero publicó un bando por el que se anatematizaba con la excomunión y a la condenación eterna, a todos los que no denunciaran a los herejes y a aquellos que les hubieran aconsejado, ayudado o favorecido. Se sucedieron hechos de un fanatismo atroz.

En medio de tan abominables atentados, los barones Blas de Montluc (católico) y des Adrets (hugonote) tuvieron el espantoso honor de distinguirse por sus crueldades. El barón des Adrets, que conducía las bandas de reformados, se mostró tan bárbaro como Montluc. Había entrado en la nueva religión a causa de un proceso que según él, le había hecho perder el duque de Guisa y fue tanta la barbarie de sus crímenes, que los jefes del partido calvinista mandaron a un emisario para que le contuviera. El resentimiento fue tan grande que despechado volvió a la iglesia católica. También se distinguieron por su crueldad los españoles que Felipe II mandó en ayuda del partido católico.

Catalina de Médicis no quiso conceder el nombramiento de teniente general del reino que había prometido al príncipe de Condé e hizo nombrar rey a su hijo el 17 de agosto de 1563. Carlos IX tenía entonces únicamente trece años y dos meses. El príncipe tenía determinadas cualidades innatas y le gustaban las letras, lo que con otra disciplina, hubiese podido prepararse para llevar la corona dignamente. Pero su madre le había instruido para ser pícaro, disimulado, sospechoso y amante de espectáculos de sangre. Además le había puesto como preceptor, a un florentino como ella llamado Alberto Gondi, que después nombró mariscal y que era un hombre cauteloso, corrupto, mentiroso, gran disimulador que juraba y blasfemaba como un bellaco.

Católicos y hugonotes no estaban aposentados en la misma sociedad; se encontraban unos delante de los otros, siempre de pie y con las armas en la mano. A partir de 1563, impulsados por los cardenales y obispos, empezaron a constituirse en ligas o asociaciones particulares con el objetivo de extirpar la herejía. Los calvinistas, por su parte, tenían sus propios lugares de guerra, sus contraseñas y planes de campaña. Se trataba de dos ejércitos que tenían escaramuzas en espera de la hora y lugar del combate.

En 1564 Catalina de Médicis hizo que Carlos IX visitara la provincias de su reino para alentar el afecto de los católicos e intimidar a los

hugonotes. El 4 de agosto, y durante el recorrido, hizo una interpretación muy restrictiva del Edicto de Amboise que decía que los señores solo podían admitir en sus asambleas a los miembros de su familia y a sus vasallos inmediatos. Se prohibía a las iglesias celebrar sínodos y hacer colectas de dinero. Los pastores no podían salir de su lugar de residencia, ni abrir escuelas. Los curas, frailes y religiosos que se hubiesen casado, debían separarse inmediatamente de sus cónyuges o salir del reino enseguida. Así iban cerrando el círculo de hierro que envolvía a los hugonotes hasta lograr ahogarles.

La reina madre tuvo en Bayona un encuentro en junio de 1565 con el duque de Alba, en el que establecieron las bases para la masacre de la noche de San Bartolomé. El feroz representante de Felipe II dijo a Catalina que lo peor para los intereses de un soberano sería acordar al pueblo la libertad de conciencia y aconsejó que aniquilaran a los jefes hugonotes más representativos y lo demás sería fácil.

Se cree que el complot debía ejecutarse en 1566 en una sesión de la asamblea de notables, pero Coligny y los otros jefes se presentaron bien acompañados y el asesinato se dejó para mejor ocasión.

Empieza la segunda guerra de religión (1567–1568).

El príncipe de Condé y el almirante fueron a ver a la reina para suplicarle que hiciera justicia con los hugonotes, pero fueron mal recibidos y viendo que sus quejas no servían para nada decidieron seguir el ejemplo dado por el duque de Guisa cinco años antes y raptar al joven rey que se encontraba entonces en el castillo de Monceaux, pero el complot fue descubierto y la corte se refugió precipitadamente en Meaux.

Condé se situó en los alrededores de París con mil hombres de a pie y mil quinientos de caballería. El condestable o jefe mayor del ejército atacó en la llanura de San Denis el 10 de noviembre de 1567 con dieciocho mil soldados de infantería y tres mil de caballería, la mayoría eran voluntarios reclutados en París.

Una abigarrada multitud de curiosos y de damas vestidas de amazona querían ver el espectáculo de la lucha, mientras unos frailes distribuían rosarios y cantaban letanías. El combate empezó al atardecer y el condestable, con los soldados suizos y la caballería, se defendieron con vigor. Al cabo de dos horas, los hugonotes se retiraron en orden y sin que nadie se atreviera a perseguirles.

Un gentilhombre obligó a rendirse a Anne de Montmorency que andaba cubierto de heridas y le disparó a quemarropa. Murió pocos días después y así acababa la historia de un miembro del triunvirato. La reina dejó escapar alguna lágrima fingida; los católicos exaltados mostraron una fría indiferencia y los hugonotes unos legítimos resentimientos.

Al día siguiente, el ejército calvinista se presentó en los suburbios de París, presto para una nueva lucha, pero no salió nadie a combatirle y se retiraron. Sin embargo, la guerra se había reavivado en toda Francia. Montluc empezó las escaramuzas en algunas regiones y después de haber fracasado ante los muros de La Rochelle, se dirigió a la isla de Re, donde hizo pasar por el filo de la espada a casi toda la población.

Mientras, los reformados habían llegado a reclutar un ejército de siete mil hugonotes, llamado de los vizcondes, porque sus jefes eran cuatro vizcondes y varios gentilhombres e iban reconquistando varias regiones del país.

Algunas ciudades como Montauban, Castres, Montpeller y Nimes permanecieron o volvieron en poder de los hugonotes. En Nimes, el populacho hugonote masacró a setenta y dos prisioneros, a pesar de las exhortaciones de los pastores y dirigentes. Al día siguiente, cuarenta y ocho católicos más fueron inmolados en algunas poblaciones. A estos horrendos crímenes se les llamó *la Miguelada*, porque tuvo lugar un 29 de septiembre de 1567, día de San Miguel.

Parecía que a los hugonotes la lucha les era favorable y la reina madre, que tenía la costumbre de decir que con tres hojas de papel y la lengua era capaz de hacer más que un ejército armado, quiso volver a negociar. Los hugonotes que sabían de la palabra de Catalina, pidieron garantías y la reina para mostrarles su buena voluntad hizo saber a todo el ejército que el Edicto de pacificación sería restablecido para siempre y sin reservas de interpretación y que se concedería una amnistía total a aquellos que hubiesen tomado las armas. El príncipe de Condé firmó la paz de Longjumeau. Éste tratado solamente duró seis meses o mejor dicho, solo existió sobre el papel. Mientras que los hugonotes despedían a toda la tropa, Catalina de Médicis conservaba la suya y les hizo ocupar las plazas fuertes, guardar puentes y pasos estratégicos y tomó toda clase de medidas para aplastar de una vez a los hugonotes. Comienza la tercera guerra de religión (1569-1570).

Desde los púlpitos católicos resonaban contra ellos toda clase de imprecaciones y anatemas. Muchas ciudades quedaron sembradas de cadáveres hugonotes y murieron cerca de diez mil en tres meses. En Orleans, el populacho puso fuego en la cárcel, donde habían encerrado a doscientos reformados y con picas y alabardas rechazaron hacia las llamas a todos los que querían salvarse.

El canciller L´Hôpital se quejó muchas veces de la impunidad concedida a los verdugos. Nadie le hizo caso y, viendo que no podía servir útilmente al Estado, se retiró a su hacienda y Catalina concedió sus sellos reales al obispo Juan de Morvilliers, que había sido creado a la imagen del cardenal de Lorena. También destituyó del gobierno de París al mariscal de Montmorency, hombre moderado y muy humano.

Las autoridades ni siquiera respetaban los derechos sagrados. Al barón Filiberto de Rapín, ayudante del príncipe Condé, le mandaron al sur con un salvoconducto del rey para llevar el tratado de paz, cuando fue prendido por orden del parlamento de Tolosa y a los tres días le decapitaron.

Condé, Coligny y d´Andelot, amenazados de muerte se refugiaron en La Rochelle. Salieron de un castillo de Borgoña con sus mujeres y sus hijos, un 25 de agosto de 1568 y viajaron más de 600 km en veinticuatro días, pasando a través de líneas enemigas para refugiarse en La Rochelle.

La reina de Navarra, Juana de Albret, se unió a ellos con cuatro mil hombres. Otros tantos llegaron de regiones limítrofes. También los capitanes más conocidos del partido, fueron enseguida con sus compañías, de forma que los fugitivos del día anterior se encontraron a la cabeza de un ejército que nunca antes habían dirigido. Así comenzó la tercera guerra de religión.

Catalina de Médicis propagó edictos que anulaban el de enero y prohibía, bajo pena de muerte, el ejercicio de la religión pretendida reformada, a la vez que daba la orden a todos sus ministros de salir del reino antes de quince días. Al mismo tiempo el duque de Anjou, hermano menor del Carlos IX y preferido de Catalina, que más tarde sería Enrique III, fue puesto a la cabeza del ejército católico. Aunque tuvo bajo sus órdenes a veinticuatro mil hombres de infantería y cuatro mil caballos, que era un ejército considerable, no se atrevió nunca a atacar.

El 16 de marzo de 1569, los dos ejércitos se encontraron en Jarnac. Fue una sorpresa más que una batalla. Los diferentes pequeños cuerpos del ejército calvinista iban llegando por separado y les iban aniquilando con facilidad. El príncipe de Condé hizo prodigios de valentía a pesar de llevar el brazo en cabestrillo desde el comienzo de la lucha, pero tuvo que entregarse a un gentilhombre católico. En el mismo instante uno de los oficiales del duque de Anjou llamado Montesquiou, se acercó por detrás y de un tiro les descerrajó la cabeza. El duque de Anjou mandó pasear el cadáver de Condé sobre un asno; se unió a las infames burlas de los soldados y quiso levantar en el lugar del asesinato una estela triunfal. Era un hijo digno de la reina Catalina.

La noticia de la muerte de Condé y la victoria de Jarnac excitó la alegría de los católicos hasta el punto de que Carlos IX envió al papa los estandartes que habían cogido a los hugonotes.

Miguel Ghisleri ocupaba entonces el trono pontificio con el nombre de Pío V. Había entrado en un convento de dominicos a la edad de quince años y le nombraron inquisidor general del milanesado, de donde le echaron por su implacable forma de comportarse. Solo conocía a Lutero por el nombre de *bestia feroz* y veía en la herejía reformada la causa de todos los crímenes. El papa Pío V, escribía a Carlos IX, que fuera sordo a toda plegaria, que ahogara todo afecto y que extirpara las raíces de la herejía hasta las últimas fibras. Le citaba el ejemplo de Saúl cuando liquidaba a los amalecitas y le hacía ver que todo atisbo de clemencia era una trampa del demonio. Tales aberraciones morales nos entristecen profundamente.

Pío V y Carlos IX se habían apresurado demasiado a creer que los hugonotes se encontraban en una situación desesperada y quedaba Coligny, secundado por Juana de Albret, quien llevando de la mano a si hijo Enrique de Bearn, de quince años y a su sobrino Enrique, hijo del príncipe de Condé, fue a Saintes a ofrecerles a la *causa*, que era la expresión empleada por los calvinistas y suplicó a Dios que nunca dejara a aquellos niños, desfallecer ante el compromiso de sus deberes. Cuando el joven bearnés fue proclamado generalísimo y *protector* de la iglesias, dijo: «Juro, defender la religión y perseverar en la causa común hasta que la muerte o la victoria nos traiga a todos, la libertad que deseamos» (13, pág. 190). El 3 de octubre de 1569, después de varias victorias, Coligny sufrió una severa derrota en Moncontur donde

perdió alrededor de diecisiete mil hombres, en una batalla que duró menos de media hora y le quedaron solamente unos ocho mil soldados. Cuerpos enteros del ejército pasaron por el filo de la espada y perdieron cañones, municiones y equipaje.

Coligny había sufrido tres heridas al comienzo de la refriega y la sangre que bañaba su visera le ahogaba. Le obligaron a retirarse del campo de batalla y por la noche algunos oficiales propusieron que se alejara pero el almirante les levantó el ánimo con palabras tranquilizadoras. La grandeza de Coligny se manifestó siempre cuando la suerte le era adversa, dado que calculaba en todo momento las posibles salidas.

Todas las desgracias a la vez parecían caer sobre Coligny. Había perdido a su hermano d´Andelot. El parlamento de París acababa de declararle criminal de lesa majestad, traidor y desleal y ofrecían a todo el mundo una recompensa de cincuenta mil escudos al que le entregara vivo o muerto. Sufrió varios intentos de asesinato. Bandas de miserables habían puesto fuego a su castillo y arrasado sus propiedades. Y para colmo, Pío V había dirigido cartas al rey y a la reina madre donde le calificaban de *hombre detestable, infame, execrable, si acaso merecía que se le llamara hombre*.

El desgraciado de Coligny, se encontraba fuera de la ley social decretada por el gobierno de su país y en cierta forma, fuera de la ley humana y divina decretada por el gran jefe del catolicismo, estaba lleno de heridas, devorado por la fiebre, despojado de sus posesiones, con mercenarios amotinados; abandonado por muchos de sus amigos y criticado por otros, teniendo que luchar contra adversarios sin fe y sin piedad. Sin embargo escribió a sus hijos el 16 de octubre de 1569 para decirles: «No debemos poner nuestra confianza y seguridad sobre lo que llamamos bienes, sino depositar nuestra esperanza fuera de la tierra y adquirir otros medios que los que vemos y tocamos. Debemos seguir a Jesucristo, nuestro Jefe, que anda delante de nosotros. Los hombres nos han quitado lo que han podido pero, si ésa es la voluntad de Dios, seremos felices y nuestra condición buena, ya que la pérdida no ha sido por causa de injurias que hayáis hecho vosotros, sino por el odio que me tienen porque ha placido a Dios que yo pudiera ayudar a su Iglesia. Por la presente quiero amonestaros y conjuraros, en nombre de Dios, a perseverar con ánimo en el estudio de la virtud» (13, pág. 190).

Coligny rehizo su ejército. A su llamada acudieron de todas las montañas: del Bearn, Lenguadoc, Cevenas, Vivarais y Condado de Foix, gentilhombres audaces y campesinos curtidos, que prometieron defender hasta la muerte su fe y sus libertades. Cruzó media Francia, derrotó a los católicos cerca de Arnay-le-Duc y marchó sobre París, diciendo que los parisinos apostarían por la paz en cuanto vieran la guerra cerca.

La corte tembló de miedo y extrañeza al ver a Coligny al frente de un tercer ejército tan fuerte como el que había perdido y más disciplinado. Enseguida se apresuraron a ofrecer condiciones de paz y firmaron el tratado de San Germain-en-Laye el 8 de agosto de 1570 que era un poco más favorable a los hugonotes que los precedentes. Les concedieron libertad de culto en todos los lugares que poseyeran, además de dos ciudades por provincia para celebrar sus reuniones, amnistía por el pasado, igualdad en la obtención de cargos públicos, permiso para residir en cualquier lugar del reino sin ser molestados por causa de la religión y cuatro grandes ciudades de seguridad.

Pero lo más importante que hizo la paz de Saint Germain fue que las concesiones y la influencia predominante del duque de Guisa se acabaran y al mismo tiempo cesara la injerencia perniciosa de Felipe II, rey de España. Habían sido las intrigas y las amenazas de Felipe II las que habían arrastrado a Carlos IX y su corte a tomar medidas que habían alumbrado la guerra civil. Al mismo tiempo que Felipe II, la sede apostólica había exaltado los ánimos para perseguir a los herejes. Pío V calificaba la paz acordada como un gran deshonor y obligó a los cardenales de Borbón y de Lorena a entablar una lucha sin cuartel contra los herejes. Una vez firmada la paz, los hugonotes siguieron expuestos a las persecuciones del populacho católico. Éstos, ayudados por algunas pandillas de soldados llegados de otra región que era feudo papal, penetraron de noche en el país de Orange y asaltaron y masacraron a los indefensos hugonotes. En Ruan obtuvieron autorización para celebrar cultos en los alrededores de la población y al volver de uno de ellos les asaltaron, masacraron, robaron, hirieron y les expulsaron del lugar.

La reina Catalina se había mostrado generosa al firmar la paz, pero el historiador católico italiano Davila, que conocía los secretos de la corte, asegura que ella habló con el cardenal de Lorena y el duque de

Anjou, sobre un proyecto de aniquilación como el que sería ejecutado más tarde en la noche de San Bartolomé.

El almirante Coligny, un hugonote sincero y fiel a la palabra empeñada, no sospechó nada y firmó contento lo que parecía un avance en las libertades. Después de haberle engañado tantas veces, el hombre parecía ignorar la talla de los adversarios que tenía enfrente, a pesar de los años que llevaba tratando con ellos.

A causa de las guerras de religión se habían producido muchos cambios, ya sea en la situación, como en el carácter de los reformados, así como en sus relaciones con los católicos.

Aunque todavía eran numerosos en el sur del Loira, habían perdido mucho terreno. París pertenecía totalmente a la iglesia romana. En muchas regiones solo quedaban hugonotes diseminados y temerosos. Los valientes habían fallecido y los más tímidos habían vuelto a la iglesia dominante. Multitud de los que ejercían empleos públicos, gentilhombres y ricos burgueses habían hecho lo mismo. Las mujeres también, para escapar a las brutales violencias que tenían que soportar, se habían refugiado en el catolicismo como si fuera el último asilo para preservar su pudor.

Debo señalar otra diferencia muy importante. En los Estados Generales de Orleans y en el coloquio de Poissy, los reformados podían esperar atraer las masas hacia ellos, los parlamentos y la misma realeza, pero en 1570 ya no existía esa posibilidad. Todo el mundo se había alistado a un bando o al otro, las opiniones estaban zanjadas y la población indecisa había desaparecido.

El destino de los hugonotes en Francia fue extraño y deplorable. Si no hubiesen tomado las armas, probablemente habrían sido exterminados como los albigenses y al tomarlas, alumbraron los odios más ardientes y cavaron un abismo que no permitía a los católicos llegar hasta ellos.

Sin embargo esas calamidades hubiesen podido ser un manantial de beneficios para ambas comunidades, aunque los hugonotes habían aprendido de los infortunios y solo ahora comprendían y proclamaban que las dos religiones podían existir en el mismo Estado. Resignados a ser una minoría, llegaron a recordar al pontífice de Roma la tolerancia que habían tenido los católicos con los judíos y los turcos con los cristianos. Los hugonotes habían renunciado a la pretensión de reinar

y solamente reclamaban el derecho de vivir en paz y libertad, cosa que los católicos les hubiesen podido conceder sin poner en peligro sus antiguas prerrogativas.

Para justificar la noche de San Bartolomé es un grave error emplear el pretexto de la necesidad religiosa y la necesidad política. Roma no tenía nada que temer por la supremacía en Francia, ni la corona para el mantenimiento del poder político. Fue el fanatismo y los resentimientos de las luchas anteriores lo que hizo que se aplastara a la minoría en 1572 y no la razón de Estado.

La piedad y las costumbres de los reformados habían sufrido mucho por las desgracias ocurridas. Sin haber caído en la horrenda corrupción de la corte de Catalina y sin entregarse a los desórdenes que mancillaban al clero católico, habían dejado el primer amor de la fe y de la conducta austera y santa de los primeros años. Al subordinarse al espíritu de partido, la religión había claudicado para ocupar su lugar un sistema o secta y no el puro cristianismo.

Ciertos hugonotes que no habían dejado las armas durante ocho años, no sabían habituarse a la tranquilidad de sus hogares y no se sentían vivir ni respirar cómodos sin el fragor de las batallas. Otros, que solo de paso habían aprendido el oficio de soldados, sentían poco amor fraterno y mucha sed de venganza. La ambición y la avaricia también les atraían.

Los pastores, junto con miembros fieles de sus iglesias, intentaron curar las heridas, pero la aciaga noche de San Bartolomé y las nuevas guerras que provocó no les permitió completar ese gran trabajo.

El séptimo sínodo nacional tuvo lugar en La Rochelle en abril de 1571 bajo la presidencia de Teodoro de Beza y fue la primera gran asamblea celebrada con permiso del rey y merece ser distinguida de las demás por su importancia y la solemnidad extraordinaria que la rodeó. Grandes personajes tomaron parte directa en las deliberaciones como delegados de las iglesias, entre ellos la reina de Navarra, los príncipes de Bearn y Enrique de Condé, el almirante Coligny y el conde Luis de Nassau. Los asistentes al encuentro nacional presentían que algo se estaba tramando.

Un ilustre magistrado del siglo XVI decía al hablar de la noche de San Bartolomé: «¡Que sea borrada de la memoria de los hombres!». Ese deseo no se cumplió ni debe serlo, porque los grandes crímenes

de la humanidad encierran grandes enseñanzas. El tema no se ha olvidado nunca y escritores de todas las nacionalidades han escrito tanto sobre los hechos acaecidos, que llenaríamos bibliotecas enteras.

Hay cuestiones tratadas hasta el fondo por personas de toda clase de credos y opiniones y hoy nadie se atrevería a sostener la fábula de un complot de Coligny contra la vida del rey. Tampoco se podría negar seriamente la premeditación de la masacre.

Una pregunta se impone en nombre del honor y los derechos a la verdad: ¿Quiénes fueron los primeros, los verdaderos autores de la masacre de San Bartolomé?

La respuesta podría ser una de las siguientes:

1. Los papas y el rey de España, que no cesaron de pedir a sus legados, embajadores, agentes públicos y secretos, el exterminio de los jefes del partido hugonote.
2. Catalina de Médicis, sobrina de Clemente VII, italiana de Florencia, instruida en todas las enseñanzas de Maquiavelo.
3. El cardenal de Lorena, doblemente extranjero por su nacimiento y por su cualidad de príncipe de la iglesia romana.
4. Enrique de Guisa, su sobrino también loreno, joven de veintidós años que quería convencerse de que el almirante había sido el causante del asesinato de su padre y vengarse, para después de su muerte ser el primer personaje del Estado.
5. Alberto de Gondi, el florentino que ya he mencionado y que decía que no se tenían que hacer las cosas a medias y que había que matar también a los dos jóvenes príncipes de Borbón, porque el pecado lo es tanto por poco, como por mucho.
6. Renato Birago, aventurero milanés, que Francisco I había llevado a Francia y trepando hábilmente, había logrado alcanzar los cargos más altos de la magistratura, a la vez que recibió el capelo cardenalicio en recompensa de su participación en la noche de San Bartolomé.
7. Luis de Gonzaga, lombardo, originario de Mantua, nombrado duque de Nevers, hábil cortesano y capitán mediocre y uno de los más fieros amantes del asesinato.
8. El mariscal de Tavannes, el duque de Anjou y Carlos IX. Solo tres franceses, porque los citados anteriormente eran italianos.

El mariscal de Tavannes autorizó el crimen y sirvió para consumarlo. Una vez metido en la matanza se mostró muy violento, aunque habló con moderación a sus cómplices y rechazó asesinar a los dos príncipes de Borbón.

El duque de Anjou, de veinte años de edad, y su hermano Carlos IX, se habían criado con Gondi, quien les había enseñado a violar la fe y recrearse en espectáculos de sangre. Se entregaba a libertinajes tan desenfrenados, que le hicieron el más abyecto de los príncipes vistos en el trono de Francia.

El último es el rey Carlos IX. La condena del género humano recayó sobre su cabeza, porque tenía el cetro el día fatal, y tan pronto olió la sangre se puso furioso hasta el punto de ser el verdugo de sus vasallos, aunque no fue el más culpable. Tuvo destellos de franqueza y de generosidad. Vaciló y fue el único de aquella corte infame que tuvo remordimientos.

M. de Châteaubriand en sus *Études historiques* pregunta: «¿No habrá un poco de compasión por este monarca de veintidós años, nacido para ser feliz, con gusto por el arte y las letras, de carácter generoso por naturaleza, y que una madre execrable se complació en depravarle en todos los abusos del libertinaje y del poder? Sí, tendrán compasión de él todos esos hugonotes, incluso los hijos de los que hizo degollar, que con una mano piadosa enjuagaran la sangre que le cubre el rostro para descubrir algo de su humanidad».

Éstos fueron los verdaderos autores de la matanza. Ahora veremos cómo la prepararon y la llevaron a cabo.

La corte veía con desagrado que los jefes reformados, Juana de Albret, Enrique de Borbón, Enrique de Condé, Coligny, Larochefoucauld, Lanoue, Briquemant, Cavagnes y otros se hubiesen retirado en La Rochelle o en sus provincias. Era necesario hacerles salir para tenerles controlados y mandaron hombres para convencerles que volvieran a París. En efecto, los diputados calvinistas volvieron a la corte donde fueron muy bien acogidos. Carlos IX no solo se comportó como un rey que olvida y perdona, sino también como un príncipe deseoso de agradar a aquellos vasallos que tenían otras ideas. Les concedió mucho y les prometió todavía más. Sobre todo colmó de caricias a Teligny, yerno del almirante, jovencito de carácter amable y cándido, que hasta pensó encontrar en el rey a un amigo.

Para sellar la reconciliación, Catalina quiso volver a su antiguo proyecto de casar a su hija Margarita de Valois y hermana de Carlos IX, con el hijo de Juana de Albret, Enrique de Navarra. Después de superar muchos obstáculos difíciles y a pesar de los esfuerzos del partido de los Guisa, unido a Felipe de España que querían impedir la ejecución del proyecto, se concluyó el contrato el 11 de abril de 1572. El papa no quiso darles la dispensa necesaria a causa de su parentesco, pero Carlos IX persistió en el proyecto de casamiento que juzgaba necesario para pacificar el país. Descontento con la negativa del papa dijo un día a la reina de Navarra: «Querida tía, yo te adoro más que al papa y quiero a mi hermana más de lo que pienso y aunque no soy hugonote, no soy tonto y si el papa quiere llevar más lejos su tontería, tomaré a Margot de la mano y la llevaré a la iglesia en pleno sermón».

La alianza era extraordinaria para la casa pobre de Navarra, pero no fascinó a Juana de Albret, porque consideraba más los vicios de los Valois que su fortuna.

Los enviados de la corte le presentaron tanto a ella como a los jefes del partido, consideraciones de otro orden. Afirmaron que el matrimonio sería la mejor garantía para una paz sólida entre las dos religiones. Coligny se dejó engañar y creyó, en su candidez de gran persona, que todo el reino se uniría como la familia real. En efecto, Carlos IX declaró que casaba a su hermana con el príncipe de Navarra y a todo el partido.

Juana de Albret no se atrevió a resistir más y llena de desconfianza fue a París para asistir a la boda, pero cayó enferma el 4 de junio y falleció cinco días más tarde. ¿La habían envenenado? Muchos lo creyeron. También se decía que un perfumista florentino llamado Renato, conocido por el nombre de el Envenenador de la reina, había vendido a Juana de Albret unos guantes impregnados de un sutil veneno.

Juana mostró en los últimos días la firme piedad que había manifestado en su vida. En las crisis de dolor no se le oyó una queja, ni una murmuración. Su fe resignada, serena y tranquilo heroísmo, extrañaron aquella corte que sabía reír muriendo, pero no sabían concentrarse delante de Dios para orar. Murió con cuarenta y cuatro años.

El almirante Coligny había vuelto a la corte en otoño de 1571 y a pesar de las advertencias en contra de varios amigos volvió en julio de 1572. «Creo –dijo– en la palabra y en el juramento de Su Majestad.» En la primera entrevista se arrodilló ante el rey y éste le levantó, le

llamó padre y abrazó tres veces al ilustre anciano diciéndole: «Ahora os tenemos y no os escaparéis cuando queráis. Éste es el día más feliz de mi vida». El almirante expuso el sistema político que tenía estudiado desde hacía varios años y que más tarde fue adoptado por Enrique IV y el cardenal Richelieu.

La boda de Margarita de Valois, hija de Catalina y hermana del rey, con Enrique de Bearn, que tomaba el nombre de rey de Navarra, se celebró el 18 de agosto de 1572 y los miles de invitados pasaron cuatro días con juegos, festines y bailes de disfraces.

El viernes 22, Coligny volvía del Louvre acompañado de doce gentilhombres. Andaba lentamente leyendo una petición cuando al pasar delante del claustro de Saint Germain le alcanzó un disparo de arcabuz cargado con tres balas que le destrozaron el dedo índice de la mano derecha y le hirieron en el brazo izquierdo. Hundieron la puerta de donde había salido el disparo, pero solo encontraron un lacayo y una criada. El homicida había tenido tiempo de huir y se supo que era Maurevel, antiguo paje del duque de Guisa y además pariente suyo.

El médico Ambrosio Paré cuidó de las heridas del almirante. Al principio creyeron que las balas de cobre podían estar envenenadas y Coligny pensó que su hora se acercaba.

Empieza la cuarta guerra de religión (1572–1573).

La noticia del fallido atentado se extendió por todo París y produjo mucha agitación. Ordenaron a los capitanes de la milicia que juntaran las compañías y guardaran el Ayuntamiento. El rey jugaba al frontón cuando recibió la noticia y lanzó enfadado su raqueta. Sabía que detrás estaba la mano del duque de Guisa, instigado por la reina madre.

Los hugonotes acudieron enseguida consternados a la vivienda del almirante y tuvieron una consulta para trasladarle fuera de París, pero los médicos no lo permitieron. Los mariscales Damville y Cossé, que eran del tercer partido, fueron también a ofrecerle sus buenos oficios.

Por la tarde fueron a visitarle Carlos IX con la reina madre, el duque de Anjou y otros personajes de la corte. El rey se indignó por lo sucedido a Coligny y amenazó al duque Enrique de Guisa, además de ordenarle salir de la corte inmediatamente.

El sábado lo pasaron haciendo preparativos y conciliábulos, para la noche de San Bartolomé. El duque de Guisa había aparentado marchar sin hacerlo y habló con los alcaldes de barrio y los suizos y les dijo:

«Que todos los buenos católicos, aten un trozo de tela blanca alrededor del brazo y lleven una cruz blanca en su sombrero».

El tiempo pasaba lentamente. Catalina dijo a Carlos IX que no se podía dar marcha atrás y que había llegado el momento de quitar la gangrena. Carlos vaciló y un sudor frío recorrió su frente. Su madre le tocó la fibra más sensible y le preguntó si con sus indecisiones estaba dudando de su valentía. El rey se enfadó al pensar que sospechaban de su cobardía y se levantó gritando: «¡Pues, bien. Empezad!». Era exactamente la una y media de la madrugada.

En la cámara del rey sólo estaban Catalina, Carlos IX y el duque de Anjou. Los tres guardaban un silencio lúgubre. Resonó un primer disparo. Carlos se estremeció y mandó decir al duque de Guisa que no se precipitara. Era demasiado tarde. La reina madre, en claro desafío ante las reticencias de su hijo, había ordenado adelantar la hora señalada. La gran campana de Saint-Germain-Auxerrois, empezó a doblar el domingo 24 de agosto entre las dos y las tres de la madrugada. Al toque de rebato empezaron a salir de todas las puertas hombres armados que gritaban: *¡Viva Dios y el rey!*.

El duque de Guisa acompañado de su tío, el duque de Aumale, del caballero de Angulema y de trescientos soldados, se precipitaron hacia la casa del almirante. Llamaron a la primera puerta en nombre del rey. Un gentilhombre abrió y cayó apuñalado. Hundieron la puerta interior. Al oír el ruido de los golpes de arcabuz, tanto Coligny como todos los que estaban en la casa se levantaron e intentaron hacer barricadas en la entrada de los apartamentos, pero los débiles parapetos cayeron ante el empuje de los agresores.

El almirante había pedido a su ministro Merlin que orara con él. Los moradores de la vivienda subieron hasta la azotea, excepto Nicolás Muss, su intérprete de alemán. Coligny se apoyaba contra el muro porque su herida le hacía mucho daño y no podía estar de pie. El primero en entrar en la habitación fue un loreno o alemán llamado Besme, criado del duque de Guisa. Le identificó y hundió la espada en su pecho, a la vez que le daba un golpe en la cabeza. Los demás acabaron con él a puñaladas.

Besme recibió un premio por su crimen de parte del cardenal de Lorena, pues le dio en casamiento a una de sus hijas naturales. Doble vergüenza para el cardenal por darle a su hija como recompensa.

Guisa esperaba impaciente en el patio y pidió a su doméstico que echara el cuerpo de Coligny por la ventana para creer en su muerte. Besme y uno de sus compañeros levantaron el cuerpo del almirante que aún respiraba. Echaron el cuerpo al patio a través de una ventana y el duque de Guisa enjuagó con un pañuelo la cara del moribundo bañada de sangre y le identificó, a la vez que le daba una patada. El populacho le mutiló y le arrastró hasta el patíbulo, mientras el duque salió a la calle gritando: «¡Ánimo compañeros. Vayamos por los demás. Es una orden del rey!».

Dieciséis años más tarde, el 23 de diciembre de 1588, en el castillo de Blois, el cadáver de ese mismo Enrique de Guisa yacía en el suelo delante de Enrique III, quien le dio también una patada en la cara. ¡Soberana justicia de Dios!

Coligny tenía cincuenta años. Después de la paz de la tercera guerra de religión (1570), leía todos los días por la mañana y por la noche los sermones de Calvino sobre el libro de Job, y decía que ello era el remedio y consuelo de todos sus males. También empleaba algunas horas de sus jornadas a redactar sus memorias, que llevaron al concejo después de la noche de San Bartolomé y las quemaron por orden del rey, por temor a aumentar el sentimiento de pesar por su muerte.

Cuando el sol se levantó el día 24 de agosto de 1572, habían muerto asesinados unos veinte mil hugonotes en toda Francia. En las calles de París todo era un tumulto impresionante, desorden y carnicería; arroyuelos de sangre corrían por las calles; cadáveres de hombres, mujeres y niños estorbaban delante de las puertas; en todas partes se oían gemidos y blasfemias, gritos de muerte y imprecaciones; cientos de verdugos insultaban a las víctimas antes de degollarlas y se pagaban con sus despojos. Puñales, puyas, navajas, espadas, arcabuces, todas las armas del soldado y del malhechor, fueron puestas al servicio de una execrable carnicería y el populacho corría detrás de los asesinos que mutilaban a los hugonotes, les arrastraban atados con una cuerda por el barrizal y la sangre, para ser también partícipes de esa fiesta de caníbales.

En el Louvre, los hugonotes eran conducidos uno detrás de otro a través de una doble línea de alabardas y caían bañados en sangre antes de llegar al final. No se perdonaron ni a las mujeres ni a los niños. Los cuerpos desnudos eran echados al Sena y las damas de la corte, dignas

madres, esposas y hermanas de los asesinos, iban a saciar sus impúdicas miradas sobre el cuerpo de las víctimas.

La misma mañana del domingo, el rey mandó llamar a Enrique de Navarra y Enrique de Condé y les dijo que o *misa o muerte*. Después de alguna resistencia, ambos príncipes consintieron en volver a la iglesia romana, aunque ni la corte ni la la gente creyó en la sinceridad de su abjuración.

Era necesario encontrar un pretexto para justificar ante todo el mundo la masacre que duró cuatro días. Al comienzo quisieron culpar a los Guisa, pero ellos no lo aceptaron. Después se inventaron una pretendida conjura de los hugonotes contra Carlos IX y su familia. Hubo tergiversaciones de todo tipo, inventos que no podían sostenerse más de una hora, confesiones que se negaban al día siguiente, órdenes y contra órdenes; se trataba de una miserable puesta en escena por comediantes después de una escena trágica.

Los horrores de la noche de San Bartolomé sembraron el miedo entre los hugonotes de Francia y la indignación más profunda en el extranjero. En cambio, el papa Gregorio XIII, representante de Cristo en la tierra, ordenó un solemne *Te Deum* para celebrar aquella gran victoria de la iglesia y mandó acuñar una medalla con la leyenda *«la piedad despierta justicia»*, en honor de San Bartolomé; y el jueves cuando la sangre de las víctimas inundaba las calles de París, todo el clero celebró un jubileo extraordinario. Además, el papa para su deleite, mandó al pintor Vasari que plasmara en unas pinturas las escenas de la matanza.

Al enterarse de los acontecimientos el rey de España, Felipe II, por aquel tiempo yerno de la reina madre, exultó de alegría. Bost dice en su libro que «la noche de San Bartolomé no es solamente el mayor crimen de la historia, sino que debe considerarse también un desastre nacional» (12, pág. 81).

La noche de San Bartolomé se propagó en las provincias y duro seis largas semanas. Bastantes gobernadores no quisieron hacerse culpables de asesinatos y en las provincias donde los hugonotes eran muy numerosos, no se atrevieron a atacarles. Esto explica el porqué de que muchos calvinistas escaparon de la muerte.

En Meaux, estuvieron durante varios días degollando a los fieles que se encontraban prisioneros en las cárceles y como la espada era

muy lenta, usaron grandes martillos de hierro; también pillaron y devastaron cuatrocientas casas que ocupaban el barrio más hermoso de la población.

En Troyes, el verdugo demostró ser más humano que el gobernador que le trasmitió la orden de masacrar a los prisioneros sin piedad y le contestó que actuaría contra las normas de su oficio, si ejecutaba a alguien sin que primero mediara una sentencia de condena. Se encontraron otros verdugos, que al sentirse desfallecer en medio de la matanza, pedían vino para recuperarse.

En Orleans quedaban todavía unos tres mil hugonotes y gente montada a caballo iban por las calles gritando que mataran al que encontrasen y luego les quitaran los bienes. Los más encarnizados eran aquellos que habían abjurado de su credo calvinista en las últimas guerras y ahora parodiaban los salmos en voz alta por la calle y se cebaban contra los hugonotes.

En Ruan muchos huyeron y otros fueron echados en prisión. La masacre comenzó el 17 de septiembre y duró cuatro días. Llamaban por su nombre a los prisioneros que estaban en una lista que dieron a los verdugos y les degollaban. Según el relato de Crespín, murieron cerca de seiscientas personas.

En Tolosa, los acontecimientos ocurridos en París se conocieron el domingo 31 de agosto. Cerraron enseguida las puertas de la ciudad y dejaron entrar uno por uno a los hugonotes que habían ido a celebrar su culto en el pueblecito de Castanet y les iban conduciendo a las prisiones y conventos. Allí permanecieron un mes y el día 3 de octubre, el primer mandatario llamado Denis, ordenó ejecutarles. Murieron unos trescientos y entre ellos se encontraban cinco consejeros que después de muertos colgaron, con sus respectivas togas, de un gran olmo que se encontraba delante del patio del palacio.

La masacre de Burdeos se retrasó como la de Tolosa. Durante las discusiones para tomar una decisión, un jesuita llamado Veguer predicaba todos los días desde el púlpito sobre la cobardía del gobernador. Al final organizaron unas compañías de asesinos llamadas *bandas rojas*, que se encargaron de los crímenes. Muchas otras ciudades fueron testigos de las mismas escenas.

En Lyon hubo una segunda San Bartolomé mucho peor que la de París, porque se hizo con cierta regularidad. El gobernador Mandelot

ordenó encerrar a los hugonotes en el arzobispado y degollarles por grupos establecidos. El verdugo de Lyon, como el de Troyes, se negó a colaborar y dijo que vería lo que hacía después de una sentencia firme. Un escritor de aquel tiempo dijo que el orden pronto se restablecería, si en aquella desgraciada ciudad, al verdugo nombrasen gobernador y al gobernador nombrasen verdugo. En Lyon perecieron entre ochocientos y mil ochocientos hugonotes. Los ribereños del Ródano estaban asombrados al ver tantos cuerpos flotando sobre las aguas; algunos atados a unas varas largas y terriblemente mutilados.

En su correspondencia, Mandelot expresó a Carlos IX el profundo sentir porque algunos hugonotes habían podido escapar y suplicó a su majestad que le diera una parte del despojo de los muertos. Pocas veces se ha oído comentar que las autoridades tendiesen la mano para recibir el salario de la sangre.

Es muy difícil saber el número exacto de víctimas hugonotes que hubo en Francia. De Thou dice 30.000; Sully 70.000 y el obispo Perefixe 100.000. Esta última cifra me parece muy elevada si contamos solamente los que perecieron de muerte violenta, pero si añadimos a los que murieron de miseria, de hambre, de dolor, a los viejos abandonados, a las mujeres sin abrigo, a los niños sin pan y a tantos miserables cuya vida fue acortada por esa gran catástrofe, nos daremos cuenta de que la última cifra está por debajo de la verdad.

La repercusión que tuvo en Europa la noche de San Bartolome fue inmensa. Nadie quiso creer las primeras noticias que llegaron, pero cuando fueron confirmadas, en todos las plazas, calles, templos, hogares y según los sentimientos de las gentes, los corazones se llenaron de gozo o de estupor.

Muchos pensaron al principio que era la primera escena de una vasta conspiración y que los poderes católicos habían resuelto degollar a todos los protestantes de Europa. El papado, Felipe II, y la corte de Carlos IX, no cesaban de hablar del total exterminio de los herejes. Pero les faltó la fuerza que no la voluntad.

La noticia se recibió con gozo en Roma. El mensajero que llevó la nueva de la muerte de Coligny, fue gratificado con mil piezas de oro. La carta era del nuncio Salviati, escrita el mismo 24 de agosto, en la que el cura decía a Gregorio XIII que daba gracias a Dios al ver que su pontificado comenzaba con tanta felicidad y que el rey Carlos y la

reina Catalina se habían comportado con mucha prudencia al extirpar la pestilente raíz.

El cardenal de Lorena se encontraba en Roma con motivo de la elección del nuevo papa y organizó una procesión en la iglesia francesa de San Luis e hizo poner sobre la puerta una inscripción en letras de oro donde decía que el Señor había contestado los votos y plegarias que le dirigía desde hacía ocho años.

Madrid también compartió la embriaguez de Roma. Felipe II dijo a Catalina que era la mejor noticia que jamás le había sido anunciada. Este rey al que apodaron *el demonio del sur* tenía otras razones para estar contento además de su fanatismo.

En los Países Bajos, el duque de Alba se alegró al enterarse del asesinato de Coligny y dijo que la muerte del almirante era un gran capitán menos para Francia y un gran enemigo menos para España.

Es difícil explicar la impresión que produjo la noche de San Bartolomé en los países protestantes. En Ginebra instituyeron un día solemne de ayuno y oración. En Escocia el viejo Knox empleó el lenguaje de los profetas en un culto celebrado en Edimburgo y dijo que la sentencia estaba echada sobre el rey asesino y que la venganza de Dios no se apartaría nunca de su casa. El embajador de Francia en la corte de Londres intentó justificar la aciaga noche y en su amargura, dijo que se avergonzaba de ser francés. La justificación de la masacre no fue fácil en Alemania. El embajador Schomberg hizo lo que pudo para que se creyera la fábula del complot de Coligny, pero únicamente encontró incrédulos.

Cuando sopesamos todas las circunstancias de aquella noche: la premeditación, la intervención de la corte, las trampas dispuestas ante los hugonotes, las promesas solemnes que les habían llevado a París, las fiestas de un boda real ensangrentada, el puñal puesto en manos del pueblo por los jefes del estado, las víctimas humanas degolladas en tiempos de paz, la carnicería que siguió durante dos meses en provincias y en fin los curas y sus príncipes, con los pies en la sangre y levantando las manos al cielo para bendecir a Dios, llegamos a la conclusión que la noche de San Bartolomé fue el mayor crimen cometido en la era cristiana.

La estirpe de los Valois se extinguió con el puñal y casi todos los actores de la San Bartolomé, perecieron de muerte violenta.

Copas para la Comunión
desmontables en tres
o cuatro partes
para llevar escondidas
en las Asambleas
del desierto.
Museo del Protestantismo.
Ferrières.
Foto del autor.





Cocina occitana
con sus
utensilios.
Museo del
Protestantismo.
Ferrières.
Foto del autor.

Los hugonotes que habían sobrevivido se apresuraron a organizar sus medios de defensa. Tenían en las Cevenas, Rouergue, Vivarais, Delfinado y Alto Lenguadoc, las montañas por abrigo. En las llanuras del Midi, cincuenta pueblos y aldeas, cerraron sus puertas decididos a oponer a las tropas del rey una resistencia desesperada.

Pastores y gentilhombres se reunieron en Montauban para redactar un proyecto de federación religiosa y política, en espera de que pluguiese a Dios cambiar el corazón del rey o levantar a un liberador para el pueblo afligido. Cada pueblo debía nombrar un comité de cien personas, sin distinción de nobles, burgueses o campesinos, para dirigir todos los asuntos de justicia, policía, impuestos y guerra y esos concejos debían elegir un jefe general. Se recomendaba ejercer todo el rigor con los sediciosos armados y utilizar la moderación y dulzura con los católicos pacíficos.

Catalina de Médicis y Carlos IX se dieron cuenta de haberse equivocado al creer que todo habría terminado con la muerte de los principales jefes hugonotes. Se habían apoyado más en el antiguo principio de vasallaje, que en la fuerza del principio religioso. La Reforma había dado a los más pequeños y débiles, el sentimiento de una conciencia personal que venía de Dios y esa especie de independencia preparaba en los espíritus el advenimiento de un derecho moderno.

En todas partes donde la resistencia era posible, se mostró más audaz, más fuerte que antes, porque ahora se consideraba que el rey era un enemigo. El sitio de Sancerre se hizo famoso. Esta pequeña aldea resistió más de diez meses al ejército real, aunque sus habitantes, sin tener armas de fuego, se vieron obligados a defenderse con simples hondas. Soportaron un hambre espantosa. Un testigo ocular, el pastor Juan de Lery, escribió los detalles de lo que acontecía cada día. Dice que llegaron a comer babosas, topos, hierbas silvestres, pan hecho con la harina de paja mezclada con pizarra de los tejados, arneses de caballería y el pergamino de libros viejos que ponían a remojar.

Los sitiados caían de inanición. La guerra mató a ochenta y cuatro personas, pero el hambre a más de quinientas. Los niños menores de doce años murieron casi todos. Un muchacho de diez años, muy cerca de la muerte, viendo a sus padres llorosos a su lado moverle los brazos y las piernas secas como una astilla, les dijo: «¿Por qué lloráis viendo como me muero de hambre? Mamá, yo no os pido pan porque sé que

no tenéis, y si Dios quiere que muera así, hay que aceptarlo. He leído en la Biblia que Lázaro también tuvo hambre, ¿no es verdad?». Al pronunciar estas palabras entregó su alma a Dios.

Los habitantes del lugar prefirieron resistir hasta la muerte antes que entregarse a los degolladores de la San Bartolomé. Un acontecimiento inesperado les libró de la muerte. Los diputados de Polonia que vinieron a ofrecer al duque de Anjou la corona de los Jagellón, intercedieron en su favor y les concedieron la libertad que pedían.

Lo mismo sucedió en La Rochelle que era ciudad franca y formaba una especie de república. Había numerosos barcos de la marina en su puerto y no quisieron aceptar en el interior una guarnición de soldados del rey. Cincuenta y cinco pastores de las regiones de Poitou y Saintonge y una multitud de gentilhombres, burgueses y campesinos, a las primeras noticias de la San Bartolomé buscaron refugio detrás de las altas murallas, decididos a defenderse hasta la muerte. Las propuestas hechas a los rocheleses no alcanzaron ningún acuerdo y el ejército de los sitiadores había tenido muchas bajas, por lo que Carlos IX tomó la extraña decisión de mandar a un negociador y gobernador hugonote, llamado Lanoue.

Francisco de Lanoue, apodado *Brazo de hierro*, había figurado siempre como segundón en los ejércitos hugonotes y llegó a ser el jefe más distinguido después de la muerte de Coligny. Era un hombre sabio y penetrante, de carácter generoso y totalmente leal. En las tristes guerras pasadas se le veía siempre como una persona indiferente ante el peligro, intrépido, sin jactancia, modesto en la victoria, tranquilo y sereno cuando las cosas le eran desfavorables.

Por singularidades de la vida militar fue hecho prisionero cuatro o cinco veces. Lanoue soportó esos reveses como soldado que merecía mejor suerte y los católicos aprendieron a quererle. Ningún hugonote, sin exceptuar Coligny, obtuvo tantos elogios de los católicos como él. Dos conocidos jesuitas le tributaron un homenaje por sus virtudes y sólo sentían que practicara la herejía. El feroz Montluc le llamó valiente y sabio; el frívolo Brantôme no se cansó de contar sus virtudes y el valor y los méritos que poseía y el escéptico Montaigne alabó su constancia y lo bueno de sus costumbres. Cuando murió, Enrique IV hizo, en dos palabras, la más hermosa plegaria mortuoria: «Era un gran hombre de guerra y un mayor hombre de bien».

Lanoue era prisionero del duque de Alba durante los días de la San Bartolomé y ello le salvó la vida. Al ser liberado, el rey le encargó negociar las condiciones de paz en La Rochelle, donde fue bien recibido, aunque su misión rechazada y sus habitantes se defendieron hasta la llegada de unos diputados polacos.

El duque de Anjou, que comandaba el ejército real, estaba triste por perder tropas y reputación en aquel largo sitio y esperaba la ocasión de retirarse discretamente. Ésta se le presentó al ser elegido para la corona de Polonia.

Un nuevo edicto se publicó el 11 de agosto de 1573 por el que se autorizaba el ejercicio público de la religión únicamente en tres ciudades: La Rochelle, Montauban y Nimes. Los señores que impartían justicia podían permitir celebrar bautismos, casamientos y sacramentos, en reuniones privadas que no excedieran de diez personas. Para todos los demás hugonotes nada más que la simple libertad de la persona. En este Edicto se empleó por vez primera la expresión, que se hizo costumbre general, de *Religión Pretendida Reformada*.

Se trataba de una medida contradictoria en principio e impracticable de hecho, que solo servía para exasperar las conciencias y aumentar la confusión de la situación. Si la práctica de la religión reformada era un crimen, lo era en todo lugar o en ninguna parte y ello tenía que defenderse.

Los hugonotes de Montauban redactaron el 24 de agosto, un año después de la San Bartolomé, un escrito que presentaron al rey, donde manifestaban enérgicamente su protesta por el Edicto y pedían todo lo que se les había concedido en el tratado de 1570. Carlos IX, al escuchar la lectura del escrito no abrió la boca, algo contrario a su costumbre, pero Catalina gritó irritada que si el príncipe de Condé viviera y estuviera en el centro de Francia con veinte mil caballos y cincuenta mil soldados, no pediría la mitad de lo que aquella gente insolente quería.

Después de tantos infames asesinatos, Catalina no podía hablar tan alto. En el reino todo eran alborotos y anarquía y en la familia real divisiones y desórdenes. La reina madre temía al mayor de sus hijos, despreciaba al más joven y solo quería al segundo que pronto saldría para Polonia y todos desconfiaban de ella. Los tres hermanos estaban enemistados y su hermana Margarita de Valois, se mancillaba de adulterios y de incestos.

El partido de los políticos o tercer partido, iba en aumento y estaba compuesto de los que habían conservado algún recuerdo del viejo honor nacional y sentían un desprecio profundo por una corte llena de asesinos a sueldo, envenenadores, astrólogos y mujeres de mala vida. Los tres hijos del condestable de Montmorency, los mariscales Cossé y Biron, varios gobernadores de provincia, magistrados y algunos miembros del consejo privado, pertenecían al grupo de políticos descontentos. Su jefe era el duque de Alençon, conocido después por el nombre de duque de Anjou y último de los hijos de la reina Catalina. Como hermano del rey daba prestigio, pero a este príncipe de veintiún años le faltaba seriedad, formalidad en su palabra, era presuntuoso, ligero de cascos y rápido en lanzarse en grandes empresas, pero incapaz de llegar hasta el final.

Los descontentos empezaron negociaciones con los hugonotes y se prometieron fraternidad mutua, duradera y perfecta para siempre en todas las cosas santas y civiles. En su acta de unión decidieron que convocarían regularmente la asamblea cada seis meses, para hablar de un nuevo orden de justicia y las normas a seguir para el bienestar de los hombres. Se trataba de un estado dentro del estado, triste, pero consecuencia inevitable del vuelco de todas las leyes provocado por la San Bartolomé.

Carlos IX murió en medio de todos esos problemas, asediado de extraños y vagos terrores, creyendo oír gemidos en el aire, despertando sobresaltado por la noche y aquejado de una extraña enfermedad que le hacía salir la sangre por todos los poros del cuerpo. Dos días antes de su fallecimiento, llamó a su nodriza hugonote para contarle en medio de lágrimas y sollozos, el mal que había hecho durante su reinado y cuánto se arrepentía de todo. Murió el 30 de mayo de 1574, cuando no había cumplido aún los veinticuatro años, sin dejar ningún heredero masculino, porque hubiera sufrido demasiado, según decía.

Comienza la quinta guerra de religión (1574–1576).

Catalina de Médicis volvió a tomar la regencia que nunca había dejado seriamente e intentó negociar con el partido hugonote y los descontentos, hasta la llegada de su segundo hijo que, a partir de ahora, llamaremos Enrique III. Éste se evadió de Polonia como de una prisión. Durante su viaje recibió lo sabios consejos del emperador Maximiliano; del jefe de las repúblicas de Génova y Venecia y de los duques de

Saboya, los cuales le aconsejaron restableciera la paz en su reino por medio de edictos equitativos que se observaran fielmente, pero no hizo ningún caso.

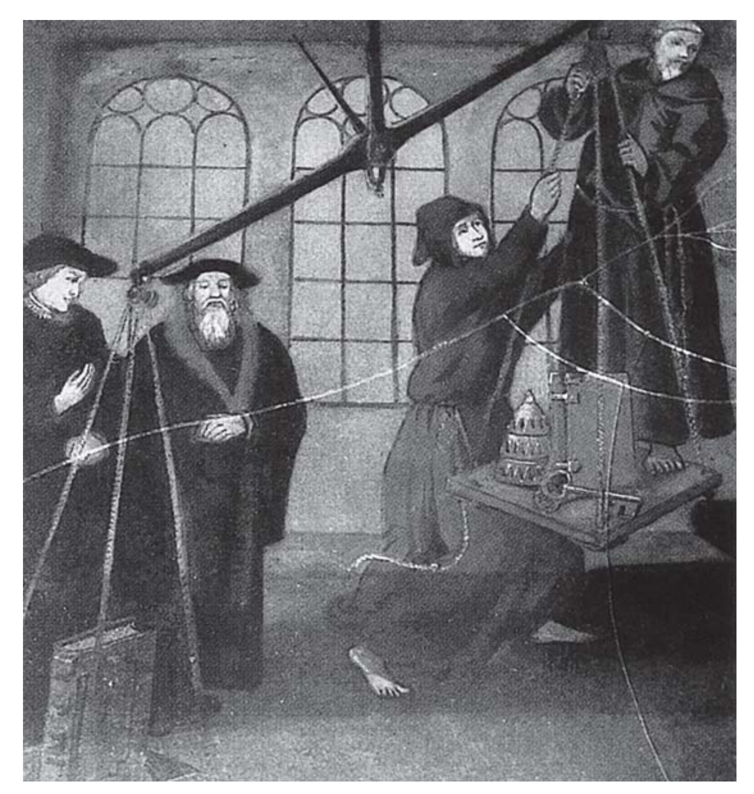
Llegado a Francia en el mes de septiembre de 1574, su madre fue a su encuentro e hizo con ella una entrada triunfal en Lyon. El duque de Alençon y el rey de Navarra les seguían, libres en apariencia, pero en realidad cautivos. Allí examinaron el plan de conducta a seguir con los hugonotes y los políticos. Algunos miembros del consejo se inclinaban por vías suaves de compromiso, pero Catalina y sus confidentes italianos tenían sentimientos contrarios que arrastraron a Enrique III.

Este príncipe de veintitrés años había dado algunas señales de valentía antes del tratado de 1570. No le faltaba habilidad en los negocios, ni dignidad y gracejo cuando aparecía en público. Desgraciadamente se había estropeado en medio de las voluptuosidades de la corte. Pasaba varias horas en acicalarse como las mujeres y deshonraba su dignidad de rey y de hombre, con orgías desenfrenadas. Los graciosos que le rodeaban, le entretenían indolentes e igualaba sus bajezas con la extravagancia de sus supersticiones.

Al llegar a Francia se afilió a la cofradía de los Flageladores de Aviñón; en una procesión solemne se puso una esclavina blanca, su madre negra y el cardenal de Armañac azul. Recorrieron la ciudad descalzos, la cabeza descubierta, y rosarios de hueso de muertos en la cintura, pegándose con cuerdas en la espalda para hacer brotar la sangre.

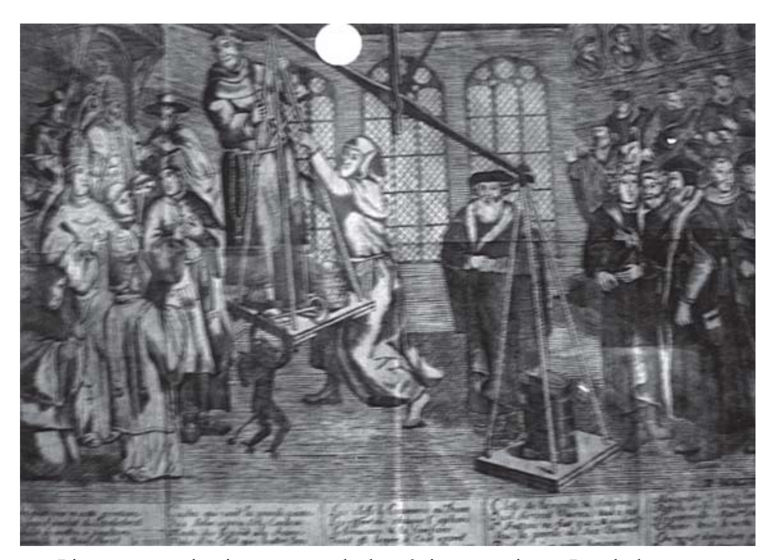
Era el mes de diciembre. El cardenal de Lorena cogió unas fiebres y murió. La reina madre a quien algunos historiadores acusan de haber tenido con él bastantes intimidades, no pudo disimular lo que sentía. La misma noche, al sentarse en la mesa para cenar, comenzó a temblar y decir que veía al monseñor delante suyo. Durante más de un mes no quiso estar sola y las apariciones del cardenal la perseguían.

En París, Enrique III continuó con sus prácticas devotas. Mandó construir oratorios en las iglesias, adonde iba todos los días de cuaresma. Acompañaba las procesiones con una peluca falsa y un vestido ridículo, acompañado de un bufón que caminaba entre su jefe y el cardenal de Ferrara y mientras los curas cantaban *Ora pro nobis*, el bufón hacía muecas y bromas. Después con el carruaje, acompañado de su mujer la reina, iba por las tiendas a comprar perritos, monos y otros animales raros, que pagaba a precio de oro.



Antiguo grabado de controversia llamado «Las balanzas».
La Biblia pesa más que Roma.
Museo del Protestantismo. Ferrières.
Foto del autor.

Al cabo de seis meses, le despreciaba la escoria del pueblo y sus criados. Los descontentos fueron en aumento y volvieron a entablar conversaciones y pactaron alianzas con los hugonotes, que estaban divididos en cuanto a la conducta que debían adoptar. Por un lado estaban los llamados *reformados consistoriales* y por otro los gentilhombres, los grandes señores, los magistrados y los consejeros de las ciudades. Ya habían hecho distinciones en las primeras guerras y serían más acusadas en las siguientes.



Pintura con el mismo tema de la página anterior: «Las balanzas».
La Biblia pesa más que Roma.
Museo del Protestantismo. Ferrières.
Foto del autor.

Los *consistoriales* estaban apoyados por la mayoría de los pastores y solo les preocupaba los intereses de la fe y poder celebrar los cultos con tranquilidad. La mayoría eran hombres de oficio, artesanos que poseían su negocio y consideraban las cosas bajo el aspecto más simple. Sentían más repugnancia que los demás por tomar las armas y solamente lo hacían en último extremo, cuando les impedían servir a Dios según su conciencia, pero una vez en el campo de batalla no aceptaban la paz sin las suficientes garantías de libertad para las iglesias.

Los gentilhombres, al contrario, transigían fácilmente en cuestiones religiosas y se preocupaban, sobre todo, de su posición dentro del Estado. Los consistoriales eran más numerosos, pero tenían menos influencia y se vieron muchas veces obligados a soportar el dominio que la nobleza ejercía sobre ellos, aunque participaban de sus riquezas.

Es lo que ocurrió con la alianza que pactaron con los descontentos en el Lenguadoc, a pesar de la oposición de los consistoriales. Los resultados se hicieron notar enseguida. Los escándalos realizados por los

políticos con pocos escrúpulos se mezclaron con la religión y aca-baron por apagar el amor a la piedad y a la disciplina que les quedaba.

La guerra proseguía con diversos resultados y sin batalla decisiva. Hay que mencionar la heroica defensa de la parroquia de Livron en el Delfinado, donde Enrique III se presentó delante de las puertas en el mes de enero de 1575. Los sitiados les gritaron desde las murallas: «¡Asesinos, no nos apuñalaréis en la cama como habéis hecho con el almirante y otros! ¡Venid guapos perfumados y veremos si podéis resistirnos a nosotros y a nuestras mujeres!». Enrique III se vio obligado a tragarse la afrenta, además de perder las dos terceras partes del ejército delante de aquella parroquia y tener que levantar el sitio.

El príncipe de Condé y el rey de Navarra, que habían estado retenidos en la corte desde la noche de San Bartolomé, consiguieron escapar y abjuraron, uno en Estrasburgo y el otro en Tours, de la fe católica que les habían impuesto con el puñal en la garganta. El duque de Alençon se había refugiado en Dreux, en la propiedad que la realeza había concedido al infante y publicó un manifiesto donde decía que tomaba bajo su guarda y custodia a los franceses de las dos religiones.

Como el Estado no tenía hombres ni dinero para enfrentarse a los confederados, la corte intentó ganarse a los jefes del tercer partido con buenas prebendas y ofreció a los hugonotes unos artículos de paz muy favorables: el libre ejercicio de la religión en todo el reino, excepto en París y dos leguas alrededor; admisión en todos los empleos públicos;



Cementerio particular en el jardín de una casa, cuando los hugonotes no podían ser sepultados con los católicos. Ferrières. Foto del autor.

despachos compartidos en el parlamento; ocho ciudades de seguridad; derecho a abrir escuelas y convocar sínodos; rehabilitación de la memoria de Coligny y el restablecimiento de todas las propiedades del rey de Navarra, del príncipe de Condé y de los señores de la religión. Este tratado fue firmado en Chastenoy el 6 de mayo de 1576 y se llamó la *paz del señor* porque se había concluido bajo la garantía del hermano del Rey. Catalina y Enrique III no firmaron el pacto porque se habían propuesto disolver la alianza de los políticos con los hugonotes y así podrían declarar el tratado nulo. Las persecuciones continuaron.

Un artículo del tratado ordenaba una próxima convocatoria de los Estados Generales y se reunieron en Blois en diciembre de 1576, pero ya no reinó el espíritu que hubo en los Estados celebrado en Orleans. Gran parte de la nobleza había vuelto a la Iglesia Católica y las desventuras del reino habían herido el corazón de la burguesía. Los responsables de las tres ideologías que formaban el Estado decidieron pedir al rey la unidad de religión y le rogaron que conminara a los ministros, diáconos, vigilantes, maestros de escuela, y dogmatizantes, que limpiaran el reino o se procedería contra ellos declarándoles culpables de crimen capital.

La unidad entendida así era la guerra, y para hacer la guerra hacía falta dinero, y cuando llegaron a ese tema, cada una de las tres órdenes se excusó. El clero dijo que se había empobrecido mucho a causa de los desórdenes del reino y no podía dar nada; la nobleza solo ofreció su espada y el pueblo encargó que su orador dijera que todos los vasallos del rey tenían que actuar con medios pacíficos, sin buscar la guerra. ¡Pueril tontería!

Empieza la sexta guerra de religión (1576–1577).

Los hugonotes al recibir la noticia de esas resoluciones volvieron a tomar las armas, pero sin el apoyo de los descontentos del partido católico y poco unidos entre sí, las cosas les fueron mal. Esta vez los consistoriales fueron los más decididos porque se trataba de ganarlo todo o perderlo todo y se quejaron a los dirigentes del partido que no les hicieron caso y firmaron la paz en Bergerac en septiembre de 1577. El día 8 de octubre siguiente apareció el Edicto de Poitiers, que concedía a los hugonotes la simple libertad de conciencia, con la admisión en empleos públicos y el ejercicio de la religión limitado a lugares donde se practicaba antes de la firma del tratado.

Catalina de Médicis, en uno de esos cortos períodos de paz, calculó la manera de acabar con aquellos gentilhombres que no había podido vencer ni convencer con las armas y organizó un plan: intentaría depravarles. Recorrió las provincias con un numeroso grupo de señoritas de honor, dicen que había unas cincuenta, a las que llamaron *escuadrón móvil*. Por donde pasaban se organizaban fiestas, bailes, intrigas y la vieja austeridad de los compañeros de Coligny se perdía.

Bajo el pretexto de llevar a Margarita de Valois a casa de su marido, rey de Navarra, en julio de 1578 Catalina se puso a recorrer las provincias meridionales. El bearnés, que por su larga residencia en el Louvre había totalmente olvidado las lecciones de su madre, se entregó a las seducciones que le rodeaban. El bienestar trajo vicios, como el calor atrae las serpientes.

La pérfida Catalina aprendió una serie de frases y locuciones de la Biblia que empleaba con los reformados, unas veces por cuestiones políticas y otras para burlarse. Utilizaba las expresiones: *aceptar el consejo de Gamaliel; cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz;* al rey le llamaba *el ungido del Señor; la imagen del Dios viviente,* etc. A todo este vocabulario las damas le llamaban *el lenguaje de Canaán.*

Pasaron cuatro o cinco años sin declararse la guerra, pero sin descanso ni seguridad. Los hugonotes enviaron varias veces a la corte largos escritos de agravios soportados y advertencias, pero no les hacían ningún caso.

Otro de los medios ideados para debilitar al partido hugonote fue impedirles que tomaran cargos públicos y encontraron mil pretextos para eludir las leyes. Fue una persecución sorda, indirecta, sistemática y constante. Un historiador pretende que esos procedimientos hicieron más daño en cuatro años, que las armas habían hecho en cuarenta.

Por su parte los católicos fervientes se quejaban y acusaban la lentitud de Enrique III. La oposición aumentó con la muerte del duque de Alençon o de Anjou que tuvo lugar en 1584. Enrique III no tenía hijos y los médicos comunicaron que posiblemente no acabaría el año con vida. El linaje de los Valois iba a extinguirse y el único que podía sucederle, según las antiguas normas del reino, era Enrique de Borbón, el heredero más próximo por línea masculina e incontestable primer príncipe de sangre real. Pero se trataba de un hereje, de un apóstata,

de un relapso, de un excomulgado por la sede papal, ¿cómo, pues, podría subir al trono de los reyes cristianísimos? Este pensamiento trastornaba a tres cuartas partes de la nación y la Liga hizo un crecimiento enorme de militantes.

La Liga o Santa unión existía en Francia desde 1576 o mucho antes y se extendía más allá de sus fronteras. El cardenal de Lorena la había ideado en el concilio de Trento; los jesuitas la habían retomado y agrandado; Felipe II, los papas, el duque Enrique de Guisa, habían participado sucesivamente en su formación y la asociación se desarrolló hasta el punto de aspirar que toda la Europa católica, se levantara para aplastar a toda la Europa protestante y fue precisamente en Francia donde empezó a dar los primeros golpes.

Después del exterminio de los hugonotes, los nuevos cruzados hubiesen acabado con los rebeldes de Holanda, para lanzarse todos juntos sobre Inglaterra y seguir hacia Alemania y el norte de Europa y no hubiesen parado hasta llevar a todos a la iglesia de Roma o ahogado con su sangre al último de los discípulos de Lutero y de Calvino. Lucha suprema, duelo mortal, en el cual se restablecería sobre montones de cadáveres la unidad católica.

Felipe II era el principal jefe armado de la vasta conjura. En su retiro de San Lorenzo del Escorial, meditaba constantemente en esos sombríos pensamientos, como confirma su correspondencia. Ese rey sólo aceptaba dos cosas en el mundo, el soberano poder del príncipe en los asuntos públicos y la infalibilidad del papa en los temas religiosos. El resistir al poder temporal y el derecho del libre examen espiritual, eran para él, dos detestables crímenes de lesa humanidad. La autoridad se centraba en el hacha del verdugo, la hoguera del inquisidor y el puñal del asesino. Felipe II había concebido su sistema de terror en provecho de la realeza y del pontificado.

La Santa Sede sentía implacables remordimientos al ver aumentar la herejía y quería restablecer a cualquier precio una sola fe y un único jefe espiritual. Cardenales, obispos, curas, jesuitas y frailes de todas las órdenes, iban predicando el exterminio desde los púlpitos y los confesionarios.

En Francia, Enrique de Guisa, apodado *el Balafré*, era el alma de la Liga. Al principio andaba escondido en la sombras, pero a medida que Enrique III era despreciado, él se mostraba para que las masas

populares le estimaran. Intentaba ser afable con los niños, un buen amigo de sus amigos, un enemigo inexorable de sus rivales, generoso con los que le ayudaban; a los enamoradizos prodigaba el oro, a los ambiciosos grandes promesas y a los artesanos un futuro que halagaba su vanidad.

A todos los que querían formar parte de la organización les hacían firmar y jurar una confianza total entre sí; obediencia absoluta al jefe secreto de la Liga; compromiso de sacrificarlo todo, vida y bienes, para exterminar a los herejes y restablecer la unidad de la religión.

Enrique III no se atrevió a combatirla abiertamente y llegó incluso a firmar con su propia mano los artículos de la unión. La Liga pretendía que Enrique III desheredase al rey de Navarra y nombrase como heredero al cardenal de Borbón, anciano de más de sesenta años, de carácter débil, cura con poco crédito, cerrado de ideas, que había vivido en la abundancia y en medio de costumbres disolutas. Ese cardenal hubiese preparado el lugar para el duque de Guisa. Enrique III sabía que los lorenos esperaban la ocasión para hacerle tonsurar y encerrarle en un claustro, como ya se había hecho antiguamente con otros reyes. Ante tanto peligro para la corona, el rey renunció a aceptar las propuestas de la Liga y a partir de ese momento reinó una anarquía absoluta. Se acabó la autoridad y la ley.

Empieza la octava guerra de religión (1585–1598).

Los miembros de la Liga publicaron un manifiesto en nombre del cardenal de Borbón y se apoderaron a traición o a mano armada, de algunas ciudades importantes. Como Enrique III no poseía ejército para oponerse, hizo las paces con el duque de Guisa a cuenta de los hugonotes y les prometió por el tratado de Nemours, firmado en 1585, prohibir el ejercicio público de la religión y la libertad de conciencia. Se ordenó a todos los ministros que salieran del país antes de un mes y a todos los hugonotes que abjuraran o emigraran antes de seis meses, bajo pena de confiscación de bienes o de muerte.

El edicto de Nemours debía ser rigurosamente ejecutado y el rey rechazó la petición de unas pobres mujeres que suplicaban la gracia de vivir en algún lugar de Francia, donde agradara a su majestad. Enrique III les prometió trasladarlas sin cargo alguno a Inglaterra. A pesar de todo, el rey no quería aplastar totalmente a los hugonotes, porque no deseaba dar demasiado poder a la Liga y al duque de Guisa. Su deseo

más ardiente era que los dos partidos pelearan entre sí, para debilitarse entre ellos y él mostrarse como el rey pacificador.

Viendo que el rey no se mostraba demasiado eficaz en la persecución de los herejes, el papa Sixto V acabó la paciencia y firmó, con veinticinco cardenales, la excomunión de los Borbones. Se pronunciaba contra Enrique de Borbón, rey de Navarra y futuro rey de Francia y Enrique, también de Borbón, príncipe de Condé, por ser herejes y relapsos de herejía, sin haberse arrepentido y quedaban privados de todos los principados, ellos y sus herederos para siempre. Si alguien osaba obedecer a *aquella generación bastarda y detestable de los Borbones*, también debía ser excomulgado.

El bearnés contestó a la insolente bula haciendo colgar el 6 de noviembre de 1585, en todos los lugares públicos de Roma, una protesta que empezaba así: «Enrique, por la gracia de Dios, rey de Navarra, príncipe soberano de Bearn, primer par y príncipe de Francia, no está de acuerdo con la declaración de excomunión de Sixto V, llamado papa de Roma, por su abusivo vocabulario y apela a los pares de Francia. En cuanto al crimen de herejía que se le acusa en la declaración, dice y sostiene que el señor Sixto, llamado papa, ha falsa y maliciosamente mentido y que él es el hereje, lo que demostrará ante un concilio reunido de forma libre y legítima».

El príncipe de Condé era un joven lleno de celo por la religión y deseaba con impaciencia merecer la alcurnia que le daba su nacimiento, pero poseía menos talentos militares que coraje y sobre falsas indicaciones atravesó el río Loira. Se había avanzado demasiado y en las puertas de Angers perdió al primer ejército que se había levantado contra la Liga.

En la región de Lenguadoc, el duque de Montmorency (antiguo mariscal Damville), renovó su alianza con el partido hugonote y solo hubo en la provincia algunos pequeños encuentros de partisanos. En el Delfinado estaba Lesdiguières a la cabeza de los hugonotes y se apoderó de varias plazas fuertes, además de dominar pacíficamente toda la región. Enrique III propuso al rey de Navarra cambiar de religión para eliminar el temible argumento de los hombres de la Liga y Catalina de Médicis, siempre dispuesta a abrir negociaciones, fue al castillo de Saint Bris, cerca de Coñac, a finales de 1586, para conferenciar con el bearnés. Esta vez las habilidades de Catalina no tuvieron éxito.

La guerra continuó sin grandes hechos hasta la batalla de Coutras. Los dos ejércitos se enfrentaron el 20 de octubre de 1587 y ofrecían un singular contraste. Los hugonotes eran solo cinco o seis mil hombres mal vestidos, con ropas hechas jirones, provistos de una espada y una buena coraza. Los católicos capitaneados por el duque de Joyeuse eran entre diez y doce mil hombres, la flor y nata de los cortesanos, vestidos de seda y terciopelo, con armas de plata y empuñadura de esmaltes muy bien afiladas, banderitas que ondeaban en las puntas de las lanzas y plumas en los sombreros moviéndose con el viento. Los primeros eran soldados preparados para sufrir y luchar; los segundos parecían elegantes caballeros llegados para asistir a un torneo.

Antes de empezar la batalla, los hugonotes se arrodillaron y cantaron el Salmo 118: «*Yahvé está conmigo, no temeré*», etc. Lucharon con valentía y la derrota de los católicos fue total. El duque de Joyeuse perdió la vida junto con la mitad de su ejército. El bearnés fue humano después de la victoria y ordenó cuidar a los heridos, dejó en libertad a todos los prisioneros sin pedir rescate y dijo sentir dolor por tanta sangre francesa derramada.

Al enterarse de la derrota, la Liga aumentó su ira contra Enrique III y los doctores de la Sorbona decidieron en un conciliábulo, tener el derecho de poder quitar la corona a un príncipe incapaz y la administración del reino a un encargado sospechoso. Todas las miradas se volvieron hacia el duque de Guisa que acababa de destruir a un numeroso ejército de *reitres*, (soldados alemanes de caballería que servían como mercenarios), enviados por Alemania en ayuda de los hugonotes.

La popularidad de *Balafré* (Enrique de Guisa) se hizo inmensa. El papa le mandó una espada bendecida, Felipe II y el duque de Saboya le felicitaron y los parisinos, excitados por las palabras de los curas, le proclamaron salvador de la iglesia. Él se mostró agradecido por el apoyo del clero y en una reunión familiar, decidió proponer al rey que publicara los cánones del concilio de Trento e instituyera la Santa Inquisición en Francia. Del entusiasmo de los curas y del pueblo nació el 12 de mayo de 1588, el día de las Barricadas y Enrique de Guisa fue llevado en triunfo hasta el Louvre . El rey amenazado en su libertad, huyó vestido de campesino con algunos criados de a pie, jurando en su corazón la muerte de aquel que llamaban *el rey de París*.

Cinco meses más tarde convocó los Estados Generales en La Noue, donde había una gran mayoría de gente de la Liga que intentaba disminuir el poder del rey, quien con juramentos solemnes, les dijo que quería trabajar para la extirpación total de la herejía, aunque nadie creyó en su palabra. El duque de Guisa poseía la confianza total de los estados y solo le faltaba un peldaño para sentarse en el trono de Francia. Enrique III que lo sabía, decidió suprimir al duque y le mandó asesinar en el palacio, el 23 de diciembre de 1588. Al sentirse golpeado por el puñal, pidió misericordia a sus asesinos y cayó al suelo moribundo. El rey salió de su despacho, contempló un momento a su víctima y le dio una patada en el rostro. Si al duque de Guisa le quedaba un soplo de vida seguro que se acordaría del homicidio de Coligny y de la patada que también le dio. Al día siguiente también murió asesinado su hermano el cardenal de Lorena.

Enrique III bajó a ver a su madre que estaba enferma en cama y le comunicó la muerte del duque. Catalina murió doce días más tarde, dejando a su hijo con una corona medio rota, un reino ardiendo y un país con el agua hasta el cuello y lo que se llevó a la tumba fue la abominación de los calvinistas y el desprecio de los católicos. Éste fue el fruto de treinta años de intrigas, traiciones y crímenes.

El asesinato del duque de Guisa abrió un abismo tremendo entre el rey y los miembros de la Liga. Setenta teólogos de la Sorbona, después de oír la misa del Espíritu Santo, desligaron al pueblo del juramento de fidelidad. Los curas organizaron una procesión de cien mil niños con cirios encendidos que en un momento dado pisaban y decían: «Dios permita que la estirpe de los Valois se extinga en breve totalmente». Desde lo alto de los púlpitos vomitaban horribles imprecaciones contra Enrique III y pregonaban abiertamente el regicidio.

El rey se vio obligado a encerrarse en su castillo de Tours como si fuera su postrer asilo y allí tendió la mano a los hugonotes que estaban luchando al otro lado del río Loira. Éstos no habían emprendido en los últimos tiempos ninguna empresa considerable. En el mes de marzo de 1888 habían perdido a Enrique de Condé, su segundo jefe o quizá el primero por la confianza que les inspiraba. Falleció en Saint Jean-d´Angely a la edad de treinta y cuatro años. Su fin estuvo acompañado de síntomas extraños, lo que dio pie a sospechar un envenenamiento, que se confirmó en la autopsia y se acusó a su mujer, la princesa Carlota

de Tremoille, nueva conversa, que vivía rodeada de una familia de católicos exaltados.

Mientras la Liga celebraba sus Estados Generales, los calvinistas habían convocado una asamblea política en La Rochelle, que se abrió el 14 de noviembre de 1888 en la casa del pueblo. Estaba presente el rey de Navarra con el vizconde de Turena, el príncipe de la Tremoille y otros señores del partido. En esta asamblea hubo más orden que respeto por la autoridad, si se compara con la de Blois. Instituyeron un reglamento para la administración de justicia, las finanzas, la disciplina militar y sobre todo aquello que interesaba a la causa común. Antes de separarse, los diputados hicieron a Enrique III la petición de que restableciera el edicto de enero.

Después de la muerte del duque de Guisa, el bearnés dirigió un manifiesto a los tres estados de Francia, en el cual invitaba a toda la ciudadanía a la concordia.

Los dos reyes, el de Francia y el de Navarra, deseaban un acercamiento y se produjo un primer encuentro el 30 de abril de 1589 en el castillo de Plessis, casa solariega de Luis XI. A partir de ese momento, los asuntos de Enrique III tomaron un giro favorable. Los de la Liga perdieron varias escaramuzas. Los dos reyes juntos comandaron un ejército de cuarenta y dos mil hombres que avanzó hasta las puertas de París dispuestos a dar el asalto general.

En la gran ciudad el duque de Mayenne contaba solamente con ocho mil soldados desanimados y los dirigentes de la Liga empezaban a perder las esperanzas, los curas vivían aterrados, los hugonotes esperaban un futuro mejor, cuando el cuchillo de un monje dominico llamado Clément, hirió al rey de muerte y trastornó las esperanzas y los temores de todos los partidos.

Enrique III murió a causa de su herida dieciocho horas más tarde, el 10 de agosto de 1589 y con él acababa el linaje de los Valois. Ésta es la historia de la familia: Francisco I tuvo una muerte vergonzosa; Enrique II fue mortalmente herido en un torneo; Francisco II no alcanzó la mayoría de edad; Carlos IX expiró en medio de convulsiones provocadas por una enfermedad desconocida; el duque de Alençon acabó su vida en el oprobio y el vicio y Enrique III murió asesinado.

Si la historia no debe ser un simple objeto de curiosidad, será conveniente mencionar las ideas religiosas y las costumbres de una corte

dominada por una intolerancia fanática. Después de la misa, se daban cita en casa de los astrólogos para componer filtros y pócimas venenosas. Se practicaban y honraban toda clase de sortilegios y artes mágicas que Catalina de Médicis había traído de Italia. Los cortesanos tenían en sus casas una pequeñas figuras de cera y les atravesaban el corazón con alfileres, a la vez que pronunciaban palabras cabalísticas, con el propósito de matar a sus enemigos.

Las ceremonias servían para promover las más viles y sanguinarias pasiones. Los sermones de los curas de la Liga parecían antorchas que querían provocar incendios en todo el reino. Las procesiones estaban destinadas a exaltar la ferocidad del populacho que a menudo ofrecía espectáculos impíos y cínicos. Los soldados de la Liga llevaban armas bendecidas por los curas y cometían actos infames hasta en las mismas escalinatas de los altares.

La moralidad estaba al mismo nivel. El cardenal de Lorena y la mayoría de los prelados violaban todas las leyes del pudor. *El Balafré* (Enrique de Guisa) salía de una noche de juerga cuando le asesinaron. Margarita de Valois, la princesa de Condé, las duquesas de Nemours, Guise, Montpensier y de Nevers, vivían una vida obscena. Dos de ellas se hicieron llevar las cabezas de sus amantes decapitados, las besaron, las embalsamaron y las guardaron como si fueran una reliquia de amor. Por último, el monje dominico, llamado Clément, que asesinó al rey Enrique III, fue canonizado y llevado a todos los altares del reino como *el santo mártir de Jesucristo*.

En 1594, Enrique de Navarra subió al trono con el nombre de Enrique IV. Era un soberano valiente y capaz, pero desconocía los sentimientos de piedad. Dirigió el partido hugonote desde el punto de vista político y no religioso. Como monarca protestante, su posición era difícil en un país principalmente católico, en el cual todos los reyes anteriores habían pertenecido a la iglesia de Roma.

Treinta años antes, el advenimiento de un príncipe reformado, hubiese podido hacer triunfar la Reforma, pero a partir de 1589 todo cambió y lejos de ser mejor aceptado el tema reformado, todos los asuntos relacionados con ellos fueron empeorando. Enrique IV tenía miedo de que los católicos se le pusieran a la contra, mientras que no temía ser abandonado por sus correligionarios, por lo que hizo poco en favor de los suyos y mucho por los demás, siguiendo la máxima que

hay que contentar a los enemigos a expensas de los amigos que siempre son seguros.

Antes de prestar juramento de fidelidad, los señores católicos le pidieron que entrase en la comunión de la iglesia romana y fue el marqués de O, superintendente de finanzas, quien le hizo la propuesta. El rey rechazó la petición de cambiar de religión inmediatamente, pero después de largas conversaciones sólo les prometió dejarse instruir en un plazo de seis meses. Ello podía ser entendido de dos maneras muy diferentes. La promesa de dejarse instruir equivalía para los católicos al compromiso de entrar en la iglesia de Roma, mientras que para los reformados, al contrario, significaba el deber de examinar de nuevo los puntos de controversia y aceptar sinceramente la verdad. En cuanto a Enrique IV, parecer ser que ya había decidido dejarse instruir, pero no por los doctores, sino por los acontecimientos.

Al cabo de pocas semanas, el ejército real se había reducido a casi nada. De cuarenta mil hombres solo quedaban cinco o seis mil y se vio obligado a replegarse en Normandía. El duque de Epernon y otros jefes católicos se habían retirado con sus tropas alegando que no podían estar al servicio de un jefe hugonote. Los que quedaban, querían hacer pagar su ayuda con grandes favores personales. Los jefes hugonotes fueron más fieles y menos exigentes. Entre ellos se distinguía Francisco de Châtillon, hijo del almirante Coligny, Claude de la Tremoille, Agrippa d´ Aubigné, Lanoue, Rosny y Mornay, entre otros. Este último tenía toda la confianza de Su Majestad el rey.

Felipe de Mornay, señor de Plessis, había nacido en 1549 en el castillo de Buhi y fue educado por su propia madre en las doctrinas reformadas. No tenía doce años cuando contestó al cura que le exhortaba a tener cuidado con la doctrina de los luteranos, que estaba resuelto a permanecer en sus creencias sobre Dios y que, si algún día dudaba, leería con diligencia los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles. Su tío, que fue obispo de Nantes y luego arzobispo de Reims, le aconsejó que leyese a los Padres de la Iglesia, a la vez que le ofreció los beneficios de un rico abadiado y la perspectiva de sucederle en su sede. Mornay leyó a los Padres de la Iglesia, los cuales en lugar de alejarle de la fe, se la reafirmaron y dijo a su tío que rechazaba el abadiado.

Animado de fuertes e invariables convicciones, modesto en la prosperidad, paciente en la adversidad, siempre dispuesto a poner sus bienes

y su vida al servicio de su fe, Duplessis-Mornay mostró al mundo uno de los caracteres más íntegros y desprendidos de la iglesia cristiana. Le denominaron *papa de los hugonotes*, aunque mejor hubiera sido decir que fue el modelo a imitar.

Sus talentos igualaban su piedad. Era un hombre de guerra, extraordinario diplomático, buen consejero, orador, publicista, docto en teología, hábil escritor; trabajaba catorce horas cada día y desplegaba una superioridad inigualable en todas las diversas actividades que tenía. Había escapado milagrosamente a la masacre de San Bartolomé y se refugió en Inglaterra donde recibió de la reina Isabel una calurosa acogida. Cuando el duque de Anjou llegó a rey de Polonia, quiso dar libertades a los protestantes polacos y le propuso un puesto entre sus consejeros, pero no quiso aceptar porque los polacos habían derramado la sangre de sus hermanos en la fe.

Enrique de Bearn le llamó y le encontró mejor dispuesto. Fue a buscar a Mornay en la pequeña corte de Agen y aquellos dos hombres tan diferentes de carácter, de costumbres y de conducta, se unieron con un afecto que a veces se vio comprometido, pero nunca totalmente apagado. Enrique necesitaba su prudencia, su entrega, su severidad y Mornay le tuvo que hacer muchos reproches, pero veía en Enrique al hombre llamado por Dios para defender la causa reformada.

Sus funciones en la corte de Agen y de Nerac fueron múltiples como su genio. En las pequeñas y continuas guerras que tuvo Enrique III, hacía las funciones de capitán, de ingeniero, de jefe de finanzas del ejército y, en lugar de ganar dinero, ponía mucho de su bolsillo particular. En la tienda de campaña redactaba notas diplomáticas, memorias, manifiestos, respuestas a los católicos y exhortaciones a los reformados. En los consejos preparaba los discursos del rey de Navarra. Después de la muerte de Enrique III, Mornay fue para Enrique IV uno de los hombres más cercanos, poseedor de una fe firme e inmejorables intenciones para con los reformados *consistoriales*.

Los viejos jefes hugonotes estuvieron casi todos con el rey en la batalla de Ivry, que ganaron, sin embargo los reformados estaban en una situación incierta. Ningún Edicto había abolido los decretos de exterminio pronunciados contra ellos. Los parlamentos podían detener a los hugonotes, juzgarles y condenarles a la pena capital. El rey hacía celebrar el culto reformado en el campo base, solamente a dos leguas

de donde lo castigaban como si fuese un crimen. Mornay resumía la situación en dos palabras: «Tenían siempre la cuerda en el cuello».

Muchos se quejaron viendo que no hacían caso de sus peticiones y propusieron en una asamblea escoger a otro *protector* para las iglesias. Al rey le supo mal, pero comprendió que corría un doble peligro si persistía en negarles justicia, porque los reformados buscarían otra protección que la suya y rechazarían darle apoyo. Así que hizo que su consejo adoptara en julio de 1591 un Edicto de tolerancia, conocido por el Edicto de Mantes, por el cual restablecía a los reformados al estado de 1577. Se trataba de una concesión mediocre, porque no otorgaba más de lo que había dado Enrique III. Fue difícil aprobar una ley que nunca llegó a ser bien observada.

Juzguen ustedes por el hecho siguiente: el fanatismo imperante en el campo base de Enrique IV. Varios hugonotes murieron en el último sitio de Ruan y fueron sepultados con los católicos, pero los curas les hicieron desenterrar y ordenaron echar su cuerpos al campo a fin de que se los comieran las bestias. Así fue como unos hombres, que habían luchado juntos bajo la misma bandera, no podían descansar en la misma tierra.

La Liga aumentaba la violencia a medida que se sentía más débil. Había llamado a París, bandas de soldados mercenarios españoles y napolitanos dispuestos a matar; el obispo Rose decía que todavía era necesaria otra noche sangrienta como la de San Bartolomé y el jesuita Commolet afirmaba que la muerte de los políticos era la vida de los católicos.

El papa Gregorio XIV envió advertencias a los católicos de Francia amenazándoles con graves penas a todos los que hubiesen prestado juramento de fidelidad a Enrique de Bearn, que era hereje y excomulgado. Las bulas parecieron tan ridículas que los parlamentos de Tours y de Châlons las declararon escandalosas, sediciosas y contrarias a los derechos de la iglesia galicana y las mandaron quemar por un verdugo.

Pero los seis meses, al final de los cuales el rey aceptó ser instruido, habían pasado hacía mucho tiempo. Habían transcurrido cuatro años y no se veían progresos sensibles en los temas de Estado. Todos los católicos que recibían beneficios de la fortuna real le atosigaban para que cambiara de religión; los obispos porque recibían reprimendas de Roma y no querían ser tachados de infidelidad; los gentilhombres

porque estaban impacientes de recibir la recompensa por los servicios prestados; los parlamentarios y miembros del consejo privado, porque comprendían mejor la razón de Estado que los escrúpulos de conciencia. Una gran mayoría se contentaba con las formas y les era suficiente poder decir a las masas que el rey de Francia iba a misa.

El 22 de julio de 1593, el arzobispo de Bourges y otros dignatarios del clero romano fueron a entrevistarse para hablar a solas con el rey. Al día siguiente el arzobispo pronunció un discurso ante el rey que tuvo una duración de cinco horas. Ya habían preparado el acta de abjuración en la que el rey rechazaba una detrás de otra, todas las doctrinas de la fe reformada, pero no quiso firmarla y se contentaron con una vaga adhesión de seis líneas a los artículos de la iglesia romana. Sin embargo, con una picardía inusitada que más parece una falsedad y que explica la moral de aquellos tiempos, Loménie imitó la firma del rey en la primera de las hojas sobre la abjuración que debía enviarse al papa.

Así fue la llamada conversión de Enrique IV. Además de un asunto político, hubo la influencia de las mujeres, un engaño acostumbrado en el clero y una falsedad desde el comienzo hasta el fin.

El domingo 25 de julio de 1593, a las ocho de la mañana, el rey se presentó ante la gran puerta de la iglesia de Saint-Denis, acompañado de los príncipes y de los oficiales de la corona. En la entrada estaban los prelados que le esperaban con la cruz, el libro de los Evangelios y el agua bendita.

«¿Quién es usted?» –le preguntó el arzobispo de Bourges.

«Soy el rey.»

«¿Qué pide usted?»

«Pido ser recibido en el seno de la iglesia católica, apostólica y romana.»

«¿Lo desea usted sinceramente?»

«Sí, lo quiero y lo deseo.»

Entonces se puso de rodillas y pronunció la formula convenida y el arzobispo le dio la absolución y la bendición. Los curas cantaron una misa concelebrada y para terminar la ceremonia el cardenal de Borbón le acercó el libro de los Evangelios para que lo besara.

La abjuración no devolvió a los componentes de la Liga a la sumisión. El legado pontificio pretendía que solo el papa tenía el derecho de reconciliar un excomulgado con la iglesia y los Estados Generales

de la Liga juraron obedecer los decretos de la Santa Sede. Boucher predicó nueve sermones contra la conversión simulada del bearnés, diciendo que los obispos de Saint-Denis eran unos traidores, sus rezos anatemas y la misa cantada delante de los herejes una farsa miserable. Todos los predicadores del grupo de los Dieciséis pedían abiertamente el regicidio y pronto se hicieron notar los frutos de sus provocaciones.

Juan Barrière en 1593 y al año siguiente Juan Châtel, intentaron asesinar al rey, lo que provocó un decreto del parlamento expulsando a los jesuitas del reino, aunque volverían unos años más tarde.

El pueblo en general aceptó como buena y sincera la abjuración de Enrique IV, porque tenía necesidad de reposo. Los jefes de la Liga habían perdido toda esperanza de vencer y solo soñaban en venderse lo más caro posible. Espiaban la más pequeña señal de amistad del bearnés con sus correligionarios y debía esconderse si quería apretar la mano de los fieles siervos que habían defendido la corona al precio de su sangre.

Clemente VIII pidió, por el precio de su absolución, la derogación de los Edictos de tolerancia, la exclusión de cargos de todos los herejes y la promesa de exterminarlos tan pronto como se firmara la paz con la Liga y con España. Esta vez Enrique IV se sublevó y mandó una respuesta en la que decía que sería acusado de deshonesto e ingrato si después de haber recibido tantos favores y servicios de los hugonotes, ahora les obligara a tomar las armas contra su persona.

El papa y el rey acabaron por hacer las paces con ayuda de palabras equívocas y el 16 de septiembre de 1595, los dos embajadores de Enrique IV se arrodillaron bajo los pórticos de San Pedro. Juntos cantaron el *Miserere** y a cada estrofa recibían unos golpes de bastón en la espalda. Ante tales hechos los españoles se burlaron de la ridiculez y los mejores católicos franceses se indignaron.

El rey continuó pagando a los reformados con buenas palabras y les decía en secreto que se fiaba más de ellos que de los demás e intentaba justificar los privilegios que concedía a los católicos por medio de la parábola del hijo pródigo para quien su padre había tenido la delicadeza de mandar matar el becerro gordo.

* *Miserere* corresponde a «apiádate», y es la palabra con la que empieza el Salmo 51 en la Vulgata.

En medio de estériles disputas entre los dos bandos, la persecución continuaba en determinados lugares de forma muy violenta. En la Chataigneraie, en los confines del Poitou y la Bretaña, los hombres de la Liga animados por el duque de Mercoeur, se echaron encima de fieles mientras celebraban un culto en el año 1595. Doscientas personas de todas las edades, hombres y mujeres sin distinción, fueron cobardemente degollados. Fue otra masacre de Vassy. Entre las víctimas había un niño de ocho años que quería bautizarse y ofreció a sus verdugos, en la simplicidad de su corazón, los ocho céntimos que llevaba en su bolsa a cambio de la vida; pero los verdugos prefirieron la sangre y el dinero. La atroz carnicería indignó hasta algunos consejeros del rey y les condenaron por la matanza, además de no poder beneficiarse de ninguna amnistía en caso de haberla.

La situación era grave. En provincias enteras estaba prohibido el ejercicio de la religión y en regiones solo les era permitido tener un lugar de culto. Los fieles eran maltratados, lapidados, echados al río cuando volvían de oír la predicación; disparaban sobre las asambleas; la misma hermana del rey fue obligada a salir de Ruan por tomar la Santa Cena; los verdugos echaban al fuego las Biblias y Nuevos Testamentos; les prohibieron llevar consuelo a los enfermos; los niños eran forzados a bautizarse; multas exorbitantes bajo el mínimo pretexto, exhumación de muertos, etc.

El rey y su consejo persistían en buscar los medios para contemporizar. Sin embargo los nuevos peligros del reino, la sorpresa de Amiens producida por los españoles, la decisión de muchos gentilhombres de permanecer en sus casas en vez de ir a luchar por un rey que les abandonaba, hicieron que en el mes de abril de 1598 saliera una ley que recibió el nombre de donde fue publicada y se llamó «Edicto de Nantes».

En el preámbulo del célebre Edicto, el rey reconocía que todos sus súbditos adoraban y oraban a Dios, de diferentes formas, pero con la misma intención. El Edicto se declaró *perpetuo e irrevocable*. Tengo ante mí el texto integro de este código constitucional que voy a resumir y que concedía lo siguiente: Plena libertad de conciencia; ejercicio público de la religión en todos los lugares establecidos en 1597 y en los pueblos y ciudades; permiso a los grandes señores para celebrar los cultos en sus castillos y a los gentilhombres de segunda clase recibir

hasta treinta personas en sus cultos privados; admisión de los reformados a cargos públicos, de los niños en las escuelas, de los enfermos en los hospitales, a compartir limosnas con los pobres, derecho a imprimir libros en ciertas ciudades: despachos compartidos en algunos de los parlamentos, cuatro universidades para la instrucción científica y teológica; autorización para convocar los sínodos y un cierto número de plazas de seguridad.

La iglesia católica también estaba en el edicto. Los bienes del clero deberían restituirse en todo lugar, pagar los diezmos y restablecer las prácticas católicas en todo el reino. Este último artículo, que restauraba la misa en doscientos cincuenta pueblos y a dos mil parroquias del campo, le faltó poco para levantar un motín en La Rochelle.

El edicto no concedía la libertad religiosa, ni siquiera la simple tolerancia como la entendemos en nuestros días, se trataba de un tratado de paz entre dos pueblos rivales que vivían en la misma nación. Tenían dos leyes, dos ejércitos, dos juzgados y cada partido poseía sus plazas fuertes. Enrique IV, jefe de todo el Estado, había hecho de árbitro entre los dos grupos de ciudadanos, que ya era un progreso sobre el pasado.

La máxima de *una sola fe, una sola ley y un solo rey* había costado a Francia muchísimo dinero y dos millones de hombres. Había levantado patíbulos y hogueras durante setenta años, abierto una guerra civil durante treinta y seis años, provocado masacres en Merindol, Vassy, San Bartolomé e inspirado expoliaciones, asesinatos e innumerables crímenes. Al acabar las guerras, la mitad de los pueblos y castillos estaban hechos cenizas, la industria perdida, y los campos tan arruinados que miles de agricultores habían decidido abandonar el país, por no poder vivir de la tierra que había dado de comer a sus antepasados.

¡Lástima que la humanidad haya tenido que conquistar el principio de libertad religiosa por medio de baños de sangre y sobre montones de ruinas!

Capítulo 4

Desde la promulgación del edicto de Nantes hasta su revocación (1598–1685)

La transacción entre las dos comunidades religiosas fue aceptada por toda la gente de bien, mas muy lenta en pasar de la ley a la práctica.

El clero católico levantó muchas protestas contra el Edicto de Nantes y Clemente VIII escribió que se trataba de una ley que permitía la libertad de conciencia para todo y que *era la más maldita que jamás había existido*. La universidad, que estaba dominada por la Sorbona y los jesuitas, quería cerrar la puerta de las facultades a los hugonotes e incluso muchos parlamentarios opusieron grandes dificultades al registro del edicto.

Poco a poco las pasiones se amortiguaron y a pesar de las inevitables querellas que pudieron suceder después de los crueles conflictos, los doce años que transcurrieron desde la promulgación del edicto hasta la muerte del rey, fueron una de las épocas más tranquilas de la Reforma francesa. Algunos historiadores lamentaron que el reinado de Enrique IV no hubiese durado doce años más, para que el tiempo acabara su obra de pacificación y de conciliación.

El proselitismo puro y duro, que ya estaba muy limitado por las guerras de religión, se acabó casi totalmente después del edicto, al menos por parte de los hugonotes. Los católicos continuaron reclutando algunos prosélitos, aunque la política fue más útil que los argumentos. Algunos gentilhombres hugonotes pasaban por la iglesia de Roma para llegar a las antecámaras de la corte.

Los curas hubiesen deseado ganar para su causa a los pastores y se mostraban generosos con ellos. Por medio de una carta apostólica del papa, hicieron un fondo de treinta mil libras de rentas anuales para dar una pensión a los ministros y profesores que quisieran abjurar de su fe; aunque no hallaron a nadie que quisiera sacar dinero de esa bolsa del clero en tales condiciones.

De 1598 a 1610, los hugonotes intervinieron poco en los asuntos del Estado. En 1595, el joven Enrique de Condé fue llamado a París con la promesa de dejarle practicar la religión de su padre, pero apenas llegó, le pusieron en medio de católicos fanáticos y no solo se convirtió al catolicismo, sino que se hizo *convertidor* de hugonotes. Este príncipe daba dinero a sus criados cada vez que iban a confesar y les exigía que le mostraran los certificados, con las debidas firmas auténtificadas.

Un solo miembro de la familia de los Borbones, Catalina de Navarra, hermana de Enrique IV, había permanecido fiel a la religión de Juana de Albret con una constancia admirable y cuando se oyó el falso rumor de que había asistido a misa, escribió a Mornay diciéndole que no pensaba ir a misa hasta que él fuera papa.

Después de la entrada de Enrique IV a París, ella hacía su culto en Saint Germain-en-Laye, con el propósito de evitar especulaciones. Un día que hizo celebrar en el Louvre la boda de una sobrina del almirante Coligny e hizo predicar el sermón con las puertas abiertas debido a la circunstancia, los curas fueron a quejarse amargamente al rey. Este pequeño detalle nos muestra como el clero, con la mirada hostil, estaba pendiente de todo lo que hacían los reformados.

No parece que el bearnés tuviera intención de que su hermana abjurara y cuando no podía satisfacer las peticiones de los hugonotes, les mandaba a ella para que dialogaran. Sin embargo, quiso casarla con el duque de Bar, de la casa de Lorena y este asunto que parece poco importante, ocupó durante mucho tiempo el consejo de la corona, la Santa Sede y los sínodos. Delante de la princesa tuvieron una controversia un doctor en teología de la Sorbona y un profesor de Sedan, pero Catalina no quiso renegar de su fe. Tampoco el papa quiso dar las dispensas para el casamiento; los prelados dijeron que la dispensa papal era necesaria para celebrar la boda y el rey que estaba harto de tanta lentitud, llamó en su despacho a su hermano natural, el arzobispo de Ruan, cura mundano, quien consintió dar la bendición nupcial.

Este casamiento no llegó a un final feliz. La hermana de Enrique IV tuvo que soportar las indiferencias y formas de proceder del duque de Bar, que se dejaba influenciar totalmente por los jesuitas. Catalina murió en 1604 y desde entonces ningún Borbón ha pertenecido a la comunión de las iglesias reformadas.

Algunos señores de alto rango intentaron arrastrar a los hugonotes a sus querellas personales pero no lo consiguieron. El duque de Bouillon, entre otros, se vio comprometido en el complot del mariscal Biron e invitó a sus correligionarios hugonotes a que fueran a ayudarle, diciéndoles que todos los ministros de las iglesias, sin excepción ni distinción, debían defender esa causa justa e importante. Algunos gentilhombres fueron en su ayuda, pero la masa no se movió. La libertad garantizada por el Edicto de Nantes eran suficiente para los *consistoriales* y los demás hugonotes no podían hacer nada sin ellos.

Algunas asambleas políticas siguieron reuniéndose cada tres años y se componían de unos setenta miembros: treinta gentilhombres, veinte delegados de las iglesias y veinte pastores. No había ningún espíritu de partidismo, ni disputas entre ellos y tan solo se limitaban a escribir los agravios que cometían los católicos fanáticos en algunos lugares y nombrar dos representantes generales que deberían defender en la corte los intereses de las iglesias.

Los sínodos nacionales se reunieron de un modo más regular de la que habían podido hacer antes. En once años celebraron cinco y los pastores, ancianos y fieles, comprendieron que los sínodos eran esenciales para la prosperidad de la Reforma. Un asunto que agitó mucho a esas asambleas y casi se hizo tema de Estado, fue un artículo que el sínodo nacional de Gap, celebrado en 1603, añadió a la confesión de fe, donde el pontífice romano era tildado de anticristo. Voy a transcribir este artículo como un monumento a las ideas y al lenguaje de la época. «Toda vez que el obispo de Roma se ha constituido como una monarquía en la cristiandad, atribuyéndose el dominio sobre todas las iglesias y se ha elevado hasta la categoría de Dios; a querer ser adorado; a vanagloriarse de ser todopoderoso en el cielo y en la tierra, a ser el mandatario de todos los temas eclesiásticos; a cambiar artículos de fe; a autorizar e interpretar a su placer las Escrituras; a negociar con las almas; dispensar votos y juramentos; a desobedecer la autoridad legítima de los magistrados, quitando, dando y cambiando reinos; por todo

ello creemos y mantenemos que el papa es el *Anticristo y el hijo de perdición* profetizado en la Palabra de Dios, bajo el símbolo de una mujer vestida de escarlata…» (13, pág. 278).

El artículo hizo mucho ruido porque hacía tiempo que se estaba discutiendo. El legado pontificio se quejó muchísimo; el papa manifestó una gran irritación; el rey dijo que la decisión del sínodo amenazaba destruir la paz del reino y los católicos fanáticos hicieron creer a Enrique IV que aquello era una ofensa personal y hasta una sublevación a la corona.

Tras una larga y difícil negociación, el sínodo de La Rochelle, convocado en 1607, decidió aprobar unánimemente el artículo contestado y lo creyó ser conforme a las Escrituras; pese a consentir, por orden expresa del príncipe, dejarlo fuera de la confesión de fe. En revancha, el sínodo encargó a uno de sus miembros que demostrara que la acusación era justa y un pastor satisfizo a la asamblea escribiendo y publicando un libro titulado *El teatro del Anticristo.*

Para comprender la crudeza del vocabulario, debemos recordar que entonces la controversia, por una parte y otra, era llevada con una aspereza extremada. La palabra y la pluma habían sustituido la espada y se llevaban al nuevo campo de batalla las pasiones que no tenían otra salida. La necesidad de polémica era tan grande que un sínodo nacional distribuyó un escrito por todas las iglesias reformadas, donde se presentaban los puntos más difíciles de controversia a fin de que se estudiaran y pudieran, en todo momento, enfrentarse con éxito a los sabios teólogos católicos.

Durante esos años, el gran tema de debate, que a veces alcanzó proporciones considerables, fue la *Eucaristía.* Duplessis-Mornay había reunido en un tratado sobre la eucaristía, de seis a siete mil citas de los Padres de la iglesia, que le parecieron contrarias a la doctrina de la transubstanciación. Se trataba de las voces de los cristianos de los primeros siglos que testificaban sobre los inventos de edades posteriores y todos los venerables Padres de la iglesia primitiva, levantaban la voz para protestar contra la alteración del sacramento de la Santa Cena. Este tratado fue un acontecimiento religioso y político. Político, porque el autor había vivido treinta años de familiaridad con el rey y religioso, porque el dogma de la eucaristía era el gran problema de la época entre el catolicismo y la Reforma. Casi siempre, las condenas a muerte

pronunciadas contra los herejes, se apoyaban principalmente en esta doctrina y en el coloquio celebrado en Poissy, fue el tema que más contribuyó a romper la reunión.

El cardenal de Médicis, legado del papa, mandó seis ejemplares del libro de Mornay a Roma y prometió hacerlos refutar por Bellarmino, pero en lugar de una refutación, llegaron correos de Clemente VIII, que denunciaban una nueva conspiración de la herejía. También se enojó mucho el rey Enrique IV porque en aquel entonces estaba tramitando ante la santa sede la anulación de su matrimonio con Margarita de Valois. Los parlamentarios se mezclaron en la querella y durante todo el invierno, se oyeron desde los púlpitos a los viejos predicadores de la Liga, pronunciar violentos anatemas contra el audaz adversario que negaba la presencia real de Cristo en la eucaristía. Cuando hicieron saber a Mornay el desagrado del rey, contestó que siempre había vivido la vida dando prioridad primero a Dios, después a su rey y después a los amigos y que no podía cambiar de método.

No sucedieron hechos importantes en la segunda mitad del reinado de Enrique IV, solo algunas discusiones teológicas, que si bien removían profundas pasiones, no hicieron derramar sangre, como en épocas anteriores.

Los cultos se celebraban sin ningún obstáculo en las setecientas iglesias que habían quedado de la Reforma francesa y cuando se exponía algún abuso serio, el consejo hacía justicia. Los fieles de París se vieron obligados a abrir un templo en el pequeño pueblo de Ablon, que se encontraba a cinco leguas de la ciudad. Los señores se quejaban de no poder cumplir, el mismo día, sus deberes con Dios y con el rey. Los pobres también se lamentaban del trayecto, sobre todo cuando tenían que llevar los niños a bautizar. El rey se conmovió y permitió en 1606 que los hugonotes hicieran sus cultos en Charenton, lo que subsistió hasta la revocación del Edicto de Nantes.

Sin embargo, un terrible atentado se preparaba a la sombra y entre bastidores. Los jesuitas que habían sido expulsados del reino tras el crimen de Juan Chatel, habían vuelto porque Enrique IV, al tener que escoger entre dos peligros, prefirió que estuvieran cerca suyo antes que tenerles por enemigos, aunque muchos le criticaron por haber dejado entrar aquellos frailes que habían sido pérfidos y sanguinarios. El rey intentó ganarlos para su causa a base de darles confianza y beneficios

y nombró al padre Cotton, confesor real y preceptor del príncipe heredero. Pero consiguió muy poco porque el pueblo aún recodaba las soflamas de la Liga y siempre consideró al rey bearnés un hereje excomulgado.

Desde antes de ser nombrado rey, Enrique IV ya había sufrido bastantes atentados frustrados. Pero el 14 de mayo de 1610, de regreso al palacio a media tarde, después de visitar a un enfermo, pasó con la carroza por la calle Ferronnerie, tan estrecha que el cochero tuvo que hacer verdaderos equilibrios para no provocar un accidente y tuvo que parar. De pronto Juan-Francisco Ravaillac se abalanzó sobre él y hundió dos veces su cuchillo en el costado izquierdo del pecho de Enrique IV. La muerte fue casi instantánea. El miserable confesó en los interrogatorios que había cedido a la tentación de matarle, porque al hacer la guerra al papa, el rey la hacía a Dios, toda vez que *el papa es Dios*. Una doctrina sacrílega había hecho concebir el crimen al regicida.

Enrique IV ha conservado un lugar especial en el corazón de los franceses, porque supo redimir sus debilidades, con eminentes cualidades y servicios que dio al pueblo. En realidad, durante su reinado acabó la Edad Media y los reformados han estado siempre agradecidos a un príncipe que fue el primero que les concedió el libre ejercicio de la religión.

La noticia de la muerte del rey despertó muchas inquietudes en los hugonotes. Varias familias salieron precipitadamente de París, al creerse amenazados por otra noche de San Bartolomé, aunque estaban a salvo porque la guardia de las puertas había sido confiada a burgueses de ambas religiones. El duque de Sully enfermó en la Bastilla, donde era gobernador. Los hugonotes de las provincias meridionales volvieron a tomar las armas. Parecía como si el Edicto de Nantes se hubiera roto al mismo tiempo que el puñal traspasaba el corazón de Enrique IV.

El 22 de mayo, la corte publicó una declaración que confirmaba de forma muy explícita los Edictos de tolerancia, pero la precaución fue inútil, ya que los reformados no creían ni en el poder de la regente María de Médicis, ni en su buena fe. Temían encontrar en ella y en su hijo Luis XIII, entonces de ocho años de edad, a una segunda Catalina y a un nuevo Carlos IX: eran también de la estirpe medicea.

María de Médicis se dejaba dirigir por dos aventureros italianos: Concini y Leonora Galigai. La mujer era una ignorante, beata y ven-

gativa, poseyendo todos los vicios de la ambición sin tener sus cualidades, que solucionaba los grandes asuntos del estado obedeciendo las predicciones de los astrólogos y pensaba que mezclándose en las pueriles intrigas de la corte, empleaba los mejores medios de gobierno.

Durante su regencia, el tesoro público fue entregado al pillaje de los grandes señores y el reino, a las distintas facciones turbulentas. Los duques de Nevers, de Mayenne, de Epernon y otros, se aislaron en sus respectivos ducados provincianos y dictaban sus condiciones de obediencia a la corona, a la vez que ofrecían a los jefes hugonotes el peligroso ejemplo de subordinar el interés general a sus pretensiones personales.

Algunos de estos reformados estaban dispuestos a someterse a la corona y de forma particular el duque de Bouillon y el mariscal de Lesdiguieres. El primero era un hombre capaz y de buen consejo, pero cometía un error tras de otro y la ambición de ser el primer personaje del reino le había echado a perder. El otro, era hábil y valiente en el campo de batalla, pero desordenado en las costumbres, poco escrupuloso en los medios para lograr el éxito y seducido por la perspectiva de la espada de condestable. Los dos mostraban un gran celo por la religión con el propósito de tener a su lado a los hugonotes, aunque pronto se hicieron sospechosos a todos sus antiguos amigos y tampoco prestaron a la corte los servicios que se esperaban de ellos.

El duque de Sully, despojado de todos sus empleos, llevaba a la Reforma el malhumor de un ministro caído en desgracia. Era un hombre que no se echaba para atrás ante opiniones extremas, pero en el momento de pasar a la ejecución, su gran inteligencia le contenía y procuraba no olvidar que había sido uno de los servidores más fieles de la corona.

Su yerno, el duque de Rohan, de treinta y dos años, empezaba a mostrarse y a la vez prepararse para ocupar el lugar más alto en el partido calvinista. Joven, activo, de cuna casi real, amante del estudio y del oficio de las armas, que ya había viajado por los diversos estados de Europa para conocer sus efectivos. Era sencillo y austero en las costumbres, intrépido, generoso, uniéndose con naturalidad a los grandes proyectos y capaz de concretarlos. Su palabra era breve y masculina y poseía la elocuencia de un jefe de partido. Sus sentimientos religiosos inspiraban más confianza que los de los demás señores de su rango y

la historia reconoce que en las empresas que emprendió, la consagración a la causa reformada fue superior a la ambición.

La edad había enfriado el ardor de Duplessis-Mornay, además había calculado los pocos recursos militares de los hugonotes y se inclinaba por las vías pacíficas y aconsejaba soportarlo todo antes de volver a tomar las armas. Durante la regencia de María de Médicis, puso todo su empeño en frustrar intrigas y calmar resentimientos.

El partido calvinista convocó una asamblea general el 27 de mayo de 1611 en Saumur. La corte la autorizó con inquietudes e impuso la condición de que la asamblea se separara, tan pronto como consiguiera la lista de las seis personas entre las cuales el rey pudiera escoger a dos diputados generales que les representaran; pero era obvio que los delegados de la Reforma no irían a Saumur de todos los puntos del reino, solo para limitarse a escribir seis nombres sobre un papel.

La asamblea estuvo compuesta por setenta miembros: treinta gentilhombres, veinte pastores, dieciséis diputados del tercer estado (el pueblo), y cuatro delegados del gobierno de La Rochelle, que por aquel entonces formaban una especie de principado. Estuvieron representadas quince provincias, sin contar el Bearn, cuyos diputados se admitieron después de varias discusiones. Los principales señores del partido fueron invitados por medio de cartas especiales. Entre ellos, el mariscal de Lesdiguieres, los duques de Bouillon, de Sully, de Roan y Duplessis-Mornay, que sin ser del mismo rango, compensaba la inferioridad de sus títulos con sus grandes servicios prestados a la *causa* y la autoridad de su virtud.

El duque de Bouillon, aspiraba a la presidencia apoyándose en las intrigas de la corte, pero no fue nominado. Las tres cuartas partes de los votos fueron para Duplessis-Mornay y nombraron como vicepresidente al pastor Camier. Ello intentaba decir con claridad al consejo del reino que las pasiones políticas no prevalecerían en la asamblea, que solo les preocupaba el interés por la religión y que sobre este tema no estaban dispuestos a transigir.

Las negociaciones fueron muy laboriosas y las sesiones duraron cerca de cuatro meses, hasta que la corte pidió la inmediata disolución de la asamblea. Renovaron la promesa de unión que consistía en jurar *obediencia y fidelidad al rey y al imperio soberano que pertenecía totalmente a Dios*. Esta reserva dejaba la puerta abierta a nuevos



Museo del Protestantismo. Ferrières. Alto Lenguadoc.
Foto del autor.

conflictos. La asamblea se separó después de escoger y recibir la confirmación de que aceptaban a los dos diputados generales que les representarían ante el rey.

Enrique de Roan desplegó sus talentos de hombre de estado y de gran orador político. Recomendó la unión, el orden, el deber de informar sobre los agravios que pudiera recibir el más humilde de los hugonotes, reivindicar y aceptar todos los beneficios del reino y proveer

al mantenimiento de las ciudades de seguridad. Antes de cerrar la asamblea les dijo que habían llegado a una encrucijada donde varios caminos se encontraban, pero que solo había uno donde estaba la seguridad. Que la vida de Enrique el Grande la sostenía, pero que a partir de entonces debería ser la virtud. Que sus objetivos debieran ser la gloria de Dios y la seguridad de las iglesias que Dios había establecido milagrosamente en el reino de Francia y que se procuraran el bienestar por medios legítimos.

Varias asambleas político-religiosas fueron convocadas en años siguientes. Algunos antiguos historiadores distinguen a los miembros que las componían con los nombres siguientes: *los ambiciosos*, quienes con el pretexto de la religión querían alcanzar sus fines particulares; *los afectos* que solo pedían practicar los cultos en paz; *los prudentes* que intentaban unir la fe a los intereses de la política y *los tímidos* que estaban dispuestos a soportarlo todo antes que arriesgar la tranquilidad y su dinero. Los que vivían en París y en las regiones donde los reformados eran minoría, aconsejaban la prudencia por miedo a ser aplastados y los demás, al sentirse fuertes en su casa, hablaban en voz alta y mostraban sus espadas a medio sacar de la fundas. La distinción entre los reformados del norte y los del sur, sensible desde mucho antes, se hizo todavía más acusada.

Un asunto totalmente religioso agitó varias veces los sínodos provinciales y nacionales. Se trataba de Jeremías Ferrier, primero vehemente defensor de las doctrinas reformadas, pero después pagado por la corte para que apostatara de su fe. Era un hombre inteligente, que poseía muchos recursos de pensamiento y hábil en la dialéctica, pero de una ortodoxia y honradez sospechosas. Se le acusaba de pregonar doctrinas no cristianas sobre la encarnación de Jesucristo y de una mala administración de los fondos de la universidad de Nimes. El hombre recibió tan fuertes reprimendas que decidió echarse en los brazos de los católicos.

A Ferrier le recompensaron por su apostasía con el título de consejero presidencial de Nimes en 1613. El consistorio, le excomulgó y el pueblo, que le conocía con el nombre de *Judas el traidor*, quiso oponerse a que ocupara el cargo y decidió destruir todas las casas que poseía en la ciudad y en el campo, por lo que se vio obligado a trasladarse a otro lugar.

El sínodo del Bajo Lenguadoc, en representación de las iglesias que lo componían y autorizado por el sínodo nacional, confirmó la excomunión con los siguientes y solemnes términos: «Nosotros, pastores y ancianos, declaramos que el llamado Jeremías Ferrier es un hombre escandaloso, incorregible, impenitente e indisciplinado y, como tal, después de haber invocado el nombre del Dios vivo y verdadero, en nombre y por el poder de nuestro Señor Jesucristo, por mediación del Espíritu Santo y la autoridad de la Iglesia, le hemos expulsado y le expulsamos de la compañía de los fieles».

Ferrier obtuvo de los favores de los jesuitas, el cargo de consejero de Estado y escribió una apología de alabanza al cardenal Richelieu. Murió en 1626 –detestado por los hugonotes y despreciado por los católicos.

La situación de los hugonotes se agravaba a pesar de las declaraciones reiteradas del consejo, que decía que se cumplían fielmente los edictos. Sus derechos se veían continuamente lesionados en los tribunales de justicia, en los cargos públicos, los hospitales, los lugares de culto y en todo aquello que se les pudiera vejar sin violar demasiado abiertamente las leyes.

En los Estados Generales reunidos en 1614, el orador del tercer estado, representante del pueblo, habló en favor de la tolerancia, pero el clero y la nobleza dieron a entender que el rey Luis XIII mandaría ejecutar, más tarde o más temprano, el juramento hecho el día de la toma de posesión, por el que había prometido expulsar de las tierras de su jurisdicción a todos los herejes que la Iglesia denunciara. El cardenal Duperron declaró que los edictos eran provisionales, pendientes de aplicación y que solo se había acordado una prórroga a los rebeldes.

Sería difícil imaginar, hoy, hasta dónde llegaba el clero en sus peticiones al rey contra los hugonotes, sobre todo tras su deliberación en las asambleas generales. Pedían prohibir cualquier escrito contra los sacramentos de la Iglesia Romana y la autoridad papal; tener escuelas en los pueblos e incluso en los barrios de las ciudades episcopales; que los ministros de culto entraran en los hospitales para consolar a los enfermos de su comunión; prohibido que las personas llegadas del extranjero enseñaran otra cosa que el catolicismo; no permitir que los jueces colaboraran con los hugonotes en los tribunales compartidos y por último, la próxima prohibición de todos los cultos de la Religión

Pretendida Reformada (R.P.R.). Estas peticiones se renovaron periódicamente, con cláusulas cada vez más duras y opresivas, hasta la revocación del Edicto de Nantes y después hasta 1787. Fue necesario que la potente voz del pueblo se levantara en la Asamblea Constituyente para hacer callar, por fin, la voz del clero.

El proyecto que aprobaba la Santa Sede, de un doble casamiento del joven rey Luis XIII con una infanta de España y del príncipe de Asturias con una francesa, aumentaba el temor de los hugonotes. Se había propagado la noticia de que una de las condiciones de la alianza entre las dos cortes, era la extirpación de la herejía y los predicadores católicos lo llevaban escrito en las notas de todos sus sermones.

El príncipe de Condé, católico beato, intentó tomar para su causa las inquietudes del partido calvinista, invocando la memoria de su padre y de su abuelo, con la publicación de un manifiesto en 1615, donde decía a los reformados que el Edicto de Nantes sería abolido y que el rey formaba un ejército para exterminarles. Un acontecimiento mucho más grave fue la opresión y persecución de los hugonotes en el Bearn, que añadido a tantas provocaciones, dio serios motivos para volver a empezar con las guerras de religión.

El principado de la Baja Navarra y del Bearn habían sido anexionados a Francia durante el reinado de Enrique IV. Para unos el 70% y para otros el 90% de la población era hugonote, pero les obligaron a restituir al clero todos los bienes eclesiásticos que habían sido afectados desde el año 1569 y que estaban al servicio de los templos, escuelas, hospitales y de los pobres. El jesuita Arnoux decía que esos bienes *pertenecían a Dios que era el propietario* y que, por tanto, nadie podía apoderarse de ellos.

Los estados del Bearn, la nobleza, los magistrados de las ciudades y el pueblo llano, hicieron enérgicas protestas pero todo fue en vano. El rey Luis XIII se puso en marcha a la cabeza de un ejército y los bearneses no pudieron ofrecerle demasiada resistencia por lo que entró en la villa de Pau el 15 de octubrre de 1620. Estuvo solamente dos días en el lugar, porque no había iglesia católica donde dar gracias a Dios por la herencia que acababa de recibir y se fue con sus soldados a Navarreins y ordenó celebrar una misa en un lugar donde no se había hecho durante cincuenta años. Obispos, abades, jesuitas y curas tomaron posesión de los bienes de la iglesia.

Violencias muy crueles marcaron el paso de las tropas reales y de la boca de los más moderados solo salían amenazas de castigos ejemplares, cortar cabezas, apropiarse, eliminar en todo el reino la religión reformada que ellos llamaban *religión maldita*, de expulsar a todos los que hicieran profesión de esa fe o de hacerles llevar una señal de ignominia a la vista. Los soldados rompían las puertas de los templos; tiraban al suelo paredes; destrozaban los libros que encontraban a su paso y las tablas donde estaban escritos los diez mandamientos. A todos los campesinos que iban al mercado de Pau para vender sus productos, les golpeaban con bastones o la espada, pensando que todos eran hugonotes. A todos los reformados que les caían entre las manos, les obligaban a hacer la señal de la cruz y arrodillarse cuando pasaba la procesión. Las mujeres no osaban salir a la calle y si encontraban alguna en estado de buena esperanza, le hacían jurar que después del parto bautizaría al recién nacido en la Iglesia Romana. Se llevaban a los niños sin que los padres tuvieran la posibilidad de recuperarlos y todo se hacía bajo la mirada del rey y sin que éste se dignara escuchar las quejas. En el resto del país los soldados vivían a discreción y pregonaban que el rey les había dado permiso para saquear a los hugonotes; expulsar a los ministros de culto; injuriar a las mujeres y llevar a hombres y mujeres a la iglesia a bastonazos.

Éste fue el primer ensayo de las dragonadas que se perfeccionarían y extenderían más tarde bajo el reinado de Luis XIV.

Ya podemos imaginar la indignación de las iglesias al oír la noticia de las persecuciones en el Bearn. En esta ocasión no fueron los grandes señores del partido los que pedían, como en otras ocasiones, que se tomaran las armas, pues veían que los hugonotes estaban doblemente debilitados por las defecciones y por los conflictos internos y no se encontraban en condiciones de presentar batalla al rey.

También algunos pastores aconsejaban conservar la calma. Pedro Dumoulin, que gozaba de gran autoridad entre los reformados *consistoriales*, escribió después del sínodo nacional de Alès, en el cual había sido moderador, que se debían soportar con paciencia los nuevos golpes de los enemigos.

Pero los hugonotes del pueblo, secundados por algunos gentilhombres de segundo rango y por los burgueses de La Rochela, no querían saber nada de los consejos que les pedían calma. ¿Acaso el rey no había

faltado en el Bearn a las promesas hechas en la asamblea de Loudun? ¿La causa de los bearneses no era de todos? ¿No les harían lo mismo cuando tuvieran la ocasión? ¿Los consejeros de Luis XIII, no le pedían que acabara con los hugonotes sin pérdida de tiempo? No predicaban su exterminio en todos los púlpitos católicos? ¿No era mejor hacer algo que esperar el último golpe?

Todos estos pensamientos dominaban en la asamblea política convocada en La Rochela en el mes de diciembre de 1620. El rey había mandado a un ujier para que prohibiese la reunión de los responsables de las iglesias, con la petición a los habitantes de La Rochela, de que no recibieran a los asambleístas.

Los señores del partido intentaron mediar entre la corte y la asamblea. El duque de Rohan y su hermano el duque de Soubise y el duque de la Tremoille se entrevistaron en Niort con algunos diputados. Duplessis-Mornay empleó en esas negociaciones todo lo que le quedaba de fuerza y de prestigio, pero las dificultades eran insuperables. El consejo del reino ordenó que la asamblea se disgregara sin dilación, pero no quisieron disolverse hasta después de obtener una rectificación de los agravios y sólidas garantías para un libre ejercicio de la religión.

El debate no tenía salida porque creían, que detrás de todos, habían segundas intenciones ocultas. El consejo quería deshacer por lo menos, la organización política de los reformados y a los que la sostenían, porque estaban convencidos que de la organización política dependía su libertad en materia religiosa.

La asamblea de La Rochela, cansada de mandar quejas inútiles a la corte, decidió terminar las sesiones el 10 de mayo de 1621 por una mayoría de siete votos contra seis. Para algunos, la decisión de celebrar el encuentro fue una osadía un tanto temeraria porque manifestaba el espíritu republicano de los Rocheleses y la medida sobrepasaba los derechos acordados por el edicto de Nantes, en cuanto a decisiones de ese tipo.

Francia se dividió en ocho departamentos y cada departamento estaba bajo el gobierno de uno de los jefes del partido hugonote. La máxima autoridad la confiaron al duque de Bouillon. Los gobernadores podían recaudar los fondos públicos; organizar ejércitos; librar batallas y nombrar cargos públicos. Tres diputados de la asamblea estaban obligados a asistir a los consejos que celebraba el general jefe y los

mandos militares y solo la asamblea se reservaba el derecho de firmar los tratados de paz.

Esta organización tenía más apariencia que realidad porque el duque de Bouillon permaneció neutral; el mariscal de Lesdiguieres estaba a punto de abrazar el catolicismo; el duque de Tremoille y el marqués de Chatillon, nieto de Coligny, vacilaban y muy pronto cambiarían el mando de los hugonotes por el bastón de mariscal. El marqués de la Force temía indisponerse con la corte; el duque de Sully quería descanso y Mornay no quería levantar las manos ante tantos escudos. De entre todos los jefes, solo hubo el marqués de Roan y su hermano el duque de Soubise que se mostraron dispuestos a poner todas sus riquezas en las nuevas guerras de religión.

Las provincias que se habían dividido en departamentos, no respondieron con voz unánime al llamamiento de la asamblea. En las provincias donde había un pequeño número de reformados no quisieron tomar las armas y todo el esfuerzo de resistencia se concentró en las regiones de Saintonge, Guyenne, Quercy y las dos provincias de Lenguadoc.

Es necesario señalar, como aspecto interesante en cuanto a la moral, las reglas adoptadas por la asamblea de La Rochela, sobre el mantenimiento de la religión y el orden en los ejércitos. Los pastores debían todos los días orar con los soldados y predicarles el Evangelio. Estaban prohibidos los juramentos bajo pena de multa en proporción al grado del delincuente: un testón (antigua moneda de plata) para el soldado y un escudo para el gentilhombre. Había penas más graves para aquellos que llevaran mujeres a los campamentos militares y se recomendaba la conservación de las labores del campo y del comercio. Los prisioneros estaban bajo la vigilancia y los cuidados de los miembros del consejo. Estas normas demostraban que la asamblea de La Rochela quería enaltecer la nueva guerra y que ésta no podía tener lugar sin una piedad y una confianza en Dios muy acusadas.

Quince días antes de la decisión adoptada en La Rochela el 24 de abril, Luis XIII hizo avanzar su ejército hacia el río Loira, para comenzar las hostilidades. Algunos miembros prudentes de su consejo habían propuesto medidas de compromiso, ya que los hugonotes tenían doscientas plazas fortificadas con unos soldados de valentía demostrada y que el desespero aún les haría más temibles. Además había en las iglesias cuatrocientos mil hombres capaces de empuñar las armas y los

calvinistas, desde hacía sesenta años, habían perdido más en la paz que en la guerra. Otros aconsejaban lo contrario, es decir, que se golpeara con fuerza a los hugonotes y el rey Luis XIII se puso al lado de estos últimos.

Los jesuitas que eran sus maestros y directores espirituales, le empujaban sin descanso a la destrucción de las iglesias e inventaban toda clase de argumentos para quebrantar la promesa que había hecho a los herejes. Arnoux, que era el confesor del rey, decía que las promesas o son de conciencia o de estado y las hechas a los hugonotes no eran de conciencia, porque iban en contra de los preceptos de la iglesia y si fuesen de estado, deberían mandarse al consejo privado que era de la opinión de no tenerlas en cuenta.

El papa ofreció doscientos mil escudos con la condición de que los hugonotes fuesen llevados a la iglesia por propia voluntad o por la fuerza. También dirigió un breve al rey donde le alababa por haber imitado a sus antepasados que habían honrado tanto las vacilaciones de los papas como obedecido los mandatos de Dios. Los cardenales dieron para la misma causa cien mil escudos y los curas un millón.

El orador del clero decía en sus arengas, que el rey deseaba seguir el ejemplo de Felipe Augusto, un capeto que exterminó a los albigenses, o al menos hacerles salir de las ciudades y obligarles a quedarse en los pueblos. Los emisarios españoles, con quienes el doble casamiento había permitido una estrecha alianza, deseaban la guerra por razones de diversa naturaleza, y una de ellas era que cuando Francia tenía problemas, el gobierno de Madrid se sentía más fuerte y hablaba en voz más alta.

El rey se puso a la cabeza de su ejército con el condestable de Luynes y el duque de Lesdiguieres, que se había declarado abiertamente en favor de la corte; el cardenal de Guisa, gran multitud de señores y su madre María de Médicis con la que disputaba a menudo. Su consejo había querido distinguir, antes de comenzar la guerra, entre los hugonotes pacíficos y los que no lo eran, para así permitir a los apocados e irresolutos, permanecer en sus casas sin ser acusados de traición.

Una de las primeras hazañas de Luis XIII fue conquistar con engaño, la villa y el castillo de Saumur. Desde el reinado de Enrique III el gran hugonote Duplessis-Mornay había sido el gobernador y conservaba el lugar como una villa franca acordada por los edictos, además era de

gran importancia para el partido calvinista porque dominaba el curso del río Loira. El condestable de Luynes pidió la entrada en nombre del rey y prometió que no tocarían ninguna de las riquezas del castillo de Saumur; también lo dijo el rey con su propia boca y lo confirmó el duque de Lesdiguieres. Mornay abrió las puertas de la fortaleza y mandó salir, según era costumbre, a toda la guarnición calvinista, pero apenas entraron las tropas, el rey declaró que tomaba posesión definitiva de Saumur.

Para que este acto de mala fe tuviera la apariencia de un arreglo hecho de forma amistosa, ofrecieron a Mornay, además de todo lo que le debían de atrasos, cien mil escudos y el bastón de mariscal. La indignada respuesta de Mornay fue que si le hubiese gustado el dinero, habría ganado millones en los reinados precedentes y que las dignidades y honores había preferido siempre hacerse digno de ellas antes de obtenerlas.

Mornay se fue a vivir a su propia casa donde murió el 11 de noviembre de 1623. Sus últimas horas estuvieron llenas de serenidad. Juan Daille, que era el capellán de la familia, dijo que se «veía en él el Evangelio del Hijo de Dios grabado en su corazón por el Espíritu Santo. Le vimos poseer la vida en medio de la muerte y gozar de una paz sin límites en el momento en que los hombres se horrorizan. La lección que nos dio fue tan evidente y eficaz, que incluso los que perdían al ser querido, sentían el gozo del Señor».

Hizo una confesión de fe en la que reconocía haber recibido mucho y aprovechado poco y cuando le dijeron que había usado fielmente su talento, contestó que había sido todo por la gracia de Dios.

Felipe de Mornay fue el último representante de una generación grande y fuerte, que había recibido las lecciones de Calvino y los ejemplos de Coligny. Demostró que era posible guardar durante más de medio siglo, incluso en medio de las guerras de religión, que son las peores guerras, un nombre sin tacha, un carácter irreprochable, una conducta ejemplar y una forma de vida humana y generosa. Quizá esta sea la gloria más hermosa que el ser humano puede alcanzar.

El ejército real siguió su campaña sin encontrar apenas resistencia hasta llegar a las puertas de Saint- Jean d´Angely, donde gobernaba el duque de Soubise. El sitio del pueblo empezó el 31 de mayo de 1621 y duró veintiséis días. Entre los voluntarios se encontraba el cardenal

de Guisa, que llevaba el oficio de soldado mejor que el de cura, pero el pobre puso tanto ardor en la pelea que murió de cansancio algunos días más tarde en la villa de Saintes.

El rey se dirigió hacia la Baja Garona (actual Aquitania) y todos los pueblos se dieron prisa en abrir sus puertas, excepción de la pequeña villa de Calcar, que se calificaba de *villa sin rey, defendida por soldados sin miedo* y fue tomada después de doce días de sitio. El pastor del lugar llamado La Farel, su padre y su yerno fueron condenados a la última pena.

El 18 de agosto, el ejército real empezó a sitiar Montauban, ciudad célebre en los anales de la reforma francesa. La villa gozaba de franquicias municipales que inspiraron a sus habitantes un gran sentido de independencia. Sus consejeros eran reformados inteligentes y de acción, en los cuales la firmeza de su fe reforzaba sus energías. En ella mandaba el marqués de la Force. El duque de Ruan que tenía el cuartel general a poca distancia, envió enseguida hombres y municiones.

Luis XIII se presentó ante las murallas de Montauban con el condestable, los duques de Mayenne, de Angulema, de Montmorency, el conde de Bassompierre y la elite de la nobleza del reino. Durante el sitio, reclutaron un tipo de una especie distinta. Se trataba de un carmelita español, llamado padre Domingo de Jesús María, que decían había hecho muchos milagros el año anterior, durante la guerra del emperador de Alemania contra Bohemia. Era considerado un gran profeta y los soldados le llamaban *padre bienaventurado*. De regreso a su convento en España, visitó el campamento del rey y éste le pidió consejo. El fraile le dijo que dispararan cuatrocientos cañonazos contra la villa y se rendiría fácilmente. Dispararon los cuatrocientos cañonazos pero la villa no se entregó.

El sitio había durado dos meses y medio, durante los cuales el ejército real había intentado varios asaltos, pero en vano. Las pérdidas habían sido considerables y al llegar el mal tiempo, «Luis XIII desanimado y con lágrimas en los ojos se vio obligado a retirarse y levantar el sitio el 2 de noviembre» (13, pág. 321).

La guerra volvió a continuar en 1622 con inaudita crueldad. Los prisioneros fueron tratados como rebeldes y unos iban a las galeras y otros eran decapitados en el lugar. El marqués de la Force tuvo miedo de los peligros que amenazaban su persona y familia e hizo un tratado

particular por el cual entregaba Sainte-Foy y la baja Aquitania. Muchos de los jefes calvinistas se dejaron intimidar o ganar para la causa real, puesto que las defecciones causaron más daño a los hugonotes que las mismas derrotas.



Espejo que servía para esconder en su parte posterior un ejemplar de las Sagradas Escrituras. Foto del autor.



Parte posterior con una Biblia. Foto del autor.

Una pequeña localidad vecina a Montauban, Negrepelisse, fue objeto de represalias terribles. Todos los habitantes fueron acusados de haber masacrado la guarnición católica durante el invierno anterior. Las madres huían con sus hijos a través del río Aveyron, pero no obtenían misericordia del soldado que se encontraba a la otra orilla y les quitaba la vida. En media hora el exterminio en el pueblo fue total y las calles estaban tan llenas de muertos y sangre, que apenas se podía andar. A los que se escondieron en el castillo les obligaron a entregarse al día siguiente y les colgaron a todos.

En otra aldea de la misma zona, Saint-Antonin, las mujeres provistas de hoces y alabardas intentaron defenderse, pero no pudieron resistir mucho tiempo al ejér-

cito real. Sin embargo, permitieron que la guarnición saliera del poblado con un bastón blanco en la mano y al pastor, que era un antiguo monje de la orden de los franciscanos, junto con diez burgueses, les colgaron. Dicen historiadores de aquel tiempo, que la población evitó el pillaje pagando cincuenta mil escudos, cantidad que parece un poco exagerada.

Para justificar los cargos de conciencia de aquella guerra llena de crueldad y traiciones, los señores y capitanes del ejército real fueron a Tolosa a practicar todas las devociones imaginables. El príncipe de Condé, el duque de Vendome, junto con el duque de Chevreuse, fueron a confesar y comulgaron acompañados de seiscientos gentilhombres que conocían. Algunos se hicieron miembros de la cofradía de los *penitentes azules*, que tenía de excelente, el no obligar a nada y poder ganar muchas indulgencias en la hora de la muerte.

El 30 de agosto de 1622, el ejército llegó hasta las mismas murallas de Montpellier que estaba ocupada por una fuerte guarnición de hugonotes. El sitio se alargó mucho tiempo y Luis XIII temiendo un fracaso parecido al tenido frente a las murallas de Montauban, consintió negociar una paz general con el duque de Rohan. Los artículos que acordaron fueron firmados a mediados de octubre por ambas partes y se llamaron la paz de Alès.

El rey confirmó el edicto de Nantes, ordenando el restablecimiento de las dos religiones en los lugares donde se practicaron anteriormente; autorizó las reuniones de los consistorios, coloquios y sínodos para asuntos puramente eclesiásticos y prohibió celebrar cualquier reunión política sin su permiso expreso, además tenían que destruir las fortificaciones de Montpellier y la villa debía ser administrada por cuatro cónsules nombrados por el rey. Los hugonotes conservaban como plazas de seguridad, Montauban y La Rochela. Esta última villa había sido atacada varias veces durante la guerra resistiendo siempre a todos los embates del enemigo y, aún después de haberse firmado la paz, continuó con la guerra hasta conseguir que le concedieran el mantenimiento de las franquicias que había poseído. Así que, después de haber derramado olas de sangre y arrasado varias provincias del reino, el pueblo volvía más o menos, al mismo punto de partida.

El tratado de 1622, llamado la paz de Alès, fue letra muerta como los que le precedieron. Para entender las nuevas guerras que acabaron en 1629 con el Edicto de Gracia, hay que exponer con cierta extensión

la falsa posición que se había creado en ambos lados y las formas de intolerancia puestas en vigor después de la muerte de Enrique IV.

Los calvinistas, molestados en todo momento en el ejercicio de su religión, se habían visto obligados a llevar las armas en la mano hasta dentro de los templos y amenazados en perder todos sus derechos adquiridos por el Edicto de Nantes, se habían enemistado con la realeza. Sospechaban que tenía intenciones ocultas, que sus proyectos eran pérfidos y les acusaban de animar, por lo menos haciendo la vista gorda, a los jesuitas, los obispos, los magistrados violentos, el pueblo bajo, que no solo les abrumaban con muchas vejaciones, sino que también anunciaban en voz alta la próxima extirpación de la herejía.

Todas estas circunstancias hicieron que la Reforma pasara a ser de una simple comunión religiosa, a un partido cada vez más político y que por la misma naturaleza de las cosas, a medida que la lucha se prolongaba, las ideas y las pasiones se hicieran cada vez más hostiles a la corona. En los hugonotes se había acrecentado el espíritu de independencia debido a las persecuciones; a las amenazas de destrucción que pendían sobre sus cabezas y hasta incluso muchos pensaban en el establecimiento de un gobierno republicano.

En los primeros años del reinado de Luis XIII, los hugonotes formaban un partido considerable que se apoyaba en el interior del reino, en los descontentos de todas las opiniones y en el exterior, en la Europa protestante. También se comunicaban fácilmente con Inglaterra por La Rochela; con Alemania por Sedan, y por Ginebra con los cantones suizos. Esa organización era intolerable para la corona porque el principio de la unidad nacional se apoyaba en el antiguo sistema feudal y cuanto más las familias se sometían a la autoridad real, tanto más veían en el establecimiento político de los hugonotes, una anomalía singular y peligrosa, motivo por el cual querían a todo precio desembarazarse de ellos.

La situación en 1622 era muy complicada. Los calvinistas exigían inmunidades políticas en nombre de los derechos religiosos siempre comprometidos y amenazados, y la corona atacaba esas inmunidades en nombre de la soberanía real y la unidad del país, para lograr la destrucción de la misma religión.

En cuanto a las fuerzas respectivas de los dos partidos, habían aumentado la de los católicos y debilitado la de los hugonotes, después

de las guerras del siglo. A pesar de los intentos de algunos grandes señores, la autoridad del príncipe era generalmente aceptada, respetada y obedecida. Durante el reinado de Enrique IV, la pequeña nobleza, el tercer estado –el pueblo–, la magistratura y el ejército, habían abandonado las tradiciones feudales para obedecer solamente al rey y este nuevo espíritu había modificado los sentimientos de muchos reformados que seguían la gran corriente nacional. Por otra parte, los jefes y las ciudades calvinistas, que seguían manteniendo sus privilegios, no tenían la misma fe ni el mismo entusiasmo. Había entre ellos desunión, desconfianza; decaimiento por abajo y defecciones por arriba. La situación era bastante triste.

Enrique de Rohan que comandaba en Lenguadoc y Soubise en La Rochela, al verse atacados en su libertad personal por el tratado de 1622, tomaron las armas en el Lenguadoc y la Saintonge (ahora Charente Marítima). Se trató de una guerra de partisanos donde atacaron aldeas, algún castillo y poca cosa más. Las tropas reales cometieron grandes destrozos alrededor de Montauban y de Castres. Dicen las crónicas de aquel tiempo que se podían ver mil fuegos en la llanura y que los trigales, los árboles frutales, las viñas y las casas eran pasto de las llamas.

La mayoría de los hugonotes se quedaron en casa y el duque de Rohan se quejaba con tristeza diciendo que era más difícil combatir la cobardía, la irreligiosidad y la infidelidad de los reformados que la maldad de los enemigos.

Al comienzo de los disturbios, se convocó un sínodo nacional que comenzó en Charenton el 1 de septiembre de 1623. El lugar convenía a la corte porque la cercanía de París garantizaba la docilidad de la asamblea. Se ordenó al sínodo admitir a un oficial real llamado Galland, que si bien era de la religión, el mandato le hacía sospechoso. Los delegados de las iglesias, se apoyaban en los tratados anteriores y no aceptaban que la corona estableciera novedades importantes por simple orden, aunque tuvieron que claudicar.

En septiembre de 1625, el comandante del ejército real para la región de Tolosa se puso en marcha con unos diez mil soldados, con objeto de atacar las pequeñas comunidades hugonotes del País de Foix, que siguiendo el cauce del río Arize llegaban hasta el Mas d´Azil, pero un desfiladero muy estrecho e imprevisto les paró. Un aldeano, sin duda

antiguo soldado, llamado Juan del Teil, se había apostado con otros seis hugonotes, en una vieja casa del desfiladero, que fortificaron con un muro de piedras y tierra. Los siete hombres contuvieron al ejército por dos días enteros, y en los diversos ataques que sostuvieron mataron a más de cuarenta soldados. Al agotar las municiones y ver que se acercaban unas piezas de artillería, decidieron huir al anochecer. Uno de ellos salió para hacer un reconocimiento del terreno y ver por dónde podrían pasar sin ser descubiertos por los centinelas, con tan mala suerte que el hugonote que estaba en la caseta de guardia y creyendo que un enemigo pasaba le disparó y le hirió en el muslo. Pese a estar malherido, informó a sus compañeros y les explicó por donde debían escapar, pero resultó que le había herido su propio hermano que, lleno de pena, no quiso dejarle solo y le dijo que como había sido el causante de su dolor, quería ser también compañero de su suerte. Un primo hermano de los dos, tampoco quiso dejarles solos y se quedó con ellos. Así que cuando llegó la noche, se abrazaron todos, se despidieron y cuatro huyeron amparados en las tinieblas de la noche. Los tres restantes cargaron los arcabuces y esperaron la llegada del nuevo día para defenderse con valentía de los ataques enemigos. Tras haber dado muerte a varios enemigos y debido a su extremo coraje, les dejaron libres.

En el sínodo nacional de Castres convocado en 1626, Galland asistió de nuevo como mandatario real a pesar de las protestas de la asamblea. Llevaba el encargo de nombrar a seis personas, de entre las cuales, el rey escogería a los dos delegados generales. En el sínodo hubo grandes quejas sobre el desgraciado estado de las iglesias y dijeron a Luis XIII que los adeptos a la religión reformada se sentían molestos en muchos lugares del reino, porque se les privaba del ejercicio de su religión y de sus templos; que les habían quitado hasta los cementerios y habían desenterrado a los muertos para cambiarles de lugar y que sus ministros habían sido tratados cruelmente, les habían pegado y herido, echado de sus iglesias sin haber injuriado en público ni en privado a nadie en particular. Y mientras daban satisfacción a los reformados sobre cuestiones secundarias, la corte preparaba una gran expedición para conquistar el último baluarte. El cardenal Richelieu que era miembro del consejo desde 1624, había proyectado establecer la autoridad absoluta del rey sobre las ruinas de La Rochela. Ya no lo escondían. Luis XIII lo hizo anunciar al papa, quien mostró mucho enojo por la tolerancia

mostrada con los hugonotes. Los curas ya publicaban el próximo triunfo de la fe católica y el arzobispo de Lyon escribía a Richelieu que se debía sitiar La Rochela y exterminar a los hugonotes.

La comuna de La Rochela gozaba de privilegios muy anteriores a la Reforma. Leonor de Aquitania le había concedido, en el siglo XII, muchas exenciones y franquicias. La burguesía se gobernaba por sí misma y nombraba una especie de gobierno compuesto por un alcalde, veinticuatro concejales y setenta y cinco pares. Estos cien magistrados o prohombres, disponían de un ejército, una administración de hacienda y de unos derechos de jurisdicción muy extensos. La Rochela era una especie de población anexionada a Francia, muy parecida a la de las ciudades libres de Alemania.

Para justificar sus pretensiones decían que se habían entregado libremente a Carlos V con la reserva expresa de todas esas franquicias e inmunidades que poseían y recordaban al rey con orgullo que habían exigido de Luis XI la solemne sanción de sus derechos. «Luis XI, dice el historiador Arcere en *Hist. de La Rochelle* (T. 1, pág. 288), hizo su entrada en La Rochela el 24 de mayo de 1472 y juró de rodillas conservar los privilegios de la villa, con una mano en el crucifijo y la otra sobre los Santos Evangelios que le presentó el alcalde.»

Un gobernador residía en La Rochela en nombre del rey, pero la burguesía no le permitía introducir una fuerte guarnición, ni construir ninguna fortaleza. El verdadero jefe era el alcalde que escogían cada año. Los habitantes de la villa eran ricos, laboriosos, buenos marinos y la población estaba compuesta por unas treinta mil almas.

El año 1557 la Reforma encontró en ellos una entrada fácil, porque donde había comprensión y libertad, las puertas se abrían sin ningún impedimento. En poco tiempo, buena parte de habitantes de la ciudad abandonó las supersticiones de la iglesia romana, y Dios preparó el lugar para soportar con paciencia las más grandes dificultades que los adversarios desplegaron contra ella.

La Rochela fue sitiada muchas veces durante las guerras de religión sin que pudiera ser conquistada. Condé, Coligny, Juana de Albret y Enrique de Bearn encontraron dentro de sus murallas un refugio seguro. En los momentos más difíciles celebraban en el interior las asambleas políticas. La independencia de La Rochela era importante para los jefes del partido católico, porque les ofrecía el medio de hacer pagar a la

realeza la ayuda que le prestaban y también salvaguardar los últimos restos de sus prerrogativas feudales.

Después de la paz de 1622, la corte mandó construir un fortín en los alrededores de La Rochela, a pesar de las quejas de los habitantes y de la promesa de respetar sus privilegios. Este fue el motivo de las continuadas escaramuzas por tierra y mar, que no produjeron ningún resultado decisivo hasta 1627,

Richelieu quiso golpear con fuerza la ciudad porque allí se encontraba la organización militar hugonote que formaba un Estado dentro del Estado y empleó todas las fuerzas de su genio y todos los recursos de la corona para destruirla. Quiso jugar su suerte política en la toma de La Rochela, totalmente convencido que si la expedición tenía éxito, desmontaría el partido hugonote, quitaría de en medio a los grandes jefes del partido y dejaría en Francia un solo poder: la realeza.

El sitio de La Rochela empezó en 1627 y duró más de un año. Europa estaba atenta a todo lo que sucedía. El rey de Inglaterra había prometido a los rocheleses prestarles ayuda y apoyo. Tres veces su flota apareció cerca del puerto, pero la primera vez no pudieron tomar la ciudadela de la isla de Re; la segunda no consiguieron aprovisionar la plaza y la tercera vez parece que fue para asistir a la destrucción de la villa. Se sospechó que el duque de Buckingham había traicionado la causa reformada y que Carlos I, influenciado por su mujer Enriqueta de Francia, había participado también en aquellas maniobras desleales. Los puritanos ingleses jamás olvidaron ese agravio y lo recordaron en 1649, cuando escribieron los hechos de ese desgraciado príncipe.

El cardenal Richelieu mandó construir un dique que cerraba el puerto e hizo como Alejandro delante de Tiro: encerrar a los sitiados dentro de un recinto cada vez más estrecho. El dicho cardenal, además de ser príncipe de la Iglesia, era almirante, ingeniero jefe, generalísimo de los ejércitos, controlaba y dirigía todo el reino y solamente dejaba a Luis XIII el vano placer de ir de caza o tocar algún enfermo delante de la gente en las grandes solemnidades de la iglesia.

Se publicó el diario escrito de uno de los sitiados llamado Pedro Meruault, hijo del jefe de artillería de la guarnición, donde cuenta con detalle los sufrimientos de los habitantes. A medida que el espigón se levantaba frente a la rada, el hambre iba en aumento y se hizo horrible en el mes de junio de 1628. Morían entre doscientas y trescientas

personas cada día. Los hambrientos habían adquirido una tal experiencia en ese tipo de muerte, que podían prever la hora de su fallecimiento y encargar el ataúd anticipadamente.

En esos momentos de gran angustia, hacían salir de la ciudad grupos de niños, mujeres y ancianos. Luis XIII no fue tan generoso como su padre Enrique IV en el sitio de París y mandó rechazarles sin piedad e incluso disparar contra aquellas pobres gentes que se paraban a recoger raíces, hierbas y hasta mariscos llevados por el reflujo marino. También les ordenó arrasar algunas cosechas de habas que los sitiados habían sembrado en los taludes exteriores de las murallas.

Los fugitivos, llevados por el inexorable grito del hambre, se presentaban al enemigo que levantó patíbulos para ejecutarles de forma sumaria y cuando se acercaban en grupos numerosos, sorteaban el nombre de los que debían ser ahorcados. A los demás les despojaban de sus ropas y les echaban fuera a bastonazos y golpes de correa. Les mandaban otra vez a la ciudad para que los sitiados tuviesen que dar de comer a más gente.

El duque de Rohan, comprendiendo que se trataba de una lucha suprema por la existencia política de los reformados, viajó por todo el Lenguadoc y las Cevenas exhortando a los hugonotes a levantarse y luchar por la causa común, pero sus esfuerzos fueron estériles porque sólo encontró desinterés y cobardía y por añadidura aún era criticado.

La gran mayoría de hugonotes no intervino en esta última guerra; unos a causa del impulso nacional que sometía toda la autoridad al rey; otros porque estaban cansados de tantas luchas que costaban mucha sangre y no producían ningún bien; y otros porque no veían el lazo existente que unía la libertad religiosa con las seguridades políticas y el resto por indiferencia o por esa prudencia que discierne mejor la grandeza del peligro que los medios para salir de él.

Los sitiados continuaron haciendo prodigios de valentía y heroísmo guiados por el alcalde Juan Guiton, viejo marino, inflexible, que había dicho que, aunque solamente quedara un solo habitante, él estaría allí para cerrar las puertas.

Cuando toda esperanza de recibir ayuda del exterior se perdió; cuando dos tercios de la población hubo vendido cara su vida y que las calles y las casas estuvieron llenas de muertos por faltar las fuerzas para sepultarlos y que no había hombres capaces de sostener el peso

de las armas o andar sin bastón y solo quedaban ciento cincuenta hombres que podían mantenerse de pie, la ciudad se rindió al invasor. Era el 28 de octubre de 1628. Aquel día, los hugonotes franceses sucumbieron a sus enemigos, que les avasallaron y no pudieron levantarse hasta ciento sesenta años más tarde, a principios de 1789.

Sin embargo, la desgracia no debilitó la valentía de los rocheleses y los pocos que quedaron, tuvieron la osadía de proponer al cardenal, un tratado general para todos los de su comunión. Bonita lección la de unos hombres derrotados moralmente, que se preocuparon por el futuro de sus correligionarios, a pesar de que nadie se había ocupado de ellos en momentos de desgracia.

El 10 de noviembre el rey publicó una declaración por la que ordenaba restablecer el ejercicio de la religión católica en La Rochela y devolver al clero sus iglesias y todos sus bienes. A los hugonotes se les designó un lugar de cultos y se abolieron los privilegios de la ciudad, se anularon las franquicias y se destruyeron las fortificaciones excepto las que estaban frente al mar. El cardenal Richelieu y el obispo Enrique de Sourdis, que habían sido soldados durante el sitio, concelebraron la primera misa en La Rochela no sin antes haber bendecido las iglesias. Quizás las manos que acababan de dejar las armas debieran haber empezado por bendecirse a sí mismas, antes de repartir las hostias, aunque la historia de la humanidad está llena de contradicciones.

Hubo una alegría enorme en Roma al conocerse la noticia de la conquista de La Rochela. El papa Urbano VIII cantó un solemne *Te Deum* e hizo una extraordinaria distribución de indulgencias y dirigió a los reyes un breve que decía: «¡Gran príncipe: Dios está sentado a vuestra derecha. Que Él os ayude a sostener con vigor y fuerza vuestra lanza!».

El duque de Rohan continuó con sus campañas en el Midi hasta mediados del año siguiente. Mostró un coraje, constancia y abnegación dignos de mejor suerte. Una asamblea de representantes de las provincias, convocada en Nimes, protestó enérgicamente contra la reversión de las seguridades políticas de la Reforma, pero era demasiado tarde. El partido calvinista ya no existía. Las villas y poblados rechazaron obedecer a la asamblea, queriendo llevar solos sus propios asuntos y las divisiones, defecciones y traiciones, acabaron por echar a perder la causa común.

El ejército real se presentó delante de la pequeña villa de Privas en mayo de 1629. Sus habitantes llenos de pánico huyeron al campo y la guarnición que se había retirado en un fortín, tuvo que capitular. En el momento que entraban las tropas en la población, se produjo la explosión de un almacén de pólvora y les hizo creer que se trataba de una emboscada criminal. Decapitaron a los ochocientos soldados hugonotes de la guarnición; ahorcaron a cincuenta burgueses y a los demás les mandaron a las galeras; saquearon y quemaron la villa y confiscaron las propiedades de los habitantes en favor de la corona. Los misioneros de Babilonia que seguían a la tropa para convertir a los herejes, dijeron que la catástrofe era una manifestación de la ira de Dios.

La implacable destrucción de Privas llenó muchos corazones de consternación y miedo. El rey marchó hacia las Cevenas sin encontrar resistencia a su paso y el duque de Rohan, al ver que los asuntos del partido no tenían solución posible, y de acuerdo con la asamblea general celebrada en Anduze, solicitó la paz. Richelieu impuso como primera condición que todas las fortificaciones de las villas hugonotes fueran arrasadas. Anduze y la región de las montañas Cevenas se sometieron después de serias dificultades y el rey, que estaba en Nimes, publicó el Edicto de Gracia en el mes de julio de 1629.

Solamente el nombre de este edicto ya señalaba un nuevo orden de cosas. Ya no era una pacificación, sino una *gracia* concedida de buena voluntad, del príncipe hacia unos súbditos vencidos. El preámbulo solo hablaba de la *rebelión* de los hugonotes y la *bondad* del rey y venía a decirles que por un raro ejemplo de clemencia, después de muchas caídas, deseaba ganar el corazón de la ciudadanía.

Se restituyeron los templos a los reformados, sus cementerios y la libertad de cultos en los lugares donde se habían practicado anteriormente, «en espera de que volviesen al seno de la Iglesia católica» y con el deseo de que siguieran el mismo camino de salvación que seguía el rey.

Había una amenaza en ese deseo y los curas se aprovecharon de ella en el momento oportuno y también el cardenal que tenía el propósito y pretensión, de unir las dos religiones. Richelieu fue un poco más tolerante que los demás jefes de la Iglesia romana, porque entendía mejor los asuntos de estado. No hay que olvidar que el cardenal se había aliado con los protestantes de Alemania y de Suecia, con el propósito

de dominar la casa de Austria por la espada de Gustavo Adolfo y no podía tratar a los reformados de Francia con demasiado rigor. Además, dentro de Francia, tenía que luchar contra los grandes jefes católicos, contra el hermano del rey, la reina madre y la reina reinante entonces y hubiese sido una insensatez que el primer ministro de Luis XIII comprometiera a la monarquía. Richelieu quizás fue generoso, pero sobre todo fue prudente.

La villa de Montauban fue la última en rendirse. Sus habitantes recordaban con orgullo la heroica resistencia que habían opuesto a las tropas del rey y se habían acostumbrado, desde las guerras de religión, a gobernarse a sí mismos y les repugnaba aceptar sus deberes, como se decía entonces. Un enviado de Richelieu y dos representantes hugonotes de Nimes fueron a convencerles de que se rindieran. El pueblo pedía conservar las murallas, pero no lo consiguieron y los más determinados en obtenerlas reconocieron que la lucha ya era imposible, y solo les quedaba rendirse.

Montauban abrió sus puertas, y el 21 de agosto de 1629 vieron cómo traspasaba sus muros el mariscal de Bossompierre con una parte del ejército, el nuncio del papa, el primer presidente del parlamento de Tolosa, y el cardenal Richelieu que se presentaba como gran triunfador. Cuando los ministros de la religión reformada fueron a saludarle, aceptó recibirles pero no como representantes de una iglesia, sino como profesionales de las letras.

Celebró una misa en las iglesias de Montauban; estableció conventos de jesuitas y capuchinos y ordenó el comienzo de la destrucción de las murallas. Raudo tomó el camino de París, recibiendo más homenajes de los que Luis XIII recibía de su pueblo.

El duque de Rohan tuvo que soportar los ataques de sus correligionarios, a quienes la desgracia les hacía injustos y le acusaban de todas sus calamidades. Escribió una apología que terminaba diciendo que deseaba que Dios les concediera toda suerte de prosperidades, para que, restaurando las iglesias de Francia, ejecutaran lo que él había osado emprender.

Sus deseos se hicieron realidad de la forma que él no esperaba. Enrique de Rohan fue el último jefe de ejército de la Reforma francesa y lo que no pudo hacer la espada, lo hizo la civilización y la libertad, el día señalado por Dios.

Rohan ofreció su espada a la república de Venecia, después a Gustavo Adolfo y murió en 1638 en las llanuras de Alemania, por la misma causa que había defendido valientemente en su país, que era la noble y bendita causa de la Reforma.

El partido calvinista presentó definitivamente su liquidación después de la toma de La Rochela en 1628 y la historia de los reformados, no se mezclará nunca más en los grandes asuntos del reino hasta la revocación del Edicto de Nantes. Altos jefes de la religión católica les provocaron para que volvieran a tomar las armas, pero ya no encontraron hugonotes en las filas de los adversarios de la realeza.

En 1632 el duque Enrique de Montmorency, apoyado por Gastón de Orleans, hermano de Luis XIII, intentó despertar de nuevo el fervor religioso en la región de Lenguadoc donde era gobernador. Se dirigió a los gentilhombres de la religión, a los pastores, a los consistorios y a los sínodos, pero el desinterés era total y solo encontró negativas. En su partido hubo cinco o seis obispos, pero ni un solo reformado. El segundo cónsul de Nimes conservó la ciudad adicta al rey, pero tuvo que echar al obispo y al primer cónsul que era católico. Los habitantes de Montauban se ofrecieron para luchar contra las tropas de Montmorency y algo memorable fue que el débil resto de los habitantes de Privas defendieron la plaza al servicio del rey.

Unos veinte años más tarde, durante los disturbios de la Fronda, el gran Condé hacía valer los viejos recuerdos de su casa y quiso atraer a los hugonotes bajo su bandera, empleando emisarios que desprestigiaban a los católicos y a la realeza. Iban de templo en templo* diciendo que la regente Ana de Austria había prometido al clero revocar los edictos de pacificación; que su primer ministro Mazarino era un cardenal italiano de mala fe; que solo la fuerza podía preservar a los hugonotes de una ruina total y que el príncipe de Condé les garantizaría una plena libertad de conciencia y de cultos. Estos llamamientos también quedaron sin efecto.

La gente de La Rochela apoyó el partido de la regente contra los deseos de su propio gobernador y los de Montauban defendieron la misma causa. La villa de Saint-Jean d´Angely, que solamente poseía

* En Francia, cuando se habla de Templo, se refiere normalmente el templo protestante y cuando se habla de iglesia se refiere a la Iglesia católica romana.

murallas en ruinas, se defendió contra las tropas rebeldes. Los de las regiones de Vivarais (región montañosa en el departamento de la Ardèche) y Cevenas, aportaron soldados consagrados al oficio y casi toda la nobleza reformada de las provincias meridionales, se levantó contra el príncipe de Condé y guardó para el rey el Lenguadoc, la Saintonge y una parte de la Guyenne.

La ayuda prestada era grande y el cardenal Mazarino decía que no podían quejarse del *pequeño rebaño,* pues aunque crecieran malas hierbas a su paso, no se desviaban. Luis XIV manifestó en muchas ocasiones su agradecimiento y, en particular, en la declaración del 21 de mayo de 1652, que decía que los adeptos a la religión pretendida reformada habían dado pruebas de su afecto y fidelidad y que les apoyaba en el disfrute del Edicto de Nantes.

Contradicciones de la política. Este mismo rey hizo soportar las más largas y odiosas persecuciones a los que habían asegurado la corona sobre su cabeza. Fue él quien firmó en 1685 la fatal revocación del Edicto de Nantes. ¿Cuáles fueron las causas de tantas violencias y desgracias? Éste es uno de los problemas más interesantes de esta historia.

Los reformados tenían enemigos implacables en los hombres que poseían el poder espiritual. En primera fila estaban los jesuitas, creados expresamente para extirpar el protestantismo de Europa, adversarios natos de los hugonotes, curas temibles por ser confesores de los reyes y porque la moral les autorizaba a no dar marcha atrás bajo ningún concepto. La mentira, las trapacerías, la iniquidad, el mercadeo de conciencias, la fuerza bruta, las expoliaciones, el destierro, hasta el asesinato, todo era correcto si se alcanzaban los fines.

Después de los jesuitas, venía el clero secular que excepto algunos que eran más políticos que religiosos, como Richelieu y Mazarino, no dejaban de inventar nuevas medidas de presión y de persecución contra los herejes. Detrás de los jesuitas y del clero regular, pululaban legiones de capuchinos, recoletos, carmelitas, franciscanos, dominicos y otros, que formaban parte de una milicia ignorante que arrastraba el fanatismo del populacho y estaba en cualquier ocasión dispuesta a marchar al asalto de la herejía. Esto era en cuanto a la autoridad espiritual.

Y sobre los hombres del poder temporal, los primeros adversarios de la Reforma fueron los mismos reyes que habían recibido una educación incompleta y tergiversada. Sus preceptores les habían colocado

bajo el yugo de una devoción estrecha, intolerante, llena de pequeños escrúpulos sobre ciertas materias y fácil de relajarse en otras. Luis XIII era un príncipe débil, triste, que puso su reinado bajo la protección de la Virgen y después de mandar asesinar a los favoritos de su madre, no tuvo otro mérito que dejarse gobernar por Richelieu. Sin embargo, Luis XIV poseía cualidades reales, era galante y a la vez santurrón y cuantos más escándalos daba a la corte con su vida desordenada, tanto más deseaba mostrar su severidad contra los reformados.

La máxima de Estado que unía los dos era debilitar el calvinismo, como si los hombres y las cosas fuesen iguales que en los tiempos de Carlos IX. A los príncipes les habían enseñado, que la Reforma era enemiga de los tronos y creían no haber hecho jamás lo suficiente contra el vano fantasma de su imaginación.

Todas estas cosas motivaron que los más altos cargos en la corte y en el ejército, fueran sistemáticamente rechazados a los calvinistas, salvo casos extraordinarios. Turenne y Duquesne fueron quienes rompieron la barrera por los grandes servicios prestados, pero los demás estuvieron siempre dejados a un lado, o condenados a envejecer en empleos subalternos. El Edicto de Nantes permitía a los reformados alcanzar altos cargos, pero no les garantizaba los favores de la corte y la realeza les limitaba a lo permitido, que no era demasiado. Los ministros seguían al príncipe por inercia. Ningún favor para los herejes y cuando podían, sin maltratar abiertamente los derechos adquiridos, trataban de forma diferente a las personas, lo que empujaba a los poco convencidos y a los ambiciosos a cambiar de religión.

Los intendentes o gobernadores de provincia, eran la nueva creación de un gobierno que aspiraba constituir una unidad nacional más fuerte y al querer ser agradables al consejo y a la corte, se manifestaban en favor de los jesuitas y en contra de los pastores; en favor de los obispos y en contra de los sínodos provinciales y los consistorios, cada vez que tenían un pretexto por poco importante que fuera.

Los parlamentos actuaban casi todos en el mismo sentido, no por fanatismo religioso, sino por este sentir de todos los tiempos, que ha hecho de la magistratura el guardián de las leyes antiguas y de las costumbres tradicionales. El general Omer, que era abogado del Estado, decía en 1634 en Poitiers que «los pretendidos reformados eran soportados por tolerancia y que sus derechos eran mínimos», motivo por el

cual en los tribunales solo podían hacer valer el derecho estricto o lo que no podían rechazarles sin que fuera una flagrante injusticia. Todas las sentencias hacían inmediatamente jurisprudencia contra ellos y de limitación en restricción, iban perdiendo sucesivamente lo que el Edicto de Nantes les había concedido. En las universidades, donde dominaban las influencias clericales, se levantaron enormes dificultades en cuanto a la colación de grados universitarios a los *religionarios*, como también se llamaba a los reformados y llegó el momento en que los títulos no se dieron sin presentar los certificados de asistencia a misa.

En cuanto a las relaciones entre los individuos de las dos religiones, hay que hacer una distinción. Los hombres de letras, que pertenecían a la alta burguesía y los hombres *honrados,* en el leguaje de la época, generalmente se portaban bien. En las masas populares, más sumisas a la enseñanza del cura, subsistían los prejuicios, los odios y la beatería. Los que trabajaban para el municipio y en otros muchos puestos, sufrían vejaciones y graves problemas y la gente bajo el mínimo pretexto, se pronunciaba con violencia contra los templos, contra las propiedades y contra las personas y, cuando se atrevían, sus ataques eran más generales y normalmente estaban dirigidos por un ignorante vicario de parroquia o algún monje despreciable.

Con todo lo descrito anteriormente podremos juzgar sobre el estado de los reformados después del Edicto de Gracia. Tuvieron intervalos en los que pudieron gozar de días de reposo, que les permitieron aplicarse a las ciencias teológicas, desarrollar sus conocimientos y cultivar las artes, pero ese reposo era incierto e inquietante y la persecución fue en aumento hasta el momento que pareció favorable aniquilar la Reforma.

El cardenal Richelieu, que había escrito en su juventud un *método de controversia*, pretendía ejecutar sus planes de unión. Hizo sondear a los pastores y a los sínodos provinciales por su confidente, el padre José, un personaje misterioso, emisario intrigante y hombre activo, que fue secundado en su labor por un cierto Teófilo de La Milletière, calvinista equivocado, escritor de ciencias mediocre y ambicioso en hacerse un nombre apoyando proyectos de los cuales no comprendía el alcance.

Entre las personas que se dejaron conquistar por el proyecto, se encontraban todos aquellos que querían abandonar, sin deshonor, una

religión poco agradable al poder; los sencillos que creían que el Catolicismo quería hacer serias concesiones y las buenas gentes que pensaban que se trataba de una cuestión de amor y caridad. Entres estos últimos se encontró por algún tiempo un hombre de mérito, llamado Petit, pastor y profesor de teología en Nimes.

Sin embargo, pronto se vio que bajo el nombre pomposo de unión, se escondía un acto de arrepentimiento de los calvinistas y de una amnistía de gracia por parte de los católicos. La maniobra era la siguiente: primero cambiarían un vocabulario que no gustaba al oído de los discípulos de Calvino. Después invitarían algunos pastores para discutir con teólogos católicos en presencia del rey, sin oponerles ninguna objeción importante, esperando que más tarde pidieran ser admitidos como penitentes en la iglesia romana que, como buena madre, les acogería con los brazos abiertos. Trabajarían para reunir un sínodo nacional compuesto por gente fácil de convencer y unas vez el proyecto de reunión adoptado oficialmente, la fuerza material se encargaría de someter a los recalcitrantes o echarles del reino.

El plan era hábil, pero no tuvieron en cuenta que había conciencias fieles al evangelio y personas honestas que sabían en quien habían creído y el proyecto fracasó. Los pastores se mostraron reacios y lo más notable fue que los laicos todavía lo fueron más. Ni un solo sínodo provincial se mostró favorable al complot. El pastor Petit reconoció su error; La Milletière fue excomulgado y se hizo católico; Richelieu tenía otros asuntos más importantes que resolver y abandonaron la idea de la unión para retomarla dos o tres veces más antes de la revocación del Edicto de Nantes.

El clero empleó otro medio distinto para combatir la herejía, como fueron los misioneros o *controversistas* ambulantes llamados propagadores de la fe. Les hallamos ya en 1630 y se trataba de frailes, capuchinos y recoletos, los cuales por su ignorancia y fanatismo se ganaron el desprecio universal. Los demás eran laicos de baja condición social: afiladores, zapateros remendones, anticuarios, y pequeños marchantes que, sin ningún estudio, abandonaban el trabajo para hacerse paladines de la fe católica. Esos tipos recibían una cantidad convenida por cabeza de prosélito y la suma variaba según la importancia del convertido. Procuraban además conseguir los certificados legalizados de sus conquistas, con el objetivo de asegurar el cobro. Como era de esperar, el

fraude abundó y había miserables que se hacían reformados para abandonar enseguida, otros aparentaban serlo para poder abjurar y así repartir el dinero con los cómplices.

Los *controversistas* habían aprendido de memoria un catálogo de sutilidades ridículas y embrollos groseros que soltaban en todo momento. Uno de sus argumentos preferidos era preguntar si creían que el rey era un pagano condenado al infierno. Si decían que sí, armaban un tinglado que podía tener fatales consecuencias, sobre todo para quienes ocupaban un trabajo público y si decían que no, les preguntaban por qué no querían entrar en una iglesia que les abría las puertas de la salvación. Se dieron casos de encontrar una fuerte resistencia y entonces provocaban al interlocutor para que pronunciara palabras irreverentes contra la Virgen y los santos y como la ley castigaba a los blasfemos, iban corriendo a denunciar a los culpables. Llegaron incluso a interrumpir cultos y desmentir públicamente lo que el pastor estaba predicando.

Todas las tentativas de conversión obtuvieron poco éxito. La mayoría de hombres, mujeres y niños hugonotes, estaban preparados para la controversia y confundían fácilmente a los llamados propagadores de la fe, y después que cualquier intento pacífico para llevar a los reformados al redil de la iglesia católica resultara infructuoso, vinieron los intentos de conversión a la fuerza.

De 1631 a 1645 se celebraron tres sínodos nacionales. La corte usaba toda su capacidad para que fueran más espaciados cada vez, hasta que llegó a suprimirlos totalmente. La primera de esas asambleas tuvo lugar en Charenton el 1 de septiembre del año 1631 y presidió sin dificultades el comisario Galland. Pastores y laicos estaban con tristeza en el corazón y la actitud humilde, porque se sentían a la merced de sus adversarios.

El rey designó a los diputados generales o representantes de las iglesias que le fueron agradables y el sínodo obedeció. Más tarde solo hubo un diputado general que fue dispensado de la formalidad de las reelecciones y el alto cargo lo ocupó la familia del marqués de Ruvigny. Las iglesias suplicaron inútilmente el permiso de añadir un representante general o representante del tercer estado (el pueblo), pero el espíritu liberal de la Reforma no convenía a Luis XIII.

El sínodo de Charenton se declaró contrario a los proyectos de compromiso con los católicos, pero tendió una mano fraternal a los

luteranos, que hasta entonces no habían sido admitidos en la comunión calvinista, porque las iglesias de la confesión de Ausburgo, dijeron, estaban de acuerdo con las otras iglesias reformadas en las doctrinas básicas de la verdadera religión; porque no había en ellas ni superstición ni idolatría en el culto y deseaban amistad y paz con ellos y les invitaban a la comunión con todas las iglesias del reino porque no era necesario que abjuraran para compartir juntos la Mesa del Señor.

El rey no quiso contestar a los agravios que le presentaron por escrito hasta después de la separación del sínodo, «para tratar con sus súbditos de forma más conveniente a su dignidad soberana y a la sagrada autoridad de su palabra».

Otro sínodo nacional tuvo lugar en la villa de Alençon en mayo de 1637. El consejero de estado y comisario del rey les dijo que estaba en el sínodo para darles a conocer la voluntad de su majestad el rey y que toda autoridad era de Dios y en consecuencia, sobre este cimiento inconmovible, todos debían obedecer. Añadió que las bondades de su majestad y los cuidados que tenía de ellos les obligaban a la obediencia y que la clemencia real y ayuda eran el mejor sostén que pudieran tener.

El sínodo se ocupó de la esclavitud de los negros, que era una cuestión que en el siglo XVII no preocupaba a nadie y menos al clero católico y aunque la Palabra de Dios no prohíbe comprar y tener esclavos, propusieron algunas normas de caridad cristiana muy avanzadas para la época.

Poco después de la muerte del Cardenal Richelieu y de Luis XIII (1643), tuvo lugar el tercer sínodo nacional, en Charenton en el año 1644. El comisario del rey se quejó el primero de las usurpaciones de las iglesias reformadas, para impedirles que reclamaran en voz demasiado alta las injusticias que estaban soportando. Expuso después los deseos del rey que eran la exclusión del ministerio evangélico a todos aquellos que hubiesen estudiado teología en Ginebra, en Holanda y en Inglaterra, porque en esos países dominaba el sentir republicano. Eran tiempos de las luchas de Cromwell y de los puritanos contra Carlos I.

Algunos diputados de las provincias marítimas hablaron de los *independientes* venidos de Inglaterra, que se habían establecido en Francia. Se les criticaba por enseñar a cada congregación a gobernarse por sí misma, sin tener en cuenta la autoridad de los coloquios y de los sínodos generales. La Asamblea consideró que esta opinión era

perjudicial a los intereses de la Iglesia de Dios y al Estado, y suplicaron a las iglesias de las provincias marítimas que no dejaran enraizar tales males en el reino.

De 1652 a 1656 la situación de los hugonotes fue satisfactoria pues Mazarino estaba agradecido por la fidelidad y apoyo prestado por los jefes reformados durante los disturbios de La Fronda. También deseaba conciliarse con ellos por medio de buenas relaciones, ya que le interesaba la amistad de Cromwell, quien podía decantarse por Francia o por España, entonces en guerra con Francia y poner en la balanza el peso decisivo. Al alcanzar Luis XIV la mayoría de edad –el 7 de septiembre de 1651–, reconoció expresamente en una declaración real formulada en términos muy halagadores, la fidelidad y afecto de los protestantes.

Mientras el cardenal Mazarino, sucesor de Richelieu, estuvo a la cabeza del gobierno, los hugonotes fueron tratados con justicia y se restableció el libre ejercicio de la religión en varios lugares donde se había suprimido, contrariamente al texto de los edictos. Los hugonotes empezaron a ocupar cargos municipales y algunos personajes fueron muy importantes en las finanzas y el ejército. La declaración de 1652, confirmó el Edicto de Nantes y los artículos y decretos expedidos en favor de los reformados. Nunca habían respirado más libremente, ni disfrutado de tanta protección, desde el reinado de Enrique IV.

Ese tiempo fue muy breve. El clero se reunió en asamblea (1656) y por boca del arzobispo de Sens se quejaron amargamente contra lo que llamaron *opresión* de la Iglesia Católica. Como no podían ser perseguidores, se llamaron a sí mismos perseguidos. Sin duda, no se habían reunido para pedir la revocación de los edictos, pero exigían explicaciones por parte del rey.

Como los reformados habían construido algunos templos sobre propiedades que pertenecían a un comendador de la orden de Malta y a otros señores eclesiásticos, la asamblea del clero pretendía que se *habían edificado sinagogas de Satán sobre el patrimonio del Hijo de Dios.* Esos mismos curas pedían la destrucción de los nuevos edificios religiosos e invocaban los ejemplos de Ambrosio y Atanasio, quienes habían rechazado los templos de la herejía arriana.

Mazarino no concedió todo lo que le pidieron, porque seguía la guerra con España y era necesario no perder la amistad de Cromwell.

Sin embargo, el consejo publicó una declaración destinada a interpretar la de 1652, que la desmantelaba y ponía la cosas como en tiempos de Luis XIII. En ella se prohibía el ejercicio de la religión en los lugares donde se había restaurado y para añadir burlas a la violencia, varios decretos prohibieron que los ministros de culto se llamaran *pastores* y los grupos de cristianos hugonotes *iglesias*. Lo más grave, que ya se hizo en 1631, fue prohibir a los pastores predicar en los barrios de las ciudades o puntos de misión, con lo que de un solo golpe se amenazaba suprimir más de la mitad de los lugares de culto; además, muchos de los lugares estaban compuestos por comunidades muy pequeñas o muy pobres para sostener a un pastor y en ese caso, los fieles compartían las cargas y un solo ministro era el encargado de satisfacer las necesidades de todos.

En los términos municipales se podía predicar, pero los pastores no podían salir de su lugar de residencia, ni podían asistir a las congregaciones de varios lugares porque habían sido nominados para un solo lugar. Esta miserable contienda provocó por cuarenta años una vejación detrás de otra; una denuncia tras otra; los sínodos provinciales decían a los pastores que mantuvieran los puntos de misión y los que administraban las leyes, lo prohibían bajo multas y prisión. Generalmente la evidencia del derecho tuvo que ceder a los sofismas apoyados en la fuerza.

En todos los temas que se suscitaban entre reformados y católicos; pastores y curas; templos e iglesias, consistorios y episcopado, los herejes nunca tenían razón a menos que tuvieran diez veces la razón y sus derechos fueran absolutamente incontestables. Los parlamentos interpretaban los decretos de tal modo que en los procesos bastaban los mínimos indicios para condenar a los hugonotes a penas exageradas.

Los sínodos provinciales decidieron en 1658, mandar a París dos diputados para presentar sus quejas al rey; y lo que consiguieron después de súplicas perseverantes fue la ambigua promesa de que haría cumplir el Edicto de Nantes en espera que los de la religión pretendida reformada se hicieran merecedores de esta gracia especial, por su buena conducta, fidelidad y afecto a su servicio. Dos o tres años más tarde, enviaron comisarios de ambas religiones a las provincias para vigilar que cumplieran la ejecución de los Edictos, pero no hicieron bien a las iglesias.

En 1659 se firmó la paz con España y los reformados aprovecharon la ocasión para suplicar a Mazarino el permiso de convocar un sínodo general, que les fue concedido y se abrió en Loudun el 10 de noviembre del mismo año. Este sería el último sínodo nacional que las autoridades aprobarían y autorizarían. El contraste fue notorio entre las denuncias hechas por la corte, donde todo fue altanería, amenazas, acusaciones y recriminaciones y por parte de los hugonotes, humildad, sumisión y agradecimiento. ¿Y por qué agradecimiento? ¡Sería por el daño que pensaban hacerles y todavía no les habían hecho!

El comisario del rey M. de la Magdelaine tomó la palabra en la apertura de la asamblea y dijo que los reformados debían admirar la benignidad de su majestad el rey, porque les había protegido con su autoridad y dio a entender que aquel sería el último de los sínodos nacionales. Les dijo que el rey prefería los encuentros provinciales que costaban menos dinero y les concedería permiso para celebrarlos una vez al año, para poder conservar la disciplina de la religión pretendida reformada. La asamblea decidió, *si placía al rey*, tener otro sínodo nacional en Nimes tres años más tarde.

Luis XIV no lo autorizó y el 10 de enero de 1660, día en que el sínodo de Loudun terminó las sesiones, se decapitó el sistema de organización presbiteriano de la Reforma francesa. Había alegado razones de Estado para suprimir las asambleas políticas, pero solamente podían alegar pretextos infundados para prohibir la convocatoria de los sínodos nacionales. La realeza había desintegrado el partido hugonote y los curas querían ahora aplastar la comunión religiosa.

El primer sínodo nacional se había celebrado en 1559 y cien años más tarde, se reunía el veintinueve y último. Si los reformados sufrían en 1559, o al menos esperaban conquistar el reino, en 1659 todavía sufrían, pero las esperanzas ya no eran las mismas. Había aparecido Descartes y el terreno de la lucha contra el Catolicismo empezaba a desplazarse.

La Reforma francesa era el blanco de las vejaciones y se honraba en ser importante en Europa y para la posteridad, con la ciencia de sus doctores. Fue la gran época de la teología. Alemania, que se ha enorgullecido siempre de los inmensos trabajos realizados en esa rama del saber humano, cita todavía con respeto a los teólogos franceses del siglo XVII, porque en la mayoría de ellos, al lado de una profunda erudición,

se encontraba una solidez de juicios; una concatenación de pruebas y una claridad de estilo que les distinguían.

La facultad de teología de Montauban era célebre por la ortodoxia de sus doctrinas y la reputación de sus profesores. Uno de ellos llamado Daniel Chamier poseía el genio y conocimiento de los asuntos de Estado, además de las ciencias teológicas y fue uno de los redactores del Edicto de Nantes. La gente de la corte que no le apreciaba demasiado por ser inaccesible a las seducciones, le calificaba como *el loco de los sínodos*.

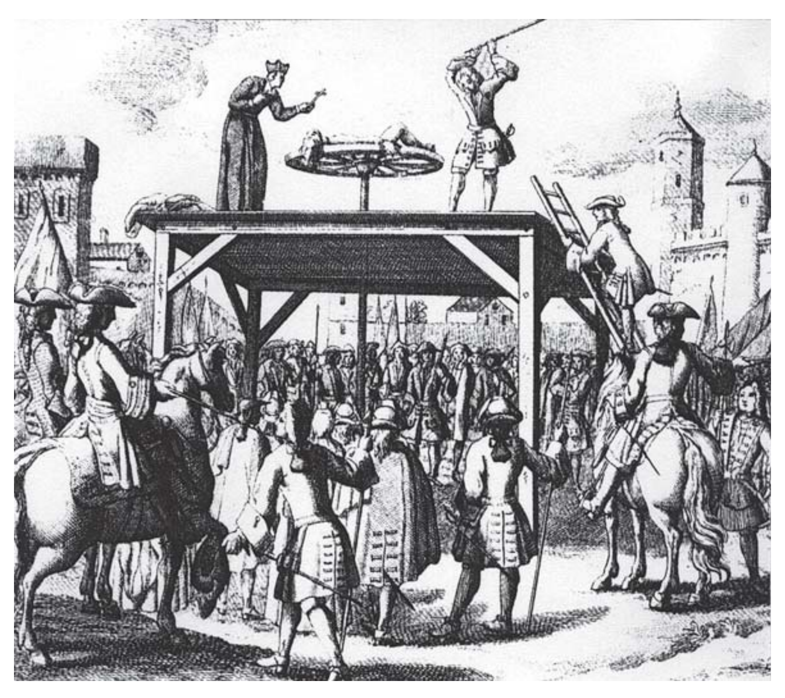
En Nimes tuvo lugar una discusión famosa entre el padre Cotton, confesor de Enrique IV y el pastor Chamier, teólogo hugonote de la facultad de teología de Montauban. Dos antagonistas de lo más diverso. Uno era un dialéctico rígido, que iba de silogismo en silogismo y directo al objetivo; el otro en cambio prodigaba las flores de la retórica y las digresiones brillantes. El jesuita tuvo la ventaja de encandilar a los oyentes y el teólogo reformado tuvo el don de convencerles y se alzó con la victoria.

Los sínodos nacionales le invitaron a refutar los escritos de Bellarmino y escribió 5 tomos, aunque la muerte le impidió acabar el último, y son los libros de controversia más completos de la Reforma francesa.

Chamier murió de un disparo de cañón en el sitio de Montauban, el domingo 16 de octubre de 1621. Había ido hasta las murallas de la ciudad para predicar a los soldados que no pudieron asistir al culto en el templo. Su nieto, que ejercía de abogado en Montelimar, murió ejecutado vivo en la rueda, por asistir a una asamblea religiosa que se defendió contra los dragones de Luis XIV y calificaron de sedición.

Miguel Berault era también un teólogo hábil y docto, que fue escogido para discutir en la conferencia de Mantes y publicó en respuesta a las aserciones del obispo, un libro sobre *La vocación de los ministros del Evangelio*. Tenía una forma de expresarse tan impulsiva que el comisario del rey pidió que fuera excluido del sínodo nacional de Charenton.

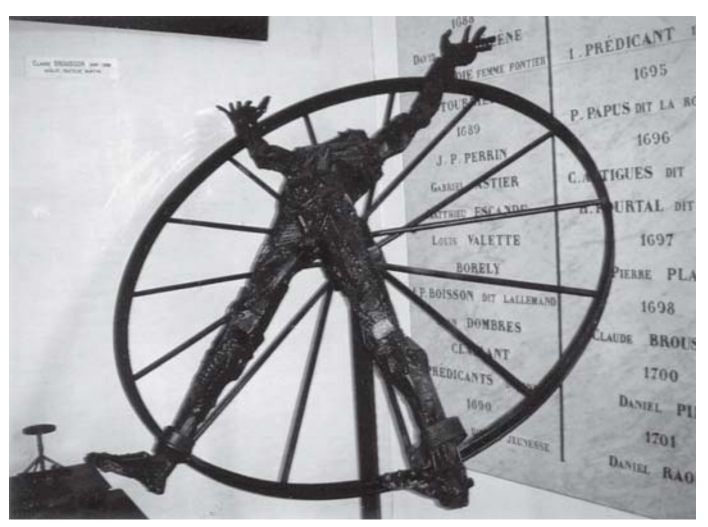
Garissoles, nacido en 1587 y fallecido en 1650, era tan piadoso como desinteresado y cuando los profesores de Montauban dejaron el lugar porque el rey suprimió sus salarios, él continuó en el ejercicio de la enseñanza completamente solo. Su libro *La imputación del pecado original* tuvo mucho éxito y los principales magistrados de los cantones



Suplicio de la rueda. Estampa del siglo XVIII.
Biblioteca Nacional. París.

evangélicos de Suiza le felicitaron. La facultad de teología de Montauban subsistió hasta 1661, cuando fue trasladada a otro lugar. Los edificios de la misma habían sido patrocinados por la población reformada y les pertenecían a título legítimo. Sin embargo, después del Edicto de Gracia (1629), los jesuitas consiguieron apropiarse de una parte para impartir sus clases y no contentos con poseer la mitad, buscaron los medios de invadir la otra mitad, echando a la calle al verdadero propietario por medios ilegales.

Un día obstruyeron los patios y las principales avenidas del edificio, con motivo de representar una obra de teatro. Los estudiantes reformados se presentaron a clase a la hora normal, pero no pudieron pasar para llegar hasta los auditorios de teología. Los jóvenes airados echaron al suelo los andamios de los jesuitas y las dos partes se enzarzaron en una



Suplicio de la rueda. Estampa del siglo XVIII.
Museo del desierto. Mialet. Foto del autor.

pelea. Enseguida se quejaron a la corte, con denuncias y calumnias y la riña se transformó en un crimen de Estado, para recibir muy pronto una carta sellada con la orden de entregar la facultad entera a los reverendos padres.

El pueblo de Montauban también se enfadó y se congregó tumultuosamente ante uno de sus templos, donde se habían reunido los notables, por invitación de los cónsules, con el propósito de discutir el asunto. El clero presentó nuevas denuncias aún más exageradas que las precedentes y que calificaron de gran complot liderado por la gente de Montauban diciendo que era la señal de una revuelta general de los herejes. Mazarino estaba entonces agonizando y Luis XIV muy ocupado en sus fiestas galantes, por lo que los jesuitas lo dirigieron todo con la reina madre, Ana de Austria, que les era devota.

Por algunas maderas rotas y unas quejas en una alborotada reunión, la villa de Montauban fue tratada de ciudad rebelde. Obligaron a alojar en las casas a varios miles de cobradores de apremios. Derribaron los últimos restos de murallas. Algunos habitantes fueron condenados a muerte, otros fueron expulsados y la mayoría arruinados. Se acabaron

los representantes oficiales de la religión ante el gobierno. La facultad de teología fue transferida a la pequeña villa de Puy-Laurens, donde se limitó a vegetar y Montauban se despobló a causa del régimen de terror impuesto.

Posiblemente Luis XIV dio libertad total a los jesuitas, para vengar la afrenta que Luis XIII tuvo que sufrir ante las murallas de Montauban en el sitio de 1621 y así castigaba a los hijos, por la heroica defensa de la ciudad que hicieron los padres.

La facultad de Saumur, fundada por Mornay, también gozaba de una gran reputación. Era más abierta a las nuevas ideas que la de Montauban. Sus profesores, Cameron, Amyraut, Cappel y La Place, enseñaron doctrinas que eran una especie de transacción o transición entre el calvinismo y el arminianismo.

Juan Cameron (1579-1625) era escocés de nacimiento aunque pertenecía a la teología francesa por sus estudios, lecciones y escritos. Fue pastor en Burdeos y sustituyó a Gomar en la cátedra de teología de Saumur. Era un científico con mucho juicio, buen conocedor de la filosofía, aunque poco versado en el estudio de los Padres, y atacaba cuanto podía a Teodoro de Beza. En sus escritos dejaba entrever que había que corregir muchas cosas de la doctrina que se enseñaba, sin embargo sus lecciones, que fueron impresas en 1626, no indicaban con claridad qué cosas había que cambiar. El hombre tuvo problemas con la corte y se refugió en Inglaterra, para volver más tarde a su patria de adopción, donde el sínodo nacional de Castres concedió a sus hijos una pensión de setecientas libras, en testimonio de honor a su memoria.

Moisés Amyraut (1596-1664) fue el discípulo más ilustre de Cameron, acusado en el sínodo nacional de Alençon de enseñar opiniones contrarias a la confesión de fe, pues les habían llegado cartas de Holanda y Ginebra que le tachaban de pelagiano disfrazado. Escribió unas cuarenta obras sobre teología y vida cristiana. Los cardenales Richelieu y Mazarino le manifestaron siempre un gran aprecio. Poseía un amor por las personas poco común y durante los diez últimos años de su vida, distribuyó su sueldo entre los pobres.

Podríamos seguir hablando sobre grandes teólogos de ese siglo y famosas cátedras de teología, sin olvidar a consagrados ministros que supieron seguir adelante en sus ministerios a pesar de la persecución, pero no es nuestro objetivo.

La situación cambió bruscamente cuando Luis XIV, tomó las riendas del reino a la edad de veintidós años, después de la muerte de Mazarino, sucedida el 15 de marzo de 1661. La actitud personal del rey, en lo que se refiere a los protestantes, fue desde el comienzo la de un adversario. Consideraba la unidad religiosa como una de las condiciones esenciales del poder del estado. El recuerdo de que en el pasado la realeza debía firmar acuerdos con los hugonotes contribuía a aumentar su aversión por el protestantismo. El título de *rey muy cristiano e hijo mayor de la Iglesia* y los términos de su juramento de *extirpar a todos los herejes de su reino,* le concedían el derecho y el deber de hacer desaparecer a todos los reformados del país, aunque no se atrevió a hacerlo de una sola vez.

La intolerancia se halla en una pendiente resbaladiza que una vez se ha pisado, resbala de iniquidad en iniquidad, de violencia en violencia, hasta los excesos más atroces. La muerte de Mazarino fue una pérdida para los hugonotes. Aunque no les inspiraba demasiada confianza y no era su amigo, ese cardenal prefería más usar la astucia que la fuerza, además apoyaba su política exterior en los poderes protestantes, por lo que no deseaba imponer un yugo demasiado pesado a los calvinistas franceses.

Las persecuciones aumentaron al querer Luis XIV gobernar él solo. No se trata de que el príncipe fuese cruel por naturaleza, pero le habían amamantado con el odio hacia los hugonotes. Otros motivos acrecentaron más tarde la fuerza de sus prejuicios de infancia y una de las ideas fijas de su reinado fue extirpar la herejía. A veces cambió los medios y vaciló entre la persecución y la opresión; en ocasiones pareció que daba marcha hacia atrás y dejaba para tiempos mejores la culminación de su gran empresa, pero entre fluctuaciones y aplazamientos, su propósito permaneció invariable.

En 1661, con el objeto de examinar las violaciones que se denunciaban, por faltar a las leyes del edicto de Nantes y pacificar a los dos partidos, se nombraron comisarios en cada provincia, uno calvinista y otro católico. La medida hubiese sido buena si las autoridades encargadas de pronunciarse en última instancia hubieran sido neutrales. Pero sucedió lo contrario, y lo que debiera servir de garantía a los reformados fue otro medio nuevo que les aportó más malestar e injusticias.

El comisario católico designado para cada provincia solía ser un hombre de la confianza del rey, conocido por su entrega a los intereses de la iglesia romana. El calvinista, al contrario, salvo raras excepciones, era un pobre gentilhombre que no sabía lo que se llevaba entre manos o un ambicioso vendido secretamente a la corte, nombrado por los intendentes y algunas veces por los mismos obispos, para traicionar sus obligaciones. El primero tenía todo el poder que acompaña a la religión del Estado; el segundo, toda la debilidad de una religión apenas tolerada. Uno hablaba en voz alta invocando el nombre del rey; el otro hablaba en voz baja en nombre de los pobres oprimidos, con los cuales compartía las penas y temores.

Los comisarios estaban obligados a verificar los permisos para el ejercicio de cultos en lugares con problemas, pero muchas iglesias no tenían documentos auténticos, porque los habían extraviado en las guerras de religión o porque nunca pensaron que esos papeles les serían necesarios. Sería difícil calcular los templos derribados, escuelas suprimidas, establecimientos benéficos confiscados en provecho de los católicos y particulares que soportaron flagrantes injusticias sin que fueran culpables.

Algunos jesuitas publicaron largos escritos con la pretensión de interpretar el Edicto de Nantes, pero lo que hacían era deshacerlos apartado por apartado. Cuanto más hábiles eran en inventar sofismas contra la ejecución de la ley, más méritos creían hacer en favor de su iglesia. Estos escritos eran enviados al consejo del rey, a los parlamentos y a los procuradores generales e intendentes, quienes sin aceptar todo el contenido, tomaban con disimulo las armas del gran arsenal de la escuela jesuítica y empleaban cada vez que podían.

Debido a la súplica de la asamblea general, en 1663, el clero obtuvo un declaración contra los relapsos, que eran los que volvían a la comunión reformada tras haber abjurado de ella. Estas personas, decía el preámbulo, no podían pretender ningún beneficio del Edicto de Nantes, puesto que habían renunciado y vuelto a la herejía y por tanto se hacían culpables del enorme crimen de profanación de los santos misterios de la religión católica. La ley les condenaba al destierro perpetuo.

Había algunos individuos que pasaban de la comunión reformada a la católica, sin saber totalmente el porqué y a veces sin serias intenciones de continuar. Unos cedían a las amenazas, otros a seducciones

momentáneas, otros a la debilidad o inestabilidad de su carácter. Ya era una falta admitirles tan fácilmente en la iglesia romana y hubo algunos obispos jansenistas, más escrupulosos que los demás, que se quejaron. También a veces les retenían por medio del miedo.

El clero se dedicó a crear relapsos. Acudir a misa tres o cuatro domingos; la asistencia de un cura a un matrimonio mixto; la confidencia hecha a un católico; una conjetura; una apariencia; todo se transformaba en un acto de catolicidad y si el pretendido converso volvía a poner los pies en un templo hereje, lo llevaban a los tribunales como relapso.

Hubo tantos abusos que crearon tan graves problemas, que tuvieron que hacer un nuevo decreto, publicado en 1664, por el que se anulaban todos los procedimientos. Sin embargo, la ley solo fue suspendida y un poco más tarde volvió a entrar en vigor con crueles agravantes añadidos.

En el mes de mayo de 1665, una orden del consejo autorizó al clero presentarse con un magistrado en el domicilio de los enfermos, para preguntarles si querían morir en la herejía o convertirse a la verdadera religión. No será muy difícil representarnos las escenas de dolor y de escándalo cuando el cura era fanático y el magistrado complaciente. Fuera de la iglesia romana no se podía ni vivir ni morir en paz.

La autoridad paterna sufrió graves ataques. Sin hablar de los crímenes de rapto cometidos en diversos lugares, que sucedían a menudo con una total impunidad, se declararon a los niños, por un decreto de 24 de octubre de 1665, capaces de abrazar la fe católica entre los doce y los catorce años fuesen niños o niñas y los padres estaban obligados a pasarles una pensión alimenticia por vivir fuera de sus casas.

Los hugonotes se quejaron amargamente de esa ley y lo más raro fue que los obispos y los comisarios generales del clero se quejaran también. Éstos querían que declarasen a los niños responsables de sus actos antes de los catorce años, y fueran admitidos en la verdadera iglesia tan pronto como lo manifestaran.

Cada día era más difícil ser funcionario público. Al principio les alejaron de los altos cargos, para después cerrarles el paso a los medianos, y acabar por no dejarles entrar en los pequeños. En diversas provincias les exigían una profesión de catolicidad para un puesto de administrativo. También tuvieron que soportar vejaciones pueriles, como la prohibición de cantar salmos en la calle, en los talleres o en

sus casas. Si mientras cantaban en el templo pasaba una procesión por la calle, tenían que dejar de cantar. Los entierros solo podían hacerlos de madrugada o al anochecer y se permitían no más de diez personas en la comitiva, excepto en villas como Castres, Montauban o Nimes donde se autorizaban la presencia de treinta personas. A los hugonotes se les permitía casarse en los tiempos fijados por los cánones de la Iglesia Católica y en el cortejo nupcial, cuando cruzaba la calle, no podían ir más de doce personas, incluido los padres.

Prohibieron que la iglesias ricas ayudaran con dinero a las iglesias pobres, que lo empleaban para el sostén de los pastores. Éstos no podían recibir el doctorado en teología y llevar la toga fuera del templo. En los hospitales tenían que orar y hablar en voz baja para no herir la sensibilidad de los católicos. A pesar de todas las vicisitudes mencionadas, el obispo de Uzes, orador en la asamblea general del clero, declaró al rey, en 1665, que se tenía que trabajar *con más ardor para hacer expirar totalmente al terrible monstruo de la herejía*. La propuesta fue rechazada, pero al año siguiente salió una ley cuyo preámbulo decía que se concedía a petición del clero y estaba compuesta de cincuenta y nueve artículos que restringían las libertades que el Edicto de Nantes declaraba perpetuas e irrevocables.

De esta fecha (1666) es la primera gran emigración a otros países que les recibieron con los brazos más que abiertos. Los hugonotes temieron no encontrar ni justicia, ni reposo en su tierra natal y prefirieron los sufrimientos del exilio a los de la persecución.

Los países protestantes de Europa empezaron a moverse. El elector de Brandeburgo, que era uno de los más fieles y útiles aliados de Luis XIV, le escribió en favor de los reformados y la respuesta fue que les hacía vivir en la misma igualdad que los demás súbditos. Inglaterra y Suecia, cuya neutralidad era necesaria para el rey, también se interesaron por la suerte de los calvinistas. Toda vez que la emigración no cesaba, se vieron obligados a publicar en 1669 una especie de retractación de los decretos precedentes y suprimieron nueve artículos de la declaración de 1666 y otros veinte se atenuaron.

Poco después salió el célebre edicto que prohibía a los súbditos del rey, bajo pena de confiscación de cuerpos y bienes, establecerse en países extranjeros sin permiso expreso y se aplicó a todos los que habían emigrado por causa de la religión.

El mariscal de Turenne acababa de abjurar (1669) y dieron a esta conversión una importancia inusitada. Luis XIV y Mazarino ya le habían ofrecido la espada de condestable y no se dejó encandilar, pero cuando menos se esperaba, cambió de idea, sin que nadie conociera la razón.

Algunos historiadores dicen que Turenne era bastante indiferente a la religión y que había sido a causa de su mujer y hermanas, mujeres fieles a la Reforma, quienes le habían impedido cambiar y se había hecho católico cuando se encontró solo y se entregó a galanterías palaciegas nada compatibles con la severidad de la fe calvinista.

Una gran parte de la nobleza que se movía en la corte, como las familias de Bouillon, de Châtillon, de Rohan, de Sully y de la Tremoille, fueron poco a poco entrando en la Iglesia Católica, por la voluntad del rey. Sus vidas moralmente descontroladas, igual que la de muchos cortesanos, también les habían preparado para la abjuración.

Entre los hombres destacados que permanecieron fieles a la Reforma, se puede citar al conde de Schomberg que era el comandante en jefe de los ejércitos; el duque de la Force y toda su casa; una rama de la familia La Rochefoucault; varios descendientes de Duplessis-Mornay; los marqueses de Ruvigny, de los cuales un hermano era embajador plenipotenciario en Londres y el otro diputado general de las iglesias. La pequeña nobleza provinciana había sido más fiel que los grandes señores. Algunas regiones contaban todavía con miles de gentilhombres consagrados a la fe de sus padres que, a cambio de los buenos servicios que daban al rey en sus ejércitos y flota, solo pedían un poco de justicia y protección.

La abjuración de Turenne hizo que se volvieran a tomar los proyectos de reunificación, que después de la prueba del cardenal Richelieu, en realidad nunca se abandonaron completamente. El sínodo provincial de Nimes contestó por boca de su moderador Claude, que los reformados serían culpables de una cobardía ejemplar si consentían unir la luz con las tinieblas, Cristo con Belial.

De 1670 a 1673 el proyecto tomó cuerpo de una forma más seria. Con la aprobación del rey, el mariscal de Turenne intentó conseguir la adhesión de los pastores. Un agente de la corte fue a visitarlos uno por uno y la mitad por la amenaza de no complacer a Luis XIV y la mitad por la promesa de hacer una reunión sobre bases equitativas, el emisario

logró, de varios ministros, el compromiso verbal o escrito de dar la mano de unión en la próxima asamblea sinodal.

Además aseguraban que el rey estaba dispuesto a reducir todo lo que escandalizara de la iglesia romana, como el culto a las imágenes, el purgatorio, las plegarias por los muertos, la confesión auricular y la invocación a los santos, que serían suprimidos o sensiblemente corregidos y que teólogos libremente escogidos por las dos partes, tendrían la misión de entenderse en cuanto a la doctrina de la Santa Cena; que el uso de la copa sería para todos los creyentes; que los servicios religiosos se celebrarían en lengua vulgar y que si el papa quería oponerse a esos cambios, el rey no lo tendría en cuenta si tenía a su favor la palabra de al menos cuarenta y dos obispos.

Todo era una burda patraña. Luis XIV no podía ejecutar lo que agentes subalternos prometían en su nombre y los reformados más inteligentes no cayeron en la trampa, porque sabían que Roma usaba dos lenguajes diferentes: el primero para ganar a los herejes, y el segundo para cuando ya estaban bajo su yugo.

También sabían que el acuerdo se limitaría a la total sumisión de una parte, seguido de un misericordioso perdón de la otra, por lo que el sínodo provincial, convocado en Charenton (marzo de 1673), se opuso al proyecto de reunificación con un rechazo categórico, y los cinco pastores que habían prometido su apoyo declararon que no les interesaba, y se echaron atrás.

Las mismas tentativas produjeron los mismos resultados en las regiones de Saintonge, Lenguadoc y Vivarais. La corte y el clero reconocieron por fin que no había ninguna esperanza razonable para poder someter a los reformados con ese sistema y tuvieron que buscar otras fórmulas para extirpar la herejía. Los adversarios de los hugonotes pensaron en dos modos de acción. Los jansenistas, que eran generalmente los católicos más inteligentes y piadosos, propusieron convertirles por medio de la persuasión, los buenos modales y los buenos ejemplos, porque preferían dejarles con sus errores fuera de la Iglesia, que hacer entrar por la fuerza a los hipócritas. Los jesuitas y sus amigos decían todo lo contrario, que había que emplear sin reservas la autoridad real y de los parlamentos; exigir a cualquier precio actos de catolicidad y después retenerles con el miedo a los suplicios, apoyando sus ideas en la máxima de que si los nuevos católicos tenían poca fe, los hijos

tendrían más y los nietos todavía más. La corte estuvo vacilando mucho tiempo entre los dos sistemas, lo que explica las alternativas de benignidad y de rigor. De todas formas prevaleció la idea de los jesuitas.

Decretos, órdenes, autos y otras disposiciones venían del consejo a golpear a los herejes, y eran tantas que incluso es imposible indicar la substancia. Prohibían a los reformados recoger fondos para el sustento de los pastores, recusar jueces sospechosos de favoritismo, imprimir libros de religión sin la autorización de los magistrados católicos, amenazar a los hugonotes con hacerles pagar multas si no se convertían al catolicismo, celebrar los cultos en los días que los obispos hacían las visitas pastorales, tener más de una clase y un maestro en las escuelas, y enseñar otra cosa que no fuera lectura, escritura y elementos de aritmética. Los pobres vivían oprimidos en la vida religiosa y civil, en su derechos políticos, en su estado doméstico, en la educación de sus hijos y cada iniquidad provocaba otras nuevas.

Algunos pastores habían celebrado reuniones declaradas ilegales sobre las mismas ruinas de los templos que les habían derribado injustamente y fueron condenados a retractarse por medio del paseo con una cuerda al cuello y ser expulsados de inmediato del reino. Las destrucciones de los templos se hacían por los motivos más fútiles: por la denuncia de un obispo o cualquier otro miembro del clero, o simplemente como sucedió a los creyentes de Saint-Hippolyte, por la acusación de haber faltado el respeto a un cura cuando iba por la calle con el viático.

En el Bearn había ochenta y seis templos y cuarenta y seis iglesias consideradas como puntos de misión con residencia pastoral. Tras un proceso que duró siete años, los lugares de culto quedaron reducidos a veinte y con problemas de toda naturaleza. Casi lo mismo sucedía en las demás provincias del reino.

En medio de tantas persecuciones físicas, había también las guerras de pluma, que tenían lugar al mismo tiempo y se libraban entre los más eminentes teólogos de las dos religiones. Aquí no intervenía la violencia material, porque estaban en igualdad de condiciones, y cuando los teólogos de gran talento atacaban la Reforma, había sólidos y hábiles campeones que la defendían. Los jansenistas no podían vivir sin la lucha por estar acostumbrados a ella y al hacer la paz con los jesuitas por mediación de Clemente IX, volvieron sus armas contra los

hugonotes con tanto celo, que ellos mismos se tildaban de calvinistas disfrazados.

El jubileo del año 1676 trajo lo que algunos historiadores llaman la conversión de Luis XIV. Este príncipe tenía profundos remordimientos por haber dado tantos escándalos a la corte y a sus vasallos, con sus adulterios públicos y prometió a sus directores espirituales, no volver a ver a la señora de Montespan; aunque no tuvo la suficiente fuerza de voluntad. Todo ello le produjo trastornos espirituales y morales que fueron hábilmente aprovechados contra los herejes por el padre La Chaise, que hacía un año le habían nombrado como confesor personal. Los reformados tuvieron que pagar las faltas del monarca y reconciliarle con el Dios que había ofendido, por medio de la abjuración o la persecución de los hugonotes.

La religión de Luis XIV estaba establecida. Si no tenía la suficiente piedad para vencer las pasiones, tenía la suficiente beatería para suponer que las expiaría con la persecución y eliminación de los herejes. El rey de Francia había recibido las primeras ideas religiosas de una madre española, Ana de Austria, hija de Felipe III que, bastante ignorante, intrigante y enamoradiza, le había creado muchos pequeños escrúpulos y muy pocas luces sobre la fe y la moral cristiana. Los jesuitas habían continuado su obra inspirando al alumno unos sentimientos que podrían servir para el cumplimiento de sus designios.

Más tarde comprendió que había sido mal educado y procuró subsanarlo interesándose en mostrar la dignidad y la autoridad de la corona. Luis XIV luchó siempre por imponer el predominio político galo sobre el continente europeo y abusó mucho del poder civil. El galicanismo que estableció era una amalgama de los antiguos principios de conciliación, con las nuevas formas del absolutismo político, hecha más en beneficio de la política que de la pacificación.

En cuanto a la religión, permaneció donde estaba y su moral valía tan poco como sus creencias. El escándalo que daba la publicidad de sus amores; las grandezas con las que educó a sus hijos adulterinos y la constante humillación a la que sometió a su esposa, eran una ofensa a la moral pública. Era un hombre que no respetaba los acuerdos, que no tenía noción de lo justo y de lo injusto; no respetaba los compromisos domésticos, se apropiaba de los bienes de sus súbditos, como los de su prima la señorita de Montpensier.

Aquellos que se enorgullecían de haberle convertido, siempre le habían hablado de dos deberes únicos: renunciar a la incontinencia y exterminar la herejía en sus estados.

Uno de los métodos que Luis XIV usó a menudo fue la compra de las conciencias a precio de dinero, que era otra demostración detestable de la educación religiosa recibida de su madre y de los jesuitas. Los beneficios que daban los economatos sirvieron para pagar abjuraciones de los herejes y creó una caja central, administrada por Pelesson, un individuo sin escrúpulos, de origen hugonote que abrazó el catolicismo para engrandecer su fortuna y de converso pasó a proselitista.

El establecimiento que abrió Pelesson era un banco o casa de comercio, organizada según las reglas, con sus corresponsales, la mayoría obispos y curas, con sus tarifas, letras de cambio, sucursales en las provincias y todo lo necesario para poder justificar los gastos. Para ello tenía que enviar certificados de abjuración debidamente firmados y facturas en buena forma que indicaran la cantidad desembolsada por cabeza o por familia de conversos al catolicismo.

El banco trabajaba para la obtención de conversiones a la rebaja: pagaba cinco o seis libras por cabeza; a veces daba dos pistolas (antigua moneda de oro) y en casos extraordinarios, ochenta francos. Pelesson presentaba regularmente al rey listas de seiscientos a ochocientos convertidos, con los correspondientes certificados y hacía insertar sus milagros en una especie de periódico. Hasta 1682, el número de conversiones efectuadas por ese medio se elevó a 48.130. Lo que no publicaba era que los conversos eran gente del pueblo bajo, pillos que comerciaban periódicamente con la conciencia, o desgraciados que cogían el dinero para comer un pedazo de pan, sin intención de renunciar a sus creencias. El rey se maravillaba por las numerosas conquistas; los prelados aplaudían; los jesuitas triunfaban y la gente más o menos inteligente no se creía nada.

Los fraudes se multiplicaron de tal forma que lo supo el rey, y en lugar de prohibir las componendas, en marzo de 1679, publicó un decreto más severo contra los relapsos, por el que además de la amenaza de expulsarles del país a perpetuidad, añadió la confiscación de todos sus bienes.

La paz de Nimega, hecha con todas las potencias europeas en 1679, fue el apogeo de la suerte de Luis XIV, que recibió el calificativo de

Grande. Los cortesanos y las gentes que le rodeaban, le prodigaron numerosas adulaciones y le consideraron un semi-dios. Este incienso acabó por embriagarle y empezó a creerse el solo y verdadero propietario del reino, el único legislador, el juez supremo y el alma viviente de todo el Estado, el dominador de los cuerpos y de los espíritus y trató de crimen de lesa majestad a todo opositor a la voluntad soberana del rey.

La señora de Maintenon era su concubina preferida y tenía mucha influencia sobre él. Era nieta de Agrippa de Aubigné, uno de los más firmes defensores de la fe calvinista y ella misma muy fiel con la religión de su infancia, que abandonó en 1651, a la edad de dieciséis años. Cuando los reformados vieron que tenía mucha intimidad y ascendencia con Luis XIV, creyeron que se acordaría de la fe de sus abuelos y emplearía su poder en defenderles, pero más ambiciosa todavía que Pellisson, quiso olvidar su origen herético y solamente deseaba conservar el corazón del rey. Parece que en alguna ocasión manifestó sentimientos de conmiseración por los hugonotes oprimidos.

El proyecto de extermino se hizo sistemático e invariable después de la paz de Nimega. Los gobernadores, comandantes, intendentes, oficiales del ejército, clero y togados, al enterarse que Luis XIV estaba decidido a acabar con los hugonotes, se sintieron animados por un gran deseo de hacer proselitismo y se hicieron misioneros. Su principal objetivo era enviar a la corte largas listas de abjuraciones; informes sobre cultos prohibidos, templos destruidos y congregaciones dispersadas. El consejo privado se asustaba a veces al ver tanto celo, aunque no quería frenarlo para que las víctimas no se reafirmaran en su resistencia. Cuando un magistrado deploraba esas medidas extremas, le contestaban diciendo que *Dios emplea todos los medios*.

En las villas de Blois, Alençon y otros lugares, bandas de miserables invadieron los templos, rompieron los libros sagrados, destrozaron el púlpito y los bancos, prendieron fuego a todo y las autoridades en vez de reprimir los abusos, les castigaban con la prohibición de celebrar cultos y exiliaban a los pastores. En veintiséis lugares distintos los templos fueron destruidos y el culto totalmente prohibido.

Sin embargo, Luis XIV seguía diciendo a los poderes protestantes de Europa, que sentía mucho respeto por el Edicto de Nantes. Bajo el reinado de los Valois, la persecución fue cruel, pero declarada abier-

tamente; bajo Luis XIV se envolvió durante mucho tiempo con hipocresía y solo la mano de los jesuitas se dejaba entrever.

A medida que nos acercamos a la Revocación del Edicto de Nantes, los numerosos decretos, edictos, órdenes y normativas, se multiplicaron y empeoraron la vida de los hugonotes. Citaré los más importantes.

Cargos públicos. Las exclusiones fueron totales y sin excepción. Los reformados no podían ser jueces, asesores, tesoreros, magistrados, abogados, notarios, procuradores, médicos, farmacéuticos, libreros, impresores, carteros, recaderos, etc. Tampoco quisieron que hubiese comadronas que pertenecieran a la religión pretendida reformada (R.P.R.), porque no creían que el bautismo fuera absolutamente necesario para los recién nacidos. En algunas regiones era materialmente imposible cumplir los edictos, porque a veces la gran mayoría de la población estaba compuesta por hugonotes.

Derechos civiles. Ninguna garantía en los tribunales de justicia. Las cámaras de diputados se suprimieron en 1669 y las que había compartidas en los parlamentos de Tolosa, Grenoble y Burdeos lo fueron también en 1679, porque según decía el preámbulo, todas las animosidades y querellas se habían terminado. Cuando se quejaban porque una sentencia era injusta, decían que la solución estaba en sus manos y era simplemente la de hacerse católicos.

Casamiento y patria potestad. Los matrimonios entre católicos y reformados no estaban permitidos, incluso eran nulos los anteriores que el casamiento hubiera legitimado. Quedaba prohibido tener criados católicos por miedo a que no fueran seducidos y sirvientes hugonotes, para que no fueran empleados como espías. No podían ser tutores, ni mandar a los hijos al extranjero antes de los dieciséis años. Los hijos ilegítimos debían ser considerados católicos y educarles en esa religión, cualquiera fuese la edad y condición y como la orden era retroactiva, se dieron casos ridículos y odiosos. Personas de setenta u ochenta años, se vieron obligados a entrar en la iglesia de Roma, porque su condición de bastardos les hacía legalmente católicos.

Todavía cometieron más ridiculeces. Salió un edicto el 17 de junio de 1681 declarando que los hijos de los reformados podían abjurar a la edad de siete años. La ley tuvo consecuencias terribles porque los hugonotes se vieron obligados a desconfiar del amigo, del vecino ca-

tólico, de una criada y de cualquier asomo de amistad de un extraño para con sus hijos. Un cura, un enemigo, un envidioso, un deudor descontento podía declarar ante la justicia que había visto a un niño hacer «*el por la señal* », besar la imagen de la Virgen o querer entrar en una iglesia católica, suficiente para llevarse a los niños, sobre todo hijos de ricos que podían pagar una pensión y encerrarles en un convento.

La señora de Maintenon hizo uso de esa abominable ley, porque después de intentar en vano convertir a su pariente el marqués de Villette, –el cual le respondió que necesitaba cien años para creer en la infalibilidad pontificia, y veinte para aceptar la presencia real de Cristo en la eucaristía–, le quitó a sus hijos, entre ellos una niña que más tarde sería la marquesa de Caylus.

Contratos e impuestos. A los nuevos convertidos, además de condonarles determinados pagos, se les concedían tres años para pagar las deudas, y todos los deudores de mala fe o morosos se hacían católicos. A los recalcitrantes les doblaban los impuestos y les cargaban con contribuciones arbitrarias que llamaban *de oficio* para que el fisco se equilibrara.

Ataques contra la propiedad. A las iglesias que condenaban, les confiscaban los bienes de toda naturaleza en favor de los hospitales católicos. Los testamentos que legaban bienes a las iglesias u otros lugares benéficos, quedaban anulados y hubo numerosos abusos sobre expropiaciones de propiedad privada.

Libertad de conciencia y de cultos. Se dio una orden a los médicos, cirujanos, y a todos aquellos que estaban en contacto con los enfermos, que avisaran a los magistrados del lugar, bajo castigo de quinientas libras de multa, para que éstos les visitaran, voluntariamente o por la fuerza, con sacerdote o sin él, y les preguntaran si querían abjurar.

Los pastores no podían hablar desde los púlpitos de los malos tiempos que corrían, ni atacar indirectamente a la iglesia romana, ni vivir a menos de seis leguas de los lugares de culto no autorizados. Prohibido congregarse en los templos, con el pretexto de hacer oraciones o cantar salmos, fuera del horario acostumbrado; imposibilidad de tener coloquios y obligación de admitir un comisario católico en los consistorios. Prohibición de ayudar económicamente a los enfermos o cuidarles en casas particulares. El colmo de las medidas de opresión

fueron la prohibición de recibir en los templos a los nuevos convertidos, bajo pena de expulsión y confiscación de bienes a los pastores y privación de toda manifestación religiosa dentro o fuera de los templos a los fieles. Esto fue lo que hizo que los hugonotes casi se entregaran al desespero. Algunos pensaron en abandonar toda manifestación pública y limitarse a orar a Dios en sus casas, porque no podían obligarles a montar la guardia en la puerta de los templos y hacer marchar a hermanos que quizá les habían abandonado, pero que volvían con lágrimas de arrepentimiento. Además, ¿qué señales podían hacer discernir que era un nuevo convertido? Tampoco conocían a todos los que habían abjurado y un traidor podía hacer condenar a toda una iglesia. Así destruyeron los templos de Bergerac, Montpellier, Saint Quentin, Montauban y amenazados muchos otros.

La situación iba de mal en peor por la intervención del marqués de Louvois, que quiso implicar a los militares en el problema. Desde la firma de la paz de Nimega, el hombre estaba ocioso y veía que no era necesario a su jefe. Inventó toda clase de intrigas en la corte para complacer al monarca, sin conseguirlo y se dio cuenta de que el único medio para hacerlo era secundándole en la conversión de los hugonotes y empleó en ello toda la violencia de su carácter y las tropas de que disponía.

Louvois escribió el 18 de marzo de 1681 a Marillac, gobernador de Poitou, una misiva donde le comunicaba que mandaría a su provincia un regimiento de caballería y que agradaría mucho a su majestad el rey, que el mayor número de oficiales y soldados se alojaran en casa de los hugonotes. También le recomendó que hiciera saber a todos los alcaldes y concejales del lugar, de palabra y no por escrito, para que no fuera dicho que el rey quería violentar a los de la religión pretendida reformada (R.P.R.).

Cuando un hugonote de clase media debía recibir en su casa a diez dragones, le obligaban a tener veinte. Las *dragonadas* impuestas por Louvois fueron, entre los años 1681 al 1686, los más crueles del protestantismo francés. Los dragones no se hacían repetir dos veces las órdenes y se permitían dentro de las casas toda clase de desórdenes e inconvenientes.

En un pueblo se lavaban los cabellos con vino; en otro destrozaban los muebles y tiraban por la ventana todo lo que no les agradaba. En

cuanto a comida y bebida, pedían lo imposible. Todas las poblaciones por donde habían pasado los dragones parecían campos de batalla. Esos soldados llevaban a sus víctimas a la Iglesia Católica con una cuerda atada al cuello o arrastrándoles por los cabellos, para así hacerles abjurar de su fe reformada y cuando no lo conseguían les mandaban a la cárcel para pasar largos meses encerrados.



Dragón. Dibujo del siglo XVII.

Las *dragonadas* dejaron un imborrable recuerdo de oprobio y horror del reinado de Luis XIV. Marillac fustigó sus tropas como si estuvieran en país enemigo, exigiendo a todos el dinero atrasado de las talas, excepto a los que se convertían. Los dragones se alojaban, entre cuatro y diez, en cada una de las casas particulares bajo la prohibición de matar a sus moradores, pero autorizados a hacer lo que quisieran para sacarles la abjuración.

La soldadesca se entregaba sin freno a sus pasiones y parecía que una horda de malhechores había invadido el reino. No daban un paso atrás ante nada y así destruyeron, robaron y torturaron a discreción. Los dragones ataban crucifijos en la extremidad de los mosquetes (antigua arma de fuego) y si las personas rechazaban besarlos, les golpeaban con la punta del mosquete.

Resulta imposible enumerar las atrocidades y crueldades cometidas en nombre de la religión, que soportaron los hugonotes por miedo al castigo, que hubiesen podido evitar, renegando de su fe. Localidades enteras se convertían al catolicismo cuando se enteraban que se acercaban los dragones; y para salvar sus vidas y sus bienes, cientos de personas iban a misa y se inscribían en las listas de los conversos. De esta forma en la localidad de Fossay hubo trescientas conversiones en cinco días. En la mayoría de los casos, los soldados no salían de un lugar hasta que toda la ciudadanía había renunciado a su religión o se había visto reducida a la mendicidad y entonces se llevaban todos los bienes, vendían las propiedades a un precio irrisorio y se retiraban en los bosques cercanos. Había siempre miserables que se aprovechaban de la aflicción de los hugonotes para enriquecerse comprando sus casas y bienes.

Para salvar las apariencias, cuando llegaban las quejas al rey sobre las violencias cometidas por los dragones, ordenaba que se controlaran las tropas para no dar verdaderos motivos a los hugonotes y al mismo tiempo no abrigaba dudas sobre sus deseos de ver como las conversiones se multiplicaban.

El Alto Lenguadoc y el Condado de Foix no fueron más agraciados que las demás regiones, ya que tuvieron que soportar las mismas vejaciones. El clero estaba impaciente por ver desaparecer los últimos vestigios de la religión reformada y confiaban que cuando los templos serían destruidos y los pastores puestos en la cárcel o mandados al exilio, el pueblo temeroso se echaría en multitud en los brazos de la Iglesia Católica e hicieron todo lo imaginable para conseguirlo: promesas, intimidaciones, amenazas, quejas y acusaciones falsas. A pesar de los loables esfuerzos que pastores y ancianos hicieron por impedir que se violaran las leyes y los decretos y que los nuevos católicos no asistieran a los cultos o tomaran la Santa Cena, los decretos fueron ejecutados y la Asamblea que se reunía en Bordes fue la primera en sufrir la consecuencias. A una queja del cura que pretendía que el templo no estaba lo suficiente alejado de la iglesia, tuvo que ser derrumbado el 24 de abril de 1682 y reconstruido «en el fondo de un campo» (17, T. I, pág. 24). Esto hubiese sido una pequeña contrariedad si los fieles de Bordes hubieran podido disfrutar en paz durante años del nuevo templo, pero pruebas más amargas les estaban reservadas.

Por un decreto del 9 de abril de 1685, les prohibieron celebrar los cultos, les condenaron a derribar su templo con dos más de la zona y se llevaron al pastor.

En los primeros días del año 1685, los reformados de Mazères desisitieron de celebrar los cultos en el templo porque un capitán de los dragones destacado en el pueblo, pretendía entrar en el templo cada vez que celebraban el culto y temían que el capitán fuera considerado un nuevo convertido, lo que les hubiera llevado a la suspensión de las reuniones y el cierre del templo. En el Mas-d´Azil hicieron destruir el templo, a costa de los reformados, «hasta los cimientos y en su lugar mandaron levantar una cruz sobre un pedestal que debía permanecer a perpetuidad, con la prohibición de sacarlo, bajo pena de pagar cincuenta libras» (17, T. I, pág. 24). Muy cerca de Mazères se encuentra Calmont, lugar de mis antepasados, cuyo templo fue destruido tres veces. El cuarto y actual data del año 1846.

Dieciséis representantes de las iglesias de las regiones de Languadoc, Condado de Foix, Delfinado, Vivarais y Cevenas, se reunieron en secreto en Tolosa en la primavera de 1683, convocados por Claude Brousson, abogado nacido en Nimes y redactaron un proyecto de dieciocho artículos con el objeto de volver a establecer la libertad de conciencia y de cultos, y al tiempo pidieron a los hugonotes de las regiones mencionadas donde se habían destruido gran número de iglesias, que se reunieran el 27 de junio siguiente, en las casas, jardines o en el campo, sin hacer ostentación de ninguna clase, para orar y celebrar un culto juntos. Los que habían hecho una abjuración forzada tenían que congregarse aparte para que los enemigos no tuvieran un pretexto y volvieran nuevas persecuciones. Además querían que se conociera públicamente el deseo de que los protestantes no eran indiferentes en materia religiosa, como decían a menudo los adversarios. La manifestación no tuvo el éxito total porque todas no pudieron celebrarse el mismo día.

Los católicos aprovecharon para hablar de otra nueva guerra de religión y aunque la corte no vio un peligro real, tomó medidas muy severas contra los que habían tomado parte. Louvois ordenó dispersar por la fuerza a todos los reunidos, entregar a la justicia a los prisioneros que debían ser castigados sobre el terreno y destruir las casas donde habían tenido lugar los encuentros.

Aunque en general *los de la religión* soportaron con resignada paciencia todo tipo de persecuciones, de vez en cuando hubo levantamientos en diversos lugares provocados por tantos abusos, sangre y violencia, que los hugonotes se vieron obligados a tomar las armas. En una localidad del Delfinado tuvo lugar en encuentro sangriento que les trajo funestas consecuencias. Entre cincuenta y sesenta hugonotes se defendieron contra tres escuadrones de dragones, pero mataron a la mayoría y los que pudieron se escondieron en una granja donde murieron quemados. La supuesta revuelta fue cortada de raíz y el tribunal empezó su obra sangrienta. Muchos prisioneros fueron condenados a las galeras y los jefes del movimiento a morir en la horca o en la rueda.

La noticia causó temor entre la población hugonote. El 27 de septiembre de 1683 tuvo lugar en el Ródano un encuentro que acabó con seiscientos sublevados. Los fugitivos fueron aniquilados sin piedad; los prisioneros ahorcados; las iglesias destruidas y la pobre ciudadanía tuvo que soportar los sufrimientos de un país conquistado. Los templos hugonotes cayeron en ruinas uno detrás de otro; las cárceles y las galeras se llenaron a rebosar y los cadáveres cubrían las calles. Las mujeres fueron particularmente muy maltratadas y el cadalso esperaba a las víctimas inocentes. Entre éstas se encontraba un pastor de mucho prestigio llamado Isaac Homel, anciano de setenta y dos años que animó a los suyos a perseverar y fue condenado a morir vivo en la rueda el 20 de octubre de 1683, acusado de fomentar los disturbios y ser particularmente peligroso, aunque a los más grandes facinerosos de esa edad no les sometían nunca a tan terrible suplicio. El verdugo que quería hacer bien su trabajo, le dio más de treinta golpes mientras acompañaba las torturas con blasfemias. Homel murió como un mártir el 20 de octubre de 1683.

En varias provincias solo quedaban uno o dos lugares donde celebraban cultos, que prohibían bajo el menor pretexto. La iglesia de Marennes, en la región de Saintonge, era una de las que permanecían de pie, pero fue suprimida por circunstancias inexplicables. El templo se había visto obligado a reunir de trece a catorce mil personas de distintos y lejanos lugares y pretendieron que habían dejado entrar algunos relapsos e hijos de nuevos conversos, por lo que empezaron a detener a los pastores y a muchos congregados, en la misma noche del sábado al domingo (1684).

Al día siguiente había cerca de diez mil fieles en la puerta del templo y entre ellos veintitrés niños para bautizar, que tuvieron que transportar a unos treinta y cinco km aproximadamente y por causa del mal tiempo algunos murieron por el camino.

La persecución era grande, pero la piedad se fortalecía en los mismos sufrimientos. Había fieles que andaban largas distancias para asistir a los cultos y no tan solo jóvenes con la fuerza de la edad, sino ancianos de ochenta años que se ponían en marcha, con el bastón en la mano, soportando el cansancio y los peligros del viaje, para tener por última vez el consuelo de orar con los hermanos. Los primeros que llegaban encontraban lugar dentro del templo, los demás permanecían alrededor cantando salmos y leyendo las Santas Escrituras y como las reuniones hubieran sido consideradas ilegales sin la presencia de un ministro, el pastor pasaba la noche con ellos exortándoles, con lágrimas en los ojos y con sus discursos, a permanecer firmes en la fe.

En mayo de 1685, el clero tuvo su asamblea plenaria y elogió al rey por los admirables éxitos obtenidos en la extirpación de la herejía. Luis XIV fue elevado por encima de los grandes príncipes de la antigüedad cristiana. El obispo de Valence dijo que la Iglesia Católica estaba agónica y sometida y el rey la había levantado con su celo, pues había hecho abandonar la herejía a todas las personas razonables *sin violencia y sin armas*; había dominado los espíritus ganando los corazones por medio de sus bondades y llevado a los perdidos, que *nunca hubiesen entrado en el seno de la iglesia, si no les hubiese abierto un camino sembrado de flores.*

La emigración suspendida en 1669 volvió a continuar en gran escala, y miles de familias salieron del país.

En 1685, las tropas estaban acantonadas en el Bearn para vigilar los movimientos del ejército español. España pidió una tregua y Louvois se acordó del método usado por Marillac en la región de Poitou y pidió permiso al rey para que los regimientos pudieran entrar en las casas que habitaban los hugonotes. El marqués de Boufflers, comandante de las tropas y el intendente Foucault, recibieron en el mes de julio, la orden de procurar, sobre todo, la conversión de los bearneses. Éste último empleó una crueldad sistemática y perfeccionó más de un instrumento de tortura. De esta forma volvieron las dragonadas que muy pronto se extendieron por toda Francia. Foucault anunció que el rey

ordenaba a todos los hugonotes volver a la unidad católica, y para empezar el trabajo, hizo entrar por la fuerza en una iglesia donde oficiaba el obispo Lescar, a unos cientos de bearneses. Inmediatamente cerraron las puertas e hicieron poner de rodillas a aquellos desgraciados a bastonazos, para recibir del obispo la absolución de la herejía, después de lo cual les advirtieron que si volvían a las *predicaciones* serían castigados por herejes.

Los reformados huyeron para esconderse en campos, bosques y cuevas de los Pirineos. Foucault mandó perseguirles como si fueran bestias salvajes y, cuando les cazaban, les hacían volver a sus casas para que alojaran a los militares. Los horrores cometidos en la región de Poitou fueron renovados y superados.

Los dragones entraban en las casas de los reformados con el sable en la mano gritando: *¡Muerte, muerte o católicos!;* después estropeaban todas las provisiones, rompían muebles, vendían a los agricultores de las cercanías lo que podían y también atacaban a las personas. Muchos hugonotes morían o enloquecían.

«Los gobernadores de las provincias limítrofes, pidieron a los dragones acantonados en el Bearn, que pasaran por sus regiones para convertir al catolicismo a sus habitantes y así poder mandar al rey las listas de los nuevos conversos. De Pau subieron hasta Montauban y tomaron la villa al asalto. La región de Castres, enloquecida, cedió muy pronto ante el terror de la soldadesca y cuando los hugonotes de Montpellier y de Nimes, vieron llegar a los dragones que estaban en Castres y habían convertido al catolicismo a todos los habitantes del valle del Ródano, abjuraron sin esperar las violencias de la tropa» (10, T. II, pág. 138).

He aquí parte de una abjuración hecha en Montauban el seis de septiembre de 1685. «Yo, Pedro Garrisson, doctor en leyes, con domicilio en Montauban, de cuarenta y seis años de edad, cedo bajo el peso de tantos males y temores y después de derramar un torrente de lágrimas, vengo a declarar con dolor inexplicable, que abandono la religión en la que Dios me hizo nacer y que he profesado con gran tranquilidad de conciencia y en la que esperaba vivir y morir. Pido a Dios que me perdone en su misericordia infinita una falta tan grande por amor de su Hijo nuestro Señor Jesucristo y prometo con sinceridad de corazón, que si Dios enternece el corazón de nuestro monarca y atiende nuestras

justas quejas y restablece los edictos… haré, con la ayuda de Dios, nueva profesión de religión y repararé el escándalo que mi actitud haya causado a las iglesias» (Boletín SHPF, 1902, pág. 544, documento conservado en la antigua Facultad de Teología de Montauban). No era suficiente que el cabeza de familia abjurara, pues los soldados no salían de la casa hasta que la esposa, los hijos y los criados hicieran profesión de fe católica.

Samuel de Pechels era un señor burgués de Montauban que evoca fielmente los momentos penosos y crueles de la llegada a la villa de los dragones, ocurrida dos meses antes de la firma de la revocación. «El 20 de agosto de 1685 las tropas entraron en Montauban y se alojaron en las casas de los protestantes. El deseo de hacer daño era tan grande que oficiales y soldados, con el permiso expreso de las autoridades, rivalizaron en violencias y desórdenes. Todos los practicantes de la nueva religión, sin distinción de sexo ni edad, recibieron tantas amenazas, golpes y robo de sus bienes, que la villa se vio maltratada como si fuera una población rebelde tomada al asalto. Mi casa se llenó de soldados y caballos de los oficiales. Esos hombres se adueñaron de las habitaciones con tan poca discreción que no pude guardar una sola para mi familia. También me fue imposible hacer comprender a esos miserables que les ofrecía todas mis posesiones sin resistir. Me hundieron todas las puertas, rompieron los baúles y armarios, prefiriendo saquear mis bienes de forma brutal, antes que aceptar las llaves que mi esposa y yo les dábamos. Hicieron pisotear por los caballos mis graneros llenos de trigo y harina e hicieron los mismo con el pan destinado a alimentar a mis hijos, sin que fuera posible parar su ira. Me echaron fuera de casa a mí y a mi mujer que estaba a punto de dar a luz y a mis cuatro hijos, sin tener el derecho de coger nada, excepto la cuna y algunos pañales del niño que iba a nacer» (Cita de *Les malheurs des Temps* Delumeau-Lequin, Larouse 1987).

Antes de que se acercaran los soldados, convocaban a los *religionarios* a una asamblea general. Según los lugares, el intendente o gobernador, el comandante de la tropa o el obispo, anunciaba que el rey no quería soportar más a los herejes en sus estados y que era necesario que voluntariamente o por la fuerza, abrazaran inmediatamente el catolicismo. Cuando aquellas gentes contestaban que estaban dispuestos a sacrificar por el rey, sus bienes y sus vidas, pero nunca

la conciencia, llegaban los dragones. A los pocos días había una nueva convocatoria, un nuevo llamamiento y normalmente se terminaba la resistencia. El terror llegó a ser tan grande, que era suficiente el anuncio de que venían los soldados, para que los hugonotes desfallecieran y repitieran las fórmulas de abjuración. Algunos pensaban que les estaba permitido ceder ante la violencia si se guardaba la fe.

Es importante saber que la fórmulas eran redactadas a menudo de forma que no comprometían la conciencia, porque tanto al clero como a los poderes públicos, les interesaba sobre todo el número de los prosélitos. He aquí, algunas de ellas empezaban con las palabras «*Me reúno*». Algunos fueron autorizados a redactar ellos mismos las actas de abjuración y decían: «*Reconozco y confieso que la Iglesia Católica apostólica y romana es como la de los tiempos de los apóstoles*» o «*conforme a la doctrina de nuestro Señor Jesucristo*» o que *«ama a Dios y a Jesucristo y le adora con el culto soberano que le pertenece».*

Lo que más daño material hizo a la gente fueron las dragonadas. El hecho espiritual de forzar la participación a la eucaristía,* sorprendió mucho a los piadosos y a los intelectuales, porque abrir la boca de los herejes con la punta de la bayoneta y echar la hostia dentro, debe ser un enorme sacrilegio, porque la misma Iglesia Católica enseña, que al tomarla indignamente la persona se hace culpable de pecado mortal. Los inquisidores españoles por lo menos tuvieron el pudor de impedir a los prisioneros que tomaran la comunión y asistieran a misa. Hubo protestas de gente piadosa y noble en el siglo de Luis XIV, particularmente del partido jansenista, pero la mayoría del clero, arrastrada por los jesuitas, obligaba a tomar la hostia a unos desgraciados, que lo hacían pálidos y temblorosos.

El consejo del rey, que contaba sólo con los actos externos, se extrañó y regocijó de las innumerables abjuraciones. Louvois escribía a su padre, el canciller, en los primeros días de septiembre de 1685 en estos términos: «Ha habido sesenta mil conversiones en la región de Burdeos y veinte mil en la de Montauban. Las cosas van tan deprisa, que antes de finales de mes no quedarán más de diez mil *religionarios* en toda la región de Burdeos, donde el día 15 del mes pasado había

* Nota del autor. La Iglesia Católica emplea la palabra Eucaristía, y la protestante Santa Cena.

ciento cincuenta mil». El duque de Noailles decía a Louvois que el número de *religionarios* de la provincia de Nimes era de unos doscientos cuarenta mil y creía que a finales de mes no quedaría ninguno (11, págs. 405-406).

Los que estaban alrededor de la corte creyeron que para hacer las abjuraciones más seguras y firmes, era necesario envolverlas en un acto legal y Luis XIV asediado por su confesor, por el canciller del reino y acosado por el ministro de la guerra; sin saber demasiado lo que sucedía en sus territorios, porque vivía rodeado de aduladores y después de consultar a los arzobispos Harlay y Bossuet, decidió firmar el Edicto de Fontainebleau, más conocido por el nombre de la Revocación del Edicto de Nantes, un 18 de octubre de 1685. Dios le dejó treinta años más sobre el trono para hacerle llevar todo el peso del crimen.

Ante mí tengo el Edicto de Nantes compuesto de 92 artículos y la Revocación del Edicto de Nantes con 12 artículos. El preámbulo del acto de revocación es un testimonio de la gran mentira con la que abusaron del rey, cuando dice: «Vemos en este momento presente, con el justo agradecimiento que debemos a Dios, cómo nuestros cuidados han conseguido los fines que nos propusimos, ya que la gran mayoría de nuestros súbditos de la Religión Pretendida Reformada han abrazado la Católica y el cumplimiento del Edicto de Nantes permanece inútil».

Resumen de la revocación.

Art. I. Todos los templos de la R.P.R. deben ser destruidos.

Art. II. No se celebrará ninguna clase de cultos, bajo ningún pretexto, bajo pena de confiscación de cuerpos y bienes.

Art. IV. Concesión de quince días para que los pastores que no quieran convertirse y abrazar la religión católica, abandonen el país, bajo pena de galeras.

Art. V. Promesa a los ministros convertidos, de una pensión, una tercera parte superior a la que perciben, la mitad de la cual la recibirán las viudas después de su muerte.

Art. VI. Dispensa de estudios académicos a los que quieran entrar en la abogacía. Para el doctorado solo el pago de la mitad de las tasas.

Art. VII. Prohibición a los padres de instruir a sus hijos en la religión reformada.

Art. VIII. Obligación de bautizar a los niños y llevarles a la iglesia católica, bajo pena de quinientas libras de multa.
Art. IX. Orden a todos los exiliados de volver al país antes de cuatro meses, bajo pena de confiscación de bienes.
Art. X. Prohibición a los *religionarios* de emigrar, bajo penas de galeras los hombres y reclusión a perpetuidad las mujeres.

Al final se encuentra la confirmación de las leyes para los relapsos.

El último artículo es despreciable y está concebido en los siguientes términos: «Podrán además, los miembros de la Religión Pretendida Reformada, en espera de que plazca a Dios iluminarles como a los demás, permanecer en las villas y lugares de nuestro reino… sin que sean molestados o impedidos, bajo pretexto de la mencionada religión reformada y como condición ya anunciada, no podrán celebrar cultos».

El edicto parecía respetar la libertad personal de conciencia en el fuero interior y en el hogar. Los hugonotes se alegraron como si se tratara de un bálsamo sanador, y algunos dejaron en suspenso los preparativos para la marcha, pero jamás una esperanza resultaría tan decepcionada.



Una Asamblea del Desierto. Le Mas Soubeyran. Mialet.
Pintura de M. Leenhardt.



Asamblea del Desierto. Le Mas Soubeyran. Mialet. Siglo XVIII
Pintura de Jeanne Lombard.

El tiempo demostró que las palabras *en espera de que plazca a Dios iluminarles como a los demás*, significaba: en espera de que como sus correligionarios, sean convertidos por los dragones. Louvois escribió a los delegados de las provincias: «Su majestad quiere llevar a los que no quieren cambiar de religión, hasta las últimas crueldades de la persecución y los que por vanagloria quieren ser los últimos en claudicar, serán acosados hasta el postrer aliento».

El 18 de octubre de 1685 debiera considerarse como uno de los días más nefastos en la historia de Francia. Se derogaba la legislación del Edicto de Nantes que permitía a los protestantes celebrar cultos, lo que en realidad significaba el fin del protestantismo oficial. El número de hugonotes disminuyó hasta llegar, según algunos historiadores, a 750.000. Se perdieron todos los privilegios políticos conseguidos en la paz de Alès en 1629 y se renovaron grandes ataques de los dragones que invadieron casas habitadas en el Midi francés, (1683 a 1685) y obligaron a la emigración y a las conversiones en masa.

El Edicto de Fontainebleau fue la gran tragedia que trastornó, empobreció e hizo descender el prestigio de Francia durante generaciones. El último artículo del Edicto de Revocación que dejaba a los

reformados la libertad de conciencia, nunca se tuvo en cuenta y todos los hugonotes fueron considerados nuevos conversos y obligados a asistir a misa y comulgar. Muchos emigraron hacia otros países y sus bienes fueron confiscados.

La política de Enrique IV, Richelieu, Mazarino y del mismo Luis XIV, fue herida de muerte. Ya no era posible conservar los aliados naturales de Francia en la Europa protestante, cuando resonaba en todo el mundo el lamentable grito de los reformados, que se levantaron como un solo hombre contra Luis XIV y encontraron un jefe en Guillermo de Orange. La revolución parlamentaria de 1688 fue la respuesta al atentado real de 1685.

CAMINOS DEL EXILIO



El mariscal Vauban, sabio ingeniero, nombrado por el rey comisario general de fortificaciones, y encargado de la protección de las fronteras, que había manifestado al rey las nefastas consecuencias de la Revocación del Edicto de Nantes escribió sólo un año después de la triste revocación que Francia había perdido cien mil habitantes, sesenta millones en monedas de plata, nueve mil marinos, doce mil aguerridos soldados, seiscientos oficiales y las fábricas más florecientes. El comercio se arruinó en todas sus facetas y una cuarta parte del reino quedó sensiblemente deshabitado.

A partir de aquel momento, la fortuna de Luis XIV se vio muy disminuida y algunos años más tarde vencido en varias batallas, aquel rey soberbio y feliz en la primera mitad de su reinado, pidió humildemente hacer las paces con Europa y la obtuvo en Utrecht bajo condiciones duras de aceptar. Durante todo el siglo XVII el país tuvo que soportar las consecuencias del mal paso dado por el rey.

Además el prestigio de la realeza quedó profundamente tocado. Aunque la gente guardó las apariencias de sumisión y respeto, muchos empezaron a sublevarse contra la omnipotencia del monarca. Las personas se preguntaban si los pueblos debían confiar en un solo hombre, que podía dejarse influenciar por una favorita, por un confesor, por tontas supersticiones o por una loca pasión de gloria personal.

Al considerar la hipócrita beatería del rey; las despreciables intrigas de sus confesores; las odiosas profanaciones sancionadas por el clero; los soldados transformados en los llamados *misioneros embotados*; el luto y la sangre mezcladas con la religión y todas las leyes divinas y humanas pisoteadas por aquellos que estaban encargados de defenderlas, hicieron que las clases altas de la nación se volvieran totalmente escépticas. A la muerte de Luis XIV, la corte estaba llena de incrédulos y Voltaire es un de los que salieron de las entrañas de esa generación.

Muchas cosas se perdieron a causa del Edicto de Revocación. Perdió la realeza, las fuerzas políticas, la riqueza pública, la industria, la moral, el espíritu religioso y el mismo clero católico, porque la maldad trae consigo la desgracia.

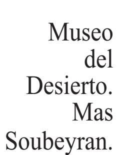


Museo del Protestantismo. Ferrières.



Museo del Desierto. Mas Soubeyran.

Púlpitos desmontables de distintas épocas, empleados en las Asambleas del Desierto. Fotos del autor.



Museo del Desierto. Mas Soubeyran.



Capítulo 5

Desde la revocación del Edicto de Nantes hasta el Edicto de Tolerancia (1685–1787)

Dos influencias opuestas comparten este nuevo período de tiempo: el espíritu tradicional de persecución que todavía inspira crueles violencias y espantosos suplicios hasta la segunda mitad del siglo XVIII y un nuevo espíritu de tolerancia que emana de la conciencia de algunos hombres de bien y se manifiesta por los escritos de filósofos, de la magistratura, de los consejeros del rey, de las clases intelectuales, que adquieren una autoridad irresistible y obligan a los curas a aceptar enseñanzas más consistentes y verdaderas, más morales y más cristianas que las suyas.

El canciller Latellier cuando puso los sellos del Estado sobre la revocación del Edicto de Nantes, pronunció con gozo y acento triunfal el «¡por fin!». Tanto él como Luis XIV, creyeron que con el Edicto todos los problemas causados por los herejes habían terminado, pero se equivocaron totalmente, porque todo iba a empezar de nuevo.

Mientras los hugonotes tuvieron algo que perder, aunque solo fuera una sombra en su imaginación de su antigua libertad o el nombre del Edicto de Enrique IV, la mayoría se había limitado a quejarse y a pedir justicia, ya que siempre estuvieron confiando en la bondad de la ley, de la justicia y que la perspectiva humana del rey se manifestara favorable a su causa. Tan larga fue su paciente espera que se hizo proverbial el dicho *tiene la paciencia de un hugonote*. Pero cuando ya vieron que todo estaba perdido, absolutamente todo, consultaron a sus

conciencias y a su fe ultrajada y comenzaron a desafiar los edictos al precio del exilio, de las galeras y de la misma muerte. Incluso lograron fatigar le ferocidad de los verdugos.

Una enseñanza sobresale de la época que entramos: que es más fácil hacer mártires que apóstatas, y que la fuerza de la espada se debilita ante el poder de las ideas.

El cumplimiento del Edicto de Revocación fue rigurosamente ejecutado contra los pastores y llegaron a superar la letra de la ley que les concedía un plazo de quince días para apostatar. Apenas publicado el Edicto real, doscientos obreros destruyeron el templo de Charenton, donde se reunían los hugonotes parisienses y su pastor Jean-Claude, el *sedicioso*, como le llamaba Madame de Maintenon, fue detenido el mismo día para ser conducido manu militari hasta la frontera antes de veinticuatro horas. Los demás pastores de París obtuvieron dos días para hacer los preparativos de salida. Los de provincias tuvieron un poco más de tiempo, pero sin ningún derecho y respeto a la familia, pues les quitaron a los hijos que tenían más de siete años. Algunos tuvieron que abandonar a niños de pecho y tomar el camino del exilio sosteniendo a sus esposas llenas de dolor.

Habían pensado conseguir muchas abjuraciones y hubo muy pocas; incluso los pastores que habían claudicado en un momento de estupor y temor, volvieron casi todos a la fe. Hubo ancianos de ochenta y noventa años que recogieron los restos de sus vidas para emprender lejanos viajes y más de uno murió antes de alcanzar el asilo donde debía descansar de su trabajo.

La llegada de esos pastores a tierra extranjera produjo un sentimiento inexplicable. De todas partes acudían personas llenas de indignación y lástima, con lágrimas en los ojos, para saludar a aquellos venerables confesores del Evangelio, que con el bastón de peregrino en la mano, las ropas hechas jirones, el rostro enflaquecido, llorando a sus hijos y congregaciones que habían tenido que abandonar en manos de sus perseguidores, se acercaban para sentarse en el hogar de la hospitalidad. Un clamor inmenso y unánime se levantó en toda la cristiandad reformada contra Luis XIV y hasta los católicos de aquellos países sintieron la vergüenza en sus rostros cuando pensaban en su iglesia tan llena de oprobio y tan poco evangélica.

Los fieles siguieron a los pastores como un solo hombre. Fue en vano que leyes cada vez más implacables, que condenaban a galeras perpetuas a los hombres que intentaban expatriarse y reclusión de por vida a las mujeres; para unos y otros la confiscación de todos los bienes; los que les habían ayudado en la huida a las mismas penas y después a la pena de muerte y la promesa a los delatores de una parte de los despojos de las víctimas. La emigración fue poco a poco en aumento hasta alcanzar límites insospechados aunque el despotismo de Luis XIV no consiguió sus propósitos.

No se pueden concebir semejantes leyes en nuestros días, porque si el rey sólo quería que hubiese la religión católica romana en Francia, por lo menos tenía que autorizar a los que no querían serlo o no lo eran, a salir del reino. Este es un principio tan elemental en justicia, que la Inquisición española y la Liga, habían permitido siempre escoger entre la abjuración y la expulsión del país. El Rey Sol, por un abuso inaudito de poder no lo permitió nunca.

El vocabulario usado en los decretos era tan inconcebible como el contenido. Se daba a las palabras un sentido monstruoso y así podía leerse que la huida a un país extranjero era una *desobediencia criminal*, como si fuese un crimen abandonarlo todo antes que negar la fe. También decían que los fugitivos eran culpables de *ingratitud* por no aprovechar la autorización de volver al país, como si no hubiesen impuesto como condición única y absoluta volver a la religión del Estado si querían regresar.

Pusieron guardias en la entrada de las ciudades, en el vado de los ríos, en los puertos, en los puentes, en los caminos principales y en todas las entradas que llevaban a las fronteras, donde miles de aldeanos se unían a las tropas escalonadas de distancia en distancia, para conseguir el salario prometido a todos los que detuvieran a los fugitivos. Todo fracasó. Los emigrantes adquirían salvoconductos que vendían hasta los secretarios de los gobernadores; compraban a los guardianes previo pago de ocho mil libras por evasión y algunos más intrépidos, franquearon la frontera con la espada en la mano.

La mayoría andaba por la noche por sendas nada frecuentadas y de día se escondía en las cuevas. Llevaban itinerarios trazados para el viaje que les habían dibujado correligionarios del lugar y bajaban precipicios, subían montañas, se disfrazaban de pastores, peregrinos, soldados,

cazadores, negociantes, mendigos: eran fugitivos. Algunos, para escapar de toda sospecha fingían vender cruces, medallas y rosarios. Son increíbles las cosas que hicieron para conseguir los objetivos. Un testigo ocular escribe que vio a mujeres y jóvenes hacerse las enfermas, las mudas y las locas.

El mar facilitó la evasión de muchos hugonotes, que se escondían en los puertos entre las mercancías, en toneles y en montones de carbón; también se apiñaban en cuevas y hubo niños que pasaron semanas enteras en malsanos escondites sin un solo grito por miedo a traicionarse. A veces se atrevieron a cruzar el Canal en simples barquillas, sin siquiera haber hecho provisiones para la travesía y con un poco de agua salobre, con la cual las madres humedecían los labios de sus retoños.

Un oficial francés de las Cevenas que navegaba en un barco holandés explica que el 17 de abril de 1687 encontró en el Mediterráneo un barco de Marsella cargado de hugonotes que deportaban a las Antillas. «Tan pronto como estuvimos a bordo del barco francés, el capitán mandó traernos comida y unos momentos más tarde vimos aparecer algunas señoritas que llevaban la muerte pintada en el rostro y subían a tomar el aire en la cubierta de abajo. Les preguntamos si iban a correr una aventura en América y nos contestaron con voz firme: "Nos vamos porque no queremos adorar más a la bestia, ni postrarnos delante de las imágenes. Éste es nuestro crimen".

El oficial reconoció a una de sus primas y pidió permiso al capitán para bajar la escalera. "Cuando llegué abajo, vi a ochenta señoritas y mujeres tendidas sobre colchones, la mayoría de ellas estaban enfermas. Quedé mudo de estupor y no supe que decirles. Me contaron cosas del mundo conmovedoras y en vez de consolarlas, fueron ellas las que lo hicieron. Me dijeron que todo venía de Aquel que es el Rey de reyes y en Él ponían toda su esperanza."

Había mujeres de toda edad y condición y me dijeron que cuando salieron de Marsella eran doscientas cincuenta personas, entre hombres, mujeres y niños y que en quince días habían muerto dieciocho. Había una mujer de Poitou y todas las demás eran de Nimes o Montpellier y sus alrededores» (10, pág. 148).

Miles de emigrantes perecieron de cansancio, de frío, de hambre, en naufragios o por las balas de los soldados. Otros miles fueron hechos prisioneros, encadenados con asesinos, arrastrados por todo el reino

para inspirar más miedo a sus correligionarios y condenados a remar con la chusma de presidiarios. Las galeras de Marsella se llenaron de esos desgraciados, entre los cuales se veían exmagistrados, oficiales, gentilhombres y ancianos. A las mujeres las apiñaban en los conventos y en la torre de Constanza, en la fortaleza de Aigues Mortes, donde las condiciones de vida eran infrahumanas. Pero ni amenazas, ni barreras, ni peligros, ni suplicios pudieron prevalecer contra la energía y la heroica perseverancia de las conciencias oprimidas.

La corte tuvo miedo a la despoblación del reino y de la industria y creyó que lo que empujaba a los franceses salir de Francia no era un asunto de fe, sino el atractivo de desafiar un peligro o la aventura, por lo que un día empezaron a abrir todos los pasos para facilitar la salida del país. Al día siguiente los cerraban, porque vieron que la emigración aumentaba considerablemente.

Los pueblos extranjeros se conmovieron de la desgracia de sus hermanos y se llenaron de simpatía por los refugiados. Inglaterra, Suiza, Holanda, Prusia, Dinamarca y Suecia, proveyeron generosamente a sus primeras necesidades y nunca se demostró tan claramente, como el amor y la caridad recíprocas, podían extraer de un manantial que nunca se agotó. Cuanto más daban, más les parecía que podían dar. Los simples particulares rivalizaban con los gobiernos en la distribución de ayudas. Les buscaron trabajo; viviendas; los mismos templos les albergaron momentáneamente y en contrapartida, los hugonotes les pagaron la hospitalidad con el ejemplo de su fe.

Es difícil fijar con precisión el número de refugiados. Hacia 1660 se hablaba de un millón de reformados (43, pág. 13) y un intendente de la Saintonge escribió en 1698 que su provincia había perdido cien mil *religionarios*. El Lenguadoc entre cuarenta y cincuenta mil antes de la guerra de los «*camisards o encamisados*» y la Guyenne otros tantos. La emigración fue aún más considerable en las regiones del Lionesado y Delfinado a causa de la proximidad de las fronteras. Pueblos enteros quedaron abandonados y algunas ciudades medio desiertas. Cientos de fábricas cerraron; hubo industrias que desaparecieron totalmente y vastas extensiones de terreno quedaron yermas por falta de brazos para cultivarlas.

«Voltaire dijo que en el espacio de tres años, cerca de cincuenta mil familias salieron del reino y siguieron muchas más. El pastor del

desierto llamado Antonio Court elevó la cifra a ochocientas mil personas. M. de Sismondi cree que ateniéndonos a las cifras más bajas, quedaron en Francia un poco más de un millón de reformados y que entre trescientos y cuatrocientos mil emigraron. Un escritor hostil a la Reforma, de nombre Capefigue, que consultó los listados de la emigración, habla de 225 a 230.000 almas, a saber: 1.580 ministros, profesores y estudiantes de teología, 2.300 ancianos, 15.000 gentilhombres y el resto compuesto esencialmente de negociantes y artesanos. Es necesario observar que los intendentes eran los que confeccionaban los informes en los primeros años después de la revocación y que tenían interés en disminuir el numero de emigrantes para evitar la acusación de negligencia» (13, pág. 418).

Se contaron hasta mil trescientos refugiados pasar por la ciudad de Ginebra en una sola semana. Inglaterra formó once regimientos con los que quisieron tomar las armas y en Londres se fundaron veintidós iglesias francesas. Un barrio entero de esa gran ciudad fue poblado por hugonotes. Holanda obtuvo más habitantes de los que Luis XIV les había hecho perder en sus invasiones y se fundaron colonias de reformados desde América del Norte hasta el Cabo de Buena Esperanza.

Algunos han comparado esta emigración a la producida en 1792, pero hay más diferencias entre ellas que parecidos. Los emigrantes de la revolución solo habían perdido privilegios aristocráticos; los refugiados de la revocación habían sido despojados de la libertad de conciencia y de su vida religiosa y civil. Los primeros que dejaron su patria para emigrar, lo hicieron porque no querían aceptar el derecho común impuesto por la fuerza; los otros porque les habían quitado el derecho común. La emigración de 1792 estaba compuesta por individuos de una sola clase que únicamente conocían el servicio de las armas, la emigración de 1685 englobaba todos los elementos constitutivos de un pueblo: profesores, hombres de negocio, políticos, fabricantes, obreros y campesinos. Los hugonotes refugiados fundaron numerosos establecimientos, algunos de los cuales subsisten en nuestros días; mientras que los últimos emigrados no dejaron huellas duraderas a su paso.

También es difícil calcular el número de hugonotes que perecieron en los intentos de emigración, en las escaramuzas del camino, en las cárceles, en las galeras y el cadalso, desde el Edicto de Revocación (1685), hasta el Edicto de Tolerancia (1787), de Luis XVI. El histo-

riador M. de Sismondi dice que perecieron entre tres y cuatro cientos mil, lo que parece una cifra excesiva.

Los hugonotes que quedaron, cada vez que intentaban levantar la cabeza, tenían que soportar las dragonadas y solo evitaron las persecuciones los luteranos de Alsacia, que eran muy numerosos y estaban protegidos por recientes acuerdos diplomáticos.

En París, las autoridades se contuvieron por miedo a molestar las juergas y los descansos de Luis XIV, aunque cuatro días después de la revocación, destruyeron el templo de Charenton hasta la última piedra y sus miembros recibieron la orden de alistarse sin dilación a las filas del rey. Toda vez que no se daban prisa por obedecer, encarcelaron a los principales ancianos después de mandarles cartas selladas.

Todos los hugonotes del país estaban obligados a obedecer el artículo del Edicto que obligaba mandar a los niños a la escuela católica y al catecismo. Pero salió otro decreto que ordenaba quitar a los hijos que tuvieran entre cinco y dieciséis años, de aquellos que se sospechaba seguían en la religión reformada y confiarlos a familiares católicos o colocarlos en algún centro. Esta ley superaba la medida de lo posible, porque no había en Francia los suficientes colegios, hospitales o conventos, para acoger tantas víctimas y al final se limitaron a llevarse los hijos de los ricos que podían pagar una pensión alimenticia, especialmente preferían a las niñas. Esta odiosa especie de raptos se sucedieron durante gran parte del siglo y muchas familias conservaron el doloroso recuerdo.

Las autoridades hicieron la guerra tanto a libros como a personas. Los comandantes recibieron la orden de visitar las casas de los reformados, con el índex de los libros prohibidos en la mano, para llevarse los escritos sospechosos. Estos registros se hacían sistemáticamente y lograron destruir una gran cantidad de obras hasta el último ejemplar. La Biblia fue el libro más buscado y era quemado con saña.

Faltaban curas para enseñar regularmente las doctrinas católicas a la gran multitud de pretendidos convertidos y se vieron obligados a emplear capuchinos y de otras órdenes, la mayoría groseros, impúdicos, iletrados y a veces algunos sin moral, lo que entre los hugonotes excitó el asco y el desprecio. Los niños les cerraban la boca con lo que sabían de la Biblia y las personas mayores profundizaban su aversión hacia una iglesia que usaba tales ministros.

También tuvieron que recurrir a otros castigos para que manifestaran actos de catolicidad. Los curas hacían sentar en bancos aparte a los hugonotes, que llamaban *hermanos reunidos* y los que no asistían a la misa o no tomaban la eucaristía, les infligían severos castigos. Los soldados ayudaban a la persecución y controlaban que los *religionarios* cumplieran con todos los ritos de la Iglesia Romana, para no tener que devolverles los muebles o enseres que les habían quitado.

El decreto de 20 de abril de 1686 decía: «en cuanto a los enfermos que hayan rechazado el sacramento y recobren la salud, deberán ser juzgados por los jueces y ser condenados a las galeras perpetuas y confiscación de bienes; en cuanto a las mujeres y jóvenes, deberán ser condenadas al encierro y confiscación de bienes y los muertos en esta triste situación, será procesado el cadáver o su memoria, como está previsto en los artículos de asuntos criminales, del título 22 de la orden de agosto de 1670 y serán arrastrados, echados al vertedero y sus bienes confiscados» (25, pág. 129).

A pesar del rigor de la leyes y posiblemente a causa de ese rigor, los reformados se levantaban y reaparecían. Llenos de horror por un catolicismo que habían fingido abrazar bajo la amenaza del sable de los dragones y maldiciendo una ley infame y sacrílega, que les ordenaba tomar la comunión en una iglesia en la que no creían, ni aceptaban sus dogmas; la vergüenza, los remordimientos y la necesidad de expiar la falta que habían cometido, servía para darles renovado ánimo. Los hugonotes empezaron a celebrar sus cultos en lugares aislados; en la cima de las colinas para vigilar al enemigo; en el fondo de los valles para estar camuflados y se prometieron, en el nombre de Dios, vivir y morir en la fe reformada. A estos hugonotes se les llamará los de la *iglesia del desierto*, no por la realidad física del rechazo, sino porque durante más de un siglo de intolerancia y persecución, por la revocación del Edicto de Nantes, celebrarán las reuniones en la clandestinidad. El *desierto* tiene una dimensión bíblica y un profundo significado espiritual: Cuarenta años estuvieron los hebreos errando por el desierto; lugar de tribulaciones, de luchas, de tentaciones y desespero, pero también un lugar donde se oyó la voz de Dios hablando directamente a su pueblo.

La oposición se manifestó particularmente en las regiones montañosas del Alto-Lenguadoc, Vivarais y Cevenas, porque ofrecían escon-

dites casi inaccesibles a los soldados de a pie. Será en estas provincias donde se concentrarán los principales hechos de nuestra historia, por varias razones y una de ellas es la abundancia de material escrito, sobre todo de la última región.

En los comienzos de la reforma francesa, estaban en primera fila las provincias vecinas de París. Enseguida vino el Bearn, Cevenas, la región de Poitou, Guyenne y Saintonge. Ahora la Reforma se mantiene en las cimas de las montañas de Lenguadoc. Las demás provincias del Midi siguieron el movimiento un poco más tarde y con menos fuerza. Los hugonotes que vivían en el centro del país, en el oeste y en el norte, se encerraron durante mucho tiempo en el silencio del culto doméstico.

A finales del siglo XVII y comienzos del XVIII, las asambleas reformadas se parecían mucho a las de los primeros días de Calvino y de Farel, en cuanto a que estaban compuestas de gente sencilla y mas bien pobre. Los nobles y los ricos habían abjurado o buscado asilo en tierra extranjera y los que no habían ni huido, ni claudicado, se tenían separados. De 1559 a 1685, la Reforma francesa contó con grandes familias que quizás aportaron menos vida religiosa y más pasiones políticas, y que después de la revocación se mezclaron con las masas populares para tomar nuevas fuerzas, dedicación y una constancia nunca antes manifestada.

Algunos pastores, cuando se enteraron de la existencia de esas asambleas, volvieron a Francia y como eran insuficientes para hacer la labor, buscaron ayudantes a los que llamaron *predicadores*. Eran trabajadores, jornaleros, pastores, agricultores, artesanos, que sin otra preparación que el fervor y el celo, se levantaban en las reuniones y de la abundancia del corazón dirigían a los asistentes piadosas exhortaciones de la Palabra.

El rey, sus ministros y los jesuitas, al enterarse de que los pretendidos conversos volvían a celebrar cultos, tuvieron un frenético exceso de ira y en julio de 1686 volvieron con un nuevo decreto que castigaba con pena de muerte a los pastores que hubiesen vuelto al país; a la pena de galeras perpetuas a los que prestasen cualquier clase de ayuda o albergue a los hugonotes; reclusión perpetua y la cabeza rapada a las mujeres; recompensa de cinco mil quinientas libras al que detuviera o hiciera detener a un ministro y por último, pena de muerte contra los que fuesen sorprendidos en reunión. Resulta difícil comprender cómo

de la corte de Luis XIV saliera una ley que podría avergonzar a los caníbales.

«A principios de 1666 el capitán del regimiento de La Ferre, llamado Norville, se enteró de que había una asamblea en Saint-Germain-de Calberte, en las montañas Cevenas y se puso a la cabeza de su destacamento acompañado del cura del lugar, llamado Boissière y cayó en la reunión en el momento que celebraban la Santa Cena. Después de una descarga de fusilería, que hizo caer a muchos, ordenó a los soldados coger la espada y golpear a hombres y mujeres sin miramientos. Muchos perecieron.

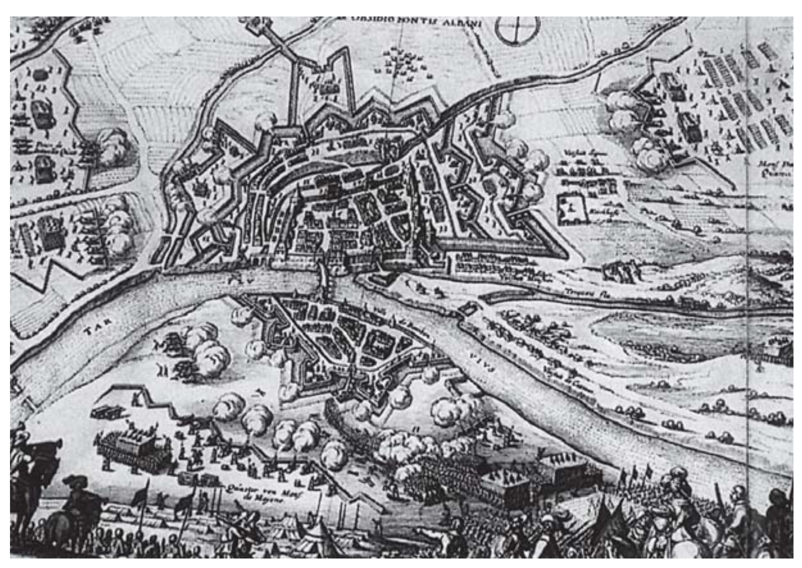
»El 7 de julio del mismo año, un tal Persan, capitán del regimiento de Barbessière, sorprendió una asamblea de unas mil cuatrocientas o mil quinientas personas, convocada en un bosque llamado La Combe de Coutel, a dos leguas de Uzès y la hizo rodear por los cuatro costados a la vez que ordenaba una descarga que mató a varias personas e hirió a muchas más, después de lo cual mandó desenfundar las bayonetas y ponerlas en el fusil y cortar en pedazos a la mayoría de los que quedaban. D´Aigaliers, gentilhombre de Uzès, asegura en sus memorias que vio como seiscientas personas que estaban en el lugar, fueron degolladas como corderos y añade que el cruel comandante mandó a los mismos dragones, que colgaran algunos y le contestaron que eran soldados y no verdugos» (25, pág. 133). Así actuaban los «misioneros con botas».

Aunque el éxodo de hugonotes era de gran envergadura, fueron mucho más numerosos los que se quedaron y no quisieron ir al exilio. Prefirieron seguir soportando las inicuas dragonadas, que eran abundantes en el Delfinado y en Lenguadoc, donde la persecución era intensa. Reducidos a los peores extremos, muchos hugonotes se dejaron conquistar por una extraña exaltación de profetismo religioso. En 1686, un tal Pedro Jurieu escribió una exposición sobre el Apocalipsis, que se difundió en todas las Cevenas, en la cual predecía la próxima liberación de la iglesia; la caída de Babilonia que debía aplicarse a la Iglesia Católica y el castigo de Faraón, representado por Luis XIV. Todo ello ello tendría lugar en 1689.

Uno de sus discípulos llamado Du Serre, enseñaba los puntos de vista proféticos de su maestro en el Delfinado y éstos, que habían crecido en medio de los horrores de las dragonadas, empezaron a recorrer

los pueblos de la provincia como *pequeños profetas*. Hablaban de los terribles juicios del Apocalipsis y anunciaban su próximo cumplimiento. *La bella Isabeau*, que era una señorita joven, jugó un papel importante en esos viajes, donde miles de personas que se habían visto casi obligadas a volver al Catolicismo, volvieron a la fe anterior y rechazaron asistir a misa. Por todas partes aparecieron nuevos profetas, que eran trotamundos de Dios, que con peligro de sus vidas y a pesar de los rigores del clima, celebraban reuniones por doquier.

El alojamiento de los soldados en las casas se triplicaba; a los recalcitrantes se les mandaba en prisión y los dragones sorprendían a las asambleas del desierto en pleno culto hiriendo a muchos, colgando a otros de los árboles y llevándose a la cárcel a los más destacados para después ahorcarles. En el país de Foix fueron descubiertas siete iglesias que pasaron por el filo de la espada el mismo día. El primer predicador detenido fue Fulcrán Rey, que murió con el ardiente entu-



Dibujo del sitio de Montauban
encontrado dentro del muro de una vivienda.
Museo del Protestantismo. Ferrières. Alto Lenguadoc.

siasmo de los antiguos mártires. Fue llevado al patíbulo en Beaucaire en 1686 (11, pág. 160).

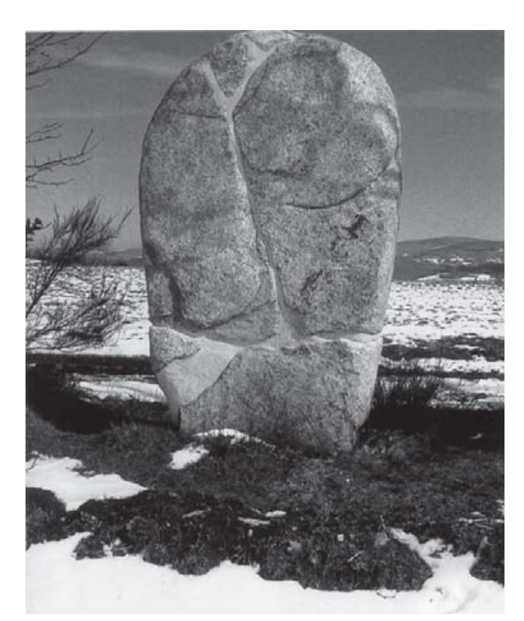
En Lenguadoc, más de trescientos de estos pequeños profetas fueron encarcelados en un mismo lugar. En esa región, hombre y mujeres caían en éxtasis y hablaban el puro francés de la Biblia, en vez del idioma o lengua de oc que les era habitual e inspiraban a los oyentes un coraje heroico. A pesar de los sufrimientos, esas gentes eran leales súbditos del rey. En 1683 una delegación de pastores, gentilhombres y jefes hugonotes decidieron enviar a Luis XIV una declaración de lealtad. Sin embargo, en esas mismas fechas, el papa insistía en la exterminación de aquellos que seguía llamando: «la execrable raza de los antiguos albigenses».

Hemos encontrado poco material sobre los acontecimientos sucedidos en el Alto-Lenguadoc y quisiera transcribir la nota de un folleto, conservado entre viejos papeles y motivado por un culto especial celebrado el lunes de Pentecostés de 1922, que relata lo sucedido en las montañas albigenses, cerca de Castres, en el siglo XVII, que dice: «Las primeras asambleas (1688-89) parece que empezaron en los alrededores de Vabre. Un predicador se dio a conocer a algunos agricultores del caserío de Cazarils, donde solo había nuevos convertidos y les confirmó en la fe que habían aceptado, a la vez que les pidió reunirse en el Desierto bajo la promesa de permanecer con ellos para trabajar en la obra de Dios en la región, mientras no tuvieran miedo a las amenazas de los perseguidores de la fe. Las exhortaciones del predicador no fueron vanas y los moradores de Cazarils estuvieron de acuerdo en asistir a las asambleas convocadas en el bosque de Montagnol, situado a corta distancia del caserío y del pequeño pueblo de Vabre.

»En los comienzos se reunieron unos pocos y en gran secreto, de forma que nadie molestaba el fervor de los fieles que leían la Palabra de Dios, oraban juntos y cantaban los Salmos de Marot. Muy pronto corrió la voz de la celebración de esas asambleas y la audiencia fue en aumento hasta llegar a congregarse ochocientas personas. Entonces las autoridades no tardaron en ser informadas y dieron ordenes de dispersión.

»Una de las asambleas que dejó los recuerdos más lúgubres, fue la del 1 de Abril de 1689, celebrada en St-Jean-del-Frech, en el cementerio que se encuentra al lado de la iglesia, en la colina más elevada de la

montaña, donde hubo una masacre terrible. El señor Juan Corbière, apodado La Sicardié, que era el predicador de esa reunión, consiguió huir de los dragones para continuar su apostolado al día siguiente. Desgraciadamente no pudo seguirlo durante mucho tiempo, porque el intendente no le perdonó el haber escapado a los golpes de los atacantes y mandó a otros dragones con la orden de detener al predicador vivo o muerto. Los esfuerzos de los soldados se vieron coronados por el éxito y La Sicardié fue detenido y muerto. Ésta es una versión de su muerte: "Se organizaron varios destacamentos de soldados para ejecutar la orden y uno de ellos le descubrió en Ferrières, lugar extremadamente elevado como indica su nombre. Cuando se vio perdido, con su bastón trazó un círculo alrededor de él y gritó en voz alta: Venid, acercaos: ¡Apártate de mí Satanás, tú no me tentarás!. Le dispararon cinco tiros de fusil; enseguida le atravesaron con la bayoneta y viendo que a pesar de todas las heridas, aún se movía, le aplastaron la cabeza con una piedra". Así murió el siervo de Dios que se había enfrentado a tantos peligros por intentar la salvación de la almas y el despertar de la conciencia hugonote» (*Revue du Tarn*, Mars 1973, pág. 74).



Estela levantada en el Bosque de Montagnol a la memoria de los hugonotes, llamada «la piedra plantada». Museo del Protestantismo. Ferrières.

La Sicardié murió el 3 de abril de 1689 y en aquel lugar del bosque se levanta un monumento hugonote, de piedra roja natural, llamado de la Piedra Plantada o Peyro Clabado. Tres personas más habían muerto ahorcadas en 1688; cinco el 28 de enero de 1689, en el mismo bosque de Montagnol y el 23 de marzo siguiente, en la ribera del río Arn, cerca del castillo de La Montledier, hubo cinco muertos y diez arrestados que fueron condenados a las galeras de por vida. El predicador Mateo Escande muere ahorcado en la Plaza pública de Mazamet. Las copas de comunión y los púlpitos desmontables de una fotografía corresponden a esa época.

Otro testimonio de los acontecimientos de la región lo encontramos en el *Manuscrito de Nimes*, de autor desconocido, que cubre un periodo de 1688 hasta Pascua de 1689, (Biblioteca Seguier de Nimes, Libro XVI, pág. 425) y dice: «Un agricultor de la tierra de Viane, llamado Abraham, que según algunos no había querido cambiar de religión, estaba medio escondido en un caserío por miedo a ser apresado y se retiraba a menudo en casa de unos parientes que lindaban con su finca. Este agricultor sabía leer y llevaba siempre el Nuevo Testamento, acompañado de los Salmos y otra liturgia reformada. Por la noche leía en familia y hacía las oraciones. Pronto llamaron a los parientes y vecinos, que lo dijeron en secreto a otros, hasta formar un número de reunidos que podía llamarse asamblea. Durante mucho tiempo las reuniones fueron secretas, pero como los asistentes aumentaban, el cura de la Capelle de la cual dependía el caserío, fue avisado por algún falso hermano y lo comunicó a las autoridades. Nada hubiese sucedido y si no fuera porque otras muchas asambleas se habían hecho públicas al mismo tiempo.

En la bajada de la colina, en la tierra de Viane, hay un caserío llamado Le Bez, posiblemente el caserío anterior, llamado igual en nuestros días, donde se congregaban sin mucha precaución, gentes de Montagnol y de los alrededores y el número de reunidos era tan grande, que una noche contaron más de mil setecientas personas. Esas asambleas duraron mientras la gente iba con discreción, pero pronto fueron en multitud, sin mesura, además invitaban a católicos de toda la vida a acompañarles y no escondían a nadie el lugar de la reunión.

Pronto llegaron los dragones del rey, llamados *extraños apóstoles* por la reina Cristina de Suecia, *más aptos para matar, violar y robar,*

que persuadir, entre las cuatro y las cinco de la tarde dirigidos por un comandante y el teniente Calandre e hicieron veintitrés disparos y cayeron veinte o veinticinco personas que los dragones registraron y despojaron, pero como casi todos los disparos fueron hechos al aire, la mayoría de los que se hacían el muerto no tenían ningún mal. El caballero de Calandre, creyendo que el daño era muy grande, les mandó retirar. Después de inspeccionar el terreno, solo encontraron cuatro muertos y doce o quince heridos, casi todos con sable, por lo que la mayoría curó de sus heridas».

A pesar de las persecuciones cada vez más encarnizadas, los hugonotes seguían celebrando los cultos en el desierto.

Los soldados iban detrás de los *religionarios* por todas partes y según Voltaire aquello parecía una cacería en un gran cercado. El marqués de Trousse, sobrino de Mme. de Sevigne, que comandaba en las Cevenas, inspeccionaba continuamente el país con las tropas a su mando. Cuando se enteraba que los hugonotes oraban o cantaban salmos, se acercaba y hacía disparar a los soldados como si de bestias salvajes se tratara. Aquellos pobres diablos no tenían ningún armamento, ni se defendían; los más animosos les tiraban piedras a la vez que huían y si no podían escapar, levantaban las manos hacia el cielo, se abrazaban y arrodillados esperaban la muerte. El pastor Antonio Court dijo tener una lista de las asambleas masacradas en varios lugares y en alguna de ellas había entre tres y cuatrocientas personas muertas.

En tiempo de los albigenses o de las masacres de Merindol, hubiesen acabado con las asambleas matando a todo el mundo y aplastando hasta el último retoño, pero en la época de Luis XIV, las costumbres no eran tan bárbaras como las leyes y sólo se atrevían a matar a medias. Después de crueles efusiones de sangre, paraban la matanza, dejaban el lugar lleno de heridos y se retiraban.

Algunos hugonotes poco antes de la muerte llamaban al cura para confirmarles su rechazo a los sacramentos de la iglesia romana, porque veían en ello un buen testimonio público delante de Dios y de los hombres. Luego sus cadáveres eran arrastrados en medio de los gritos de la gente como premio a su osadía. La escena era tan horrible, que cerca de Calais un verdugo huyó para no participar en ella y tuvo que volver por miedo al suplicio que le esperaba. En algunos lugares obligaron a los mismos hugonotes arrastrar el cuerpo de sus hermanos, uno

de los cuales cayó al suelo y después de darle muerte, fue también arrastrado. En el lugar donde echaban los cadáveres, había los guardas para impedir que los familiares se acercaran y se llevaran el cuerpo para sepultarlo en una fosa separada.

Se habían alcanzado otra vez los límites de lo imposible bajo el reinado de Luis XIV. La gente honesta, católica o reformada, ponía horrorizada el grito al cielo y sin revocar formalmente la ley, suplicaba a los intendentes* no ejecutarla si no era en casos extremos.

Las prisiones estaban repletas de presos y las galeras llenas a rebosar y como no sabían qué hacer con tantos condenados, decidieron deportarles a América donde perecieron casi todos miserablemente. Entre los que permanecieron cumpliendo los castigos impuestos por el Estado, o condenados a la pena de muerte, muchos dieron grandes ejemplos de fidelidad y constancia.

Un antiguo capitán de la marina mercante llamado Elías Neau, fue enviado a las galeras en Marsella por haber intentado expatriarse. Allí se hizo misionero y predicador y exhortaba a sus hermanos; les consolaba y les servía de modelo. Escribió a su pastor que se había refugiado en Holanda, diciéndole que no deseaba ningún mal a los que le castigaban, sino que le habían hecho mucho bien, porque ahora se daba cuenta de que la verdadera libertad consistía en sentirse liberado del pecado.

El capellán católico, al ver que animaba a sus compañeros de infortunio, le trató de pestilente y de envenenador y se negó a decir misa mientras estuviera en la galera. Elías Neau fue encerrado en una celda de la ciudadela en 1694, donde permaneció varios años, privado de sol, de comida, cubierto con un saco, con el gorro de galeote en la cabeza, sin poder recibir libros, ni tan siquiera libros católicos. Volvió a escribir a su pastor y le dijo que a falta de la luz del sol que da la naturaleza, el sol de la gracia hacía brillar sus divinos rayos en su corazón y en el de sus dos compañeros y que si era cierto que algunos momentos eran desagradables para la carne; Dios estaba siempre cerca para fortalecerles. Elías fue puesto en libertad con otras víctimas de la fe, por intervención del rey de Inglaterra.

* El intendente era una especie de gobernador.

Los predicadores y los pastores solo podían esperar la muerte. No había compasión ni perdón para ellos. El primero que fue enviado al suplicio era un joven de Nimes llamado Fulcran Rey, que terminaba sus estudios teológicos y todavía no había sido ordenado para el pastorado, pero predicaba por todas partes, porque cuando la casa se quema, todos están obligados a poner la mano en la obra para apagar el fuego.

Rey había mandado una carta de despedida a su padre, porque temía tardar mucho en escapar de la mano de sus perseguidores cuando le arrestaran y en efecto, un miserable le traicionó y le detuvieron en la villa de Anduze.

Le hicieron muchas promesas y amenazas para hacerle cambiar de religión. Los curas, los jueces y el intendente le comunicaban grandes favores si abjuraba y un suplicio atroz si no lo hacía. Todo se estrelló contra su fidelidad. Rey había aceptado el martirio por anticipado y pidió una cosa solo: que no le pusieran en presencia de su padre y de su madre, por temor a que el grito de la sangre no le hiciera desfallecer.

Cuando le leyeron la sentencia de muerte que le condenaba a morir ahorcado, dijo que le trataban mejor que habían tratado al Salvador al condenarle a una muerte tan suave, ya que él se había preparado para morir en la rueda o en la hoguera. En el camino al cadalso, a varios de los que habían abjurado de la fe y estaban llenos de lágrimas, les dirigió palabras fraternales de aprecio. Quiso confesar su fe desde lo alto del patíbulo, pero por temor a que predicara, habían dispuesto alrededor de la horca varios tambores a los que ordenaron tocar todos a la vez. Fulcran Rey murió en Beaucaire el 7 de julio de 1686 a la edad de veinticuatro años.

Uno de los mártires más célebres de esa época y que dejó gratos recuerdos de admiración en el corazón de los hugonotes, fue Claude Brousson. Nacido en Nimes en 1647, había practicado la abogacía en Castres y en Tolosa. Mientras pudo defender ante los tribunales la causa de las iglesias oprimidas, no buscó otra vocación, pero cuando le cerraron la boca como abogado se la abrieron como predicador. Le propusieron el cargo de consejero del parlamento si cambiaba de religión, pero la conciencia de Brousson no estaba en venta.

Le ordenaron para el ministerio pastoral en las Cevenas, con el ruido cercano de la metralla que sembraba la muerte en las filas de sus

hermanos y desde entonces, teniendo por único abrigo las rocas de las montañas, los bosques o alguna choza aislada, se dedico a anunciar sin tregua la palabra del Evangelio. Cuando estaba rodeado de cerca, abandonaba el país; después volvía para compartir los gemidos del pueblo sufriente. Su esposa y amigos intentaron más de una vez impedirle el regreso, pero siempre fue en vano.

En 1693 pusieron precio a su cabeza y ofrecieron quinientos luises a quien lo entregara vivo o muerto y él se limitó a contestar al gobernador de la provincia con una sencilla apología. Claude Brousson fue detenido en 1698 en Oloron, región de Bearn y llevado seguidamente a Montpellier. Hubiese podido escapar al atravesar el canal del Midi, pero no lo hizo pensando que su hora había llegado. En el interrogatorio aceptó las acusaciones que se referían a su ministerio sin ninguna dificultad, pero negó en términos enérgicos la falsa acusación de haber conspirado para introducir en Francia al mariscal Schomberg a la cabeza de un ejército extranjero.

El día 4 de noviembre subió al patíbulo y su voz quedó ahogada por el redoblar de dieciocho tambores. Algunos días más tarde el verdugo dijo: «He ejecutado a más de doscientos condenados, pero ninguno de ellos me hizo temblar como el señor Brousson. Cuando le hicieron la última pregunta por si quería retractarse, los comisarios y los jueces estaban pálidos y temblorosos, mientras él miraba al cielo y oraba a Dios. Si hubiese podido huir lo habría hecho, para no tener que matar a un hombre honesto. Ciertamente murió como un santo» (33, T. 2, pág. 266).

«Otro testimonio digno de encomio es el de un predicador llamado Pedro Papus de veinticinco años de edad. No era un predicante, porque no predicaba. Dice Brousson que Dios le había concedido el espíritu de oración y ese espíritu lo transmitía por donde pasaba. Llegó a Montpellier el 24 de diciembre de 1694 y al día siguiente tuvo la ocasión de hablar tres veces e impartir el sacramento de la Cena. A causa de una abundante tempestad de nieve, no pudo salir de la ciudad el día previsto y ello le costó la vida. Una mujer le rogó que fuera a visitar a una prima suya que estaba enferma y mientras estaba en la casa los soldados fueron a buscarle. Las dos hijas de la mujer que decían ser fieles a la causa, le habían traicionado para cobrar los trescientos escudos de recompensa.

»Registraron sus pertenencias que eran pocas y le llevaron a la Ciudadela para que el juez Loys le interrogara. Baville le condenó el 8 de marzo a la rotura de sus huesos en vivo, por asesino y perturbador del orden público. Antes de ir al suplicio se puso de rodillas en su celda e hizo una oración en voz alta, que los presentes recordaron mucho tiempo por la intensidad y la unción del santo varón. El cura que le asistía dijo que aquella plegaria hubiese hecho llorar a las piedras. Entonó el Salmo 121; rechazó el crucifijo que le tendía el abad Fraisse, de la iglesia de San Pedro y volvió a orar otra vez al pie del patíbulo. Por una disminución de la pena que no fue mencionada en la sentencia, fue estrangulado sobre la rueda, antes de recibir los siete golpes de barra que le dio el verdugo. Le enterraron en un foso de la Ciudadela y algunos fieles que seguían de lejos para ver donde lo pondrían, fueron a buscar el cuerpo de noche; después lo envolvieron con una sábana y le llevaron a sepultar en otro lugar» (33, pág. 123).

Cuando las autoridades se dieron cuenta de las desgracias que el Edicto de Revocación había acarreado y hasta los extremos donde habían llegado para mantener la ficción de la unidad de la fe en el reino, se levantaron innumerables protestas en todas partes.

Los primeros que vamos a mencionar fueron los jansenistas, que decían que se les ponían los pelos de punta cuando pensaban en las comuniones sacrílegas que imponían a los herejes y rechazaban como un monstruoso atentado contra el mismo Dios, el proselitismo que se hacía por medio del terror que inspiraban los dragones, las galeras y los patíbulos.

Los obispos de Grenoble y Saint-Pons merecen una mención de honor. El primero dirigió a los curas de su diócesis una carta en la que condenaba las comuniones forzadas. El segundo escribió al comandante de las tropas, diciéndole que toda violencia en materia religiosa era impía y sacrílega y que sería deseable que los desgraciados que cometían esas atrocidades, junto con los ministros del altar que eran los instrumentos de esas abominaciones, tendrían que ser echados en el mar con una rueda de molino atada al cuello, como dice la Escritura, porque no tan solo confirmaban a los hugonotes en su infidelidad, sino que también debilitaban la fe de muchos católicos.

Muchos curas fueron honestos y rechazaron ser delatores y atormentar hasta la muerte a las personas que no aceptaban su ministerio, pero

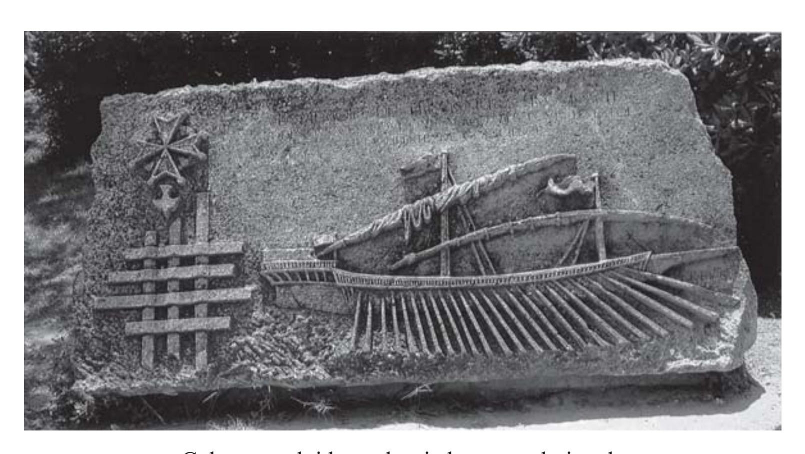
los jesuitas y la gran masa del clero persistió en recomendar el empleo de medidas severas.

El 13 de abril de 1698, tras laboriosas negociaciones con los jansenistas y una minoría del clero, salió un nuevo edicto que confirmó el de Nantes. No abrogaba ninguna de las leyes sobre la tortura o el derramamiento de sangre, pero ordenaba emplear nuevos medios para ser más eficaces en la lucha contra los herejes.

La conducta de los gobernadores e intendentes no cambió y siguieron actuando como si fueran procónsules, teniendo el enorme privilegio de poder encarcelar; condenar a las galeras; arrastrar al reo hasta el patíbulo, ametrallar a las gentes, raptar niños y confiscar propiedades, sin necesidad de hacer proceso alguno.

El más célebre de todos los intendentes fue Lamoignon de Baville, quien durante treinta y tres años fue el supremo administrador o como le llamaban el «rey de Lenguadoc». Su divisa era: *Siempre preparado y jamás apresurado*. Se trataba de un tipo tranquilo, metódico,duro, cuya única pasión era el poder y ordenaba los suplicios más terribles, haciendo ahorcar, decapitar, descuartizar a sesenta u ochenta personas a la vez, destruir caseríos enteros, quemar pueblos y no por el celo religioso, sino por razón de Estado. Baville fue el terror de Lenguadoc y vivía desesperado por la obstinación de los hugonotes en reunirse para sus celebraciones. Normalmente les hacía rodear por las tropas y cargar contra ellos con el sable y el fusil. Los más notables de los prisioneros eran colgados en los primeros árboles que encontraban, los demás enviados a las galeras y contaron a comienzos del siglo XVIII, que había dos mil galeotes peor tratados que los ladrones de caminos.

Entre los años 1680 y 1715, treinta y ocho mil galeotes se sentaron en las banquetas de las galeras de Luis XIV. Hubo un joven hugonote de Bergerac, llamado Juan Marteilhe, que fue condenado a galeras perpetuas, a la edad de diecisiete años «por haber querido salir del reino a pesar de las prohibiciones y decretos». En el invierno del año 1700, Marteilhe y un compañero, desearon huir de su pueblo por los estragos que están haciendo los dragones y refugiarse en Holanda, entonces tierra prometida para los hugonotes. Andando llegaron a París y un contacto del pueblo, les indicó un camino seguro donde podrían pasar la frontera para llegar a Charleroi, donde el rey de España dejaba pasar a los reformados franceses que querían llegar a las provincias unidas.



Galera esculpida en la piedra natural situada
a la entrada de la Torre de Constanza.
«A la memoria de los prisioneros hugonotes y de todos los que
supieron resistir por la fe y la libertad religiosa.»
Foto del autor.

Los dos jóvenes se perdieron y entraron en un enclave francés, que se encontraba en los Países Bajos. Les detuvieron, les encerraron en una prisión y les condenaron a las galeras en 1701. Marteilhe recobró la libertad doce años más tarde, en Marsella, en compañía de otros ciento treinta y cinco galeotes. Casi todos llevaban diez años en las galeras como mínimo y algunos habían pasado más de veinticinco años sentados en las banquetas de *La Real, La Soberbia, La Favorita, La Gloria o La Magnánima.* La condición impuesta para alcanzar la libertad no era otra que salir del reino; lo que era una gran ironía para aquellos pobres desgraciados, que habían sido enviados a las galeras sencillamente por haber intentado salir del reino. Marteilhe escribe *Memorias de un galeote del Rey-Sol*, donde descubre que, alrededor del año 1700, había una sociedad de diez mil presos, en cuarenta galeras, donde convivían ladrones, asesinos, vagabundos, bohemios, contrabandistas, desertores, locos, defraudadores de impuestos, libertinos, sodomitas y galeotes hugonotes (43, pág. 12).

Se hallaron unas listas de 1.450 galeotes reformados pertenecientes al reinado de Luis XIV, donde al margen, se hablaba de libertad, evasión



Lista de predicadores y pastores condenados a las galeras. Mas Soubeyran. Mialet.

y muerte. De ellos murieron 638 de miseria, pena y enfermedad en el hospital real de los galeotes; del resto, unos fueron liberados antes de tres años por abjuración, buena conducta o dinero y los demás estuvieron muchos años remando. Un galeote llamado David Serres felicitó en las Navidades de 1709, a una familia hugonote refugiada en Holanda y les decía: «Os deseo de todo corazón, a toda la familia, unas muy felices Navidades. Hace veinticinco años que vivo en cautividad, porque me arrestaron en octubre o noviembre del año1685. Esperábamos que nos dieran la libertad, pero parece ser que Dios ha pospuesto este feliz día, para otra ocasión. ¡Que su Santo Nombre sea bendito!».

Los galeotes estaban dispuestos a todo para sobrevivir. Se pegaban, disputaban y reñían porque la galera hacía al galeote. A golpes de bastón les obligaban ir hasta la popa de la galera para oír misa los domingos. A veces los suplicios que imponían consistían en tumbar al suelo al galeote y darle golpes en las espalda con una cuerda gruesa untada de

alquitrán. Hubo una liberación generalizada, que no fue por la bondad del rey, sino por las presiones ejercidas por la reina de Inglaterra. Los dos últimos galeotes que lo fueron por causa de la fe, salieron en libertad el año 1775.

En tierra firme, los profetas que predicaban en cualquier escondite y lugar alejado para no ser descubiertos y delatados a los dragones, empezaron a radicalizarse y crear en ellos deseos de venganza y liberar a la iglesia de Dios, como recordaba la célebre visión de Abraham Mazel. Éste contaba siempre que había visto en sueños, unos toros negros muy gordos que pastaban en un jardín y recibió la orden de perseguirlos. Le explicaron que el jardín representaba la iglesia de Dios y los toros eran los sacerdotes que debía echar fuera.

Los curas de esas regiones espiaban a los hugonotes; les denunciaban a las autoridades; se ponían al frente de las tropas y se mostraban tan bárbaros como los demás. El más feroz de todos fue un arcipreste, recién nombrado jefe de misiones e inspector del rey, llamado Abad de Chaila, que vivía en Pont-de-Montvert y ocupaba un castillo requisado a un hugonote, que servía de residencia para el abad y sus domésticos; de oratorio privado; de juzgado y de cárcel. Sus bodegas las había transformado en cámaras de tortura, de donde salían los gemidos de los pacientes que torturaba. Había hecho de su presbiterio un fortín o una cueva de bandidos y parecía gustarle hacer sufrir a sus víctimas. Incluso había inventado un instrumento de tortura especial. Dice el historiador Court de Gebelin que a las víctimas, tan pronto les arrancaba con unas pinzas los pelos de la barba, como los pelos de los párpados y les ponía carbones encendidos entre las manos, que cerraba y apretaba con fuerza hasta que se apagaban los carbones. A menudo les envolvía los dedos de las manos con un algodón empapado de aceite o grasa que encendía y dejaba arder hasta que el fuego consumía la carne de los dedos y quedaban los huesos (13, pág. 436).

Acababa de encerrar a un grupo de siete jóvenes que iban camino de Ginebra, guiados por un llamado Massip, para exiliarse y les puso los tobillos entre dos vigas de madera que servían de cepo, como si fueran animales. Los detenidos estaban emparentados con gente muy notable del país. Los familiares de los detenidos propagaron la noticia de la detención que se extendió como el fuego y levantó la indignación de todos los habitantes de la región (24, pág. 224).

El domingo 23 de julio de 1702, en las afueras de la población, los familiares de los presos se congregaron en asamblea para el culto matutino y explicaron a los seis profetas que les presidían, los últimos acontecimientos. Aquella misma noche, a las diez, cuarenta y ocho hombres de la región, armados de hoces, palos y algún fusil y guiados por dos profetas llamados Abraham Mazel y Esprit Seguier, cantando salmos, rodearon la casa donde estaba el abad de Chaila, con la intención de liberar a los cautivos y llevarlos al intendente. Al llegar reclamaron la libertad de los prisioneros en «nombre de Dios», pero el abad de Chaila había dado orden a sus domésticos de rechazarles a tiros y cayó mal herido uno de los asaltantes. Los amotinados echaron la puerta abajo y penetraron primero en las celdas para liberar a los prisioneros que encontraron con hinchazones en todas partes del cuerpo, los huesos medio rotos y sin poder aguantarse de pie. Llenos de ira cogieron al arcipreste, le llevaron delante de las víctimas y le mostraron sus cuerpos mal heridos y después de este acto de acusación, le golpearon con sus armas. Recibió cincuenta y dos heridas en todo el cuerpo y después fue muerto. El homicidio del Abad de Chaila señaló los comienzos de la guerra de los encamisados, dirigida por profetas armados que tenían la esperanza de que Canaán estaba cerca y que la liberación vendría después de las pruebas del desierto, cuando la gran Babilonia sería destruida (1702-1705).

Abraham Mazel, nacido en el año 1677, era hijo en una familia de agricultores iletrados. Tenía ocho años en 1685 cuando la Revocación y había conocido el evangelio en las asambleas del desierto. Según escribe en sus memorias, «Dios le visitó y le dio el espíritu de profecía el domingo 9 de octubre de 1701». En el transcurso de su vida clandestina, que se prolongará durante diez años, demostrará ser un valiente con arrojo sin medida. Será él quien organizará la huida de los diecisiete prisioneros en la torre de Constanza el 27 de julio de 1705. Le mataron, cuando su compañero Coste le llevaba el revituallamiento para sus hombres, en el Mas de Couteau. Murió con las armas en la mano en 1710 y será el último encamisado que no quiso renunciar a su fe. El profeta Claris, que también le acompañaba, resultó herido, le detuvieron y le condenaron a morir roto en vida en la ciudad de Montpellier.

Seguier se llamaba Pedro, pero a causa del espíritu de profecía que poseía, le pusieron el sobrenombre de Esprit. Éste fue el jefe encargado

de la expedición que fue al encuentro del abad de Chaila, para que dejara a los presos. Un historiador hace de él la siguiente descripción: «Hombre de feo aspecto, el rostro muy oscuro, muy delgado, alto, sin dientes superiores…».

La expedición del 24 de julio no fue el fruto de un impulso pasajero, sino la manifestación espontánea de mucha amargura reprimida, dirigida por hombres fuera de lo común y reconocidos como tales por sus compañeros de aventura. En la muerte del arcipreste hubo venganzas privadas por parte de familiares de condenados a muerte o enviados a las galeras después de ser detenidos por Chaila.

El grupo siguió con su venganza e incendió dos iglesias y mató a once católicos, cuatro de ellos eran eclesiásticos. Los ejércitos reales buscaban a Esprit Seguier, de cuarenta y cinco años de edad, desde hacia seis meses y cuando le encontraron fue hecho prisionero y sentenciado a muerte con dos de sus compañeros. Le cortaron los dos puños y le quemaron vivo el 12 de agosto de 1702.

Esta lucha armada de la Reforma no puede compararse a ninguna de las precedentes ya que el almirante Coligny y Enrique de Navarra, tenían el apoyo de provincias enteras y la mitad de la nobleza del reino y el duque de Rohan era un jefe temible capaz de librar combates regulares capitaneando a su gentilhombres. Ahora, los hugonotes son unos pobres agricultores, que solo poseen las armas que han podido quitar a los enemigos; sin saber nada del arte de la guerra y obligados a vender cara sus vidas, detrás de los matorrales o entre las rocas de sus montañas.

Con ellos no había nobles, ni siquiera la burguesía reformada de las ciudades; eran los pequeños de abajo que daban su sangre y morían alrededor de una bandera sobre la cual habían escrito: Libertad religiosa. Esos *encamisados*, cuyo nombre tiene su origen en una especie de camisón de tela burda blanca llamada anguarina que llevaban puesta y que les permitía identificarse, especialmente en la noche; se dejaban dirigir por hombres que consideraban inspirados por Dios o profetas.

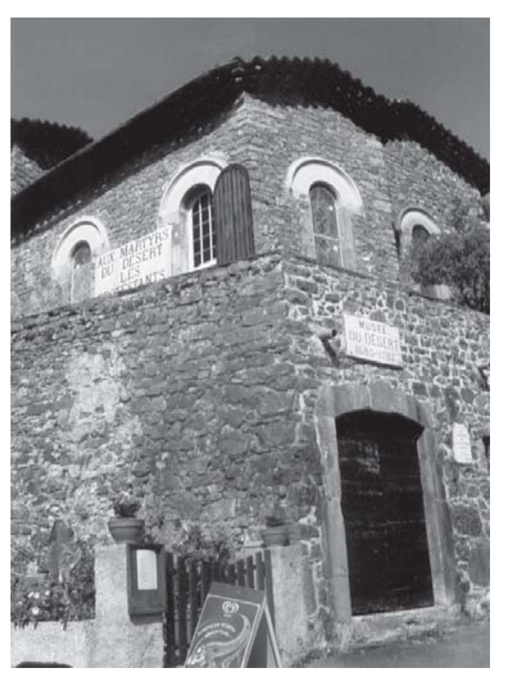
Algunos escritores católicos acusan de todas esas aberraciones a los perseguidores de los hugonotes, que habían destruido sus templos, entregado el país al libertinaje de la soldadesca, raptado a sus hijos, arrasado las viviendas de los obstinados y dado muerte en la rueda a los más piadosos de sus pastores.

Las causas de los éxtasis y de las inspiraciones desordenadas, habría que buscarlas en la falta de dirigentes espirituales y de enseñanza bíblica; en las expoliaciones, en los sufrimientos, los aparatos de suplicio, en el continuo temor de la prisión o del patíbulo. El corazón de esos desafortunados se sublevó y al no hallar ningún apoyo en la tierra, creyeron fácilmente que recibían del cielo comunicaciones sobrenaturales. Esta exaltación religiosa empezó al día siguiente de las dragonadas y de la revocación del Edicto de Nantes. Fue como una especie de contagio moral que se propagó en el Vivarais y Lenguadoc. Se levantaron cientos de profetas o iluminados; gente del pueblo que solo había leído la Biblia, de la que citaban numerosos pasajes y hacían aplicaciones a su manera. Sobre todo hablaban de textos que se encontraban en los libros proféticos del Antiguo Testamento y Apocalipsis. Eran gente de buena fe, que decían estar animados por el Espíritu Santo y le obedecían sin reserva, sin esperar, aunque supieran que iban a una muerte segura. Una joven pastora de Crest, llamada Isabeau Vincent, hablaba por la noche y aunque no sabía leer ni escribir, citaba de memoria capítulos enteros de la Biblia, para estupefacción de sus parientes y vecinos. Esta extraña actitud de jóvenes profetas que exhortaban a los mayores que se arrepintieran y condenaban el «papismo» y a los *misioneros de la gran Babilonia*, fue un factor rápido de agitación entre los agricultores reformados.

Los éxtasis tenían cuatro grados: aviso, soplo, profecía y don. Este último era la inspiración en su grado más elevado. Según ellos, los que habían recibido la gracia del Espíritu, no eran libertinos, ni vanidosos y sí mejores personas.

Los jefes de los encamisados eran designados por el Espíritu Santo del cual se creían llenos y eso les daba la valentía para conseguir triunfos y continuar en la lucha. Cuando tenían que reunir a los compañeros de lucha dispersos, decidir un asalto determinado, buscar un día para el ataque, avanzar, retirarse, descubrir a los espías o traidores, indultar a los prisioneros o darles muerte, interrogaban al Espíritu. En todo pensaban actuar bajo la soberana dirección del cielo.

Uno de los encamisados llamado Elie Marion decía que gracias a la fuerza del Espíritu habían podido resistir a un ejército de más de veinte mil hombres de élite y que la íntima comunión que Dios les permitía tener con Él, les aliviaba y consolaba, además de ser su



Casa natal de Roland. Mas Soubeyran. Mialet, hoy Museo del Desierto. Foto del autor.

seguridad y felicidad (13, pág. 440).

Sus hospitales y almacenes eran cuevas. Cuando podían se vestían con las ropas que cogían a los soldados del ejército real y se hacían su propia munición con trozos de cobre de las campanas de las iglesias y cálices de los presbiterios. Solo poseían el dinero que les daban algunas gentes de los pueblos, todavía más pobres que ellos, o de lo que recogían en el campo de batalla, aunque sabían vivir sin él.

«En aquella teocracia militar, Dios era el rey y todos los jefes eran profetas; todos los soldados sacerdotes y confesores y la religión era el alma de todo. Cada grupo tenía su predicador y como los puritanos ingleses, consagraban muchas horas a la lectura de la Palabra y a la oración. Durante la semana a menudo les llamaban para orar en común, pero el domingo era el día del Señor, destinado a reuniones públicas y a la oración. Con dos días de antelación, los predicadores, mandaban aviso a los caseríos vecinos, y les señalaban el lugar de la reunión. Al nacer el día las gentes llegaban y se mezclaban con los hijos de Dios. Un profeta subía sobre una roca que hacía de púlpito; otro orador le sucedía y después otro y de predicación en predicación, de himno en himno, aquella multitud insaciable de la Palabra, estaba reunida hasta la noche. Entonces el pueblo tomaba el camino de sus caseríos y los encamisados el de su campo» (11, L. XII, cap. V, pág. 514).



En esta casa nació, el día 3 de enero de 1680, Pedro Laporte, llamado Roland, jefe encamisado. Murió asesinado el 14 de agosto de 1704.

Pierre Laporte, llamado Roland, y Cavalier fueron los dos jefes principales de los encamisados. El primero nació el 3 de enero de 1680 y fue bautizado en el templo de Mialet por el pastor Desostelle; estaba muy convencido de lo que hacía, muy firme en las decisiones, inaccesible a las seducciones, permaneció hasta el final con las armas en la mano, el verdadero encamisado, aunque menos célebre; tenía el don de la profecía y de la predicación. Su firma era: «Roland Laporte, Siervo de Dios».

El segundo, Juan Cavalier, era un año más joven que Roland y tenía el mando de la columna más numerosa compuesta por 1.200 hombres. Era bajito e imberbe y no parecía ser el jefe de un regimiento. Era el estratega más hábil, el más obedecido, el más aventurero, más brillante, valiente entre los valientes, el héroe de la epopeya guerrera. Su elocuencia era convincente y decía siempre: «Hermanos míos, nuestro único deber es el de exponer nuestra vida, para obtener el libre ejercicio de nuestro culto» (43, pág. 32 *Les Camisards*). Los dos se apoyaban en la autoridad de la inspiración divina y nunca hubo mandos militares que fueran tan obedecidos.

A Cavalier le llamaban el *hermano Cavalier* y había nacido un 28 de noviembre de 1681, en una masía del pueblo de Ribaute, que fue arrasada por orden del mariscal Bâville. Le bautizaron en el templo de Cardet, aunque sus padres abjuraron cuando la Revocación y fue educado en la religión católica. Sin embargo, acompañaba a su madre en

las Asambleas del Desierto que se realizaban el los alrededores, por la noche, y allí tuvo la ocasión de oír a muchos profetas inspirados. También tuvo el privilegio de asistir a un culto presidido por el abogado y pastor mártir Claude Brousson. Apenas tuvo la edad, empezó a trabajar como ayudante de peón en la finca de un tío suyo y a los diecisiete años entró como aprendiz de panadero. Compaginaba su trabajo con el ministerio de la predicación. Los curas le denunciaron y fue perseguido, por lo que tuvo que refugiarse en Ginebra. Cavalier regresó en 1702 para afiliarse y participar en la guerra de los encamisados.

Se cuenta de él que se distinguía en las emboscadas y en ellas conseguía ropas y armas. El 21 de diciembre de 1702, decidió ejecutar una idea que le preocupaba desde hacía mucho tiempo. Quería adueñarse del castillo de Servas que pertenecía a unos nobles, porque desde él se podía controlar toda la llanura y era un punto estratégico. Consideraba la región como un lugar base para sus operaciones militares por lo que era necesario neutralizar lo antes posible aquella fortaleza, ya que desde ella se podía fácilmente vigilar la salida de los bosques y la dirección que tomaba la tropa en la llanura. En el castillo no había todavía soldados, pero las autoridades provinciales querían poner una guarnición muy pronto. Se trataba de actuar con rapidez y solamente la astucia permitiría la ocupación. Cavalier repitió la estratagema que había utilizado con éxito en Saint-Chaptes: emplear los vestidos militares que habían quitado a los muertos en Euzet y ordenó que la mayor parte de la tropa se vistiera de uniforme y él se puso la ropa del capitán Vidal, que estaba muy bien conservada, con los galones y medallas. Ordenó a sus doscientos hombres en columnas de cuatro, precedidos de un tambor. Cavalier montó en su caballo y se dirigió al castillo. Para completar el bonito cuadro, ató a tres de sus amigos para hacer creer que eran prisioneros. Uno de ellos había sido herido en el brazo en un combate anterior y todavía se veía sangre seca en la manga de su camisa. Los encamisados entraron en Servas hacia las dos de la tarde y causaron impresión. Cavalier, con autoridad hizo llamar al cónsul del lugar o a uno de los notables. El señor Hubac, lugarteniente del juez señorial, se acercó con mucho respeto al joven hugonote que dijo: «Soy el capitán de Saint-André, sobrino del conde de Broglie». Le contó que yendo de un lado a otro habían encontrado una banda de contrabandistas, a los que había vencido íntegramente y quería poner a los

prisioneros que llevaba en un lugar seguro y deseaba llevarles lo antes posible a su tío, el teniente general que seguramente les condenaría a morir en la rueda. También le dijo que temía que otros contrabandistas viniesen a liberarles, por lo que era absolutamente necesario encerrarles dentro del castillo. Como el conserje sabía que el propietario había pedido ayuda al intendente y lo había dicho a Hubac, encontró natural la presencia de un destacamento de soldados y cayó en la trampa. Cavalier sacó de su bolsillo una orden del teniente general con la firma auténtica que había encontrado en el cadáver de un oficial. La orden invitaba a los habitantes del lugar a procurar avituallamiento y alojamiento a las tropas reales. Hubac se inclinó y puso a su disposición pan y vino en abundancia. Enseguida hizo entrar a los rebeldes en el pueblo para darles alojamiento. El criado de Hubac hizo entrar en el castillo al «capitán Saint-André» y a tres de sus «oficiales». Al atardecer, Cavalier y sus compañeros se dieron a conocer. Los rebeldes rompieron los muebles, cogieron los objetos que más necesitaban y se llevaron las cargas de pólvora, seis fusiles y exigieron que el conserje les sirviera comida y bebida. Después prendieron fuego al castillo, mataron a los moradores y partieron cantando salmos hasta desaparecer en el bosque Bouquet. (24, T. I, pág. 218)

Los soldados se llamaban a sí mismos, hijos de Dios, pueblo de Dios y a sus jefes hermano Roland y hermano Cavalier. Vivían en igualdad y fraternidad, junto con una disciplina muy severa. Ejercían crueles represalias contra sus perseguidores, ya fueran curas o soldados; sin embargo, consultaban al Espíritu que les hacía normalmente ceder con los prisioneros que no les habían hecho ningún daño. Castigaban con severidad a los soldados que sin necesidad cometían homicidios u otros actos de sangre. No había riñas entre ellos, ni palabras soeces, ni borracheras. Todas las provisiones les eran comunes. Algunos enemigos les acusaron de llevar una vida licenciosa, porque había mujeres en su lugar de acampada, pero eran las esposas, las madres, las hijas de los encamisados que iban a prepararles la comida y cuidar a los heridos.

Nunca fueron más de diez mil, pero se entendían en secreto con todos los nuevos conversos. Éstos eran antiguos reformados convertidos recientemente a la religión católica por fuerza o amenazas y habían vuelto a la fe reformada. Los pastores y los agricultores tenían unas señales convenidas para avisarles de la aproximación de las tropas y

cuando se veían obligados a escapar, los encamisados lo hacían por sendas seguras. Era una especie de guerra de guerrillas, con sorpresas y encuentros con varios cientos de hombres por ambas partes. Cuando eran vencedores, aprovechaban el éxito para celebrar reuniones con todos los hugonotes del vecindario y si eran vencidos, se escondían en cavernas impenetrables.

Bâville había mandado tapiar doscientas ocho cuevas, pero los sublevados conocían muchísimas más que les servían de cobijo, de polvorín, de depósito y de fábrica de munición. Fabricaban la pólvora con salitre que secaban al sol y las balas con plomo que robaban en las iglesias. Allí conservaban todos los uniformes que habían quitado al enemigo.

Los pobladores de las Cevenas eran, en su mayoría, antiguos reformados que se habían visto obligados a abjurar por la fuerza y simpatizaban con los encamisados. Se puede decir que eran sus mejores espías y colaboradores. Cada uno de ellos era un centinela vigilante.

El 29 de Abril de 1703 el mariscal Bâville y sus tropas cayeron en plena noche sobre los encamisados en la Torre de Bellot. Les atacó con granadas y puso fuego en todo el edificio, porque le habían dicho que Cavalier y sus soldados descansaban. Cuando cesaron los últimos disparos se pudieron identificar trescientos cadáveres, pero Cavalier y el grueso de sus hombres habían desaparecido (43, pág. 46 *Les Camisards*).

Antes de entrar en combate ponían una sola rodilla en tierra y cantaban el Salmo 68: «*Levántese Dios, sean esparcidos sus enemigos»,* etc.; y luego se precipitaban sobre el enemigo con la saña del desespero, sabiendo que era mejor la muerte en la batalla que el suplicio de la horca o de la rueda.

La guerra de los encamisados duró dos años aproximadamente. El Conde Broglie, cuñado del nefasto Bâville y teniente general del rey en Lenguadoc, ordenó terribles destrucciones sin lograr contener la revuelta. A causa de los malos éxitos alcanzados fue llamado y la corte le sustituyó por el mariscal de Montrevel, militar valiente, pero ignorante y presuntuoso, que se vanagloriaba de acabar con los insurgentes por medio del terror de las ejecuciones.

A Luis XIV le engañaron sobre esta guerra como lo habían hecho con la conversión de los reformados. Los que le habían prometido que

la revocación no costaría ni una sola gota de sangre, temían hacerle saber ahora la amplitud del daño que el Edicto había provocado.

Apenas llegado en Lenguadoc, el mariscal de Montrevel publicó dos órdenes, donde se condenaba a la pena de muerte, no solo para los que fueran detenidos con las armas en la mano, sino contra aquellos que les dieran comida, dinero o cualquier otra clase de ayuda. Anunció que por cada católico muerto, haría colgar a dos calvinistas y que si en los pueblos de los nuevos convertidos moría un cura o un soldado, él mandaría quemar el pueblo.

Las masacres eran innumerables. Horcas, patíbulos y hogueras funcionaban permanentes. Detuvieron a todos los sospechosos. Pueblos enteros estaban detrás de las rejas. Se llevaron a los padres de los rebeldes para castigarles, a los notables de cada población para que sirvieran de rehén, a los jóvenes por miedo a que no engrosaran las filas de los encamisados y cuando los presos eran demasiado numerosos, los verdugos se deshacían de ellos.

Invitaron a los católicos a residir en las poblaciones y el campo fue asolado de forma implacable. Toda vez que la obra de destrucción no iba deprisa con el mosquete, el sable y la hoz, Montrevel hizo quemar las casas de los agricultores. El campo lleno de cultivos antes de la Revocación, parecía ahora un vasto desierto.

El día 1 de abril de 1703 era domingo de Ramos, y unas trescientas personas se habían reunido en un molino cerca de Nimes para celebrar el culto religioso. Al enterarse Montrevel de que unos fanáticos cantaban salmos, se levantó de la mesa, tomó una tropa de soldados, corrió al lugar de la reunión, ordenó derribar las puertas, degollar a todos los reunidos y como la lentitud de la matanza irritaba su impaciencia, mandó poner fuego al molino. Todos perecieron menos una jovencita que salvó un escudero del mariscal. Al día siguiente la ahorcaron y su libertador hubiese ido al patíbulo si no fuera por la intercesión de unas religiosas.

Al explicar esta horrenda matanza, el obispo Flechier dijo con una sangre fría impresionante: «Este ejemplo era necesario para ahogar el orgullo de aquel pueblo».

Al lado del ejército regular, Montrevel formó unas compañías de voluntarios católicos, con el nombre de cadetes de la cruz o encamisados blancos, en oposición a los hugonotes que eran llamados enca-

misados negros. Una bula del papa Clemente XI, en la que les concedía la remisión total y absoluta de los pecados, animó a estos nuevos cruzados a exterminar a los herejes de Cevenas, que eran una *raza maldita salida de la execrable raza de los albigenses.*

A los cadetes de la cruz les disolvió muy pronto su propio partido, porque eran unos pillos que no tenían ninguna disciplina, ni respetaban a la iglesia de la cual se llamaban defensores y atacaban indistintamente a los católicos y a los hugonotes, si había despojos que llevarse.

Montrevel, para acabar con los encamisados ordenó la destrucción de los pueblos y bosques que les servían de refugio. Las tropas arrasaron con fuego, en tres meses de otoño de 1703, quinientos treinta y cuatro pueblos, seiscientos ocho aldeas y caseríos.

Lejos de triunfar por medio de su sistema de terror, Montrevel sólo aumentó el número de enemigos. La gente de las Cevenas, reducidos a la desesperación; sin tener nada que perder, pues habían perdido ya todos sus bienes, y maltratados tanto si se quedaban en casa como si tomaban las armas, se alistaron en masa en las filas de los encamisados. Los destacamentos de Montrevel fueron de derrota en derrota en el invierno de 1703 a 1704 en varios lugares y al mariscal le retiraron del lugar.

En Versalles esa guerra empezaba a preocuparles seriamente. Holanda e Inglaterra tenían contacto con los insurgentes y prometieron enviarles ayuda. Si una flota extranjera hubiese aparecido por las costas de las provincias del sur, seguro que hubiera podido decidir la sublevación general de los religionarios en varias provincias y formar un ejército de cincuenta mil combatientes o más, para dar un golpe a la maltrecha situación económica del reino. El gobierno entendió el problema y mandó al mariscal de Villars para que sustituyera a Montrevel e intentara medidas más suaves con los hugonotes.

El 13 de marzo Montrevel sorprendió a las tropas de Cavalier y las rodearon. Los sitiados recibieron a sus enemigos de rodillas y respondieron al ataque con cánticos, piedras y balas. Los dragones dieron media vuelta y dejaron tras sí a trescientos muertos, entre los cuales había veinte oficiales. Un mes más tarde llegó la venganza, porque el mariscal con tres mil soldados rodeó a Cavalier cerca de Nages y le infligió una terrible derrota, justo en el momento que iba a ser relevado de su empleo.

Se dio otra desgraciada circunstancia para las tropas de Cavalier y fue que hubo un traidor que descubrió al enemigo el lugar donde amontonaban las provisiones y les robaron, durante el día, treinta carros de trigo, grasa de cerdo, harina, castañas y vino; además la pólvora, los fusiles, espadas y morteros. También destruyeron los hornos donde cocían el pan y mataron a todos los heridos. «De los triunfos más brillantes, los hijos de Dios, cayeron en la más triste miseria. En dos días y cuatro combates, perdieron la mitad de sus brigadas y los caballos y lo más deplorable fue la pérdida de la esperanza que era el alimento de sus almas. En un año habían perecido veinte mil hombres: ocho mil soldados, cuatro mil católicos y entre siete y ocho mil protestantes. Las Altas Cevenas quedaron asoladas; las Bajas Cevenas y las llanuras, arrasadas; los habitantes encarcelados, deportados, errando con armamento, amotinados por la guerra, el hambre y los robos; sin cultura, sin comercio; con desorden, miseria. Éste era el lamentable estado de la región de Lenguadoc» (11, L. VII, cap. X, pág. 112).

Montrevel fue sustituido por el mariscal de Villars. Se trataba de un oficial brillante y lo primero que hizo fue destruir todos los patíbulos, después mandó reunir a todos los viejos hugonotes para decirles que nadie les impediría orar a Dios a su manera.

Los jefes encamisados que habían tenido grandes pérdidas, se mostraron dispuestos a llegar a algún tipo de pacto y le pidieron que, más que orar a su manera, querían la libertad de conciencia y de cultos.

La entrevista del mariscal duque de Villars, con Cavalier, el antiguo aprendiz de panadero, tuvo lugar en el jardín de los Recoletos, en las puertas de Nimes el 16 de mayo de 1704. Villars escribió al ministro de la guerra: «se trata de un campesino de los más bajos, que todavía no tiene los veintidós años y solamente parece tener dieciocho, bajito, sin apariencia que imponga, pero con una firmeza y un buen sentido sorprendentes. Tiene muchos medios a su alcance para subsistir y dispone sus tropas como un hábil estratega, tan bien como podrían hacerlo nuestros oficiales».

Cavalier dijo estar dispuesto a deponer las armas bajo la condición expresa de serles concedida la libertad de conciencia; la libertad de los galeotes de la fe; que los exiliados pudieran volver al país y recuperar sus bienes y la libertad de salir del país si no se pudieran autorizar cultos.

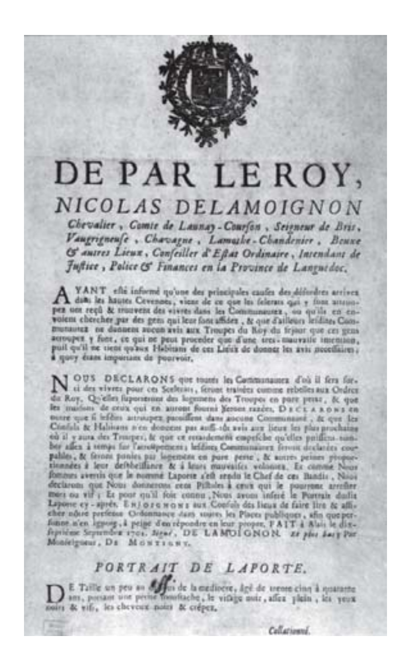
Durante las negociaciones entre el duque de Villars y Cavalier, los encamisados tuvieron reuniones públicas en Calvisson, en las puertas de Nimes, en medio del entusiasmo general, donde cantaban Salmos, oraban y predicaban ante una ingente multitud de entre cuatro y cinco mil hugonotes. Pero cuando se enteraron que Villars había aceptado las condiciones impuestas por Cavalier y le concedían la pensión y el grado de coronel del ejército y que ellos iban a servir al rey, se creyeron traicionados y marcharon gritando: «¡Viva la espada del Señor de los ejércitos!».

Cavalier fue a Versalles para obtener una audiencia con el rey, que le fue concedida el 14 de julio de 1704. Le recibieron fríamente y se dio cuenta de que le habían engañado; e intuyendo que no estaba seguro de su situación en el país, se reunió con sus hombres en Macon y entró con ellos en Suiza. Desde el extranjero intentó varias veces, sin éxito, entrar en Francia por el mar, por España y por la región de Savoie, con refugiados y aliados. Estuvo amenazando constantemente al país con una invasión que nunca logró y murió siendo gobernador de la isla de Jersey, con la reputación de buen general y hombre de bien.

El otro jefe de los encamisados, Roland, quiso continuar la lucha y a todas las propuestas que recibió para alcanzar un acuerdo, contestó que nunca se metería en la boca del león y no quiso firmar el Tratado de Nimes del 17 de mayo de 1704.

Hacia finales del mes de mayo, dos nuevos convertidos que habían formado parte de los encamisados de Roland y a los cuales les tenía en gran estima, fueron a ver al intendente, para proponerle la entrega de Roland. Uno de estos hombres se llamaba Malarte y trabajaba de mozo en una masía y estaba dispuesto a indicar a Bâville el lugar donde se encontraría el antiguo jefe. El intendente le prometió cien luises de oro como recompensa, si lo cogían muerto y trescientos, si le capturaban vivo. El traidor era un hombre bajito, de unos cuarenta años, con peluca y según algunos era pariente lejano de Pedro Laporte. El cebo del dinero, que siempre inspiró odiosas traiciones, tentó a los dos antiguos encamisados, cuya conciencia seguramente estaba alterada por las pruebas de la vida.

Había un castillo feudal en Castelnau propiedad de unos amigos pertenecientes a la nobleza, hugonotes ya fallecidos, donde Roland y su lugarteniente solían encontrarse con sus esposas que eran hermanas.



DE PAR LE ROY,

NICOLAS DELAMOIGNON

Chevalier, Comte de Launay-Courson, Seigneur de Bris, Vaugrigneuse, Chavagne, Lamothe-Chandenier, Beuxe & autres Lieux, Conseiller d'Estat Ordinaire, Intendant de Justice, Police & Finances en la Province de Languedoc.

AYANT esté informé qu'une des principales causes des désordres arrivez dans les hautes Cevennes, vient de ce que les scelerats qui y sont attroupez ont reçû & trouvent des vivres dans les Communautez, ou qu'ils en envoient chercher par des gens qui leur sont affidez, & que d'ailleurs lesdites Communautez ne donnent aucun avis aux Troupes du Roy du sejour que ces gens attroupez y font, ce qui ne peut proceder que d'une tres-mauvaise intention, puis qu'il ne tient qu'aux Habitans de ces Lieux de donner les avis necessaires; à quoy étant important de pourvoir.

NOUS DECLARONS que toutes les Communautez d'où il sera fourni des vivres pour ces Scelerats, seront traitées comme rebelles aux Ordres du Roy, Qu'elles supporteront des logemens des Troupes en pure perte, & que les maisons de ceux qui en auront fourni seront razées. DECLARONS en outre que si lesdits attroupez paroissent dans aucune Communauté, & que les Consuls & Habitans n'en donnent pas aussi-tôt avis aux lieux les plus prochains où il y aura des Troupes, & que ce retardement empesche qu'elles puissent tomber assez à temps sur l'attroupement; lesdites Communautez seront declarées coupables, & seront punies par logemens en pure perte, & autres peines proportionnées à leur desobeïssance & à leurs mauvaises volontez. Et comme Nous sommes avertis que le nommé Laporte s'est rendu le Chef de ces Bandits, Nous declarons que Nous donnerons cent Pistoles à ceux qui le pourront arrester mort ou vif; Et pour qu'il soit connu, Nous avons inseré le Portrait dudit Laporte cy-après. ENJOIGNONS aux Consuls des lieux de faire lire & afficher nôtre presente Ordonnance dans toutes les Places publiques, afin que personne n'en ignore, à peine d'en répondre en leur propre. FAIT à Alais le dix-septiéme Septembre 1702. *Signé*, DE LAMOIGNON. *Et plus bas*, Par Monseigneur, DE MONTIGNY.

PORTRAIT DE LAPORTE.

DE Taille un peu au dessous de la mediocre, âgé de trente-cinq à quarante ans, portant une petite moustache, le visage noir, assez plain, les yeux noirs & vifs, les cheveux noirs & crêpez.

Collationné.

Orden de detención
del jefe camisado Laporte.
Museo del Desierto.
Mialet.

POR ORDEN DEL REY
NICOLÁS DELAMOIGNON

Caballero,
Conde de Launay-Courson,
Señor de Bris,
Vaugrigneuse, Chavagne,
Lamothe-Chandenier,
Beuxe y otro lugares,
Consejero Ordianrio de Estado,
Intendente de Justicia,
Policia y Finanzas
en la Provincia de Lenguadoc.

Habiendo sido informado de que una de las principales causas de los desórdenes ocurridos en las Altas Cevenas son producidos por unos bandoleros que están agrupados y han recibido y encuentran víveres en los Pueblos o mandan buscarlos a gentes que les son afines y que los dichos Pueblos no avisan a las Tropas del Rey de las estancias de estos grupos de fascinerosos, lo que no puede hacerse si no es con mala intención, ya que es muy importante que los habitantes de esos Pueblos lo adviertan a las autoridades.

NOSOTROS DECLARAMOS que todas las Pueblos que den víveres a los fascinerosos, serán tratados como rebeldes a las órdenes del Rey. Tendrán que soportar a su cargo el alojamiento de las tropas del Rey y las casas que les habrán dado comida, serán destruidas. Además DECLARAMOS que si los dichos grupos aparecen en un Pueblo y los cónsules y habitantes no dan aviso de ello a las tropas que se encuentren en el lugar más cercano y el retraso impide que las tropas puedan caer sobre los fascinerosos a tiempo, los Pueblos serán declarados culpables y serán castigados a tener en sus casas, soldados alojados por su cuenta y otros castigos proporcionales a su falta y a su mala voluntad. Y como se nos ha advertido que el llamado Laporte se ha hecho el Jefe de esos bandidos, declaramos que daremos cien pistolas (dinero) a los que puedan deternerle vivo o muerto. Y para que sea conocido, añadimos el retrato del llamado Laporte. Pedimos a los Cónsules de los pueblos que hagan leer y pongan esta orden en las plazas públicas, para que nadie lo ignore, bajo su responsabilidad. HECHO en Alais el diecisiete de septiembre de 1702. *Firmado:* DE LAMOIGNON y por Monseñor De Montigny.

RETRATO DE LAPORTE

Talla: un poco por debajo de la media; de entre treinta y cinco a cuarenta años de edad, lleva un pequeño bigote, de tez morena, bastante lleno, los ojos negros y vivos, los cabellos negros y ondulados.

El tema de estas dos mujeres ha sido muy controvertido. Algunos autores parciales han escrito que eran sus amantes, pero «las convicciones religiosas de las mujeres no fueron menos firmes que las de los hombres. Algunas acompañaron a los encamisados durante la insurrección, no para combatir, sino para prepararles ayuda como lavanderas, cocineras o enfermeras. Si para los suyos eran "soldados del Eterno", para los rigurosos pastores ginebrinos no pasaban de "muchachas alegres disfrazadas de chicos", mientras que los católicos las trataban de rameras, sin más miramientos» (40, pág. 202).

Las dos damas, Catalina y Marta de Cornely estaban en el castillo desde hacía quince días y Malarte se enteró por algún correo interceptado, que Roland y su compañero Malhier debían visitarlas. El traidor decidió actuar con prudencia por saber que Pedro Laporte era muy desconfiado. Según el historiador Elie Marion, Roland también iba a Castelnau a buscar un dinero que había sido colectado por sus amigos.

Laporte tomó consigo a Malhier, probablemente el marido de Catalina, con siete de sus oficiales y algunos encamisados que les servirían de escolta. Salieron el miércoles 13 de agosto muy de mañana, a caballo y bien armados. La distancia era grande y los dragones andaban por todo lugar, por lo que era importante que aquellos quince hombres avanzaran con prudencia y pasaran desapercibidos. En el camino guardaban ciertas distancias por temor a una emboscada. Llegaron al castillo hacia las nueve de la noche y ataron los caballos a un árbol. Como estaban hambrientos por el viaje, Catalina y Marta, la mayor y la menor de las varias hermanas, les sirvieron una comida fría, que les había traído para ellos Malaparte. El traidor quería estar seguro de la presencia de los dos jefes en el castillo y como deseaba acabar con éxito su empresa, quiso que Laporte se quedara más tiempo en el lugar y le invitó a no marcharse muy temprano, porque iría a pescar aquella misma noche y comerían pescado fresco para desayunar.

Laporte ordenó a Grimaud, uno de sus ayudantes, que estuviera de centinela en la torre y él se retiró a descansar en una sala grande del primer piso, con dos ventanas que daban al patio interior y al lado este del castillo. Si el centinela que velaba el sueño de sus amigos hubiera estado despierto, hubiese oído el galopar de un caballo hacía las dos de la madrugada, montado por Malarte, que se dirigía a Uzès a buscar al comandante de la plaza. Llegó a casa del comandante, llamado

Paratte, una hora más tarde y estaba bastante enfermo en cama, pero al oír la noticia que Roland estaba en los alrededores se levantó y dio órdenes para que salieran inmediatamente dos compañías de dragones con todos los oficiales del segundo batallón del Charolais.

Paratte escogió a los soldados con cuidado y les recomendó mucho silencio y sobre todo no disparar sobre Laporte para capturarle vivo. Los dragones llegaron siendo aún oscuro y dejaron los caballos a cierta distancia del castillo, para ellos distribuirse y cerrar todas las posibles salidas. Cuando Grimaud se dio cuenta de que estaban cercados, dio la alarma gritando: «¡Sálvese quien pueda!» y se precipitó por las escaleras, aunque ya era tarde.

Roland despertó sobresaltado y vio que empezaba otra aventura como la del castillo de Prades, donde tuvo que escapar de los dragones. Se vistió deprisa, tomó su pistola y bajó las escaleras que daban a un patio interior, cuando al mismo tiempo que sus compañeros, montó a pelo uno de los caballos que no era el suyo. A cincuenta metros del bosque que era su salvación, el comandante del destacamento había apostado unos cuantos dragones. Se intercambiaron disparos en la semi oscuridad y con cinco de sus compañeros que tampoco habían podido escapar, se apearon de los caballos y para defenderse mejor se pegaron al tronco de unas enormes encinas.

Los soldados que habían recibido la orden de capturar a Laporte vivo, se limitaron a rodear a los fugitivos gritándoles que se rindieran, pero éstos al verse rodeados por todas partes, vieron que debían abrirse paso como fuera y Roland sacando sus pistolas apuntó a un teniente que se encontraba cerca. Falló el disparo y un dragón llamado Soubeyran –trágica coincidencia– no vaciló en apuntarle y disparar a bocajarro. Roland cayó muerto por el disparo que le alcanzó el corazón. Era el 14 de agosto de 1704 de madrugada, cuando uno de los héroes mas grandes de la epopeya encamisada daba el último suspiro a los veinticuatro años de edad.

La joven viuda de Roland y su hermana, huyeron del lugar llenas de pánico y tristeza, en dirección al castillo de sus padres, donde fueron detenidas. Y sus lugartenientes, desesperados, tiraron las armas y se rindieron, mientras que los dragones gritaban de júbilo. Llevaron el cuerpo de Roland al castillo y decidieron trasladarle a Uzés, después de haberle registrado. El dragón Soubeyran, orgulloso de su hazaña,

manifestó el deseo de llevar el cadáver en su montura y colocaron el cuerpo atravesado delante de la silla, como si fuera un trofeo. La comitiva de dragones, arrastrando a los cinco encamisados hechos prisioneros, abandonó Castelnau. Mientras atravesaban los pueblos del camino, despertaban a sus moradores para mostrarles los restos mortales del desdichado jefe que se balanceaban sobre el cuello del caballo (25, T. IV, págs. 206-207).

La sentencia del procurador del rey fue que el cadáver de Roland fuese arrastrado hasta la plaza de la Esplanade de la ciudad; después le quemaran y las cenizas las echaran al viento. A los cinco compañeros acusados debían romperles los huesos en vivo, dejarles expirar sobre la rueda y los cadáveres llevarlos hasta los patíbulos y dejarles expuestos a la ciudadanía. Además, todos sus bienes quedaban confiscados en provecho del rey; debían pagar entre todos quinientas libras de multa en favor de Su Majestad; todos los gastos del proceso y el castillo de Castelnau que sirvió de refugio a los rebeldes, debía ser destruido y arrasado hasta los cimientos.

Paratte mandó embalsamar el cadáver, porque quería mostrarlo a la ciudadanía y debido a los fuertes calores del verano, el cuerpo se hubiese descompuesto fácilmente. Lo pusieron dentro de una especie de ataúd y el cuerpo embalsamado fue el espectáculo de multitud de curiosos que se acercaban a la entrada principal de los cuarteles. Después le arrastraron hasta la hoguera para cumplir la sentencia.

A los cinco encamisados les tendieron sobre la plataforma y ataron sus miembros con los brazos y piernas abiertos sobre unas maderas que formaban la cruz de San Andrés y con una pesada barra de hierro les golpearon con todas las fuerzas. Uno de ellos recibió hasta sesenta golpes. Cuando los verdugos acabaron de romper sus miembros, les pusieron en la rueda y aunque totalmente roto, uno de ellos encontró las fuerzas para dar ánimo a sus hermanos. Si los encamisados no podían vencer, por lo menos sabían morir.

Algunos de sus lugartenientes intentaron, hasta 1715, encender otra vez el fuego mal apagado de la lucha por la libertad de cultos y partisanos llenos de audacia procuraron agitar las Cevenas, pero sus intentos, aunque muy valientes, no obtuvieron resultados.

Después del abandono de Cavalier y de la muerte de Roland, en el mes de agosto, las guerrillas hugonotes recibieron un golpe fatal. Más

de quinientos encamisados entregaron las armas y escaparon del país, los demás se entregaron a las autoridades.

Villars fue sustituido por el duque de Berwick y nombrado mariscal de Francia. Éste era hijo bastardo de Jacobo II de Inglaterra y continuó las persecuciones con mucha dureza. En tanto que militar, había participado como lugarteniente general de los ejércitos de Luis XIV, en la guerra de Sucesión española y obtuvo la victoria de Almansa, por lo que le concedieron los títulos de duque de Liria y de Jérica. En 1714 puso sitio a Barcelona con las tropas de Felipe V y la conquistó en septiembre, con lo que inauguró la política borbónica en Cataluña. Entre estos dos períodos le llamaron para hacer la guerra contra los encamisados hugonotes.

Soustelle, que era uno de los primeros alistados en las huestes de Roland, se fue a Ginebra, para volver varias veces clandestinamente y organizar otra revuelta que debería manifestarse en primavera, conocida por el nombre de «complot de los hijos de Dios», pero hecho prisionero en Viviers en enero de 1705, le condenaron a ocho años de galeras y escapó de forma milagrosa de la galera *Heroína*. Otro de los que componía el mismo grupo, fue también condenado, el 15 de mayo de 1705, a remar en la *Coronas*, por poseer armas. Quedó en libertad el 27 de julio de 1716. Otros encamisados, que no quisieron entregarse, continuaron vagando en pequeños grupos y algunos fueron detenidos, entre ellos un sastre llamado Lafond, que formó parte de la tropa de Cavalier desde sus comienzos y participó en todos los grandes combates. Le arrestaron el 13 de octubre de 1705 y fue puesto en la rueda vivo y quemado dos días más tarde en Montpellier (3, págs. 77-78).

La guerra ha terminado. Bâville había llegado a exterminar a casi todos los jefes encamisados. El país estaba arruinado, la tierras yermas, las casas destruidas, la gente muy empobrecida. Los lugares habitados estaban llenos de mujeres ancianos y niños. También muchos muertos. Los jóvenes de la región que en su mayoría habían engrosado las filas de los encamisados, sostenidos sobre todo por los nuevos convertidos, habían dejado de trabajar sus tierras y muchos no volvieron.

Una de las épocas más tristes fue la de finales del reinado de Luis XIV. Aquel viejo rey que sobrevivió a casi todos los grandes hombres de su siglo estaba en precario, por el irreparable vacío dejado en la corte por la muerte de sus hijos y nietos; una triste guerra que abría

al enemigo las fronteras del reino; una enorme deuda; un pueblo abrumado por unos impuestos que no podía pagar; el comercio arruinado, la industria agonizante; muchas tierras yermas; el rey que había sido un ídolo, era ahora odiado por la nación y consumía los días que le quedaban de vida, en conservar la etiqueta y arrastrar la realeza con su prestigio decaído en medio de dificultades. Era la expiación de su orgullo insaciable.

Las disputas religiosas le acosaban sin cesar. Los consejeros de la corte se habían dividido a causa de las controversias entre jansenistas y galicanistas. Cuando pensaba tenerlas controladas, volvían a suscitarse y aun su lecho de muerte se vio perturbado por las disputas de los teólogos sobre la encíclica *Unigenitus.*

De los reformados ni siquiera hablaba y lo evitaba, porque era una empresa que había fracasado e intentaba encontrar para sus humillantes derrotas, un refugio en el olvido.

En París se respiraba tolerancia, recomendada por el célebre teniente de policía Voyer d´Argenson. Decía a los miembros del consejo, que la persecución de los hugonotes, cuya conversión era muy dudosa, causaría graves inconvenientes, porque les obligaría a comprar certificados y cometer sacrilegios; destruiría familias; excitaría a los familiares a denunciarse entre sí y las gentes de otros lugares criticarían la situación. El consejo se dio por enterado y cerró los ojos.

En provincias todo dependía del humor, más o menos violento, de gobernadores e intendentes. Baville volvía de vez en cuando a las sangrientas expediciones, aunque no disimulaba su impotencia y decía que había regiones de veinte a treinta parroquias, donde el cura era el más desgraciado e inútil de todos los habitantes, ya que no había conseguido hacer un solo católico. Los hugonotes soportaban las cargas del estado como todo contribuyente, sin disfrutar de los beneficios del derecho común.

La gente del tercer estado se entregaba a la agricultura y a los negocios y prosperaba a pesar de la opresión de las leyes, gracias a la seriedad en los tratos, la formalidad en la palabra y esos aspectos peculiares que siempre caracterizaron el calvinismo.

Las cosas hubiesen continuado en esa tolerancia tácita, pero el jesuita Letellier que en 1709 había sucedido al padre La Chaise en el cargo de confesor del rey, no lo permitió. El duque de Saint-Simon dice

que «era un hombre duro, testarudo, desprovisto de otro gusto que no fuera el triunfo de la compañía de Jesús y el fracaso de las demás escuelas. De su natural era cruel y feroz, su aspecto exterior no prometía nada y hubiera difundido miedo en el rincón de un bosque. Su fisonomía era tenebrosa, falsa, terrible, sus ojos ardientes, malignos, atravesados y era aterrador mirarle de frente» (13, pág. 450).

Letellier arrancó del rey, que se acercaba a la decrepitud y a la muerte, la declaración del 8 de marzo de 1715. La lectura de esta ley hace estremecer, porque ordenaba que los que habían declarado que querían continuar y morir en la Religión Pretendida Reformada, *serían considerados relapsos* tanto si habían abjurado como si no lo habían hecho. Esto quiere decir que en el país no había reformados ni podía haber nunca. Legalmente todo el mundo era católico, porque al rechazar los sacramentos, se exponían a soportar las terribles penas pronunciadas contra los relapsos.



Caricatura del canciller Letellier, el cual firmó la revocación del Edicto de Nantes.

Cinco meses más tarde, en septiembre de 1715, moría Luis XIV y declaraba a los cardenales de Rohan, de Bissy y al padre Letellier, que ignoraba totalmente los asuntos de la Iglesia, que había hecho todo lo que ellos habían querido y que por lo tanto les hacía responsables delante de Dios. De los hugonotes se había acordado unos pocos días antes para ordenar contra ellos otra vez, las galeras y el ultraje de los cadáveres. El pueblo lapidaba el suyo de una forma indigna mientras era conducido a Saint-Denis.

Bajo la regencia del duque Felipe de Orleans, que detestaba a los jesuitas, lo primero que hizo fue echar de la corte al padre Letellier y los hugonotes volvieron a recobrar las esperanzas, que aumentaron cuando el regente se alió con las fuerzas protestantes para ir contra España. Ese príncipe no tenía ninguna convicción religiosa y esa indiferencia, cuando no se tienen principios superiores más loables, debía disponerle a escuchar favorablemente las quejas de los reformados. Felipe de Orleans era hijo de una princesa *nueva conversa,* aliado por sangre y política a los reyes y pueblos protestantes, tolerante por naturaleza y no por equidad, tuvo el deseo de llamar a los franceses refugiados en otros países. No le gustaban las formas bárbaras con las que les había tratado Luis XIV y consideraba que el Edicto de Revocación había sido un grave error.

Nombró a los hombres más eminentes y a la vez más virtuosos para dirigir la nación. Villars se encargó del ministerio de la guerra; el canciller Daguesseau el de justicia y el cardenal de Noailles el de religión. También se planteó derogar el Edicto de Revocación, pero su vida apartada de las buenas costumbres, le impedía ocuparse de los asuntos demasiado importantes. Dos cosas hicieron que el proyecto no se llevara a cabo: el temor de levantar contra él a la gran mayoría del clero y el recuerdo de las guerras de religión anteriores. El duque de San Simón le presentó la vuelta a la guerra, como algo inminente, si derogaba las ordenanzas de Luis XIV. Era un anacronismo y un contrasentido, porque los reformados hubiesen vivido más pacíficamente si hubieran tenido garantizado el libre ejercicio de la religión, pero el duque de Orleans que no entendía ni se preocupaba demasiado por el tema, creyó conveniente dejar las leyes civiles y eclesiásticas como estaban.

De todas formas dejaron en libertad a varios condenados por causa de la religión; dieron libertad para salir del reino y los intendentes de algunas regiones del Midi que querían seguir con las dragonadas, recibieron la orden de moderarse. Aunque no se trataba de tolerancia, la persecución empezó a disminuir.

Las desdichas ocurridas en el tiempo habían producido desórdenes en el seno de la comunión reformada. No había pastores ni un adoctrinamiento regular. Los profetas que recorrían Las Cevenas y la región de Vivarais, poseían más fervor que conocimientos y más celo que

sensatez. Antes de la guerra de los encamisados, se levantaron muchos con inspiración sobrenatural y todavía continuaban con sus éxtasis y profecías. Hombres y mujeres se levantaban en las asambleas y pronunciaban palabras ardientes que inflamaban los espíritus, pero iluminaban muy poco.

Los hugonotes de una cierta inteligencia o de carácter tímido, no iban a escuchar a aquellos predicadores y preferían encerrarse en su culto doméstico y en alguna ocasión se dejaban ver en alguna ceremonia del catolicismo. Podemos decir que de día eran católicos y de noche eran reformados.

Hacía falta encontrar un remedio si no se quería echar a perder todo lo hecho. Era necesario restaurar a los creyentes y llevarles a una piedad seria, renovar la disciplina, multiplicar las asambleas y llevarlas a un crecimiento espiritual, adoctrinar a los fieles, volver a establecer el orden eclesial.

Ésta fue la misión de Antonio Court, nacido el 17 de marzo de 1695 en Villeneuve- de-Berg, en un pueblecito del Vivarais. Sus padres Juan Court y María Gemelin, habían abjurado el protestantismo cuando la Revocación del Edicto de Nantes en 1685 y les obligaron a bautizar a su hijo en la Iglesia Católica. Después de la muerte de su marido, el año 1699, María educó en los caminos de Dios a sus tres hijos, completamente sola. Antonio recibió una educación primaria en su pueblo natal y no pudo continuar sus estudios en el colegio jesuita de Aubenas, a causa de sus orígenes reformados. Dejó el colegio para dedicarse al comercio como vendedor y participar, al mismo tiempo, en las Asambleas del Desierto donde empieza a predicar a la edad de diecisiete años.

En 1714 Court muestra su desacuerdo con los inspirados y se va a vivir a Marsella donde contacta con los galeotes reformados de esa ciudad. Un antiguo encamisado y predicador de muchos años, le llama para prestar su ayuda en las Asambleas del Desierto. Intentan dirigir sus esfuerzos en organizar las reuniones clandestinas y encontrar solución a los abusos de los predicadores proféticos, que no son aceptados por los creyentes.

A pesar de no haber recibido una formación clásica, suplió con sus cualidades naturales de autodidacta esa falta y supo aprender mucho y bien. Adquirió un conocimiento de las Escrituras y de la historia del

protestantismo incomparable. La demostración más clara fue su respuesta al obispo de Agen publicada con el nombre de *Patriota francés e imparcial.*

Organizó varios sínodos nacionales en los que se aceptaron disposiciones como que los ancianos debían «velar por el rebaño», convocar asambleas en lugares adecuados, cuidar la seguridad de los pastores, hacer colectas para los presos y los pobres. A las mujeres se les prohibía hablar en las reuniones de fieles. Ordenaron que se tuviera la Escritura como única regla de fe y rechazaran las revelaciones particulares porque eran antibíblicas y peligrosas. Se exhortaba a los padres de familia a celebrar tres veces al día el culto familiar y dedicar por lo menos dos horas a las devociones dominicales. Debían condenar en público, después de tres amonestaciones privadas, a los que cometieran faltas graves. Los pastores tenían que explicar la doctrina a fondo y si alguno era piedra de tropiezo a los hermanos, tenía que ser destituido de inmediato.

De los cinco primeros compañeros de Court, que firmaron los acuerdos del sínodo, todos fueron arrastrados hasta el patíbulo, excepto el quinto cuyo fin permanece desconocido.

Las Asambleas del Desierto se celebraban durante el día, cuando el peligro no era demasiado grande y de noche cuando las persecuciones eran severas; y en algún recodo salvaje, cantera o cueva cuando hacía mal tiempo. Las convocatorias se hacían con poco tiempo y por medio de emisarios de confianza. En lugares elevados ponían centinelas, sin armas, para avisar si los soldados se acercaban. Los más valientes e inteligentes hacían de guía a los pastores y después del culto les llevaban a lugares ocultos. Muy pocas veces el pastor permanecía varios días seguidos en el mismo lugar y andaba errante de lugar en lugar; obligado a disfrazarse muchas veces; con nombre falso y tenía que esconderse como un malhechor para anunciar el Dios del Evangelio.

Después de treinta y tres años ininterrumpidos, en 1718, el intendente Bâville abandonó la región de Lenguadoc. Durante todos esos años capitaneó una lucha incesante y trágica y cansado, sordo y septuagenario, decidió volver a París. Se dice que mandó pasar por el suplicio a doce mil hugonotes de las Cevenas, que no son pocos. Su carrera administrativa la terminó con el suplicio de un joven ministro lleno de esperanza llamado Esteban Arnaud, el 22 de enero de 1718

en Alès. Su sucesor, el conde de Saint-Maurice, empezó su labor mandando al patíbulo a los también jóvenes pastores Huc y de Vesson en Montpellier el 22 de abril de 1723. La sangre de los tres mártires fue también semilla de la iglesia.

En 1719 circuló el rumor que el cardenal Alberoni, delegado pontificio de Felipe II en España, intentaba sublevar a los hugonotes de Lenguadoc y de Poitou, contra el duque de Orleans que era el regente. Un diputado enviado por el regente, fue al encuentro de Court y éste le prometió que los reformados serían fieles al rey y que la Asambleas que celebraban no eran violentas, ni pensaban en la subversión.

Mientras que la Reforma en Francia se levantaba lentamente de sus ruinas, se estaba preparando un nuevo golpe que iba a hacer mucho daño. Se trataba de la última ley importante, decretada como declaración del rey, el 14 de mayo de 1724. Si nunca llegó a ejecutarse al pie de la letra, sí que la aplicaron a menudo, y como estuvo oficialmente en vigor durante sesenta y tres años, hasta el Edicto de Tolerancia de Luis XVI, sería importante conocer el origen, el espíritu y los artículos principales.

El primer redactor de esa ley fue Lavergne de Tressan, obispo de Nantes, antiguo capellán del duque de Orleans y digno acólito del cardenal Dubois, a quien había consagrado. Se trataba de un individuo sin religión ni moral, hasta el punto de llevar su codicia a acumular setenta y seis beneficios; desear con pasión la púrpura romana y para mejor merecerla, tenía que acabar de aplastar a los herejes. El otro redactor era Fleury, preceptor del joven rey y obispo de Frejus, más tarde cardenal y sucesor del duque de Borbón como regente. Lavergne presentó su proyecto a Dubois y al regente, que lo rechazaron. El duque de Borbón que llegó a primer ministro al alcanzar la mayoría de edad Luis XV, le hizo caso. El duque era un tipo altivo y duro, de aspecto desagradable, tuerto, falto de inteligencia y de convicciones, desvergonzado, obediente a una amante sin escrúpulos (la marquesa de Prie) y dictador de unas leyes terribles. Ordenó, entre otras cosas, «que marcaran a todos los mendigos con un hierro candente» (13, pág. 460).

El edicto contenía dieciocho artículos y eran una compilación de las normas más severas dictadas durante el reinado de Luis XIV, con la agravante de castigos más inflexibles en varios apartados. Se basaban en la ficción de que ya no existían reformados en Francia y hacían decir

en el preámbulo, a Luis XV, entonces de catorce años, que sólo deseaba seguir las grandes designios de su muy honorado señor y bisabuelo.

El edicto ordenaba:

- Pena de galeras para toda la vida a los hombres.
- Las mujeres rasuradas y reclusión perpetua, con la confiscación de bienes, por asistir a cultos que no fueran los católicos.
- Pena de muerte para los predicantes y sus cómplices a las galeras perpetuas.
- Pena de galeras o reclusión a los que dieran asilo o ayuda a los reformados y no lo denunciaran.
- Orden a los padres de mandar bautizar, por el cura de la parroquia, a los niños dentro de las veinticuatro horas del nacimiento; mandarles al catecismo católico hasta los catorce años y a misa los domingos y fiestas de guardar, hasta los veinte años.
- Orden a las comadronas de comunicar a los curas el nacimiento de los niños.
- Solamente el matrimonio en la Iglesia Católica será legítimo. Los hijos de los que se realizaran en el desierto, serán bastardos.
- Certificados de catolicidad necesarios para todos los cargos públicos.
- Los enfermos que rechacen los sacramentos, si sanan, cadena perpetua y si mueren, deberán ser arrastrados hasta el patíbulo.
- Los menores que tuvieran padres expatriados, podrán casarse sin su consentimiento. Los padres cuyos hijos estén en el extranjero, no consentirán a su casamiento y si lo hacen serán castigados a las galeras y las mujeres al destierro.

Ningún legislador desde que el ser humano existe concibió negar a sus súbditos el derecho natural, el derecho civil, la familia, la propiedad y la libertad a la fe individual.

Este cambio tan radical sólo puede explicarse por la frustración del clero al ver los resultados del Edicto de Revocación. Creyeron que la destrucción de los templos, el exilio de los pastores, la privación de la enseñanza religiosa, la necesidad de una religión y el deber legal de pedir certificados de catolicidad, darían a la Iglesia verdaderos creyentes, por lo menos en la segunda generación. Pero se equivocaron, por

lo menos con la gente del campo y la clase media. Los hijos y los nietos detestaban a la iglesia católica tanto como los padres y el clero era para ellos objeto de burlas y desprecio.

Al duque de Borbón le sucedió como regente el cardenal Fleury quien parece que comprendió un poco la problemática del momento. En su juventud había estado en misión durante largos años, en varias regiones de predominio reformado y conocía la inconmovible firmeza de los hugonotes. Tenemos que añadir a los conocimientos del obispo, las alianzas del primer ministro con Inglaterra y Holanda, la dulzura de su carácter y sus deseos de evitar a Luis XV las preocupaciones del poder y solo así seremos capaces de explicar su forma de actuar con los calvinistas. No rompió totalmente la espada de la intolerancia, pero sí la dejó en la funda.

Muchos curas se quejaron por la deserción creciente de muchos reformados, pero el anciano cardenal no hizo mucho caso, porque tenía otros muchos asuntos que solucionar y temía más al ruido que a la herejía. Solamente hubo persecuciones locales y puntuales, según el estado de ánimo de los intendentes. Algunas asambleas fueron sorprendidas y dispersadas por los soldados, algunas familias arruinadas y algunos desgraciados fueron condenados a las galeras. Sobre todo perseguían a los pastores con una crueldad implacable, porque creían que con el miedo a los suplicios, los demás abandonarían el país.

Muchos pastores fueron condenados a muerte, entre los que citaremos a Alejandro Roussel, de Uzès, primera víctima del Edicto, que fue ahorcado en Montpellier el 30 de noviembre de 1728. Cuando le preguntaron donde se alojaba, respondió que «el cielo era su tejado». Los jesuitas le pidieron en vano que cambiara de religión y les dijo que él quería guardar la ley de Jesucristo y que si moría por su nombre, iría con los ángeles. Le arrastraron hasta el cadalso con una cuerda atada al cuello y descalzo, mientras cantaba el Salmo 51 y oraba a Dios en favor de sus jueces y por el verdugo.

Otro pastor fue Pedro Durand, quien había firmado en compañía de Antonio Court, las primeras decisiones de los sínodos del desierto. Murió ejecutado el 22 de abril del año 1732. Se trataba de un anciano lleno de fe y celo. Le acompañaron hasta el patíbulo cinco curas que querían lograr a cualquier precio arrancarle una abjuración, que no consiguieron.

Estos suplicios afligían a los hugonotes del desierto, sin llegar al desfallecimiento. El mismo clero, con sus exigencias, les alejaba de Roma, porque al ver que la Iglesia ya no quería contentarse con las simples formas exteriores de catolicismo, ellos tomaron también la decisión de apartarse completamente de aquella religión. En aquellos tiempos y a pesar de las prohibiciones civiles, aumentó el número de bautismos y casamientos en el desierto.

Antonio Court fortalecía a los fieles con sus exhortaciones y su ejemplo. En 1728 emprendió un largo viaje de visitas por varias regiones y celebró treinta y dos Asambleas del Desierto en dos meses, con una asistencia de tres mil oyentes. Los más temerosos empezaron a manifestarse públicamente. Los sínodos fueron cada vez más severos con los padres que hacían bautizar a sus hijos en la iglesia católica o les permitían casarse en ella e insistían mucho en la obligación de asistir regularmente a los cultos.

El despertar que hubo entre los hugonotes de Lenguadoc y del Delfinado, estimuló celos piadosos en los reformados de otras regiones, que volvieron a celebrar sus asamblea y solicitar pastores. Como había pocos, Antonio Court hizo un llamamiento a todos los jóvenes que sintieran la *vocación del martirio*, a llevar adelante el santo llamamiento, porque en la vida nómada que deberían llevar, las enseñanzas bíblicas que podrían obtener serían insuficientes.

No contento con reorganizar las iglesias, Antonio Court decidió fundar un seminario teológico francés en Lausana, Suiza y al ser nombrado representante general de las iglesias en 1730, se fue a residir allí para dirigir la escuela de teología durante los treinta últimos años de su vida. De aquel lugar salieron todos los pastores de Francia hasta el reinado de Napoleón.

La insurrección de los encamisados hacía tiempo que había terminado y con ellos mucho del espíritu profético.

En este punto de la historia, es necesario hablar de la torre de Constanza. Había llamado la atención de San Luis, rey eterno, el puerto de Aigues Mortes, de donde saldría una cruzada y decidió comprar los terrenos de la abadía Psalmody, en la primera mitad del siglo XIII para edificar la fortaleza de Aigues Mortes. El lugar se encontraba enteramente rodeado de marismas y estanques. En nuestros días sigue muy bien conservada y podemos decir que es una maravilla de la Edad



Vista panorámica de Aigues Mortes.

Media. Fue una de los villas de seguridad protestante. Quince enormes torres flanquean las murallas y su contorno es casi de 2 km. En el pasado, el foso profundo entre las dos murallas estaba lleno de agua y unas puertas levadizas permitían el paso de sus habitantes. En una esquina de la hermosa fortaleza se encuentra la Torre de Constanza que será durante años una prisión para los hugonotes, como Carcassonne, Ferrières, Crest y otras.

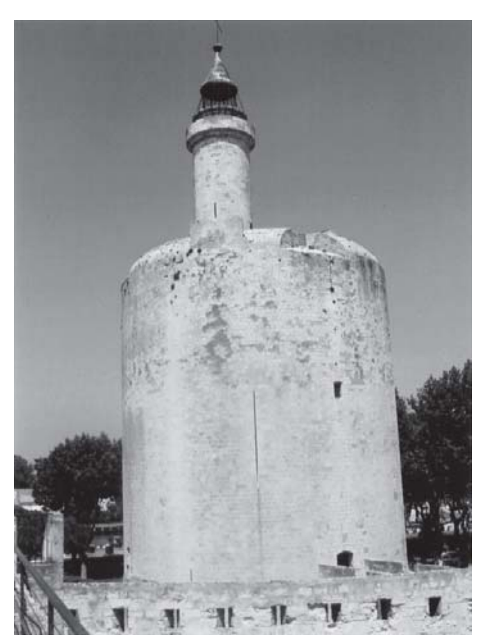
Abraham Mazel, el profeta predicante que había sido uno de los participantes en la muerte del abad de Chaila y testigo de muchos sufrimientos en su propia carne, por causa de sus convicciones cristianas, fue detenido en enero del año 1704 y Bâville mandó encerrarle en la fortaleza, pero aquellas enormes bóvedas no impresionaron al valiente encamisado. Cuando las puertas de hierro se cerraban detrás de él, su Consolador le decía: «Hijo mío, no desesperes que yo te sacaré de esta tumba». Mazel encontró en el lugar a treinta y tres cautivos hugonotes como él y les comunicó las promesas del oráculo revelado por Dios, que animó a todos y abrió sus esperanzas de fuga.

Napoleón Peyrat, pastor e historiador, nacido en 1808, en su libro *Historia de los pastores del desierto*, narra la fuga de la forma siguiente: «La huida es imposible, porque los muros tienen dieciocho pies de espesor (6 m); hay que bajar una altura de ochenta pies (26 m); escapar de la mirada de los centinelas; franquear una doble muralla y una vez fuera del castillo hay que atravesar marismas grandes como lagos y



Entrada a la fortaleza medieval de Aigues Mortes,
mandada construir por el rey San Luis en el siglo XIII.
Foto del autor.

andar veinte leguas (100 km) para llegar a las Cevenas. Y para realizar esa tentativa gigantesca, no hay la más pequeña herramienta; pero Dios lo ordena y Él lo hará. Ponen manos a la obra y cuando el corazón empieza a desfallecer, el Espíritu les dice por boca de Abraham: "Ánimo, hijos míos, que yo os sacaré de este sepulcro". Después de seis meses de un trabajo silencioso e invisible, sacan de la barbacana una enorme piedra tallada con su barrote de hierro, que colocan atravesado en el agujero y anudan las sábanas retorciéndolas como si fuera una soga, para deslizarlas a lo largo del muro. El intrépido Abraham que había concebido el proyecto, intentó con valentía bajar el primero. En la oscuridad de la noche descendió y diecisiete de sus compañeros le siguieron hasta llegar al pie del torreón, pero el ultimo movió tanto el barrote que salió del agujero y cayó el fugitivo con la pretendida cuerda, sin hacerse ningún daño. Evitaron a los centinelas, escalaron el muro exterior y atravesaron las marismas que la canícula había secado. Todo salió bien, sin embargo habían quedado dieciséis cautivos



Famosa torre de Constanza,
empleada como prisión, donde tantos
hugonotes dejaron sus vidas. Foto del autor.

en la torre, con pocas esperanzas. Cuando éstos creyeron que sus amigos estaban lo suficiente lejos y pensando que una aparente complicidad pudiera agravar su situación, gritaron para llamar al centinela del faro. Cuando hubo despertado el comandante de la fortaleza y prevenido al gobernador M. de Busca, Abraham y sus camaradas favorecidos por la noche, habían andado muchas leguas en dirección de las montañas Cevenas» (11, L. IX, cap. VII, pág. 320).

No sabemos por qué dieciséis se quedaron en la torre, en todo caso los habría enfermos, tullidos, débiles y las crónicas revelan que habían encerrado ancianos de hasta ochenta años de edad.

Seis años más tarde en el Mas de Couteau, cerca de Uzès, Abraham y dos de sus compañeros debían encontrarse con un enviado de las iglesias de Ginebra que iba a llevarles fondos para continuar la lucha. De pronto se encontraron la casa rodeada de migueletes (17 de octubre de 1710). Abraham y el que le llevaba los fondos murieron combatiendo sobre el tejado; otro se tiró por una ventana con la pistola en la mano y salió herido, pero con vida; y el último fue apresado. En sus bolsas encontraron cuatrocientos escudos que acababan de percibir. La cabeza del emisario fue quemada en Uzès; uno de los compañeros llamado Claris, murió descoyuntado, el otro ahorcado en Montpellier y la cabeza de Abraham Mazel fue expuesta en Vernoux, donde había librado su

postrer combate, en lo alto de un palo y luego echada al fuego en el centro del pueblo.

Al principio de la represión, en la Torre de Constanza encerraban a los contumaces, profetas y encamisados, pero a partir de la fuga de Abraham Mazel y sus compañeros, solo pusieron mujeres, la mayoría culpable de haber asistido a las Asambleas del Desierto y eran guardadas como rehenes para atemorizar a las demás. El gobierno las tenía casi abandonadas a su suerte y las ayudaban con donativos sus hermanos de Suiza y de Francia.

En la torre de la Reina había dos pisos de unos 33 m/2 cada uno, unidos por una escalera de caracol que conducía hasta la terraza. La sala de la planta baja se llamaba de los Guardas o de los Caballeros; en la de arriba estaban las mujeres. En cada sala había unas aspilleras o barbacanas de seis metros de altura por treinta centímetros de anchura, sin cristales y con barrotes gruesos de hierro, que dejaban pasar el frío del invierno, la humedad de las marismas y el viento mistral. La luz que penetraba por la barbacana era muy tenue. De 1708 a 1768, que fueron más o menos los sesenta años que duraron los cautiverios, más de doscientas presas pasaron por la torre, algunas de hasta ochenta años de edad. El lugar era lúgubre hasta el punto que los moradores del pueblo, si pasaban cerca hacían la señal de la cruz, sobre todo cuando a veces oían los gritos desesperados y los quejidos agónicos de las presas.

La más conocida de todas las presas ha sido siempre María Durand, hermana del pastor Pierre Durand, ingresada porque su hermano había celebrado la ceremonia de su casamiento. Entró en la prisión de Aigues Mortes en 1730 siendo una niña de dieciocho años y saldría treinta y ocho años más tarde, a la edad de cincuenta y seis años. Algunos historiadores pretenden que fue ella quien grabó su divisa en la famosa piedra, la palabra en occitano, *register* que significa «resistid».

El padre de la familia Durand, llamado Esteban, era escribano consular y hacía las funciones de secretario de ayuntamiento; excepto el registro civil que llevaban los curas. Esteban estuvo preso por motivos religiosos durante catorce años en el fuerte de Brescou (1729-1743) y había sido encarcelado para presionar a toda la familia que abjurara de su fe. El último adiós del padre fue una exhortación a toda la familia para que permaneciera firme en la fe dada una vez a los santos.



Sala superior de unos 33 m^2 que vivió el martirio de las presas
que están sentadas sobre el brocal del pozo
donde se halla la inscripción «Resistid».
Pintura de Jeanne Lombard. Museo del Desierto.

Su hijo Pedro había nacido en 1700 en la casa familiar de Pranles y fue a Suiza a prepararse para ser pastor en el Desierto. Allí fue discípulo de Antonio Court. A los veinte años, el joven pastor volvió a su tierra y consagró su vida a restaurar y confirmar las iglesias hugonotes, a pesar de la detención de su padre, de la cárcel de su hermana y de la separación de su esposa Anna, refugiada en Lausana. El pastor Durand se puso en camino porque debía celebrar un matrimonio y cayó en una emboscada el 12 de febrero de 1732. Diez días más tarde, después de ser juzgado, moría ahorcado en la ciudad de Montpellier.



REGISTER = RESISTID

María Durand estuvo íntimamente unida por correspondencia, con la hija de su hermano, el pastor mártir, que había sido educada en Ginebra y allí vivía refugiada. En 1755, cuando hacía veinticinco años que estaba presa escribió a su sobrina: «El tiempo nos parece largo y en efecto lo es porque estamos impacientes. La carne murmura siempre. Pero, querida, debemos mortificar nuestras pasiones. Seamos de esos valientes que arrebatan el cielo. Busquemos el reino de Dios y su justicia y todas las cosas nos serán dadas por añadidura. Dejemos nuestros caminos y volvamos a Dios que se apiadará de nosotros. Él tendrá compasión de su abandonada Sion; restablecerá su nombre en la tierra y la hará prosperar. Oremos por la paz de Sion porque Dios promete a los que la aman que serán prosperados. Mi salud sería bastante buena, pero mi asco por la comida es parecido al tuyo. Tu tristeza contribuye también. Si yo pudiera darte todo el alivio que te es necesario, me quedaría tranquila en mi situación. Hay que someterse a la voluntad del Señor y abrazar el palo que nos golpea» (12, pág. 184).

Esta heroína ayudó espiritualmente a todas las compañeras de cautiverio. Era la que cuidaba a las enfermas, la que escribía las cartas a las que no sabían hacerlo, la que leía la Palabra de Dios a las presas, la que ayudaba a las parteras y dirigía las reuniones que celebraban. Los curas les pedían que abjuraran a cambio de libertad, pero ninguna de ellas quiso pagar el precio.

En 1767 el príncipe de Beauveau fue nombrado gobernador de Lenguadoc y deseó visitar Aigues Mortes y la prisión. Cuando llegó al recinto donde estaban las mujeres, no pudo dominar su emoción, viendo a aquellas desgraciadas cubiertas de harapos, que se echaron a sus pies llorando e implorando su piedad. La más joven de aquellas mujeres tenía más de cincuenta años y había sido encerrada con su madre a la edad de ocho años; y había otras dos que habían vivido cuarenta y un años en la torre. El gobernador, indignado por la situación de las cautivas, les dio la libertad contra la voluntad de Luis XV.

María Durand acabó sus días en la casa que la vio nacer, ocho años después de su liberación, pobre, sola y enferma. Sobrevivió gracias a sus hermanos en la fe de la iglesia valona de Amsterdam, quienes le concedieron una pensión que repartía con un anciano de ochenta años que había sufrido las galeras.

Cuando María recuperó la libertad, la opinión pública había cambiado de criterio y consideraba que condenar con cárcel o galeras a los hugonotes era un acto arbitrario, contrario a las ideas de libre opinión que todos los hombres debían gozar.

María Durand ha sido hasta nuestros días un símbolo nacional de la resistencia hugonote, presa durante treinta y ocho años por pertenecer a la Religión Pretendida Reformada, que querían extirpar del reino.

Isabel Menet es otra de las muchas historias conocidas de las presas en la torre de Constanza. Cuando iba con su marido a un culto que se celebraba en el desierto, le salieron al paso los soldados y les detuvieron. Fueron condenados los dos. El marido forzado a las galeras donde murió ocho años más tarde a causa de los sufrimientos morales, el hambre y la miseria. A su esposa le raparon la cabeza y la encerraron en la torre, donde dio a luz a un hijo varón, que era la alegría de todas las presas. Cuando el niño tenía seis años se lo llevaron para no verle jamás y la tristeza consumió poco a poco sus débiles fuerzas. Isabel no perdió la fe, pero la oscuridad de la torre y la mísera vida que llevaba la hicieron enfermar mentalmente. La pusieron en libertad en el año 1750 pero estaba loca.

En febrero de 1745, hicieron firmar a Luis XV, dos normativas mucho más crueles que las anteriores. La pena de muerte para los pastores y galeras perpetuas contra los que les cobijaran, añadieron una multa de tres mil libras que debían pagar todos los hugonotes del lugar donde el pastor sería detenido. Tampoco sería necesario asistir a las reuniones para ir a la cárcel y perder todos los bienes: con no denunciarles a las autoridades era suficiente. Con esas leyes, todo era un crimen y de un millón y medio de reformados que existían, al cabo de seis meses, se habrían podido condenar a la mitad de ellos a remar en las galeras o mendigar el pan.

Antonio Court compuso una memoria histórica sobre la persecuciones que volvieron a continuar en 1744. Su integridad nada sospechosa y su conocimiento de los hechos nos permiten mencionarlos. El rapto de niños se multiplicó en las provincias especialmente en Normandía y Court presenta una larga lista con los nombres de todos. Los raptos solían hacerlos de noche una compañía de soldados, dirigidos por los curas de la parroquia. Esos horrores produjeron una nueva emigración

y seiscientas familias de Normandía aprovecharon la cercanía del mar para emigrar con todo lo que pudieron llevarse.

También empezaron a acosar a los hugonotes que habían hecho bautizar a sus hijos o bendecir sus matrimonios en el desierto. Espiaban las reuniones y atacaban a las congregados con saña. El 17 de marzo de 1745, dos compañías de dragones atacaron una asamblea cerca de Mazamet, hicieron fuego, mataron a varias personas, hirieron a bastantes e hicieron muchos prisioneros. Escenas como la mencionada ocurrieron en varios lugares y fue necesario volver a reunirse por la noche.

De 1744 a 1746, solamente el parlamento de Grenoble condenó a trescientas personas a ser castigadas con el látigo, las galeras, y a la muerte. Las condenas fueron innumerables.

Dos gentilhombres vidrieros del condado de Foix fueron condenados por el intendente de Auch a galeras perpetuas y a la confiscación de todos sus bienes. Uno de ellos llamado Grenier de Lastermes, era un venerable anciano de setenta y seis años y fue a cumplir la sentencia en la prisión de Toulon; sus dos hijos fallecieron, uno al lado suyo y el otro en las galeras de Marsella. El anciano escribió una carta a los hugonotes de Marsella, dándoles las gracias por dos céntimos que le daban cada día para aligerar su miseria. y les decía: «Estamos siempre ocupados en los trabajos que nos señalan, siendo toda nuestra comida pan y agua y solamente podemos librarnos un poco, si pagamos al cabo de vara, un céntimo todas las mañanas; si no, estamos expuestos a permanecer atados a una viga con una gruesa cadena, durante el día y la noche».

Los dragones volvieron a actuar en algunas regiones y los castigos se hicieron ejemplares. A un pobre hombre llamado Esteban Arnaud, de Dieu-le-Fit, le condenaron en 1744, a las galeras perpetuas, por el hecho de haber enseñado a unos jóvenes el canto de unos salmos de Marot. En un poste al lado suyo, clavaron el salterio y un ejemplar del Nuevo Testamento.

Los pastores eran objeto de una persecución implacable y tres de ellos murieron entre 1745 y 1746. Luis Ranc fue el primero y tenía solamente veintiséis años. Le detuvieron en un mesón y el parlamento de Grenoble le condenó a la pena capital y le ejecutaron en Dié en el mes de marzo de 1745. Antes de ir al patíbulo pidió permiso para que le afeitaran y arreglaran el cabello, porque le pareció necesario para

mostrar la serenidad de su alma. Fue al suplicio entonando el versículo del Salmo 118 que dice: *Este es el día que hizo el Señor…*, que repitió varias veces. El discurso que quería hacer no fue oído porque diez tambores estaban cerca suyo y ahogaban la voz. Sin hacer caso a unos jesuitas que le acompañaban, permaneció todo el camino con los ojos levantados al cielo y al llegar al pie de la escalerilla, se puso de rodillas, hizo una oración y subió lleno de ánimo. Su cadáver fue profanado por el populacho y una dama católica tuvo la amabilidad de dar sepultura a sus restos.

Después de la muerte del joven siervo del Evangelio, murió un veterano de las Asambleas del Desierto, que había trabajado mucho con Antonio Court. Se llamaba Santiago Roger, anciano de setenta años. Cuando le arrestaron en los alrededores de Crest, le preguntaron quién era y les contestó que era el que buscaban desde hacía mucho tiempo y que ya era hora de que le encontraran. Después de muerto le dejaron veinticuatro horas en el patíbulo y echaron su cuerpo en el río Isère.

Otro personaje que suscitó grandes simpatías se llamaba Mateo Majal y como era costumbre en los pastores del desierto, le apodaban Désubas. Había nacido en el año 1720, en un lugar llamado Ubas, cerca de Vernoux y le aceptaron como predicador en un sínodo en 1738, para más tarde autorizarle a perfeccionar sus estudios en Lausana, donde dejó un grato recuerdo entre sus profesores y compañeros. En mayo de 1744 Désubas y otros pastores reunieron asambleas de cuatro y cinco mil personas. Parecía que iba a empezar una nueva época, pero la persecución comenzó un



Torre de Constanza.
Planta baja llamada de los Guardas.
Aigues Mortes.

poco más tarde con las normativas reales del 16 de febrero de 1745, que ponían en vigor antiguos edictos.

Mateo fue sorprendido en Saint-Agrève y llevado por los soldados a Vernoux. La noticia de su arresto se propagó y numerosos fieles desarmados acudieron a un bosquecillo cercano para suplicar al que comandaba la tropa que soltara a su pastor, pero los soldados comenzaron a disparar y mataron al primero de un golpe de bayoneta y los



Prisioneras hugonotes leyendo la Biblia
en la planta piso de la Torre de Constanza.
Pintura de Jeanne Lombard. Museo del Desierto. Mialet.

demás fueron hechos prisioneros. Al día siguiente, un numeroso grupo de creyentes desarmados entró en el poblado donde estaba el preso y el oficial que temía un levantamiento, ordenó disparar desde lo alto de las casas contra la multitud que sólo deseaba luchar con sus oraciones y sus gemidos. Treinta personas cayeron muertas y hubo doscientos heridos, de los cuales muchos murieron a causa de las heridas.

La gente de la región de Vivarais empuñó las armas y se preparó para vengar la muerte de sus hermanos, pero intercedieron a tiempo los pastores y les suplicaron en nombre de la fe, de sus familias y del sentido común que no lo hicieran. Los hugonotes cedieron, pero de Vernoux a Montpellier, a lo largo del camino donde pasaba el pastor, hombres y mujeres estuvieron de pie, con lágrimas en los ojos, despidiendo a su amado ministro.

Désubas llegó Montpellier y el clero al completo le rodeó solicitándole una palabra de abjuración. Todos los esfuerzos fueron vanos porque el pastor era más firme ante las seducciones de sus perseguidores, que ante las lágrimas de su pueblo. El tribunal le condenó a morir ahorcado y después del juicio fue llevado al cadalso, con los pies descalzos, la cabeza descubierta y en medio de una inmensa multitud de espectadores. Quemaron delante suyo los papeles y libros que llevaba al detenerle. El ruido de catorce tambores impidió oír su voz, pero estaba tranquilo. Unos jesuitas se acercaron con un crucifijo para que lo besara y lo rechazó. Hizo una oración y subió la escalera del cadalso para entregar su alma a Dios. Tenía veintiséis años cuando fue ejecutado el 2 de febrero de 1746.

Por aquellos días tuvo lugar un hecho que dio mucho que hablar en la región del Alto Lenguadoc y demuestra el fanatismo y la barbarie de sus autores. Había un hombre de negocios muy rico, llamado Claudio Cabanis, quien con la autorización y protección del gobernador, había montado unas fabricas de hilados de seda en Castres y Lavaur. Su bondad le había granjeado la estima de todos cuantos le conocían. Después de una brevísima enfermedad de veinticuatro horas, el hombre moría en Lavaur el 15 de julio de 1749. Claudio era un buen hugonote y antes de morir rechazó los servicios del sacerdote del lugar. Cuando la gente del pueblo se enteró, se dirigió a la casa mortuoria y rodeándola, pidieron con grandes gritos el cadáver. Los amigos del difunto trataron de hacerles razonar, pero todo fue en vano. La multitud

estuvo cuarenta y ocho horas sitiando la casa, mientras los familiares compraban, a mucho precio, un trozo de terreno donde un hombre muy bien pagado, cavaría un hoyo en el suelo, ayudado por dos obreros del difunto. Los tres varones salieron de noche con las herramientas escondidas dentro de uno sacos, pero a pesar de las precauciones tomadas, les descubrieron y atacaron con piedras y ladrillos que les hirieron uno en la cabeza, el otro en la cara y el tercero en otro lugar del cuerpo. Los tres hombres huyeron despavoridos y llenos de sangre.

Después de muchas discusiones y dinero, los amigos de Cabanis consiguieron que la gente se apaciguara y les acompañara hasta el lugar de la sepultura. Pudieron bajar el cadáver hasta el hoyo que habían excavado a toda prisa y una vez quedó cubierto de tierra, hicieron rodar una gran rueda de molino que pusieron encima para impedir cualquier profanación. Todas la precauciones fueron inútiles y los frailes blancos (dominicos), bajo el falso pretexto de que aquella tumba estaba demasiado cerca de su iglesia, excitaron los ánimos de la gente que volvió a excavar la tumba, sacaron el ataúd, lo abrieron, profanaron el cadáver cortándole la cabeza y cuando empezaban a cortar los miembros inferiores para arrastrarlos por las calles, llegaron los alguaciles que obligaron a aquellos locos furiosos a dejar la presa y a excavar otro hoyo donde depositaron el cadáver terriblemente mutilado y después lo cubrieron con cal viva. Los parientes más cercanos presentaron denuncia pero, debido a la intervención del clero, el expediente se perdió (17, T. 1, pág. 246).

El aumento de la persecución comenzaba a agotar la paciencia de los hugonotes. Muchos, por falta de libertad religiosa, pedían permiso para vender sus propiedades y exiliarse, pero no se lo concedían.

Un obispo de Castres pidió un regimiento de dragones para disolver las asambleas de su diócesis, cuidando añadir, que no quería que los soldados hicieran daño a los fieles reunidos. El obispo de Aire se quejó y pidió que se restableciera la costumbre perdida de llevar el viático a los moribundos, porque así lo rechazarían y podrían entablar un proceso contra los muertos. El conde de Saint-Florentin, secretario de Estado para asuntos religiosos, se vio obligado a amonestar severamente al prelado.

Las persecuciones fueron en aumento. El intendente recibió la orden de proceder a rebautizar a todos los niños sin excepción y volver a pedir

la bendición de todos los matrimonios reformados. Las escenas que se produjeron en algunos lugares, cuando se obligaba a bautizar a la fuerza, fueron brutales y despreciables. La corte de Versalles estaba contenta al saber que había tantos rebautizados.

Los viejos recuerdos de los encamisados empezaron a despertar y algunos aldeanos volvieron a tomar el mosquete y dijeron que al primer acto violento contra sus hijos, se derramaría la sangre.

Todavía quedaba una época de persecuciones generales, de un modo especial en el Lenguadoc, que duraron poco y fueron las últimas.

El autor de esas nuevas persecuciones no fue otro que el mariscal de Richelieu, célebre por sus aventuras galantes; el epicúreo más brillante del siglo XVIII e incrédulo que protegía a Voltaire. De todas las responsabilidades que pudiera ejercer, ninguna le convenía menos que la de inquisidor de la fe.

Había manifestado durante mucho tiempo, en tanto que gobernador de Lenguadoc, una tolerancia especial para con los hugonotes, cuando de golpe –en febrero de 1754– hizo publicar en los principales pueblos y aldeas, un bando que hizo que se despertaran todas las alarmas de los hugonotes. El mariscal no hablaba de rebautismos, que habían fracasado, sino de las asambleas del desierto, sobre las cuales iban a tomarse las medidas más severas en aplicación de las disposiciones del edicto de 1724.

Debían retener a los nuevos conversos; controlar las asambleas y dispersarlas a la fuerza; hacer lo máximo de presos y sobre todo a los predicadores; disparar sobre los que intentaran huir y no soltar a nadie sin recibir instrucciones de la autoridad. Había una recompensa de mil escudos para el que delatara a un ministro y orden de arresto para todos los que se encontraran en la misma casa que él.

Las cárceles se llenaron. Los hugonotes doblaron las precauciones cuando debían celebrar los cultos. Sabían el día que salían las tropas, la dirección que tomaban, el número de soldados de las guarniciones y un poco el carácter de los jefes. Los fieles estaban advertidos, a veces por los mismos católicos, que se dispersaran al oír la primera señal de alarma, porque se avergonzaban de tanta violencia.

En uno de esos ataques a una asamblea, un hugonote de Nimes, llamado Juan Fabre, suplicó al jefe del destacamento que le llevara a la cárcel en lugar de su padre, que era un anciano de setenta y ocho

años. El gobernador de la provincia mandó al hijo a la cárcel de Toulon, donde llevó las cadenas de presidiario siete años, hasta que fue liberado en marzo de 1762.

Francisco Rochette, había asistido como pastor a numerosas iglesias de la región de Quercy e iba a los manantiales de aguas minerales de Saint-Antonin para reposar unos días de sus fatigas. Mientras hacía el camino, le invitaron a celebrar un bautismo en la aldea de Caussade, en la noche del 13 de septiembre de 1761, cuando fue detenido con dos aldeanos que le hacían de guía. Habían sospechado que formaban parte de una banda de ladrones que infestaba la región y pronto se reconoció el error, pero como Rochette no había sido arrestado en el ejercicio de sus funciones de pastor, hubiese podido salir libre de cargos. Sin embargo no quiso mentir a los que le interrogaron y manifestó su vocación de ministro.

Por la mañana, la noticia de su detención corrió como la pólvora por toda la región y los hugonotes, inquietos y afligidos se reunieron para pedir la libertad de su pastor. Era un día de feria y la aldea de Caussade estaba llena de gente. Los católicos se imaginaron que los reformados habían cogido las armas y se preparaban para una masacre. Por todos partes sonaron las alarmas. Los pueblos se levantaron en masa y los campesinos católicos pusieron una cruz blanca en sus sombreros, como los verdugos la noche de San Bartolomé. La noche del día 14 la pasaron fundiendo balas, fabricando cartuchos, con más de un cura en el trabajo. Al día siguiente la población estuvo de pie en la plaza, dispuesta a los mayores excesos y las autoridades intentando contenerla.

Tres gentilhombres cristaleros del condado de Foix, los hermanos Grenier, se encontraban en Montauban cuando se enteraron que el pastor Rochette había sido detenido; que los hugonotes estaban amenazados y que una terrible lucha era inminente. Los tres hombres corrieron hacia donde estaba el peligro, con las primeras armas que encontraron a mano: un sable y dos fusiles. Les detuvieron y llevaron a la cárcel donde estaba Rochette. El parlamento de Tolosa presentó el caso como si de un crimen de Estado se tratara y el expediente que instruyeron fue de una parcialidad total. Una sentencia de 18 de febrero de 1762 condenó a muerte a Francisco Rochette, por haber hecho las funciones de ministro reformado y los tres hermanos Grenier, culpables

del crimen de sedición con porte de armas. Los demás acusados que eran unos pobres aldeanos que no habían cometido ningún delito, fueron condenados a las galeras. Cuatro curas les exhortaron en vano que abjuraran. El 19 de febrero a las dos de la tarde, una lúgubre procesión se puso en marcha. Rochette iba descalzo, la cabeza descubierta y la soga al cuello, con un escrito delante y otro detrás que decía: Ministro de la *Religión Pretendida Reformada*.

Rochette fue ejecutado el primero y exhortó a sus compañeros hasta el fin, cuando se puso a cantar el cántico de los mártires hugonotes: *He aquí el hermoso día*. El más joven de los hermanos Grenier, que solo tenía veintidós años, escondía su cara entre las manos para no ver la trágica escena. Los otros dos hermanos contemplaban las cosas que sucedían con serenidad a pesar de saber que como gentilhombres debían morir decapitados y el mayor fue el primero en ofrecer su cabeza al hacha. Cuando le tocó al más joven, el verdugo le dijo que se retractara para no morir como sus dos hermanos y contestó al verdugo: «Cumple con tu trabajo». Y la cabeza rodó.

Los que contemplaron lo sucedido volvieron a sus casas en silencio, tristes, sin comprender cómo en el mundo podía haber tanta valentía y a la vez tanta crueldad.



Juan Calas. Dibujo de Boulay y Barbant. Museo del Desierto. Mialet

Dieciocho días más tarde, el 9 de marzo de 1762, se levantaba otra vez el cadalso en Tolosa para ajusticiar a un anciano de sesenta y ocho años, vendedor de tejidos, hugonote, llamado Juan Calas, acusado del más horrendo de los crímenes: haber estrangulado a su hijo Marco Antonio. Detuvieron a toda la familia y les implicaron en el homicidio; a la mujer de Calas, a su otro hijo, a la sirvienta y a un invitado a

la cena que habían tenido aquella noche. A todos les inculparon de haber participado en los hechos y de ser cómplices.

La acusación que corría de boca en boca, era que después de una cena familiar los hugonotes le habían matado para que no se hiciera católico. El clero de Tolosa encendió el fanatismo popular y para ello llevó en procesión el cuerpo del joven que se había suicidado y para excitar más los ánimos, pusieron sobre el catafalco un esqueleto de un muerto con un rollo en la mano que llevaba escrito: *abjuración de la herejía* y en la otra mano las palmas del martirio.

El proceso se hizo famoso en el mundo entero. La magistratura y el clero acusaron a los reformados de haber legitimado el infanticidio porque el joven había abjurado de su primera fe y pretendieron que la muerte se había decidido en un conciliábulo protestante. Al anciano Calas le torturaron hasta la saciedad para obligarle a confesar el crimen, pero no dijo nada porque no tenía nada que confesar y como no habían pruebas de culpabilidad, tuvieron que dejar también a los demás libres de cargos. Él fue condenado a morir vivo en la rueda y sus sufrimientos duraron dos horas, durante los cuales, con la serenidad de la inocencia y la firmeza de la fe, pronunció palabras de amor y piedad, perdonando a sus jueces.

La viuda y los hijos de Calas hicieron recurso para que se hiciera justicia. Voltaire, hombre de gran prestigio, les ayudó con su atronadora voz que dominaba todos los ruidos del siglo. Intervinieron en la causa los mejores abogados del país y el día 9 de marzo de 1765, tres años después de la triste ejecución, un fallo del tribunal supremo anulaba la sentencia de Tolosa, por unanimidad de los cincuenta votos que componían el tribunal. La sentencia rehabilitaba a Calas y se hacía justicia.

A partir de entonces hubo en todo el país, problemas que afligieron las iglesias, sin turbar demasiado su vida cúltica. Hubo galeotes en Toulon hasta el año 1769 y se apresuraron a soltarles porque era una flagrante contradicción guardar encadenados a unos hombres, por hechos que el gobierno había renunciado castigar. En aquella misma época abrieron las puertas de la vieja torre de Constanza, donde había mujeres muy ancianas que habían estado encerradas más de la mitad de sus vidas.



Prisioneras en la terraza de la Torre de Constanza.

La posición de los hugonotes de aquel tiempo era muy singular. No había nada que fuera definitivo, ni regular; todo era arbitrario. Se seguía un orden moral con un desorden legal. La justicia era en muchos casos contradictoria. Los pastores eran medio proscritos y medio reconocidos; no eran personas públicas, ni privadas. La realeza decía que tenían que hacer algo para subsanar el estado de cosas y no hacía nada. El caos era total. Un parlamento convalidaba el casamiento realizado en el desierto, cuando el certificado era de un pastor, otro no lo aceptaba. Había para todos los gustos.

Cuanto más avanzaba el siglo XVIII, más se multiplicaban los bautismos y los casamientos en el desierto. Los hugonotes no aceptaban a ningún precio, el intrusismo del clero católico en los temas de religión, a pesar de que ellos seguían insistiendo. En 1780, en una asamblea general de la Iglesia Católica, presentaron al rey un listado de todo lo que *hacían los reformados* y se quejaban, entre otras muchas cosas, de la herejía que desgarraba el seno de la Iglesia Católica, *esa madre tierna y afligida* y pedían *la vuelta a los medios de salvación y represión de los buenos días de Luis XIV.*

En una reunión de notables celebrada en 1787, comenzó a esclarecerse el panorama y acordaron, tras el sugerimiento del marqués de Lafayette, proponer a su majestad el rey que accediese conceder el estado civil a los reformados y ordenar la reforma de las leyes. Los



La Biblia de Rolland.
«Esta Biblia, conservada siempre por la familia Laporta,
ha sido considerada siempre la Biblia Rolland».
Editada en Ginebra en 1665 por Pedro Chouet.
Museo del Desierto. Mialet. Foto del autor.

asistentes fueron unánimes en adoptar la propuesta de Lafayette y redactaron un escrito en el que hablaban de «esos numerosos súbditos que gimen bajo un régimen de proscritos, contrario al interés general de la religión, de las buenas costumbres, de la población, de la industria nacional y de todos los principios de la moral y de la política».

En noviembre de 1787 el rey Luis XVI firmó el Edicto de Tolerancia, ciento diez años después de su revocación, pero no como hubiese exigido el principio de libertad religiosa, sino limitado a las opiniones del rey y de sus consejeros más influyentes. El artículo 1º ya decía que la religión católica, apostólica y romana, seguiría gozando como única, del privilegio de celebrar el culto público.

Las concesiones de la ley eran exiguas, pero por lo menos se reconocía la existencia de unas personas que adoraban a Dios de otra manera. Ninguna otra nación en el mundo, había sufrido tanto por sus

creencias religiosas como el pueblo de Francia, de los años 1660 a 1787, en que se habían visto privados de todos los beneficios del Estado, excluidos de todos los empleos, estorbados en todas las carreras liberales, expulsados de las corporaciones artísticas y de oficios y rechazados en el comercio y la agricultura.

Con la revocación habían perdido a sus hombres de élite, a los más opulentos, a los más industriales y activos y el resto, abrumados por los dragones, arruinados por los impuestos y las multas, acorralados en los bosques y las montañas, sin escuelas, sin herencias seguras, sin derechos civiles, tratados como parias de la sociedad, y sin embargo, se encontraron que en 1787 el pueblo hugonote no había perdido casi nada, pues seguían con su fuerza moral, intelectual y espiritual.

El edicto de 1787 concedía mucho menos que el edicto de Nantes de Enrique IV, a pesar de haber costado veinte años de esfuerzos, pero a partir de entonces, todo iría adelante con paso firme y rápido. El 21 de agosto de 1789, la Asamblea Nacional revocó todas las barreras que habían impedido la admisión de hugonotes en cargos del estado y en el artículo XI de la declaración de los derechos del hombre se leía: «Todos los ciudadanos son iguales delante de la ley», y en el artículo XVIII: «Nadie debe ser molestado por sus opiniones religiosas».

Rabaut-Saint-Etienne había sido nombrado diputado de la Asamblea Nacional por la circunscripción de Nimes y representaba a trescientos sesenta mil habitantes, de los cuales más de ciento veinte mil eran hugonotes. El discurso que pronunció a favor de la libertad religiosa desde la tribuna de oradores, fue genial y tiene su lugar en la historia del parlamento de Francia.

Rabaut había nacido en Nimes en 1742 y estudió teología en el seminario de Lausana. Vuelto a Francia, a la edad de veinte años fue ordenado al ministerio del Evangelio, que dejó muy pronto para entrar en los juzgados del parlamento de Tolosa, que acababan de condenar a la última pena al pastor Francisco Rochette; a los tres gentilhombres vidrieros del Condado de Foix y a Calas.

El 15 de marzo del año 1790, Rabaut-Saint-Etienne, hijo primogénito de Pablo Rabaut, el pastor proscrito que tenía su cabeza valorada en veinte mil libras, fue escogido presidente de la Asamblea Nacional, sustituyendo en el sillón al abad de Montesquiou. Al recibir el nombramiento, escribió a su anciano padre de setenta y dos años de edad

las siguientes palabras: «a vuestros pies el presidente de la Asamblea Nacional».

El veterano hugonote, curtido en mil batallas espirituales, se alegró de la posición de su hijo en el gobierno de la nación y profetizando las amargas tempestades de la revolución que se acercaba le contestó: «A mis pies, no, estimado hijo. Échate a los pies del Señor, que se ha dignado mirarnos con misericordia y ha hecho que Francia nos dé en tu persona una satisfacción enorme por los muchos males que nos han agobiado. Todo lo que sucede es sorprendente. Cuando yo vagaba como un proscrito por nuestras montañas pensando en vosotros y diciéndome que tal vez mañana seríais huérfanos o arrebatados de los brazos de vuestra madre y perdidos por mí para siempre, si Dios mismo me hubiera predicho lo que sucede ahora, no lo hubiera creído. ¿Crees que la verdadera libertad puede venir de esta revolución? Puede suceder en el futuro, pero yo no lo veré y acaso tampoco tú. Francia no será libre hasta que no se entregue a Aquel que sólo Él libera» (39, pág. 135).

A Rabaut-Saint-Etienne le enviaron a París a la convención nacional, en representación del departamento del Aude y se alineó al lado del partido de los Girondinos, enfrentándose a las pasiones populares al rechazar votar a favor de la muerte del rey Luis XVI. El día 31 de mayo presentó el informe de la comisión que representaba a los Girondinos y sostuvo una lucha dialéctica contra las violencias de la Montaña, capitaneada por los jacobinos. Éstos decretaron su detención y, al encontrarle, le llevaron delante del tribunal revolucionario, que le identificó y mandó ejecutar antes de veinticuatro horas. Rabaut subió al cadalso el 5 de diciembre de 1793.

En la Constitución de 1793 y en el artículo 22 se decía que *se garantizaba a todos los franceses el libre ejercicio de cultos,* pero la Convención interpretaba con actos arbitrarios de sus responsables, los derechos amparados en la lesgislación e hicieron una serie de decretos que perjudicaban a ambas religiones. Así el 22 de septiembre de 1793, cambiaron la antigua división de la semana por decadas y quisieron obligar a todos los ciudadanos que trabajasen en domingo, cualesquiera fuesen los dictados de su conciencia.

Esta injustificable tiranía se ejerció con mucha oposición y a pesar del terror que reinaba en la ciudadanía. Rabaut cuenta, en su *Repertorio eclesiástico*, el hecho siguiente ocurrido en el pueblo de La Salle

(Gard). «A un obrero agrícola llamado Alègre, de unos sesenta años, le detuvieron y encarcelaron por no trabajar en domingo. Unas semanas más tarde, el hombre se presentó ante el comité vestido con las ropas de día festivo. Le preguntaron qué quería y les dijo que ya era viejo; que después de una semana de trabajo, le era necesario un reposo absoluto y que si iba a trabajar en domingo, robaría el dinero a su patrono y venía para que le pusieran en prisión. Los miembros del comité que esperaban una posible denuncia, se extrañaron de aquella respuesta y lo mandaron a casa» (13, pág. 566).

Como ya podemos imaginar por los visto, durante el período de la Revolución el desconcierto era muy acusado y cada cual interpretaba las leyes a su manera.

El 7 de noviembre de 1793, Gobel era el obispo constitucional de París y se presentó ante el tribunal de la Convención, acompañado de otras jerarquías muy dignas, para hacer acto de abjuración de la fe católica. Puso encima del despacho las insignias de su cargo y declaró que no hacía falta otro culto que el de la libertad, el de la legalidad y el de la moral. Algunos miembros de la Asamblea, eclesiásticos católicos y protestantes, siguieron su ejemplo.

La abjuración de Gobel fue la señal dada para la invasión de las iglesias y la abolición de todos los cultos. En el lenguaje de aquel tiempo, solamente se tenía que invocar la razón, escuchar la voz de la naturaleza, encender en los altares la llama de la verdad y hacer que todos los hombres fueran felices ahogando el monstruo de la superstición.

Los templos acabados de abrir se cerraron así como las iglesias católicas y los pastores, bajo pena de ser considerados sospechosos y dignos de muerte, se vieron obligados a dejar toda actividad.

Todavía hubo muchas escaramuzas durante esta época de revolución. Algunos católicos fanáticos, que los jefes de facciones habían armado, cometieron barbaridades. El 14 de junio, en Nimes, el joven adolescente llamado Peyre, de quince años, llevaba la comida a su hermano y cuando pasaba por el puente de las Iles, un hombre le preguntó si era católico o protestante. El joven le dijo que era protestante. Le disparó un tiro a bocajarro y el chico cayó muerto a sus pies. Un compañero del asesino le dijo que más le hubiera valido matar a un

cordero. El criminal le contestó que había prometido matar a cuatro protestantes y aquel era el primero.

Algunos pastores fueron asesinados por los revolucionarios, otros fueron encarcelados, entre ellos el veterano del desierto Pablo Rabaut, que llevaron preso a la ciudadela de Nimes, sobre un asno, porque su edad y achaques no le permitían andar. Dos de sus hijos, Rabaut-Pomier y Rabaut-Dupuy, estaban proscritos y nadie sabía dónde se encontraban. Pablo Rabaut recobró muy pronto la libertad, así como sus hijos, pero el peso de los años no le permitió tomar parte en la reconstrucción de las iglesias y entregó su alma a Dios quince días más tarde a la edad de setenta y seis años, el 26 de septiembre de 1795.

El día 9 del mes Termidor (agosto) marcó el término de la opresión, porque cuando la opinión pública pudo levantar la voz, pidió y obtuvo la libertad religiosa.

Un decreto del día 3 del mes Ventoso, del año III (21 de febrero de 1795), autorizaba el libre ejercicio de cultos.

La restauración de las iglesias fue lenta. El seminario francés de Lausana fue llevado a Ginebra y como era insuficiente para cubrir las necesidades de la iglesia, Napoleón autorizó en 1808 la creación de una facultad de Teología Protestante en Montauban, que se había cerrado por las intrigas de los jesuitas en 1661.

En nuestros días existen varias facultades de teología reformada como la de París, Estrasburgo, Montpellier y libres como la de Aix en la Provenza,Vaux sur Seine, etc., y además, algunos institutos bíblicos, donde se preparan ministros para el servicio de las iglesias.

El último dato acabado de recibir telefónicamente (26/10/2005) de la fuente que considero mejor autorizada, me dice que en Francia hay un millón de protestantes aproximadamente, que se reparten en setecientos mil reformados y trescientos mil evangélicos.

El famoso pastor y poeta francés del siglo XIX, Rubén Saillens, escribió un cántico en homenaje a los hugonotes, que fue traducido al castellano por el recordado pastor D. Antonio Almudévar y aún se canta en algunas iglesias y dice:

Hasta la muerte nos dices: sed fieles
Y deseamos, Señor, hasta el fin,
Bajo tu enseña gloriosa alistados,
Seguir luchando hasta el morir.

Pero, Señor, tu ves nuestra flaqueza
Y no podremos la lucha seguir
Si tú no vienes según la promesa
A sostener nuestro brazo en la lid.

Hasta la muerte, Señor deseamos
Bajo tus leyes vivir y morir,
Que por nosotros, cual manso cordero,
También quisiste el martirio sufrir.

Venga tu Espíritu, pues, a nosotros
Venga tu fuego en el pecho a inflamar
Los corazones; entonces podremos
Hasta la muerte, Señor, triunfar.

¡Hasta morir! será el grito de guerra
Del pueblo fiel que por Ti libre es.
Hasta morir alzará por bandera
La cruz sangrienta de Cristo su Rey.

Las guerras de religión

Cuando murió Enrique II había cerca de dos millones de reformados en Francia, la mayoría de ellos eran gente de la nobleza que no aceptaba ser apartada del poder por la familia de los Guisa. La conjuración de Amboise y la masacre de Vassy fueron los conflictos sangrientos de esa época. Los Valois quisieron fundar un partido que mediara entre La Liga y los Reformados, para establecer el orden en el país.

Primera guerra de religión (1562–1563)

El 1 de marzo de 1562, los calvinistas se reunieron para celebrar un culto en Vassy, región de Champagne. El duque de Guisa les masacró. Pocos días más tarde, Luis de Condé se armó para vengar a las víctimas; Catalina de Médicis temió que se entablara una guerra civil y trasladó la corte a Fontainebleau.

A finales de marzo del año siguiente, Catalina de Médicis y Luis de Condé firmaron un pacto llamado la Paz de Amboise. El almirante Coligny no estuvo de acuerdo con los términos. El tratado señaló el final de la primera guerra de religión.

Segunda guerra de religión (1567–1568)

En el mes de septiembre, Catalina de Médicis y Felipe II hicieron un pacto que preocupó a los reformados. Luis de Condé intentó raptar al rey Carlos IX con la corte, pero no pudo porque huyeron precipitadamente hacia París. Siguieron las luchas entre católicos y reformados hasta el 23 de marzo, día en que firmaron la paz de Longjumeau.

Tercera guerra de religión (1569–1570)

Los católicos formaron el partido de La Liga compuesto por el rey, el duque de Alba y el papado. Los reformados estaban secundados por

Elisabeth I de Inglaterra y por Guillermo de Orange. Se prohibió el culto reformado. Condé y Coligny tuvieron que refugiarse en La Rochela. El 14 de julio firmaron la paz de Saint-Germain.

Cuarta guerra de religión (1572–1573)

Comenzó con el atentado a Coligny y siguieron tres meses de persecuciones y matanzas. Los reformados se refugiaron en La Rochela. El edicto de Boulogne firmado el 11 de julio de 1573 autorizaba el culto reformado en algunas grandes ciudades. Los hugonotes del Midi no estuvieron de acuerdo y no lo aceptaron.

Quinta guerra de religión (1574–1576)

Empezaron los conflictos en el Midi francés. Enrique de Guisa era el jefe de los católicos. Muchos de ellos eran moderados y formaban un movimiento llamado «revuelta de los descontentos» y pidieron un acuerdo con los reformados. En febrero de 1576, Enrique de Navarra se puso a la cabeza de los protestantes, y el 6 de mayo firmó el edicto de Beaulieu en el que se condenaba la masacre de San Bartolomé.

Sexta guerra de religión (1576–1577)

El edicto llevó a la creación de la santa Liga católica. Los acontecimientos más importantes de la época fueron el sitio de Montpellier, la invasión a saco de la villas de La Charité el 2 de mayo y de Issoire el 12 de junio de 1577. El tratado firmado en Bergerac el 17 de septiembre puso fin a las luchas y se disolvió La Liga.

Séptima guerra de religión (1579–1580)

Catalina se encontró con Enrique de Navarra el 28 de febrero de 1579 en Nerac. Llegaron a un acuerdo en el que hicieron concesiones por ambas partes. Empezó otra guerra llamada de los «enamorados». Siguieron las luchas que terminaron con la paz de Fleix firmada el 26 de noviembre.

Octava guerra de religión (1585–1598)

Siguieron las luchas y ninguna de las dos partes manifestó superioridad. En mayo de 1588, Enrique de Guisa rompió sus relaciones

con el rey y éste decidió suprimirle. Murió el 23 de diciembre. Al día siguiente también mataron a su hermano el cardenal de Lorena. Firmaron un pacto Enrique III y Enrique de Navarra para luchar juntos contra la Liga. Enrique III murió asesinado. Enrique de Navarra le sucedió con el nombre de Enrique IV. En Junio de 1591, el papa Gregorio XIV excomulgó a Enrique IV. Éste manifestó convertirse al catolicismo el 25 de Julio de 1593 y fue nombrado rey de Francia. La importancia de La Liga disminuyó, y el 13 de abril de 1598 se reconoció oficialmente la fe reformada. El tratado de Vervins puso fin a las guerras de religión el 2 de mayo de 1598.

Reyes de Francia implicados en la persecución de los Hugonotes

De la casa Valois *(Sucesores de los Capetos)*

Francisco I	El Rey-Caballero	1515–1547
Enrique II	El Rey-Gentilhombre	1547–1559
Francisco II	El rey desconocido	1544–1560
Carlos IX	El de los Remordimientos	1560–1574
Enrique III	El Rey de Francia y de Polonia	1574–1589

De la casa Borbón

Enrique IV	El Grande	1589–1610
Luis XIII	El Justo	1610–1643
Luis XIV	El Rey Sol	1643–1715
Luis XV	El Amado	1715–1774
Luis XVI	El Rey Mártir	1774–1793

Casa de los Valois

	casado/a con	
Francisco I	1. Claudia + 1524 2. Juana de Austria	
Enrique II	Catalina de Médicis	(Tuvieron 8 hijos)
1. Francisco II	Maria Estuardo	
2. Isabel	Felipe II de España	
3. Claudia	Carlos II duque de Lorena	
4. Luis (1549-1550)		
5. Carlos IX	Isabel de Austria	
6. Enrique III	1. Luisa de Vaudemont 2. Luisa de Lorena	
7. Margarita	Enrique IV	
8. Hércules o Francisco		

Casa de Navarra

	casado/a con	
Catalina de Foix	Juan de Albret	
Enrique II de Albret	Margarita de Angulema	Hermana de Francisco I (Margarita de las Margaritas)
Juana de Albret	Antonio de Borbón	6º hijo de S. Luis
Enrique III de Navarra (Rey de Francia en 1589 con el nombre de Enrique IV)	1. Margarita de Valois 2. María de Médicis	(La reina Margot)
Luis XIII	Ana de Austria	
Luis XIV	Mª Teresa	Tuvieron 10 hijos
Luis XV	Mariana de Baviera	

Casa Montmorency–Chatillon

	casado/a con	
Gaspar de Chatillon	Luisa de Montmorency	Segundas nupcias (Tuvieron 3 hijos)
1. Odet de Chatillon		Cardenal
2. Gaspar de Coligny		Almirante
3. Henry Dandelot		

Bibliografía

1. *¿Ayudó Felipe IV a los Hugonotes?* Rafael Ródenas. Revista Arbor Madrid, 1964.
2. *Catolicimo romano* (2 T). José Grau. Ediciones Evangélicas Europeas, 1987.
3. *Chronique des luttes religieuses en Hautes Ceven*. Pierre Rolland. Les Presses du Languedoc, 2002.
4. *De Cristobal Colón a Luis XIV*. A. de Saint-Phalle. Ediciones Castilla, 1965.
5. *Duquesne*. Frédéric Hulo. Pygmalion, 1996.
6. *Dictionnaire des Camisards*. Pierre Rolland. Les Presses du Languedoc, 1995.
7. *El Cristianismo Evangélico a través de los siglos*. Samuel Vila. Editorial Moody.
8. *Henry IV*. M. Peyramaure. Ed. Robert Laffond, 1997.
9. *Historia crítica de la Inquisición Española* (4 T). Juan A. Llorente. Ediciones Hiperión, 1980.
10. *Histoire de la Reformation* (5 T). Merle d´Aubigné. Ch. Meyrueis et Cie., 1860.
11. *Histoire des Pasteurs du Desert* (1685-1789). Napoleon Peyrat. Les Presses du Languedoc, 2002.
12. *Histoire des Protestants de France*. Charles Bost. La Cause, 2000.
13. *Histoire des Protestants de France*. G. de Félice. Cherbuliez Libraire, 1851.
14. *Histoire des Protestants en France*. Philippe Wolff. Editions Privat, 2001.
15. *Historia de la Reforma*. Jorge P. Fisher. CLIE, 1984.
16. *Historia del Protestantismo*. Ricardo Cerni. El Estandarte de la Verdad, 1995.

17. *Histoire du Protestantisme-Haut-Languedoc, Bas-Quercy et Compté de Foix* (2 T). Robert Labarthe. Grassart París, 1896.
18. *Histoire générale du Protestantisme* (3 T). Leonard E.G. Presses Universitaires de France, 1961.
19. *Hugonotes. La noche de San Bartolomé*. Octavio Aceves. Eride Editorial, 2000.
20. *Institución de la religión cristiana* (2 T). Juan Calvino. Edit. de Literatura Reformada, 1968.
21. *Jean Calas. Roué vif et innocent*. Alex Coutet. Edipro, 2003.
22. *La Biblia*. Reina-Valera 1960. Efesios 2:8.
23. *L´affaire Calas*. Janine Garrisson. Arthème Fayard Librairie, 2004.
24. *L´abbé du Chaila (1648-1702)*. Robert Poujol. Les Presses du Languedoc, 2001.
25. *La guerre des Cevennes (1702-1710)* (5 T). Henri Bosc. Les Presses du Languedoc, 1990.
26. *La vie intelectuelle aux refuges protestants*. Table ronde. Honoré Champion, 2002.
27. *Les Camisards des Cevennes*. Elie Salvaire. Les Presses du Languedoc, 1997.
28. *Les Huguenots à Berlin et en Brandebourg*. Aimé Bonifas. Les Editions de Paris, 2000.
29. *Les Huguenots et le roi*. Hugues Daussy. Librairie Droz S.A. Genève, 2002.
30. *Le patriote français*. Antoine Court. Honoré Champion, 2002.
31. *Le pèlerinage douloureux*. E.H. Broadbent. Editions Je sème, 1938.
32. *Les persecutions contre l´Evangile*. Bernard Rogge. Ed. d´oeuvres d´art Litt., 1924.
33. *Les predicants protestants ds Cevennes* (2 T). CharlesBost. Les Presses du Languedoc, 2001.
34. *Les premiers Camisards*. Henry Mouysset. Les Presses du Languedoc, 2002.
35. *Les Protestants français du XVI au XX siècle*. Poton-Cabanel. Éditions Nathan, 1998.
36. *Le sang des justes*. Max Chaleil. Les Presses du Languedoc, 1998.
37. *Lettres de Marie Durand* (1711-1776). Etienne Gamonnet. Les Presses du Languedoc, 1998.

38. *L´experience de la foi*. André Encreve. Labor et Fides, Genève, 2001.
39. *Los Hugonotes*. Fliedner Enrique. La Aurora, Buenos Aires, 1944.
40. *Los Hugonotes una larga y amarga senda*. Joseph M. Walker. Edicomunicación S.A., 1997.
41. *Marie Duran et les prisonières d´Aigues Mortes*. Anne Danclos. Editions Lanore, 2003.
42. *Memoires de Paul Rabaut*. J. C. Gaussent. Honoré Champion, 2000.
43. *Memoires d´un galérien du Roi-Soleil*. Marteilhe Mercure de France, 1989.
44. *Naissance et tourments du Protestantisme*. Roger Grossi. Michel Gosse Imprimeur, 1997.
45. *Pages d´Histoire Protestante*. Samuel Bastide. Augur Edit. Vennes s/ Lausanne.
46. *Triomphes de l´Évangile*. Henri Fliedner. Editeurs de l´Histoire, 2000.
47. *Un pasteur du temps des lumières*. Robert Blanc. Honoré Champion, 2000.
48. *La sangre de los justos*. Octavio Aceves. Heptada Ediciones S.A., 1991.